





Meghan Quinn

UN
mal
COMIENZO

Traducción de M^a José Losada



Phoebe

Título original: A Not So Meet Cute

Primera edición: septiembre de 2022

Copyright © 2021 by Meghan Quinn

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2022

© de esta edición: 2022, Ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-11-6

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografía del modelo: CURAPhotography/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal: M-22655-2022

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

PRÓLOGO

LOTTIE

—Hola, guapa.

Mmm... No me gusta la alegría que noto en su voz.

Ni la sonrisa que veo en sus labios.

Tampoco que se haya excedido en la cantidad que se ha echado de ese perfume empalagoso; me ahoga.

—Hola, Angela —respondo con recelo mientras tomo asiento ante la mesa de su despacho.

Con un movimiento, se retira el brillante pelo rubio de los hombros y entrelaza las manos. Su lenguaje corporal transmite interés cuando se echa hacia delante.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Me estiro la falda tubo de color rojo brillante antes de responder.

—Bien. Gracias.

—Me alegra oír eso. —Se reclina hacia atrás y me sonrío, pero no añade nada más.

Vale..., ¿qué coño está pasando?

Miro por encima del hombro a la fila de hombres trajeados, que, sentados en sillas y con carpetas en sus regazos, observan nuestra conversación. Conozco a Angela desde el instituto. Hemos mantenido una de esas amistades intermitentes, en la que yo he sido la víctima de su camaradería un tanto veleta. Un día soy su mejor colega, al siguiente lo es Blair, que trabaja en finanzas, o Lauren, que tiene un puesto en ventas, y luego vuelve a tocarme su amistad. Todas nos vemos constantemente intercambiadas. Siempre me he preguntado a quién le tocará ser su mejor amiga esta semana y, de alguna manera enfermiza y demente, contengo la respiración cuando me toca el Gordo.

«¿Por qué mantener una amistad tan tóxica?», te preguntarás.

Hay tres respuestas.

Para empezar, cuando conocí a Angela yo era más joven. No tenía ni idea de cómo demonios actuar mientras subía a su lado en una vibrante montaña rusa. Así que me agarré a la barandilla y me aferré a la vida, porque, francamente, salir con Angela era emocionante. Diferente. Atrevido, a veces.

En segundo lugar, cuando nos encontramos en la fase más intensa de nuestra amistad, se porta bien conmigo; de hecho, a su lado he pasado algunos de los mejores momentos de mi vida. Crecer en Beverly Hills siendo la chica pobre no se prestaba a disfrutar de muchas aventuras, pero, si ibas de la mano de una amiga rica que miraba más allá de tu cartera vacía y te acogía en su mundo, sí, era divertido. Llámame superficial, pero me lo pasé muy bien a su lado mientras estudiaba en el instituto, a pesar de los altibajos.

Y, por último, soy débil. No me gustan las confrontaciones, y las evito a toda costa, lo que me lleva a ofrecerme para todo y a acabar convertida en un felpudo al servicio de cualquiera.

—¿Angela? —susurro.

—¿Mmm...? —Sonríe.

—¿Puedo preguntarte por qué me has llamado y por qué parece que el FBI está en fila detrás de mí?

Angela echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, posando la mano sobre la mía.

—¡Oh, Lottie! Dios, cómo voy a echar de menos tu humor...

—¿Echar de menos? —pregunto, con la espalda rígida—. ¿Qué quieres decir con «echar de menos»? ¿Te vas de vacaciones?

Por favor, que sea así. Por favor, que sea así. No puedo permitirme perder este trabajo.

—Claro.

¡Oh, gracias a Dios!

—Ken y yo nos vamos a Bora Bora. Tengo programada una sesión de bronceado en *spray* para dentro de diez minutos, así que tenemos que darnos prisa con esto.

Espera, ¿qué?

—¿Prisa con qué? —pregunto.

Su rostro jovial se vuelve más serio, ese tipo de seriedad que Angela no muestra muy a menudo. Porque sí, quizá sea la que está al mando en un blog sobre estilo de vida, pero no es ella la que realiza

el trabajo: lo hacen los demás. Así que nunca tiene que ponerse seria.

Se endereza, irguiéndose más con la mandíbula tensa, y clava los ojos en mí a través de sus espesas pestañas postizas.

—Lottie, eres la verdadera pionera de *Angeloop*. Tu maestría ante el teclado no ha sido igualada por nadie en la empresa, y el humor que aportas a este próspero blog, que es una máquina de hacer dinero, ha hecho realidad mi viaje a Bora Bora.

¿He oído bien? ¿Gracias a mí podrá irse de vacaciones?

—Pero, desafortunadamente, vamos a tener que despedirte.

Un momento, ¿qué?

¿Despedirme?

¿Quiere decir que ya no tiene trabajo para mí?

Rápidos como un rayo, tres de los hombres se acercan a mi espalda; dos de ellos me flanquean como si fueran guardias de seguridad. Mientras impiden que me mueva con sus anchos hombros, uno de ellos deja caer una carpeta en la mesa delante de mí y la abre para mostrarme un papel. Tengo la vista demasiado desenfocada como para leer siquiera lo que dice, pero intuyo que es una carta de despido.

—Firme aquí. —El hombre me tiende un bolígrafo.

—Espera, ¿qué? —Alejo la mano del hombre, pero vuelve a dejarla justo donde estaba—. ¿Estás despidiéndome?

Angela hace una mueca.

—Lottie, por favor, no me lo pongas más difícil. Tienes que ser consciente de lo que me ha costado tomar esta decisión. —Chasquea los dedos y aparece un asistente como por ensalmo. Angela se masajea la nuca—. Esta conversación me ha sacado de quicio. Agua, por favor. A temperatura ambiente. Con lima y limón, pero retira las rodajas antes de dármela. —Y, dicho eso, el asistente se aleja. Cuando Angela se vuelve, me ve y se lleva la mano al pecho—. ¡Oh, todavía estás aquí!

Aggg...

Sí.

—Angela, ¿qué está pasando? —pregunto, parpadeando un par de veces—. Acabas de decir que te hago ganar mucho dinero...

—¿En serio? No recuerdo haber hecho tal declaración. Chicos, ¿he dicho algo así?

Todos niegan con la cabeza.

—¿Ves? Yo no he dicho eso.

Creo... Sí, mmm..., mmm, ¿lo bueles? ¡Es mi cerebro echando humo, trabajando horas extra, tratando de no perder la calma!

—Angela, ¿puedes explicarme por qué me despides? —pregunto, sosegada. Y quiero decir *muy sosegada*.

—Oh... —Se ríe—. Siempre has sido muy curiosa. —La asistente le trae a Angela el agua y desaparece corriendo, Angela da un largo sorbo por una pajita innecesaria antes de seguir hablando—. El viernes hace un año que estás aquí.

—Sí. Eso es.

—Bueno, pues, según tu contrato, después de un año, ya no recibes media paga, sino el salario completo. —Se encoge de hombros—. ¿Por qué pagarte más cuando puedo encontrar a alguien que haga tu trabajo por mucho menos dinero? Es pura estrategia comercial. Lo entiendes, ¿verdad?

—No, no lo entiendo. —Como elevo el tono de voz, dos grandes manos se posan en mis hombros en señal de advertencia. *¡Oh, por el amor de Dios!*—. Angela, esta es mi vida, no un juego. Cuando me rogaste que trabajara para ti, me dijiste que este trabajo iba a cambiar mi vida.

—¿Y no ha sido así? —Extiende los brazos—. *Angeloop* ha sido un cambio de vida para todos nosotros. —Mira el reloj—. Oh, tengo que estar desnuda dentro de cinco minutos. El bronceado en *spray* está esperándome. —Hace girar el dedo en dirección a los trajeados que están a mi lado—. Lléváosla, chicos.

Dos pares de manos enormes me agarran y me ayudan a levantarme de la silla.

—No puedes decirlo en serio —digo, sin entender aún lo que está pasando—. ¿Vas a hacer que los seguratas me saquen a rastras de tu despacho?

—No es una elección personal —dice Angela, que parece la imagen de la inocencia—. Es tu actitud hostil lo me obliga a llamar al servicio de seguridad.

—¿Hostil? —pregunto—. Solo soy hostil porque estás despidiéndome sin razón.

—Oh, cariño, no puedo creer que lo veas así —susurra con esa voz condescendiente que tiene—. No se trata de nada personal.

Sabes que te quiero y que seguiremos tomando el *brunch* como todos los meses. Solo son negocios. —Me lanza un beso—. Sigues siendo mi mejor amiga.

Ha perdido la puta cabeza.

Me empujan hacia la puerta, pero clavo en el suelo los tacones de mis Jimmy Choo de hace dos temporadas.

—Angela, en serio. No puedes despedirme.

Me mira, ladea la cabeza y se lleva la mano al corazón.

—Ohhh, mírate, luchando por tu trabajo. Dios, siempre has sido tan peleona... —Me lanza otro beso y se despide con la mano—. Te llamaré. Ya me contarás entonces lo de tu horrible jefa. Ah..., y no te olvides de confirmar tu asistencia a la reunión del instituto. Faltan dos meses. Tenemos que saber quién viene y quién no.

De repente, me dejo invadir por la derrota, relajo los pies en estado de *shock*, mi cuerpo se vuelve flácido y me veo arrastrada por las axilas a través de las oficinas de *Angeloop*, el blog de estilo de vida más idiota y absurdo de internet, donde, para empezar, nunca he querido trabajar.

Mis compañeros me observan.

Los de seguridad no pierden el ritmo mientras me llevan a rstras para que atraviese la gran puerta de cristal.

Y antes de que pueda respirar otra vez más, me encuentro mirando el cartel —obscenamente grande— de *Angeloop* en la fachada del edificio, con una caja con mis pertenencias en las manos.

¿Cómo demonios hemos llegado a esto?



1

HUXLEY

—¡Voy a asesinar a alguien, joder! —grito; lanzo la chaqueta del traje al despacho y doy un portazo.

—Parece que la reunión ha ido bien —comenta JP con ironía desde el ventanal de suelo a techo del despacho, donde está apoyado.

—Sí, parece que ha ido increíblemente bien —se ríe Breaker, tumbado en el sofá de cuero.

Ignorando el sarcasmo de mis hermanos, me tiro del pelo y me giro hacia la vista de Los Ángeles.

Es un día claro, la lluvia de la noche anterior ha eliminado parte de la nube de polución. Las palmeras se elevan hacia el cielo desde el borde de las carreteras, pero parecen pequeñas en comparación con el edificio donde se encuentra mi despacho, por encima del resto de la ciudad.

—¿Quieres hablar sobre ello? —pregunta JP, sentándose en una silla.

Me vuelvo hacia ellos; son mis hermanos, los dos idiotas que han estado a mi lado en las buenas y en las malas. Los que han soportado conmigo los altibajos de la vida. Los que lo han dejado todo para unirse a mí en esta alocada idea de liderar el mercado inmobiliario de Los Ángeles con el dinero que nos dejó nuestro padre al fallecer. Y hemos levantado este imperio juntos.

Pero las miradas de suficiencia que veo en sus rostros hacen que quiera echarlos de mi despacho.

—¿Os da la impresión de que quiero hablar de ello?

—No. —Breaker sonrío—. Pero, joder, como puedes imaginar, queremos oírlo todo.

¡Claro que sí! Porque fueron ellos los que me dijeron que no debía reunirme con Dave Toney.

Los que me dijeron que iba a ser una pérdida de tiempo.

Los que se rieron cuando les dije que tenía una reunión hoy con Toney.

Y los que se despidieron con un sarcástico «Buena suerte» cuando salí por la puerta.

Pero quería demostrarles que estaban equivocados.

Quería demostrarles que podía convencer a Dave Toney de que debía trabajar con Cane Enterprises.

(*Spoiler*: no lo he convencido).

Capitulo ante las miradas de mis hermanos, tomo asiento también y suelto un largo suspiro.

—Joder... —murmuro.

—Déjame adivinar: ¿no lo has encandilado con tu encanto?

—pregunta Breaker—. Con lo agradable y simpático que eres...

—Toda esa mierda no debería tener importancia. —Doy un golpecito con el dedo en el reposabrazos de mi sillón de cuero—. Esto es un negocio, no un puto desfile de amistades y aduladores.

—Creo que este se perdió algunas clases en la universidad —le dice JP a Breaker—. ¿Fomentar las relaciones comerciales no abarcaba un curso entero? —Su sarcasmo me pone de los nervios.

—Creo que sí —responde Breaker.

—He ido y le he besado el culo, ¿qué más quieres?

—¿Te has puesto pintalabios? Estoy seguro de que a su novia no le hará gracia encontrar la huella de otros labios en su trasero.

—Breaker sonrío.

—En este momento te odio. Te odio de verdad, joder.

—No nos gusta decirlo, pero te lo advertimos, hermanito —se regodea JP, mientras que Breaker suelta una carcajada—. Dave Toney no trabaja con cualquiera. Es un mundo aparte en esta ciudad. Son muchos los que han tratado de gestionar la gran cantidad de bienes raíces que posee, y todos han fracasado. ¿Por qué has pensado que tú serías diferente?

—¡Porque represento a Cane Enterprises! —grito—. Todo el mundo quiere trabajar con nosotros. Porque tenemos la mayor cartera inmobiliaria de Los Ángeles. Porque podemos convertir un edificio en ruinas en un negocio millonario en solo un año. Sabemos lo que hacemos, y Dave Toney, aunque tenga éxito, es propietario de unos terrenos muertos que están perjudicando el sector. Él lo sabe, yo lo sé, y quiero arrancarle esos terrenos de las manos.

JP se lleva los dedos a la barbilla, pensativo.

—¿Qué le has dicho exactamente? —pregunta—. Espero que no haya sido eso. Porque, aunque tu pequeño discurso me haya puesto los pezones duros, dudo que él agradeciera tu tono.

Pongo los ojos en blanco.

—He dicho algo parecido.

—Eres consciente de que Dave Toney es un hombre orgulloso, ¿verdad? —interviene Breaker—. Si vas por ahí insultándolo, no va a querer trabajar contigo.

—¡No lo he insultado! —grito—. Intentaba establecer una igualdad de condiciones, ya sabéis, que viera que soy un tipo bastante normal.

Mis dos hermanos hacen gestos burlones.

—Soy un tipo normal.

JP y Breaker intercambian miradas y se echan hacia delante, y sé lo que viene a continuación: el típico sermón que están deseando soltar. Les gusta hacerlo de vez en cuando.

—Sabes que te queremos, ¿verdad? —pregunta Breaker. Y así comienzan...

—Estamos aquí para apoyarte siempre que nos necesites —añade JP.

Me paso la mano por la cara.

—Dejad de joderme la vida...

—No eres normal. Eres cualquier cosa menos normal. Ninguno de nosotros lo es. Vivimos en Beverly Hills, nos invitan constantemente a estrenos y a fiestas de famosos, y hemos salido muchas veces en los titulares de *Page Six*. No hay nada normal en nosotros. Dave Toney, sí... Él es normal.

—¿Por qué cojones él sí lo es? —pregunto—. ¿Porque no lo invitan a fiestas de famosos?

Breaker niega con la cabeza.

—No, porque tiene los pies en la tierra. Porque es accesible. Podrías tomarte una cerveza con él en un bar sin sentirte intimidado. Tú eres todo lo contrario. Resultas llamativo.

—No soy llamativo.

JP señala mi reloj.

—Bonito Movado, ¿es nuevo?

Lo miro.

—Lo compré la semana pasada... —Levanto los ojos para encontrarme con las miradas cómplices de mis hermanos—. ¿No se me permite gastarme el dinero ganado honradamente con el sudor de mi frente?

—Claro que sí —me tranquiliza JP—. La forma en que vives tu vida es completamente aceptable. La casa, el coche, el reloj..., te lo has ganado todo y con creces, pero si quieres conectar con Y eso no significa que te reprimas, porque él ya te tiene calado. Ya sabe que eres un tipo llamativo, pero tiene que verte bajo una luz diferente.

—Ohhh, me gusta cómo suena eso —apostilla Breaker—. Una luz diferente. Eso es lo que necesitas. —Se da un golpecito en la barbilla—. Pero ¿cuál será esa luz?

Irritado, me levanto de la silla y recojo la chaqueta del traje del lugar donde la he tirado.

—Mientras vosotros dos, idiotas, pensáis qué puedo hacer al respecto, yo voy a comer.

—Ojalá Toney pudiera ser testigo de este momento, en el que Huxley Cane no le pide a su asistente que le traiga el almuerzo, sino que, como un hombre cualquiera, recorre las calles de Los Ángeles en busca de su propia comida... —elucubra JP.

Me pongo la chaqueta, a pesar del calor que hace fuera, e, ignorándolos, voy hacia la puerta.

—¿Podrías traerme algo? —me pide Breaker.

—Mándame un mensaje con lo que quieras —digo sin darme la vuelta.

—Con pepinillos. ¡Con muchos pepinillos! —grita JP mientras me acerco al ascensor por el pasillo de las oficinas. Por suerte, las puertas se abren ante mí, así que entro, pulso el botón del vestíbulo y me apoyo en la pared, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Vas a tener que ponerte a otro nivel.

Ni siquiera sé qué significa eso. Soy un buen ejecutivo; he hecho tratos con mucha gente con la que me he llevado bien, pero también he negociado con personas que desprecio hasta el fondo de mi alma. La diferencia entre Dave Toney y yo es que me importa un carajo quién acepta mi dinero o de quién lo acepto yo. Los negocios son negocios, y si un trato es bueno, lo acepto y punto.

Hoy le he propuesto a Dave un negocio muy interesante; para ser sincero, mejor de lo que se merece. Y en lugar de estrecharme la mano y aceptarlo, se ha quedado sentado en el sillón de su oficina, rascándose la mejilla. «*No lo sé. Voy a tener que meditarlo*», me ha dicho después de un rato.

Meditarlo.

Que tiene que meditar mi puta propuesta.

Nadie tiene que meditar los tratos que les ofrezco; los aceptan, y agradecen al mismísimo Jesucristo poder hacer negocios con Cane Enterprises.

Atravieso las puertas del ascensor, me abro paso por el ajetreado vestíbulo y salgo del edificio de oficinas en dirección al *delicatessen* que está al final de la calle, a dos manzanas. No suelo enviar a mi ayudante, Karla, a que me traiga comida, porque me hace sentir como un gilipollas —a pesar de lo que la gente pueda pensar de mí—, y así disfruto del tiempo que me lleva salir para respirar aire fresco. Bueno, estamos en Los Ángeles, así que hablar de «aire fresco» es una exageración, pero me da un segundo para relajarme antes de volver a sentarme detrás del escritorio, donde controlo operaciones de miles de millones de dólares con el teclado.

Suena el teléfono en mi bolsillo y no me molesto en mirarlo, porque sé que son los pedidos de JP y Breaker. Ni siquiera sé por qué les he dicho que me envíen un mensaje, porque siempre toman lo mismo. Igual que yo. Un *Philly cheesesteak* con extra de champiñones. Y, por supuesto, con pepinillos. Es nuestro sándwich favorito. No lo comemos a menudo, pero, cuando vamos al *deli*, lo pedimos de forma habitual.

La acera está más transitada de lo normal. Es verano en Los Ángeles, lo que significa que los turistas están por todas partes, que los viajes en autobús para ver las casas de los famosos estarán a tope, y que conducir por la 101 va a suponer una pesadilla. Por suerte para mí, vivo a solo treinta minutos del despacho.

Cuando me acerco al *delicatessen*, un todoterreno negro que me resulta muy familiar se detiene delante. Al abrirse la puerta, veo que Dave Toney —hablando del rey del Roma— sale del vehículo. ¿Qué probabilidades había de que ocurriera tal cosa?

Por lo que sea, parece que la suerte está de mi lado. Nada como un buen acercamiento para intentar asegurar un trato. Tal vez JP

tenía razón y Dave Toney puede cambiar de opinión cuando me vea recoger el almuerzo. Esto supone, sin duda, *un nivel diferente*.

Me abrocho la chaqueta del traje y acelero el paso. Nunca pierdo la oportunidad de hacer negocios. Nunca. A medida que me acerco, me pilla peligrosamente desprevenido una mano femenina que sale del vehículo detrás de Dave. Reduzco la marcha y me fijo en esa mano... Una mano pequeña con un anillo de compromiso MUY grande.

Mierda, ¿Dave Toney está comprometido?

Asumo que sí, ya que sostiene la mano de esa mujer.

Pero comprometido... Joder, ¿cómo se me ha pasado por alto ese detalle?

Normalmente soy consciente de que...

Mis pensamientos se detienen en seco, y parpadeo un par de veces cuando su prometida se gira y me ofrece una vista de perfil de su figura.

Santo Dios... ¡Joder!

Parece que el compromiso no es la mayor sorpresa del día.

Gracias al vestido ajustado que lleva y a su esbeltez, no me cabe duda de que la prometida de Dave Toney está embarazada.

Dave Toney, comprometido y con un bebé en camino. ¿Cómo...? ¿Cuándo...?

Se despide del conductor, cierra la puerta y mira hacia atrás el tiempo suficiente como para que establezcamos contacto visual. Arquea las cejas en señal de sorpresa y luego se da la vuelta y me saluda con la mano.

—Cane, no esperaba verte en la calle.

Ya, ninguno de los dos esperaba que volviéramos a vernos, pero no voy a dejar que la conmoción de este nuevo acontecimiento me perturbe.

Ha llegado la hora del espectáculo.

Sonrío.

—Estoy disfrutando del bochornoso sol de California mientras voy a buscar el almuerzo para mis hermanos y para mí. —Me acerco a él y le tiendo la mano, que estrecha brevemente—. Este *deli* se ha convertido en nuestro favorito. Todo lo que sirven está buenísimo.

—¿En serio? —pregunta Dave, sorprendido—. Eso me dice Ellie. Yo nunca he estado, pero me asegura que tienen los mejores pepinillos del mundo.

—A mis hermanos también les gustan los pepinillos. —Le tiendo la mano a su prometida—. Tú debes de ser Ellie.

—Joder, qué maleducado soy... — Dave se ríe, incómodo—. Sí, ella es Ellie. Ellie, este es Huxley Cane.

—Un placer conocerte —dije Ellie con un acento sureño muy dulce que he escuchado antes.

Le estrecho la mano brevemente.

—Déjame adivinar, ¿eres de Georgia?

Una sonrisa le ilumina la cara.

—Sí. ¿Se nota?

Sí, y eso es un buen augurio para mí.

—Mi abuela se ha autoproclamado siempre un «melocotón» de Georgia. He pasado muchos veranos llenos de humedad en su porche, meciéndome en el balcón con ella mientras me ponía al corriente de los últimos cotilleos del pueblo.

—¿De verdad? ¿De dónde es?

—De Peachtree City.

Sus ojos se abren de par en par con deleite y se lleva la mano al pecho.

—Crecí en Fayetteville, al este de Peachtree. Vaya, qué pequeño es el mundo.

Sí. Sí, en efecto. Sobre todo, porque mi abuela reside en San Diego, y, en realidad, yo nunca he estado en Georgia, pero eso es algo que no necesitan saber. Tampoco tienen que saber que reconozco su acento porque salí con una chica de Peachtree City en la universidad. Al final, todo es una cuestión semántica.

Encantado con la pequeña incursión que estoy haciendo en el mundo de Dave, me vuelvo hacia él, solo para ser recibido por un hombre con una actitud muy territorial. Oh-oh... Tiene la mandíbula tensa y el ceño fruncido, y en sus ojos no se refleja ni pizca de humor por nuestro pequeño..., pequeñísimo mundo.

Ese tipo está prácticamente marcando su territorio con un gruñido de ira. No me sorprendería que empezara a dar vueltas en torno a Ellie para orinar a su alrededor.

Dado lo que sabe de mí —que soy el tipo sexy y ligón que aparece en las páginas de *Page Six*, aunque no sea un título reciente, gracias a Dios—, debe de pensar que soy una amenaza. Algo que no soy. Es decir, quizá Ellie sea una rubia muy atractiva y tenga unos impresionantes ojos azules, pero está embarazada —una pesadi-

lla— y comprometida, y eso la sitúa, por lo tanto, fuera del mercado.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo que han dicho mis hermanos, es probable que Dave no lo considere así tratándose de mí.

Lo que significa que tengo que arreglar la situación con rapidez de la mejor manera posible.

Pero ¿cómo...?

¿Cómo puedo hacerlo?

Bombilla encendida

¿Has visto ese brillante destello de luz? Sí, se me ha ocurrido una idea. Puede que no sea inteligente por mi parte. Sí, sin duda, no es lo más inteligente que se me ha ocurrido, pero Dave parece estar más tenso con cada segundo que pasa, así que...

Allá voy...

Y no me lo pienso dos veces; famosas últimas palabras.

—Fayetteville, ¿eh? —Me humedezco los labios. *Venga, voy...*—
Vaya, qué locura. Creo que los padres de mi prometida son de Palmetto. ¿No está al norte?

Sí, «prometida». Ya he dicho que no era una idea inteligente, pero es la mejor que se me ha ocurrido.

—En efecto, Palmetto está al norte —asiente Ellie con mucha alegría, y Dave le rodea la cintura con la mano en un gesto protector.

—¿Prometida? —pregunta después de aclararse la garganta—
¿Estás comprometido, Cane? —Hay un interés genuino en sus ojos, y la tensión que se estaba acumulando en sus hombros parece disiparse lentamente.

—Sí.

—Ay..., ¡qué sorpresa!

No puedo adivinar sus pensamientos. ¿Me cree? ¿Está poniéndome a prueba? ¿Estaré empeorando la situación de forma exponencial? Espero que no. No quiero perder este trato.

Me niego a que se me escape de las manos cuando estoy tan cerca de conseguirlo. Trabajar con esas propiedades sería muy beneficioso para nuestra cartera, en especial teniendo en cuenta lo que hemos planeado para ellas. Y conseguir un acuerdo con Dave Toney me haría sentir victorioso. Mi mente empresarial toma el control, lo que hace que mi sentido común ondee al viento.

Así que, antes de que pueda cambiar de opinión sobre lo que está a punto de salir de mi boca, trago con fuerza.

—Sí, comprometido y... a la dulce espera.

En el momento en que esa mentira atraviesa mis labios, una sensación de asco se apodera de mí, porque, joder, sé lo mucho que se esfuerzan algunas mujeres para quedarse embarazadas, y mentir sobre algo así..., joder, no me parece bien. Pero, como he dicho, el sentido común ha desaparecido de mi mente en este momento y estoy dejándome llevar por un instinto idiota.

—¿De verdad? —Ellie aplaude—. ¡Oh, Dios mío! —Se palmea la barriga—. Nosotros también. Dave, ¿no te parece emocionante?

—Claro que sí. —La expresión de Dave pasa de novio inseguro y protector a... a una mirada que no había visto antes en él: compasiva.

Comprensiva.

Me atrevería a decir que amistosa.

Me meto las manos en los bolsillos del pantalón del traje para evitar moverlas, y adorno la mayor mentira de mi vida.

—Sí, mi abuela me la presentó en Peachtree. Fue uno de esos amores a primera vista.

Ellie junta las manos.

—¡Oooh, me encantan los flechazos!

Me encojo de hombros.

—Sí, y congeniamos con mucha rapidez. —Intento mirar hacia el cielo mientras pienso en mi imaginaria prometida embarazada y en lo mucho que *gulp* la quiero—. Hemos recorrido el camino un poco al revés, con el embarazo primero, así que supongo que no hemos hecho nada bien, dados los tiempos que marca la sociedad.

—Lo mismo digo —conviene Dave, y lo veo, justo en sus ojos. Una nueva apreciación sobre mí. Esto es de lo que hablaban los chicos. Esto era lo que Dave necesitaba, verme como un «ser humano» más.

Y este soy yo, conociendo a Dave a un nuevo nivel. Conectando con él. En este momento, no me ve como el hombre de negocios sexy que va a por todas, sino como alguien a quien puede invitar a tomar una cerveza y hablar de las preocupaciones que le surgen porque está a punto de ser padre.

Esta podría ser exactamente el tipo de relación que necesitaba. Un poco de charla, una mentirijilla que no va a hacer daño a nadie. No tiene por qué conocer a mi chica imaginaria. Ni siquiera necesita saber mucho sobre ella. Así que la idea me parece mucho más atractiva.

Mmm..., tal vez esto no sea tan mala idea al final.

Tal vez es, en realidad, pura brillantez en su máxima expresión.

Recuerda mis palabras: mañana a estas horas me llamará, ya no dispuesto a meditar mi oferta, sino más bien dispuesto a aceptarla.

Huxley Cane, eres un genio.

—Dave, ¿no sería absolutamente genial que Huxley y su prometida vinieran a cenar?

Abhh, ¿y ahora qué?

¿Cenar?

Ellie junta las manos.

—Sería guay poder hablar con gente en nuestra misma situación —continúa, echándose hacia delante—. A la familia no le ha hecho mucha gracia que esperemos para casarnos hasta que nazca el bebé. Mis padres son bastante tradicionales.

El sudor me cubre el labio superior e intento mantener una expresión neutral.

Una cita para cenar.

Con mi «prometida».

¡Oh, joder!

Aborta, Cane. ¡ABORTA!

—Eso sería maravilloso —dice Dave con una sonrisa jovial.

¡JODER!

—¿Qué tal la noche del sábado? —continúa.

¿El sábado por la noche?

¡Joder! ¡Joder!

Es dentro de cuatro días.

Solo tendría cuatro malditos días para encontrar no solo una prometida, sino una prometida embarazada.

Huxley Cane, no eres un genio, eres un auténtico imbécil.

—Oh, dale un segundo para que lo hable con su chica —dice Ellie. Diría que gracias a Dios por las palabras de Ellie, pero la cita para cenar ha sido idea suya—. ¿Por qué no se lo confirmas a Dave y ya él me dice si podéis? Me encanta cocinar. Podría preparar una comida sureña si queréis.

Mi mente ya está formulando excusas de por qué mi prometida y yo no podremos ir el sábado.

—Y tal vez podamos hablar un poco más del trato —agrega Dave con una sonrisa genuina.

Joder.

Joder. Joder. Joder.

Ahora no puedo decir que no. Correría el riesgo de echar a perder el acuerdo.

Dios...

A pesar de que tengo la boca tan seca como la arena del desierto, trago saliva y asiento.

—Sí... —Se me quiebra la voz—. El sábado me parece bien.

—Genial. —Ellie aplaude—. Oh, ya estoy deseándolo. Voy a hacer acelgas al estilo sureño y la mejor tarta de melocotón del mundo. Dave te enviará la dirección.

—Perfecto —añado con una sonrisa temblorosa. ¿En qué demonios me estoy metiendo?

—¡Oh, cariño, vamos a llegar tarde! Tendremos que ir al *deli* después de clase, ¿no te importa? —pregunta Dave.

—Siempre que pueda pedir doble de pepinillos... —responde Ellie, y deposita un beso en los labios de Dave.

Aquel gesto me revuelve el estómago. No es que me parezcan repulsivos ni nada de eso, pero es un recordatorio descarnado del agujero que me acabo de cavar yo solito.

—Perfecto, nos vamos a clase de Lamaze: estamos aprendiendo la técnica del parto natural. Estamos en contacto —dice Dave con un gesto.

Les devuelvo el ademán, rezando para que no me tiemble la mano y, sin entrar en el *deli*, me doy la vuelta y regreso al despacho, con la mente centrada en cómo voy a resolver esta cagada.

Huxley Cane, eres un auténtico idiota.



2

LOTTIE

Con las manos en el volante, miro fijamente la casa donde pasé mi infancia, que también es mi actual lugar de residencia; una pequeña edificación que pertenece a la familia desde hace años, y cuando digo años quiero decir muchos años. La abuela Pru la compró en los 50, y después la heredó mi madre, que nos crio sola a mi hermana y a mí en ella.

El estuco blanco se ha desvanecido con el paso del tiempo y el color se asemeja más a crema que a cualquier otro; además, el tejado de tejas rojas necesita unas reparaciones que mi madre puede permitirse, pero, a pesar de ello, su novio, Jeff, con el que vive desde hace trece años, quiere ocuparse de ello.

Hablando de Jeff, se encuentra en el patio delantero con unos enormes pantalones cortos vaqueros y la típica camiseta blanca, empujando el cortacésped. Jeff siempre lleva un cigarrillo apagado colgando de los labios, porque, aunque no fuma nunca, le reconforta saber que podría hacerlo si quisiera. No me preguntes por la psicología que hay detrás de tal acto, no la entiendo, pero Jeff es muy bueno con mi madre y ha sido una referencia maravillosa para mi hermana y para mí durante los últimos años. Así que, si quiere llevar un cigarrillo en la boca, que así sea. Podría ser peor.

La cuestión es que, si Jeff está en el patio delantero, no me va a permitir llevar la caja con mis pertenencias del trabajo a mi habitación sin acribillarme a preguntas. Y no quiero que Jeff y mi madre me interroguen. No pueden enterarse de que Angela me ha despedido. Sería un desastre de proporciones épicas.

No, no pueden averiguarlo NUNCA.

Y no pueden saberlo porque me rogaron y suplicaron que no aceptara ese empleo, que buscara otro en el que no estuviera bajo las órdenes de alguien con quien he compartido una relación tóxica

durante años. Pero ya sabes cómo va esto. Los padres no se enteran de nada, nosotros lo sabemos todo, y luego nos tenemos que tragar nuestras palabras cuando nos damos cuenta de que deberíamos haberlos escuchado.

Aggg...

Como no quiero que Jeff sospeche nada, salgo de mi destartado Volkswagen Escarabajo sin la caja, me cuelgo el bolso al hombro y fuerzo una hermosa sonrisa que sé que le alegrará el día.

—Hola, bichito —dice él, usando el apodo que me puso mi madre hace años.

—Hola, Jeff. —Lo saludo mientras apaga el cortacésped y se ajusta las gafas de sol en el puente de la nariz—. Te ha quedado muy bien la hierba.

—Gracias. Creo que el comité de embellecimiento del barrio tendrá que fijarse en nosotros este año.

Oh, Jeff, siempre tan lleno de esperanza.

Verás, vivimos en la frontera, es decir, a una calle de distancia de The Flats, en Beverly Hills. Y todos los veranos hay un comité que va de casa en casa eligiendo los mejores jardines del barrio para darles diversos premios. Siempre nos hemos paseado por The Flats para admirar los fabulosos y cuidados céspedes que hay, pero son obra de jardineros profesionales, no de los propietarios. Por eso, la semana antes de que los jueces se paseen por el barrio, hay una actividad desmedida incluso aquí, en nuestra casa, porque la última casa de la ruta está al otro lado de la calle, justo después de los arbustos, y, para verla, tienen que pasar ante la nuestra, y Jeff está decidido a hacerse notar.

—Tendrás que conseguir que mamá arregle el tejado si quieres tener alguna oportunidad.

No hay ni una sola posibilidad de que nuestro jardín llame la atención del comité de embellecimiento, que está formado por una pandilla de ricos esnobs que nunca mirarían al otro lado de la calle. Pero es bueno que Jeff tenga esperanzas, sobre todo porque trabaja mucho.

Hunde los hombros en señal de derrota.

—Mira que se lo he dicho. Necesitamos que el tejado esté impecable. Con las tejas rotas nunca vamos a ganar. Creo que un día de estos voy a llamar a los chicos para que lo arreglen mientras ella está en el trabajo. Mejor pedir perdón que pedir permiso.

—Un enfoque muy inteligente.

—¿Qué tal en el trabajo?

Me detengo camino de la puerta principal.

—Genial. Un día típico —dijo, sin quitar la sonrisa. Sí, un día típico de deambular por las calles de Los Ángeles, tratando de matar el tiempo antes de poder volver a casa, pues sé de sobra que mi madre y Jeff conocen mi horario y que, si llegara a casa más temprano de lo normal, empezarían a sospechar. Por suerte para mí, durante mi errático paseo, un entrañable vagabundo me ha dicho que me compre unas medias frunciendo el ceño ante mis piernas desnudas. Así que me he premiado con un helado de menta a modo de consolación que, víctima del sol veraniego de California, ha acabado goteando en la pechera de mi blusa blanca; para colmo, he pisado una rejilla de la calle y me he roto el tacón de uno de mis Jimmy Choo de hace dos temporadas, razón por la que estoy entrando descalza en casa.

Sí, ha sido uno de esos días.

Sí, ha sido uno de esos días.

—Te ascenderá dentro de una semana, ¿verdad? —pregunta Jeff—. ¿No estás contenta? Por fin podrás buscarte un apartamento.

Inserta aquí un profundo suspiro.

Le muestro el pulgar hacia arriba.

—Sí, muy contenta.

Sin decir nada más, abro la puerta de casa e inmediatamente el aroma a los palitos de merluza caseros de mi madre inunda mis fosas nasales. Dios, otra vez no.

¿Es que no puede tomarse un descanso?

—Jeff, la cena está casi lista.

—Soy yo, mamá —digo, e intento seguir hacia mi habitación, pero, antes de que pueda avanzar por el pasillo, mi madre asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

—Bichito, llegas justo a tiempo para la cena.

Le hago un gesto.

—No tengo mucha hambre. —Me llevo la mano al estómago—. He comido tarde. Puede que me tome una manzana dentro de un rato.

—No seas ridícula. Ve a lavarte las manos. —Sí, todavía me obliga a lavarme las manos antes de comer—. Y refréscate un poco. Tendrás un cubierto esperándote.

Suspiro.

—Gracias, mamá. —Llego a mi habitación, cierro la puerta y me deslizo por ella hasta que poso el trasero en el suelo—. Dios, necesito beber algo. —Saco el teléfono del bolso y le envío un mensaje a mi hermana.

***Lottie:** Necesito alcohol. Mamá y Jeff se van mañana: tenemos todo el día para ir de copas. ¿Te apuntas?*

Kelsey, mi «cuasigemela» —solo nos llevamos un año—, como le gusta llamarla a mi madre, es organizadora profesional; sí, yo también me quedé flipada cuando me dio esa información. Básicamente, ha puesto en marcha su propio negocio de orden en casa; va allá donde las personas la contratan para enseñarles a organizar las despensas y que tengan unos armarios más funcionales, es decir, que no tengan basura que no usan en casa. Cuando le pregunté en qué se diferenciaba de todos los demás «organizadores» que se han sumado a la moda de *The Home Edit*, su respuesta me dejó boquiabierta, porque la ha pensado bien. Se centra en organizarlo todo de forma sostenible. En lugar de animar a sus clientes a utilizar contenedores de plástico transparentes, trabaja con una empresa que ofrece productos de organización sostenibles, fabricados con materiales reciclados. Su método es mejor para el medio ambiente y mejor para la casa. ¿Lo pillas? Me resulta alucinante. Al parecer, está a punto de convertirse en una celebridad, y yo creo en ella. Ahora mismo gana lo justo para hacer crecer el negocio y permitirse solo el alquiler de un pequeño estudio en West Hollywood.

Me llega un mensaje.

***Kelsey:** ¿No deberías ir a trabajar mañana?*

Me levanto del suelo y me desabrocho la blusa antes de devolverle el mensaje.

***Lottie:** Debería...*

Dejo el teléfono y me quito el resto de la ropa, que lanzo a la cesta de la colada sin preocuparme por la mancha de helado. El daño ya está hecho. Me pongo unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y me recojo mi largo pelo castaño en una coleta.

Kelsey: *No me digas que esa zorra te ha despedido.*

Lottie: *Considérame en paro.*

Kelsey: *Te dije que iba a pasar esto. Es tan... Dios, Lottie, si vuelves a hablar con ella, te mato, ¿me oyes?*

Lottie: *Créeme, Angela está muerta para mí desde hoy mismo, a pesar de lo que ella pueda pensar.*

Kelsey: *Déjame adivinar: esa narcisista aún cree que seguiréis siendo amigas.*

Lottie: *Sí. Oye, por ahora no voy a decírselo a mamá y a Jeff; tengo que pensar algo primero. Pero ellos siguen creyendo que voy a mudarme la semana que viene, cuando me den el ascenso... y ahora estoy en paro.*

Kelsey: *Tu secreto está a salvo conmigo. Llegaré mañana, alrededor de las nueve, con tequila para hacer margaritas.*

Lottie: *¿Puedes traer el cuaderno de ideas?*

Kelsey: *Ya estoy metiéndolo en el bolso. Voy por delante de ti, hermanita.*

Lottie: *Te quiero.*

Kelsey: *Yo también te quiero. Y no te preocupes: lo resolveremos.*

Sintiéndome un poco más aliviada, dejo el teléfono en la cómoda; si mi madre ve un teléfono cerca de la mesa, lo coge y lo tira al retrete. He sido víctima de eso una vez, y nunca más. Después de pasarte la noche secando el teléfono, aprendes deprisa a no volver a hacerlo.

Recorro el pasillo hasta el comedor, donde pillo a Jeff dándole a mi madre un casto beso en la mejilla. Le susurra «*Gracias*» antes de tomar asiento. También se ha cambiado de ropa, y en sus manos no queda ni rastro de tierra del jardín. Sé que volverá con sus tareas después, pero agradezco que acate las normas de mi madre en la mesa.

—Huele muy bien, mamá —miento en cuanto tomo asiento. A Jeff le encantan sus palitos de merluza caseros, pero yo los detesto. Aun así, me los como porque me enseñaron a una edad muy temprana que hay que comer lo que tienes en el plato y no quejarte por ello. La cuestión es alegrarse por tener comida.

—Gracias. He hecho de postre tu tarta favorita.

Eso es algo que compensa tener que tragar los palitos de merluza.

—Eres increíble. Gracias.

Mi madre se sienta y los tres nos cogemos de las manos. Mi madre pronuncia una oración y luego comemos. Por suerte, mi madre me ha dado los palitos más pequeños, y los trago con facilidad ante la promesa de un poco de tarta recién hecha.

—¿Qué tal en el trabajo, bichito? —pregunta mi madre, sirviéndose una cucharada de salsa tártara en el plato. Le pasa la salsa a Jeff, que también se echa una cucharada, y este a mí. Lleno el plato con la salsa porque es la única manera de tolerar los palitos de pescado sin vomitar.

—Genial —respondo; la mentira me hace daño en la lengua.

Al criarme con una mujer fuerte e independiente, he aprendido tres cosas: no se miente, no se engaña y siempre se lucha por lo que se quiere. Bueno, acabo de mentir, porque no puedo soportar contarles la verdad. Jeff y mi madre me dijeron —lo mismo que Kel-

sey— que era una mala idea aceptar un empleo de Angela. Angela, que es caliente y fría a la vez. Narcisista y errática. Me animaron a que esperara a que me surgiera un trabajo mejor, que ya llegaría la oportunidad para una graduada de la UC Irvine con un máster en negocios.

Que algo encontraría.

Algo.

Pero no llegó nada.

No tuve ninguna oportunidad.

Y me desesperé.

El préstamo que tuve que pedir para pagarme los estudios universitarios me agobiaba, las responsabilidades me devoraban.

Necesitaba un trabajo.

Angela era mi única opción. Me ofreció un puesto temporal en su empresa, con un salario bajo que me obligaba a vivir con mi madre para poder seguir en el sur de California, y con la promesa de que, si hacía bien mi trabajo, al cabo de un año, mi salario se triplicaría —sí, se triplicaría, esa fue la reducción de sueldo que acepté— y tendría un puesto permanente. Mi madre y Jeff aseguraron que solo una tonta aceptaría, porque Angela me iba a fastidiar de alguna forma.

Pero no tuve otra opción. Ninguna. Así que acepté.

Y me he quedado sin nada.

Durante los meses siguientes, se produjo un crecimiento brutal del blog gracias a mí. Empezaron a seguirnos famosos e *influencers* y, antes de darme cuenta, *Angeloop* se había convertido en un referente para todo el mundo. Y yo formaba parte de ello. Les solté un «*Os lo dije*» a mi madre y a Jeff después de que apareciera el primer anuncio en el *Today Show*. Les dije que tenía que dedicarle tiempo y que todo iba a seguir yendo bien.

¿Oyes ahora sus risas sarcásticas?

No solo no tengo dinero, sino que tampoco tengo trabajo, y dentro una semana —a no ser que les cuente la verdad— no tendré dónde vivir.

Como diría Rachel Green: «*Es casi tan genial como una patada en la entrepierna o un escupitajo en el cuello*».

—¿Ya has alquilado un apartamento? Sé que viste uno que te gustó en West Hollywood, cerca de donde vive tu hermana.

Cierto, pero, gracias a Dios, mi miedo al compromiso hizo que no firmara el contrato de alquiler. Eso solo habría hecho que la pesadilla fuera peor.

—No me gustaba tanto; no era mi ambiente.

Jeff se ríe.

—Maura, ¿te acuerdas cuando tenías veinticinco años y buscabas un lugar para vivir basándote en las vibraciones que te daba?

—Se lleva la mano juguetonamente el pecho—. Qué recuerdos...

Mi madre se ríe y le pasa la mano por la espalda.

—Recuerdo que encontré una habitación en Koreatown donde el inodoro estaba al lado de la cama y lo usaba como mesilla de noche. Fue en esos momentos de mesilla de noche-retrete-asiento cuando pensé: «*Vaya, esto es real...*». —Mi madre me mira—. Era muy cutre, eso era.

Jeff asiente entre carcajadas.

—El inodoro como mesilla de noche, eso es imbatible. Yo tenía un vecino que me fastidiaba a todas horas con una escoba.

Los miro a los dos.

—Sabéis que casi soy de la generación Z: el sarcasmo puede ser muy hiriente a veces.

Se ríen.

—Eres una *millennial* muy blandita —dice mi madre—. No pasa nada, bichito. Puedes quedarte con mami todo el tiempo que quieras. Nos encanta no tener privacidad.

Sonríe, y sé que está de broma. Nunca me echaría de casa, pero también soy consciente de que llevan tiempo esperando que me marche.

—Si os gusta no tener privacidad, podríamos hacer una fiesta de pijamas esta noche. Podemos meternos todos en vuestra cama.

Jeff levanta la mano.

—Por favor, conmigo no contéis.

Pobre Jeff, es un buen tipo, y sé que quiere disfrutar de un poco de intimidad. Ha vivido con nosotras desde que éramos pequeñas. Creo que está deseando tener más tiempo a solas con mi madre. Y de esta forma, la culpa se acumula. ¿No es una putada que Angela me haya jodido la vida? Por supuesto, pero si no resuelvo esta cuestión, seguiré privando a mi madre y a Jeff de la libertad que llevan esperando tanto tiempo.

—Nos apetece mucho pasearnos en pelotas por la casa —suelta mi madre, así de sopetón, haciendo que la mire con horror—. Es lo que hacemos siempre que sales con tu hermana. Ponemos algo de Harry Connick Jr., nos desnudamos y bailamos en el salón.

—Dios mío, ¿por qué me cuentas eso? —Dejo el tenedor; es imposible que siga comiendo. A ver, Jeff y mi madre son personas atractivas; él hace pesas en el garaje y ella se mantiene en forma, pero peso no significa que quiera imaginarlos desnudos!

—Solo para que sepas lo que estamos deseando hacer. —Me guiña un ojo y luego moja un palito de merluza en la salsa tártara como si tal cosa.

—Podría vivir sin saberlo. —Me recuesto en la silla y cruzo los brazos ante el pecho.

Mi madre agita el tenedor para señalar mi plato.

—Come, bichito. La tarta está esperándote.

¿Cómo olvidarlo?

Me asomo a través de las ramas desde detrás de un arbusto, y veo que Jeff se acerca a mi madre para darle un beso y un apretón en el culo —¡oh, qué gente!— y luego los dos se meten en sus respectivos coches para ir al trabajo. No abandono los arbustos de inmediato; espero otros dos minutos para asegurarme de que no se han olvidado de nada. Dada mi suerte, entrarían en casa justo cuando estoy abriendo una bolsa de patatas fritas.

Cuando creo que no hay moros en la costa, rodeo los arbustos, intentando no engancharme la falda tubo negra con una rama —no puedo permitirme el lujo de estropear ropa buena que pueda usar en las entrevistas—, y atravieso la calle de puntillas con unos tacones negros. Doy gracias a Dios por haber creado los arbustos de dos metros, porque gracias a ellos no se han dado cuenta de nada. Subo despacio por la acera hasta la casa, abro la puerta, me cuelo dentro e inspiro hondo.

Misión cumplida. Aunque ahora me pregunto por qué no he ido hasta casa de Kelsey en lugar de montar toda esta charada.

El zumbido de la nevera es el único ruido en la casa, más bien silenciosa. Todo está en orden, no hay un cojín fuera de sitio ni un solo plato en el fregadero. Es posible que a mi madre le guste esto:

la paz. Poder disfrutar del hogar que tanto le ha costado conservar.

No se trata de que yo sea ruidosa, maleducada o una mala «compañera de piso», pero tener la casa para ti, poder hacer lo que quieras en ella sin pensar que alguien puede sorprenderte tiene algo de mágico. Y eso es lo que mi madre y Jeff ansían con desesperación.

Lo sé porque lo mencionan casi todos los días.

Tengo que encontrar un trabajo, y rápido.

No solo porque quiero que mi madre disfrute de paz con Jeff, sino también porque no me queda mucho dinero en la cuenta bancaria y los préstamos universitarios no se pagan solos. Por no mencionar que se acerca la reunión del instituto y sería horrible aparecer como estoy ahora, en paro, hasta las cejas de deudas, usando un vestido de hace cinco años y viviendo en casa de mi madre.

Tampoco es que pueda no aparecer, porque, si no voy, Angela sabrá por qué es, y no voy a darle esa satisfacción.

No, tengo que resolver todo esto.

Vuelvo a mi habitación y me cambio la ropa de trabajo por unos pantalones cortos y una camiseta raída con una imagen de Taylor Swift que tengo desde hace más de una década.

Cuando vuelvo al salón, llega un mensaje a mi móvil.

Kelsey: *¿Todo despejado?*

Lottie: *Despejado.*

Unos minutos más tarde, Kelsey atraviesa la puerta con una botella de tequila y el resto de los ingredientes para hacer margaritas.

—Aquí tienes lo necesario para olvidar todos tus problemas.

Me acerco a ella, le arranco el tequila de la mano y le doy un abrazo.

—Gracias por venir.

—¿Para qué están las hermanas si no? Además, hoy tengo un día poco ocupado. Solo tengo que contestar algunos correos. Me he traído el portátil para poder trabajar un poco.

—¿Mientras bebes? —pregunto, arqueando las cejas—. No me parece una idea inteligente.

—Iremos despacio. —Me mira de forma mordaz—. El alcohol puede aliviar el dolor, pero no va a solucionar nada. A no ser que... ¿Has decidido decírselo a mamá y a Jeff? Porque, si ese es el caso, nos ponemos las pilas. Solo tendremos que emborracharnos y pelearnos por sitio para vomitar en el inodoro en horario de máxima audiencia, dentro de dos horas.

Niego con la cabeza.

—No, no se lo voy a contar todavía. —Con los ingredientes de los margaritas en la mano, las dos nos dirigimos a la cocina, donde dejamos todo sobre la encimera—. No creo que pueda decírselo. Deberías haber visto sus caras ayer por la noche, cuando hablaban de tener la casa para ellos solos y poder bailar por fin desnudos.

—Aggg... —Kelsey arruga la cara.

—Dímelo a mí. Precisamente la imagen menos oportuna mientras intentaba tragarme los palitos de merluza de mamá. —Cojo dos vasos y una coctelera de la encimera. Kelsey abre el congelador para sacar una bandeja de cubitos de hielo. Mi madre, al igual que con el tejado, piensa que la nevera aún está en buen estado—. Estaban entusiasmados con mi marcha, y no tuve corazón para decirles que en este momento sigue siendo algo muy muy lejano. Por eso quiero beberme esta botella de tequila entera. —Me llevo la mano a la cara—. Soy un fracaso, Kelsey.

Se acerca a mí y me da un abrazo. La rodeo con los brazos y la estrecho con fuerza, aprovechando aquel cariño fraternal.

—No eres un fracaso —dice Kelsey—. Te has tropezado con una piedra en el camino, eso es todo.

—Todos me lo dijisteis, me advertisteis que iba a joderme viva en algún momento, y puede que incluso yo lo pensara al principio, pero después de adaptarme al ritmo de trabajo y de demostrar mi valía en la empresa, pensaba que podía confiar en ella. Pensaba que había encontrado mi lugar. —Niego con la cabeza—. Soy idiota.

—No eres idiota. —Me da unas palmaditas en las manos antes de soltarme—. Pero tal vez hayas tomado algunas malas decisiones.

—Siempre tomo malas decisiones. ¿Recuerdas la vez que me dijiste que no invitara a salir a Tyler Dretch porque decías que le gustabas? Intenté demostrarte que estabas equivocada y lo invité a salir de todos modos. Y él me dijo que prefería salir con la versión más joven de mí. Y eso fue en el instituto. En el instituto, Kelsey.

Se ríe.

—Lo sé. Te dije que no lo hicieras.

—¿Y cuando me compré esos capri de mil rayas de color melocotón? Te convencí de que eran la última moda, pero aún no habían salido al mercado. Me los puse para ir a la playa y se me rompieron en la costura de la entrepierna en cuanto me agaché. No había apretado el culo tan rápido en mi vida.

—Todavía tengo grabada la mirada de horror que pusiste cuando sentiste la brisa del mar en tus partes femeninas. Por cierto, no llevar ropa interior fue otra mala decisión.

—¿Ves? Ni siquiera sé qué es tomar una buena decisión.

—Eso no es cierto. Son pequeñeces. También has tomado decisiones buenas.

—Ah, ¿sí? —pregunto, vertiendo los ingredientes del margarita en la coctelera—. Por favor, dime alguna de ellas.

Kelsey se apoya en el mostrador y se da golpecitos en la barbilla con el dedo.

—Eeh... Tú..., bueno, hubo una vez... Mmm, oh, ¿y esa...? Tal vez no...

—Por favor, sigue, sigue... —digo secamente—. Me siento abrumada. Apenas puedo respirar de tanto halago.

—Dame un segundo... Sííí..., cuando elegiste hacer el máster. Esa fue una gran idea.

—¿Tú crees? —pregunto—. Porque durante el último año me he dedicado a invertir mi mísero sueldo en pagar el préstamo universitario. Y el máster no me ha servido para otra cosa que para conseguir un trabajo con Angela que ya sabemos cómo ha acabado.

—Ah, me había olvidado de tu préstamo universitario. ¿Tanto debes? —Kelsey frunce el ceño.

Agito la coctelera mientras la miro.

—Sinceramente, no soy capaz ni de mirar los extractos, tengo demasiado miedo. Y como se cargan los pagos solos...

—¿Cuánto dinero tienes en el banco?

Hago una mueca.

Prefiero no pensarlo.

Y sabía que me iba a hacer la pregunta, pero eso no me lo pone más fácil.

Sirvo dos margaritas en sendos vasos.

—No lo sé. También me da miedo mirar.

Kelsey inspira hondo y coge la bebida.

—Bueno, si queremos saber qué vas a hacer, tenemos que arrancar la tirita y echar un vistazo a lo que tenemos entre manos. Necesitamos ser conscientes de tu nivel de desesperación.

Saca el ordenador del bolso y señala con la cabeza la mesa del comedor.

—Es el momento —me anima.

Mierda... Me temo que tiene razón. Es el momento

Me pongo de pie, me llevo el vaso a los labios y doy un buen sorbo. Voy a necesitarlo.

Las dos miramos fijamente la pared que tenemos delante.

No decimos ni una palabra.

No hacemos ningún movimiento.

Solo miramos...

El aire acondicionado se pone en marcha cada pocos minutos, lanzando aire fresco sobre mi acalorado cuerpo. Pero eso es todo. El único movimiento en la casa es el de un mechón de pelo que flota sobre mi rostro apesadumbrado e increíblemente conmocionado.

He oído hablar de tocar fondo. He leído sobre ello. Incluso he visto cómo les pasa a otras personas.

Ayer pensaba que había tocado fondo.

Pero me equivocaba.

Esto..., lo que veo, es lo más bajo que he llegado.

Por fin, después de al menos cinco minutos de silencio, Kelsey se gira hacia mí.

—Diría que tu nivel de desesperación es DEFCON 1.

Levanto mi bebida y me termino el contenido.

—Sí —me limito a decir.

Más de treinta mil dólares de deuda y menos de tres mil dólares a mi nombre.

No es suficiente para pagar la fianza y el primer mes de alquiler de un apartamento.

No es suficiente para seguir pagando el préstamo.

No es suficiente para poder recurrir a él.

No.

DEFCON 1 es precisamente lo que tenemos enfrente: una guerra nuclear.

—No estabas ahorrando mucho, ¿verdad? —pregunta Kelsey.

—No. —Me llevo la mano a la frente; la gravedad de la situación empieza a calar en mi interior—. Odio admitirlo, pero creo que tengo que ponerme a hacer *striptease*.

—¿Qué? —balbuce Kelsey.

—Sí, a desnudarme por dinero. ¿Sabes lo que ganan esas chicas? Se forran. —Me separo la camisa del cuerpo y miro dentro—. Tengo buenas tetas, quizá más pequeñas de lo que algunos quieren, pero a otros chicos les gustan pequeñas, ¿no? Son muy turgentes. Y sé... sé moverme al ritmo de la música.

—Los clubes de *striptease* no buscan gente que se contonee al ritmo de la música de Taylor Swift: quieren que muevas bien las caderas. ¿Sabes hacerlo?

—Nunca se es demasiado mayor para aprender algo nuevo. Se trata solo de menear la pelvis, ¿verdad? Propongo que busquemos algunos clubes de *striptease* y, ya sabes, observemos a la competencia. Así sabremos qué es lo que gusta en Hollywood ahora mismo.

—Ya te digo yo que no es ese baile de dos pasos moviéndote de lado a lado que haces. Además, mamá te mataría. Y date cuenta de que tendrías que bailar en tanga, y que tendrías las tetas a la vista de todos.

Pongo los ojos en blanco.

—Sé lo que hacen las *strippers*, no soy idiota. —Me doy un toquecito en la barbilla—. ¿Crees que hacerme un *piercing* en el pezón incrementaría mis posibilidades?

Parece que Kelsey lo piensa.

—Quizá... Espera, no. —Niega con la cabeza—. No vas a hacer de *stripper*. Se nos ocurrirá una idea mejor que castigar a los hombres con tus bailes. —Se levanta, me tiende la mano y me ayuda a levantarme—. Vamos a dar un paseo. El aire fresco nos despejará la cabeza. La bebida siempre es una buena idea para olvidar, pero no podemos olvidar porque ahora mismo estamos en modo DEFCON 1. Necesitamos ideas, no acabar llorando.

—¿Estás diciéndome que no vas a permitir que me regodee en mi desgracia?

Vuelve a negar con la cabeza.

—No. No tenemos tiempo para regodearnos. A menos que estés dispuesta a decirle a mamá que...

—De eso nada.

—Entonces cázate, que tenemos que empezar a pensar.

Sin preocuparme por nada más, me pongo las sandalias, cerramos y salimos de casa. Kelsey cruza la calle y gira a la derecha.

—¿Quieres pasear por The Flats? —pregunto.

—¿Tienes ganas de deprimirme más?

—Estar rodeada de casas ricas y elegantes puede ser exactamente lo que necesitas. Inspiración.

La sigo arrastrando los pies, y comenzamos el paseo por el barrio donde se encuentran las mansiones más elaboradas y ornamentadas de Los Ángeles. Las aceras están immaculadas, sin una grieta en el cemento, y el césped está tan bien cortado que, de un vistazo rápido, una podría creer que es AstroTurf, por lo perfecto que parece. Una mezcla de palmeras y robles añejos bordean las calzadas, mientras que una profusión de arbustos en cascada y portales de hierro forjado protegen las viviendas de la gente más rica y poderosa.

—Esto es deprimente —protesto con intención de darme la vuelta.

—No, es inspirador. Tienes que cambiar de mentalidad. ¿Quién sabe? Quizá paseando por estas calles nos encontremos con algún ricachón que quiera participar en un caso de caridad.

—Qué maja eres...

Se ríe.

—Ahora en serio, nunca se sabe con quién podemos encontrarnos. ¿No has oído esas historias de personas que conocen a un inversor en un avión y gracias eso consiguen que su producto se venda en todas las tiendas de aeropuerto del país?

—No —respondo secamente—. No conozco esas historias.

—Bueno, pues ocurren. Nunca sabes a quién puedes conocer. —Se ríe—. Es posible que encuentres un marido rico recorriendo estas calles. —Me mira una y otra vez de arriba abajo—. Bueno, vestida así, no, pero...

—¿Sabes?, puede que no sea tan mala idea —digo.

—¿El qué? ¿Buscar un marido rico? —pregunta Kelsey—. Hermanita, estaba de coña.

Pero a mí no me parece una broma. Y, sí, quizá sea el tequila —el poco que teníamos— el que habla, pero tiene que haber algún hombre por aquí buscando a una chica con la que casarse, ¿no? Un soltero que busque un revolcón en su lujosa cama que bien podría convertirse en un enlace para toda la vida... No me opongo a impresionarlo con mis hazañas sexuales. Recuerda, estamos en DEFCON 1.

—No, creo que es buena idea.

—¡Oh, Dios! —dice Kelsey en tono exasperado—. Lottie, sé que estás desesperada, pero no por ello puedes dejar de lado la inteligencia. Encontrar un marido rico no es la solución a tus problemas. ¿Qué crees que puedes hacer? ¿Casarte la semana que viene?

—A veces hay flechazos.

—Para ya: esta no es la solución. Necesitamos algo más concreto, algo que podamos controlar.

—No. —Señalo las casas que nos rodean—. Mira todas esas mansiones. No puedes asegurarme que toda esta gente tenga una vida perfecta. Te apuesto algo a que hay algunos solteros sueltos buscando a alguien que les caliente la cama por la noche. —Me señalo el pecho—. Esa persona puedo ser yo. Soy cálida, tengo brazos acogedores y estoy dispuesta a abrirme de piernas. No tengo ningún problema con eso.

—Que Dios me ayude... —dice Kelsey, que se retuerce las manos mientras mira al cielo.

Levanto el móvil y abro el navegador.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Kelsey.

—Voy a buscar cómo pescar un marido rico.

—Lottie, has tocado fondo. En serio, has alcanzado un mínimo histórico.

—Genial, porque eso significa que a partir de ahora solo puedo subir. Oh, mira... —Señalo mi teléfono—. Un artículo sobre cómo impresionar a los ricos. —Hago clic en él y empiezo a desplazarme por la página—. Dice que les gustan las trenzas. —Miro a Kelsey—. ¿A los ricos les gustan las trenzas? ¿Tus clientes llevan trenzas?

—Bueno... —dice pensativa—. He trabajado con algunas que llevan unas minitrenzas muy estilas.

—Bien, trenzas verificadas.

—Lottie, no puedes hablar en serio.

La desesperación me consume, y una vez que me obsesiono con algo que creo que me ayudará a resolver la situación actual, voy a por todas. Así que, sí, hablo en serio.

—Ropa elegante, pero nada escandaloso. —Miro mi camiseta—. ¿Crees que puede valer esta camiseta de Taylor Swift?

—No —afirma Kelsey—. A nadie le gusta esa camiseta. Está llena de agujeros.

—A menos que hayas experimentado el frescor que se recibe por los agujeros de las axilas, no puedes opinar sobre el asunto. Pero, ojo, los ricos podrían no disfrutarla. —Escudriño el artículo—. Maquillaje, conversaciones sofisticadas. Conocimientos sobre una gran variedad de temas. —Me lo pienso—. ¿Sé de muchas cosas?

—¿De qué tipo de cosas?

Vuelvo a escudriñar el artículo.

—No lo dice, solo menciona una gran variedad de temas.

—Psss..., sabes un montón de datos aleatorios sobre los *reality shows*.

—¡Es cierto! —Me animo—. Eso puede ser entretenido.

—Pero no creo que lo sea para alguien que ingresa suficiente dinero como para permitirse una casa de veinticuatro millones de dólares.

—Mmm, sí, tal vez tengas razón. No te preocupes, me leeré la Wikipedia para refrescar algunos conocimientos.

—Claro, porque Wikipedia es el lugar más indicado para ello —dice Kelsey con sarcasmo, y luego se detiene para mirarme—. Creo que tenemos que centrarnos un poco, Lottie. Es mejor plantear una idea válida. Sé que no es lo que quieres, pero tal vez puedas preguntarle a Ken si puede...

—No. —Me aparto de ella y continúo mi paseo por las cuidadas calles—. No voy a ponerme en contacto con Ken.

—Pero él te daría trabajo, sabes que lo haría.

—Ken está fuera de discusión. Prefiero pasar mis tetas por la cara de un borracho antes que llamar a Ken.

—¿Es porque ahora está saliendo con Angela?

Aprieto los dientes y frunzo los labios hacia un lado.

—No, es que no me apetece volver a arrastrarme delante de mi ex, que me dejó por mi jefa después de que se la presentara. Puedes

tener claro que nunca le suplicaré un trabajo en su patética empresa de transportes. En serio, la idea de pasar las tetas por la cara de un borracho es mucho más atractiva.

—Sabes que él te ayudaría —me presiona Kelsey.

Niego con la cabeza y me doy la vuelta para volver a casa.

—Eso es inútil. Deberías estar pensando en algo útil, no pasearte por ahí mientras se te ocurren cosas como llamar a mi ex para pedirle trabajo. Sinceramente, Kelsey, hoy no estás dando lo mejor de ti.

—Anoche no dormí mucho, y creo que los ingredientes de los margarita estaban caducados. —Se sujeta el estómago.

Le cojo la mano y la hago girar conmigo.

—Esta idea de tomar el aire ha sido un fracaso.

—Es mejor que sentarse en el sofá con una jarra de margarita.

—Siento discrepar —insisto mientras un coche negro se dirige hacia nosotras con los cristales tintados—. ¿Sabes?, la persona que va en ese coche podría ser mi forma de salir de este lío. Sigo pensando que encontrar un marido rico es el mejor camino.

—Alucinas... Eres consciente, ¿verdad? En especial, si vas vestida como una vagabunda en paro. Nadie va a querer tener nada que ver contigo con ese atuendo.

—Pues estos pantalones cortos son preciosos. Y solo tienen tres años.

Kelsey aplaude lentamente.

—Bravo, hermanita.

Cuando cruzamos la calle de regreso a casa, el teléfono suena en mi mano. Subimos a la acera mientras miro la pantalla.

Y entonces me paro en seco.

—¿Qué? —pregunta Kelsey al darse cuenta—. ¿Qué pasa? ¿Saben mamá y Jeff que estamos en casa?

Niego con la cabeza y le enseño el móvil.

—Angela acaba de enviarme un mensaje.

—No puede ser... —Kelsey me arranca el aparato de las manos y teclea mi código de acceso. Sí, lo sabe—. ¿Qué demonios crees que quiere?

—No lo sé, el teléfono lo tienes tú.

Juntas, nos agachamos y Kelsey sostiene el teléfono frente a nuestros ojos para que las dos podamos leerlo.

Angela: Hola, ahora que tienes tiempo libre, ¿crees que podrás ayudarme a organizar la reunión del instituto? Me vendría muy bien tu toque mágico. Se te da todo genial...

—Pero ¡¿qué coño...?! —grita Kelsey—. ¿Cómo tiene el morro de enviarte un mensaje para pedirte ayuda? ¿Se ha vuelto loca? ¿Y eso de «tiempo libre»? Ay, no tienes tiempo libre para ella; tienes que dedicarlo a buscar un nuevo trabajo.

Me quedo mirando el texto, sin poder moverme. Me sorprende que me diga algo así. Que piense que todo está bien después de despedirme.

No es nada personal...

Ya, bueno..., para mí es personal.

Niego con la cabeza.

—Es el peor ser humano que he conocido en mi vida.

—Me alegro de que por fin te des cuenta. —Kelsey me da una palmadita en la espalda y me anima a entrar en casa, pero me quedo quieta.

—No pienso ir a esa reunión. ¿Sabes por qué? Porque se va a pasar todo el tiempo humillándome.

Kelsey me gira hacia ella y me obliga a mirarla a los ojos.

—Oh, claro que vas a ir a esa reunión. ¿Me oyes? Vas a ir, y te vas a presentar del brazo de un tío buenísimo que va a hacer que Ken parezca un maldito trol, y Angela va a babear por tu pareja.

—Es dentro de dos meses. En este momento, no tengo trabajo, vivo con mi madre y no tengo ninguna perspectiva de ir del brazo de nadie. —La señalo—. Y que no se te ocurra ni en broma mencionar la posibilidad de contratar a un acompañante; si lo haces, dejaré de considerarte mi hermana. ¿Entendido?

Ella asiente.

—Entendido. Contratar a un acompañante no es una opción. —Se da un toqucito en la barbilla—. Vamos a entrar, a ver si resolvemos esto. Tenemos que trazar un plan. Conseguiremos que salgas de este lío, aunque eso signifique que tengas que dormir en el suelo de mi estudio durante unas semanas.

—Y yo pensando que había tocado fondo, pero acabas de llevarme un poco más abajo.

KELSEY: Oye, acabo de medir el estudio. Aquí no cabe otra cama doble con mis muebles. ¿Qué te parece si amontonamos algunas almohadas debajo de la mesa de centro? Podríamos montar una litera o algo así.

Lottie: No voy a quedarme en tu casa.

Kelsey: Ayer estuvimos todo el día tratando de que se nos ocurriera algo. Es lo mejor que puedo ofrecerte. Sabes que, si pudiera permitírmelo, me encantaría contratarte para que te ocuparas de la parte económica del negocio, y así podría centrarme en la captación de clientes. Pero necesitas efectivo.

Lottie: Trabajar contigo sería un sueño, pero, si quiero largarme de casa de mamá, necesito dinero. No te preocupes, lo tengo todo previsto.

Kelsey: ¿Qué quieres decir con que lo tienes previsto? Ya te he dicho que no puedes desnudarte por muy bonitas que sean tus tetas.

Lottie: No voy a desnudarme. Creo que mis pezones no están preparados para ese tipo de exposición.

Kelsey: Entonces, temo preguntar cuál es tu plan.

Lottie: No estoy diciendo que este vaya a ser el objetivo final, pero al menos será algo hasta que consiga otra cosa.

Kelsey: Lottie, ¿qué demonios estás haciendo?

Lottie: Estoy... dando un paseo.

Kelsey: ¡Oh, Dios mío! Estás en *The Flats*, ¿verdad?

Lottie: No hay nada malo en hacer un poco de ejercicio. Tengo que mover los músculos, ¿sabes?

Kelsey: ¿Qué llevas puesto? Como me digas que tacones y un vestido, voy a recogerte ahora mismo. *Pretty Woman* es un cuento, ¿me oyes? *Julia Roberts* tuvo suerte con *Edward*. Pero eso pasa una vez en la vida.

Lottie: *Pretty Woman* es una película.

Kelsey: Dime, ¿qué llevas puesto?

Lottie: [Foto] Ropa de entrenamiento muy sencilla.

Kelsey: Eso es un sujetador deportivo, sin camiseta. Es llamativo.

Lottie: Sí, y esta gente es llamativa. Coleta alta para parecer accesible y divertida, con, por supuesto, una trenza a un lado. Brillantes zapatillas blancas, porque anuncian que me gusta el tenis. Y, como ayer encontré una botella de agua *Fuji* en el suelo cuando fingía volver a casa del trabajo y me la traje a casa, la he limpiado y la llevo en la mano para que parezca que compro agua cara.

Kelsey: Puaj. ¿Estás bebiendo de ella?

Lottie: Dios, no. No quiero coger sífilis. Es solo un accesorio.

Kelsey: *¿Un accesorio? Perdona, ¿has sacado la idea de alguna película conocida?*

Lottie: *Todavía no, pero me he presentado a un casting donde contratan extras para la televisión y el cine. Puedes ganar cuarenta dólares al día. Es guay.*

Kelsey: *¿Sabes?, nunca he pensado que te vería así, pero... guau.*

Lottie: *¿Qué se supone que significa eso?*

Kelsey: *Te conformas con la posibilidad de ganar cuarenta dólares al día mientras recorres las calles en busca de hombres ricos y solteros, en un barrio al que no perteneces. ¡LLAMA A KEN!*

Lottie: *NI MUERTA. Lo presiento, Kels. Esto es lo que debo hacer. Hoy mi vida va a cambiar, incluso aunque eso signifique que tengo que permanecer aquí todo el día, paseándome de arriba y abajo por estas malditas calles. Es mi única salida.*

Kelsey: *Cuando vuelvas a casa, no te sorprendas de que hayamos preparado una intervención. Porque has tocado fondo.*

Lottie: *Voy a hacer que te comas tus palabras. ¡Espera y verás!*

3

HUXLEY

JP se masajea las sienes con los dedos.

—Espera, espera... Deja que me aclare. —Me mira—. ¿Te has encontrado con Dave Toney en la calle y le has dicho que estabas comprometido con una chica de Georgia y que está embarazada?

Me humedezco los labios.

—Eso es bastante preciso.

Estamos sentados en el porche de casa, con unas cervezas en la mano, mientras les doy a mis hermanos la noticia de que no solo la he jodido, sino que la he jodido del todo. No se lo conté ayer después de ver a Dave en la calle, porque, sinceramente, necesitaba tiempo para procesar en qué demonios me había metido. Ahora que he tenido más de veinticuatro horas para pensar en ello, me doy cuenta de que sí: voy a necesitar la ayuda de mis hermanos para salir de esta.

Breaker apoya la cerveza en el reposabrazos de la silla.

—¿En qué demonios estabas pensando? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Vi una oportunidad y la aproveché sin pensármelo dos veces.

—Decir que tu inexistente prometida está embarazada no es aprovechar la oportunidad, es un puto error. Tío, tienes que cenar con ellos dentro de tres días.

Me agarro el pelo y empiezo a tirar de él.

—Lo sé. Joder, ¿qué voy a hacer?

—Mmm..., dile la verdad, que eres un mentiroso —sugiere JP.

—Claro, claro, porque eso va a ayudar a que consigamos el contrato. —Pongo los ojos en blanco—. No puedo hacerlo. Si le digo que le he mentado, nuestra reputación se irá a la mierda. Nadie querrá trabajar con nosotros.

—¿No podías haber pensado en eso antes de inventarte un bebé y una prometida? —pregunta Breaker—. Joder, tío.

Sí, lo sé.

Anoche no pude dormir porque lo único en lo que pensaba era en cómo diablos iba a salir de esta situación. Y, sinceramente, no tengo ni idea de lo que me pasó.

La propiedad de Dave Toney puede suponer una gran ganancia para nosotros, en especial si pongo en práctica la idea que tengo en la cabeza, pero tampoco es como si este acuerdo fuera a convertirse en el ser o no ser de la empresa. Creo que hay una parte de mí que necesita conseguir lo que no puedo tener. Y eso, en este momento, son esas propiedades. Tengo la mira puesta en ellas y, al parecer, estoy dispuesto a casi cualquier cosa para asegurármelas.

Incluso aunque eso signifique poner en juego nuestra empresa.

Y eso me revolvió el estómago a las tres de la mañana. Mis hermanos y yo hemos convertido Cane Enterprises en el negocio que es hoy con mucho trabajo, muchos aciertos y mucha reinversión.

Ese pequeño error de cálculo podría echar a perder todo ese trabajo duro, en especial, si se corre la voz.

—¿Tienes alguna amiga soltera? —pregunta Breaker.

—Apenas tengo tiempo para salir con vosotros dos; ¿de verdad crees que tengo tiempo para cultivar la amistad con una mujer?

—Tranquilo... —Breaker levanta las manos—. No te pongas de uñas conmigo. El que ha tenido esta gran idea has sido tú.

Suspirando, me levanto de la silla y dejo la cerveza en la mesa.

—¿Qué haces? —pregunta JP.

—Voy a dar un paseo. Necesito aclararme la cabeza.

—Perfecto —responde Breaker, poniéndose de pie también—. Mientras tanto, voy a pedir comida. ¿Y sabes qué? También voy a pedir un puto helado, porque este es un momento para tomar helado.

—De *cookies* y nata. Tengo antojo —dice JP, y ambos entran en casa.

Bajo los pocos escalones que hay desde el porche hasta la acera y salgo a la calle. Utilizo la puerta de la verja, en lugar de abrir el portón, y luego giro a la derecha.

Son más de las seis. He llegado a casa temprano; no podía soportar estar sentado en el despacho durante más tiempo del necesario porque en la pantalla de mi ordenador, en grandes letras en negrita, había una invitación en el correo para cenar en casa de Dave Toney con su señora. Sí..., su señora.

Era un maldito recordatorio de qué forma perdí la puta cabeza ayer. A los treinta y cinco años, un hombre debería poseer la capacidad de permanecer más templado, pero no es el caso. La presión me afecta mucho.

Quizá sea porque todavía siento la necesidad de ser el mejor. Cumplir treinta y cinco años me ha hecho darme cuenta de que todavía soy joven y de que tengo mucho potencial, y si sigo haciendo las operaciones de negocios como las estoy haciendo, podríamos convertirnos fácilmente en los millonarios más jóvenes del sector.

El dinero no debería ser lo que me motivara, pero, joder, el prestigio que me da sí lo es.

Me masajeo la nuca, frustrado. Probablemente mi padre me esté mirando y riéndose a carcajadas, convencido de que esta vez me he metido en un lío tremendo. Cuando crecía, aunque era el mayor, también era el más alborotador, el que siempre sobrepasaba los límites. No tenía la típica personalidad de un primogénito, sino que traspasaba esos límites una y otra vez y me aventuraba hasta que me encontraba entre la espada y la pared, y mi padre se sentaba a mirar y se reía mientras yo intentaba salir del lío que fuera. Siempre lo lograba, pero esta vez no estoy tan seguro de poder hacerlo.

He conseguido hacer bastantes milagros, pero encontrar a una mujer que se enamore de mí, acepte mi propuesta y se quede embarazada en tres días me parece un poco exagerado.

Ojalá me cayera en el regazo una chica dispuesta a fingir conmigo. Alguien, quien fuera...

Doblo la esquina y casi me llevo por delante a una joven morena.

—Oh, perdón... —me disculpo mientras la agarro por los brazos para evitar que se caiga al césped.

—¡Oye, mira por dónde vas! —me suelta, y se aleja.

—Dios, perdona, ¿eh? —digo, levantando las manos—. Ha sido un accidente.

Recupera el equilibrio y se atusa la larga coleta castaña. La evalúo con rapidez. Es bajita, menuda, su cabeza apenas me llega a la barbilla. Su piel posee ese brillo californiano que indica que tiene tiempo para ir a la playa o a la piscina, y la firmeza de sus brazos me hace creer que también tiene tiempo para ir al gimnasio. Probablemente sea un ama de casa de paseo, tratando de tomar el aire

antes de que su marido llegue a casa después de una larga jornada en la oficina.

Pero cuando se vuelve hacia mí, joder... Siento como un golpe en el pecho cuando sus ojos verdes se encuentran con los míos. Son de un color aguamarina tan claro que casi sorprende que esas espesas pestañas negras sean naturales.

¡Joder!

Me recorre con la mirada de arriba abajo hasta que la clava en la mía, pero esta vez no me mira de forma hostil, sino con mucha frustración.

—Lo siento, es que..., aggg..., me he perdido. Y no debería decirle a un completo desconocido que estoy perdida y sola porque eso es una invitación a aprovecharse de mí. Pero me he quedado sin batería y no puedo recordar por dónde volver.

—¿No vives por aquí?

—Llevo unos *leggings* de hace cuatro años de una tienda de aeropuerto —se burla—. Créeme, no vivo por aquí. —Y luego, como si recordara algo, cambia de tercio—. Eeh..., quiero decir, soy de aquí. Es que... Soy elegante y todas esas cosas. —Hunde los hombros con un profundo suspiro y se pone las manos en las caderas—. ¿A quién quiero engañar? Esto ha sido una idea estúpida, y ahora estoy perdida y hambrienta, y mi madre va a llamar a la policía como no vuelva a casa pronto.

Oh, mierda, pero ¿qué edad tiene esta chica? He supuesto que era lo bastante mayor como para fijarme en ella, pero si su madre está preocupada...

—Mañana hay clase, entiendo que esté preocupada —comento—. Te dejo el teléfono por si quieres llamar.

Ella se yergue cuanto puede.

—¿Clase? ¿Cuántos años crees que tengo?

Me masajeo la nuca.

—No lo sé. Has dicho que tu madre está preocupada.

—Porque es una madre sobreprotectora y yo una fracasada de veintiocho años que se pierde en un barrio rico mientras intenta encontrar un marido millonario.

—¿Qué? —Me río.

—Sí. —Cruza los brazos, lo que hace que se alcen unos pechos ya elevados por un espectacular sujetador deportivo—. Hoy he tra-

tado de buscar un marido rico. Sin embargo, no soy una cazafortunas ni nada parecido, por si eso es lo que estás pensando. Solo quiero vengarme en una reunión del instituto. Ya te imaginas...

—No estoy familiarizado con la necesidad de encontrar un marido rico.

—Entonces, ¿no eres gay?

Elevo las cejas hasta la línea del nacimiento del pelo. Esta chica no se guarda nada.

—¿Parezco gay?

—Si quieres establecer estereotipos, entonces no, pareces más bien uno de esos gilipollas alfa que encuentras en una sala de juntas. Es por el corte de pelo y el reloj.

Miro mi reloj y luego a ella. El reloj es muy caro.

—Entiendo lo del alfa en la sala de juntas, pero ¿por qué gilipollas?

Me estudia con detenimiento, frunciendo la nariz.

—Por tu colonia. Huele demasiado bien. Los chicos buenos nunca huelen tan bien.

—Como fruto de esta breve conversación, voy a suponer que no has encontrado interesados en tu búsqueda de un marido rico.

—No. —Lo dice secamente—. En realidad, eres el primer tipo con el que me encuentro hoy. Imagínate. Aunque he recibido muchas miradas críticas de mujeres.

—Probablemente sea porque llevas unos *leggings* de hace cuatro temporadas de una tienda de aeropuerto —bromeo.

—Sí, puede ser por eso. —Ladea la cabeza—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —respondo, disfrutando en cierto modo de este extraño encuentro.

—Eres rico, ¿verdad? —Al ver que no respondo, pone los ojos en blanco—. No voy a sacar la lima de uñas e intentar apuñalarte, si eso es lo que te preocupa. Es que he leído un artículo sobre cómo pescar a un tipo rico y me parece que alguna de las sugerencias era errónea.

Me meto las manos en los bolsillos.

—Tengo algo de dinero —confieso como si nada.

Ella resopla.

—Ya, claro que lo tienes. —Niega con la cabeza—. Vale, estás forrado, vamos, porque es obvio. Lo que quiero saber es: ¿a los ricos les gustan las trenzas?

—¿Las trenzas? —repito, confundido.

—Ya sabes. —Se señala un lado de la cabeza, donde una pequeña trenza surca su cabeza antes de fundirse con la coleta—. Trenzas. ¿Te gusta esta?

—Eeh... ¿sí? No es que me entusiasme, pero tampoco me desagrada.

—Lo sabía —susurra, chasqueando los dedos—. Ese artículo era un fraude total. Me di cuenta por los millones de anuncios que aparecían en la página cada vez que me desplazaba hacia abajo. Me han engañado otra vez.

—¿Quiero saber...?

—Probablemente no.

Me balanceo sobre los talones.

—Así que estás buscando un novio rico, ¿eh?

Me mira con escepticismo.

—Sí.

—¿Sabes?, estoy soltero.

Lo sé, lo sé. ¿En qué coño estás pensando, Huxley? Es una chica con la que has tropezado en la calle, y que está buscando un novio rico. Por lo que sabes, podría ser una cazafortunas. Podría ser una delincuente. Podría ser un anzuelo para que pase alguien con una furgoneta y te secuestre. Ya ha pasado antes por este barrio.

Y, por la forma en que los *leggings* se ajustan a su vientre plano, es más que lógico suponer que no está embarazada, lo que hace que mi plan sea mucho peor. Pero no veo ninguna otra opción por el momento.

Está soltera y es mujer, los dos únicos requisitos que busco en este momento.

Todavía con aspecto escéptico, cruza los brazos sobre el pecho.

—Estás soltero.

—Sí. Solterísimo.

—Y me lo dices porque...

Sí, ¿por qué le dices eso, Huxley? ¿Por qué le dices a una completa desconocida que estás soltero, con la intención de utilizarla en tu beneficio?

Porque ella parece necesitar ayuda, igual que yo, y si algo he aprendido de los negocios es que los acuerdos comerciales pueden llegar muy lejos si se hacen bien y si pueden beneficiar a ambas partes.

Y ella y yo podríamos tener un negocio en ciernes.

—¿Sabes?, creo que deberíamos ir a comer algo.

No se mueve, ni siquiera parpadea.

—Vale, ¿qué clase de pervertido eres?

—¿Perdón? —pregunto.

Me hace un gesto con el dedo.

—Te he dicho que estoy buscando un novio rico. Deberías huir. Deberías llamar a la policía para que me escolte hasta salir de este barrio, para que vuelva a la modesta casita de mi madre. No tendrías que pedirme que vaya a comer contigo. Así que, dime, ¿cuál es tu juego, tío?

Es valiente, franca, diferente a cualquier chica que haya conocido antes, eso seguro. Y tiene razón. Debería tener miedo; parece tener el tipo de tenacidad que pondría a un hombre de rodillas, pero también resulta una candidata cualificada para lo que estoy buscando, y dentro de tres días tengo una cita para cenar. Estoy dispuesto a tirar los dados a ver qué sale.

—No estoy jugando...

—No me mientas. —*Guan, sí que dice las cosas como son*—. Quiero saber cuál es tu objetivo final.

—Vale —respondo, viendo el rumbo que toma esto—. Puede que necesite una falsa prometida. —Me reservo lo del embarazo por el momento.

—¿Una falsa prometida? —pregunta—. ¿Para qué?

Echo un vistazo a nuestro entorno.

—No suelo hablar de negocios en medio del barrio. Si te interesa hablar de esto, ¿por qué no nos vemos en el Chipotle del cruce de Santa Mónica y Beverly dentro de una hora?

—¿En el Chipotle? —pregunta, estupefacta—. Eres rico, supuestamente, ¿y ahí es donde quieres quedar para cenar?

—Me gustan los burritos —digo, encogiéndome de hombros—. Además, en otro sitio no van a permitir la entrada a alguien que lleva *leggings* de hace cuatro temporadas y un sujetador deportivo. —A pesar de que el sujetador deportivo hace que sus tetas parezcan increíbles.

No responde de inmediato, se toma su tiempo.

—Es lógico —dice por fin—. ¿Te importaría decirme cómo puedo llegar a mi casa para ponerme algo más adecuado para ir al Chipotle?

—Claro. —Saco el móvil y abro la *app* Google Maps. Le tiendo mi teléfono y dejo que se las arregle sola—. Me llamo Huxley, por cierto.

Sus ojos buscan los míos.

—Huxley, ¿eh?, es un nombre interesante. ¿Se inspiraron en *Huckleberry Finn*?

—No, que yo sepa. Y tú eres... —pregunto cuando vuelve su atención al teléfono.

—Lottie —responde, mirando el teléfono para orientarse mientras busca las calles.

—Lottie.

Me mira con una ceja arqueada.

—En realidad, es el diminutivo de Leiselotte. Pero nadie, y quiero decir nadie, me llama así. Ni siquiera mis padres. —Me señala—. Y ni se te ocurra llamarme así. ¿Entendido?

Levanto las manos para defenderme.

—Entendido.

—Vale. —Me devuelve el teléfono—. Ya sé por dónde tengo que ir. Estoy a dos kilómetros de casa.

—¿Puede que tardes como una hora?

—¿Crees que voy a ir arrastrándome?

Qué apasionada...

Qué feroz...

—No, es solo que no estoy seguro de cuánto tiempo te va a llevar, ya sabes..., ducharte.

Frunce el ceño.

—¿Estás insinuando que apesto?

Dios...

Me paso la mano por la cara.

—No, es que... No sé lo que tienes que hacer para prepararte.

Levanta una mano.

—Créeme, no me llevará mucho tiempo. No tengo que impresionar a nadie. —Da un paso atrás—. En el Chipotle, dentro una hora. —Me señala—. Pagas tú.

Y entonces se pone a correr y, por alguna razón, mantengo los ojos clavados en su trasero con forma de corazón.

Negocio. Oportunidad. Cane. En eso es en lo que tengo que centrarme, porque la pequeña Señorita Nadie Me Llama Leiselotte podría ser justo la mujer que necesito. Inteligente. De ingenio rápido.

Y está desesperada...

—¿Qué quieres decir con que te vas? —pregunta JP desde la mesa del comedor—. ¿Y por qué estás vestido así?

—¿Así cómo? —pregunto, ajustándome los puños de la camisa.

—Como si tuvieras una cita —responde Breaker antes de darle un sorbo a la cerveza.

—Porque la tengo.

Mis dos hermanos se echan hacia delante en sus sillas y apoyan las cervezas en la mesa del comedor de madera de sándalo, a la que no tengo ningún apego. La diseñadora la compró porque va con la decoración que es apropiada para mí.

—¿Qué quieres decir con que vas a tener una cita? —pregunta JP—. Estabas concentrado en intentar salir del lío que has montado con Dave Toney. Has ido a dar un paseo ¿y ahora tienes una cita?

—Sí —replico mientras me pongo los zapatos.

—¿Con quién? —pregunta Breaker.

—Con una chica con la que me he chocado en la calle. Estaba buscando un novio rico. Resulta que yo soy rico. Por lo tanto, lo nuestro podría funcionar perfectamente.

—¿Qué? —balbuce JP, incrédulo—. Espera un momento... Has conocido a una chica en la calle, te ha dicho como si tal cosa que está buscando un novio rico ¿y ahora tienes una cita con ella?

Termino de atarme el zapato, me pongo de pie y me ajusto los pantalones de color gris pizarra.

—Sí. —Están a punto de abrir la boca cuando los inmovilizo con una mirada acerada—. ¿Tenéis alguna idea mejor? ¿Tenéis a alguna otra mujer haciendo cola para el trabajo?

—¿Vas a darle trabajo? —pregunta JP.

—Es consciente de que necesito una prometida falsa.

—No sé yo —interviene Breaker—. Esto de salir con alguien que no conoces me parece una idea muy mala.

Le lanzo una mirada llena de confusión.

—Hermanito, de eso van las citas, de salir con alguien que no conoces.

—Pero esto es diferente. Ella quiere un novio rico, tú necesitas una prometida falsa; ¿quién te dice que no va a aprovecharse de ti? ¿Cómo sabes que no aceptará lo que le propongas, pero luego hará una barbaridad como ir a los medios y joder nuestra reputación?

Meto el teléfono en el bolsillo.

—Por eso pagamos a nuestros abogados una cantidad indecente de dinero, para que puedan redactar contratos que impidan que eso ocurra —les recuerdo—. Escuchad, no le he dicho mi apellido, y tampoco ha parecido reconocerme, así que voy a tantearla para ver si está interesada —digo al ver que Breaker sigue pareciendo incómodo—. Si es así, le diré a Harvey que redacte un acuerdo de confidencialidad, así como un contrato para que ambos lo firmemos.

—No sé —vacila Breaker, recostándose en su silla—. Me parece demasiado arriesgado.

—Entonces, dime qué debo hacer. ¿Tienes otro plan de acción? —pregunto, con los brazos en jarras.

—Dile a Dave que tu *prometida* no está disponible este fin de semana. Que estará fuera las dos semanas próximas. Así que tenéis que posponer la cita para cenar. Aunque, para empezar, yo no habría mentido —insiste Breaker.

—Es demasiado tarde para eso —replico, enfadado, cogiendo las llaves. Por no hablar de que quiero que el trato esté firmado cuanto antes. No quiero esperar otras dos semanas porque no estaré más cerca de encontrar una falsa prometida—. Ya volveré —digo de camino al garaje—. Cerrad con llave si os vais.

No me gusta admitir que tienen razón, que esto es una locura, una estupidez increíblemente arriesgada, pero yo mismo me he cavado la fosa, así que bien puedo meterme en ella.

4

LOTTIE

Lottie: ¡¡¡DIOS MÍO, KELSEY!!!

Kelsey: ¿Qué? ¿Se han enterado mamá y Jeff? Te juro que yo no he dicho nada.

Lottie: No, he encontrado a un millonario.

Kelsey: Eeh..., ¿qué?

Lottie: No tengo mucho tiempo. He puesto el teléfono a cargar y he quedado con él dentro de veinticinco minutos en el Chipotle que hay al final de la calle. Y, sí, he encontrado a un ricachón.

Kelsey: Espera. ¿Qué quieres decir con que has encontrado a un millonario? ¿Qué estabas haciendo?

Lottie: **Emoji de pecho hinchado** Me he perdido mientras estaba de paseo, y entonces, BAM, ha llegado un ricachón para solucionarme la papeleta. ¿No te dije que podría encontrar uno paseando por The Flats?

Kelsey: Estás de coña...

Lottie: No, te lo juro. Estoy poniéndome un poco de rímel mientras intento decidir si voy de sport o me pongo un vestido veraniego. Sinceramente, no

tengo ninguna necesidad de impresionarlo, es él quien quiere discutir las cosas.

Kelsey: *¿Discutir las cosas? ¿Qué significa eso? ¿Por qué no contestas al teléfono cuando te llamo? Necesito saber qué demonios está pasando.*

Lottie: *No puedo hablar. No quiero que mamá y Jeff me oigan. Este tipo está buscando una prometeda falsa. Nos viene de perlas a los dos.*

Kelsey: *¿Qué? Lottie, ¿estás escuchándote? ¿De verdad crees que esto es seguro? ¿Has encontrado a un desconocido en una acera y resulta que está buscando a una falsa prometida? ¿No ves que es demasiada coincidencia?*

Lottie: *Una suerte, ¿verdad?*

Kelsey: *Oh, Dios mío... Acabará asesinandote.*

Lottie: *Qué va... Ese tío ha quedado conmigo en Chipotle. No va a asesinarme en un sitio donde tienes que pagar más por el guacamole extra.*

Kelsey: *¿Qué tiene que ver el guacamole con todo esto?*

Lottie: *Nada, pero quiero que se sepa que pienso que cobrar más por el guacamole extra es una barbaridad. Bueno, te dejo, tengo que irme. Voy a pie y no quiero aparecer sudando, quiero tomarme mi tiempo. Te enviaré un mensaje cuando haya terminado.*

Kelsey: *¡Lottie! Sé que estás desesperada, pero esto no es mejor que decir la verdad a mamá y a Jeff. Olvídate del orgullo y cuéntaselo todo. Que*

dar con un extraño para cenar no es la mejor forma de solucionarlo.

Lottie: *La gente queda con extraños todo el tiempo para compartir la cena. En eso consisten las citas.*

Kelsey: *¡No estás saliendo con él!*

Lottie: *Todavía no. Te enviaré un mensaje más tarde, hermanita. Te quiero.*

Sí, es una estupidez.

Lo admito.

Kelsey tiene razón al preocuparse porque esta situación grita «Peligro» a voces, pero me gusta pensar que se me da bien juzgar el carácter ajeno, y ese hombre no me ha transmitido por sus vibraciones que sea un asesino. Al contrario, sus ojos reflejaban la misma desesperación que los míos. Me necesita, igual que yo a él. Y eso es exactamente lo que uno precisa para montar una farsa: la necesidad mutua.

Ahora bien, mi madre no ha criado a una idiota, y por supuesto que me haré la dura, porque, sí, mudarme de casa de Jeff y de mi madre es el objetivo final, así como encontrar un nuevo empleo e ir del brazo de un macizo a la reunión del instituto, pero también quiero enterarme de lo que este tipo tiene que decir. Voy a tantearlo y, si la oferta o la historia no son lo suficientemente buenas, *ciao, baby!*

Me gustaría conservar mi orgullo, pero no a cambio de mi alma.

Doblo la esquina y encuentro el Chipotle al otro lado de la calle. Se me revuelve el estómago solo con ver el edificio blanco con ese logotipo de un pimiento rojo chamuscado. En todo caso, será una comida gratis. *Menú burrito, allá voy.*

Al llegar a casa, me he duchado lo más rápido que he podido, me he recogido el pelo en un moño apretado y me he puesto unos vaqueros cortos y una sencilla camiseta de Aerosmith. Los he combinado con unas pulseras y mi par favorito de Birkenstocks —los compré en Thrifty Shopper, donde se puede encontrar ropa usada de gente rica a precios superbaratos— y he salido.

He cargado el teléfono el tiempo suficiente como para poder hacer una llamada si necesito una excusa para largarme rápidamente o si me secuestra. Pero ahora que estoy cruzando la calle, casi a punto de entrar, noto que un pequeño ataque de nervios me bloquea la boca del estómago.

Casi todo el tiempo presumo de ser muy valiente, pero hay momentos en los que esa valentía flaquea y sale a relucir mi vulnerabilidad. En este instante estoy experimentando destellos de eso.

Cuando llego al otro lado de la calle, inspiro hondo y me acerco al restaurante, donde enseguida veo a Huxley. Es difícil no hacerlo.

Admito que es un hombre extremadamente atractivo. Es alto, debe de medir al menos uno ochenta, su piel muestra un bronceado dorado y tiene el pelo de un hermoso tono castaño —sí, he dicho hermoso—. Además, están esos ojos oscuros y penetrantes que parecen poder cortar a cualquier ser humano por la mitad, ya sea en la sala de juntas o en la calle. En este momento, está mirando el teléfono, con una pierna apoyada en la pared, y lleva unos pantalones de color gris oscuro y una camisa azul claro que se ciñe perfectamente a su torso. Va remangado hasta los codos y —hola, pecho lobo— lleva los dos botones superiores de la camisa desabrochados, mostrando una pequeña porción de piel masculina. No es tanta como para ser hortera, pero sí la suficiente como para despertar mi interés. Tampoco es que haya venido aquí porque lo considere una cita potencial, pero debo tener en cuenta el factor sexy en esta transacción. Y...

Es muy guapo.

Seguro que haría babear a Angela.

Aparta los ojos un instante de su teléfono y, cuando me descubre, siento que recorre mi cuerpo de forma peligrosa, que contempla hasta el último centímetro de mí. Cuando por fin se encuentran nuestros ojos, se aparta de la pared y se acerca a mí mientras guarda el teléfono en el bolsillo.

—Aquí estás —dice.

—¿Te preocupaba que te dejara plantado?

—Un poco —admite, pero la confianza que desprende no decae, como si sintiera cierta inquietud pero supiera que yo iba a venir de todos modos. Me señala el mostrador con la cabeza—. ¿Pedimos y luego vamos al grano?

—Eso sería ideal para mi estómago.

Nos ponemos en la cola y él me deja pasar primero —punto para él por ser caballeroso— y pido el burrito con pollo, frijoles negros y verduras que tanto me gusta. Y, como paga él, indico que pongan guacamole extra. Huxley me sigue con un burrito de carne, frijoles pintos, sin arroz y toneladas de lechuga y salsa. Sin guacamole. ¿No le gusta el guacamole o es que no está dispuesto a pagar el extra? Una pregunta para la eternidad.

Cuando llegamos a la caja registradora, coge cerveza para los dos, así como una bolsa de patatas fritas y salsa, y luego paga. Cuando veo que saca una tarjeta Amex Black y se la tiende a la dependienta, se esfuma la ansiedad que siento por que no sea millonario. Parece que lo es... No mentía sobre ser rico. Es bueno saberlo.

Con la comida y las bebidas en la mano, Huxley localiza una mesa alta cerca de la ventana que nos ofrece la suficiente intimidad como para sentirme cómoda para el tipo de conversación que nos espera.

—Dada la falta de guacamole de tu burrito, voy a suponer que no te gusta mucho —digo una vez sentados.

Niega con la cabeza.

—Es demasiado viscoso para mí. No puedo soportar su textura.

—¿Eres de California?

Asiente.

—Sí, he nacido en Santa Mónica.

—Fascinante —comento, dándole un suave repaso—. Creo que nunca había conocido a un californiano nativo al que no le gustara el guacamole.

—Soy la anomalía. Mis hermanos piensan que soy raro, así que no eres la única que tiene esa opinión sobre mí.

—No creo que seas raro, solo... interesante. Además, no has pedido arroz.

—Tampoco me gusta mucho el arroz. —Me mira mientras desenvuelve el burrito—. ¿Quieres analizar algo más de mi pedido?

—Has elegido cerveza en lugar de un refresco. O estás muy nervioso o eres el tipo de persona a la que no le da vergüenza pedir una bebida alcohólica en un restaurante de comida rápida.

—No sé lo que se siente al estar nervioso —dice con una voz tan directa y monótona que lo creo. No estoy segura de que co-

nozca esa emoción, dada la rapidez y brusquedad de su respuesta rápida—. Tampoco siento vergüenza. Es un desperdicio de energía mental.

Cojo el tenedor y remuevo el bol de mi burrito mientras él da su primer bocado.

—Ahh, ya entiendo cómo eres.

Termina de masticar y traga.

—Ah, ¿sí? Por favor, instrúyeme sobre mi carácter —dice, después de pasarse la servilleta por la boca.

—Eres uno de esos hombres poderosos.

—¿Hombres poderosos? —pregunta, con la ceja arqueada.

—Ya sabes, esos sobre los que lees, los que tienen éxito y hacen una dieta de mierda. Leen un libro de autoayuda a la semana, hacen ejercicio todos los días, son tiburones en la sala de juntas y beben tanta agua que su vejiga no sabe hacer pis amarillo.

—Tardo una semana y media en leer un libro de autoayuda, pero solo cuando sale una nueva temporada de *The Challenge* —dice con el burrito a medio camino de su boca.

Luego da un mordisco y, sinceramente, dada la falta de expresiones faciales, no puedo saber si está hablando en serio o no. Puedo comprobar sus conocimientos al respecto.

—¿Ves *The Challenge*?

Asiente lentamente.

—Con CT a muerte.

Vale, vale, no te asustes, Lottie.

Jo..., pero ¡CT!

—Es el hombre de mis sueños —digo antes de poder detenerme—. Marcado acento de Boston, pasado problemático, musculoso incluso en su época de padre y con un buen pedazo de culo. Lo adoro. ¿A ti también te gusta por eso?

—Sí. No me canso de su culo prieto —replica, limpiándose la boca.

Mira tú, si le gusta bromear... Eso me agrada. Me hace sentir cómoda.

—Sabía que eras un hombre de culos.

—¿Por qué?

—Tienes ese tipo de mirada intensa en los ojos que grita «Tío de culos».

—No sabía que se podía saber por la mirada de alguien que a uno le gustan los culos —comenta, llevándose la cerveza a los labios.

—Pues es evidente.

—Interesante... —Toma un poco más de cerveza y la deja en la mesa—. Porque los culos son sexys y todo eso, pero a mí me van los cuellos.

—¿Los cuellos? —repito, con el tenedor lleno a medio camino de mi boca—. ¿Te gusta asfixiar a la gente?

—No, pero para mí poder abrazar a tu chica por la nuca tiene algo sexy, posesivo...

—Posesivo, ¿no? —pregunto, tanteándolo.

—Soy de reclamar lo que es mío.

—Interesante. Si ese es el caso, ¿por qué estás buscando una falsa prometida? Reclamar lo que es tuyo parece una reacción intensa, algo que no se toma a la ligera.

—No me lo tomo a la ligera. Por eso no he podido encontrar a la persona adecuada, porque me tomo en serio mi vida de pareja, o la falta de ella. No voy a perder el tiempo con alguien si no siento un fuerte instinto para reclamarla.

—Supongo que tiene sentido. —Lo estudio—. Entonces, ¿por qué necesitas una prometida falsa? Yo ya te he dicho que necesito a alguien que finja ser mi novio en una reunión. ¿Qué te motiva a ti?

—Ya llegaremos a eso —me interrumpe—. Primero quiero saber más sobre ti. Necesito sentirme cómodo contigo antes de decirte lo que me hace falta.

—Vale, siempre y cuando yo también pueda hacerte preguntas.

—Pregunta por pregunta. ¿Te parece bien?

Qué sorpresa, se compromete con facilidad. No da esa sensación, y menos después de todo eso sobre la posesión. Confieso que ese detalle en concreto me hace sentir una auténtica excitación, aunque no es que esté buscando salir con él ni nada por el estilo.

—Me parece bien. Pregunta tú primero.

—¿A qué te dedicas? —Le da un gran mordisco a su burrito y, para ser un hombre con «clase», está masticando a fondo la comida.

—Ahora mismo estoy entre dos trabajos...

—Así que estás en paro —concluye, y yo me pongo a la defensiva.

—No por elección propia.

—Entonces, ¿te han despedido? —Arquea una ceja de forma interrogativa.

Hincho el pecho.

—De hecho, sí, me despidieron, y no porque no estuviera haciendo bien mi trabajo, sino porque la idiota de mi jefa cree que puede conseguir que lo haga otra persona por menos dinero. Espero que quiebre —añado con una sonrisa siniestra.

Suelta una risita.

—Me parece una mala gestión.

—Se podría decir que sí. Mi jefa era una de mis mejores amigas de la infancia. Una amistad volátil y muy tóxica. Se la adora y se la odia en el lapso de un minuto. De hecho, cuando me despidió, me dijo que no era algo personal y, luego, al día siguiente, me preguntó si podía ayudarla a organizar la reunión del instituto, ya sabes, ahora que tengo mucho tiempo libre.

Hace una mueca de dolor.

—Brutal.

—Sí. Es hija de Satanás.

—Parece que te ha hecho un favor.

Niego con la cabeza.

—Me ha jodido la vida. —Sonrí—. Pero podemos hablar de eso más tarde. Me toca hacer una pregunta. ¿A qué te dedicas?

—Al sector inmobiliario —responde simplemente.

—¿Eso es todo? ¿No vas a decir nada más?

Da un sorbo a su cerveza.

—Lo siento, no tengo una historia trágica de por qué estoy en paro.

—¿Estás burlándote de mí?

Se pone a mi nivel, y sus ojos conectan directamente con los míos.

—Quiero que aceptes ser mi falsa prometida. ¿De verdad crees que me burlaría de ti?

—Supongo que no.

—Siguiente pregunta. ¿Mantienes con alguien una relación romántica? —pregunta.

—Si fuera así, no estaría tratando de encontrar a alguien para ir a la reunión, ¿verdad? —Doy otro mordisco a mi burrito y deseo no estar tratando de ser delicada delante este tipo porque el pollo está buenísimo y quiero metérmelo en la boca ya.

—¿Eso es un no? Tengo que oírtelo decir.

Menuda mierda.

—No. No tengo ninguna relación romántica con nadie. —Hago un gesto hacia mi cuerpo—. Hace ochenta y cuatro años que no se tocan estos pechos —digo, imitando la voz de la anciana de *Titanic*.

Sonríe y asiente.

—Bien.

—¿Y tú? —contraataco—. Parece una pregunta estúpida, ya que estás buscando una falsa prometida, pero quién sabe. Tal vez te has visto envuelto en algún negocio de drogas que se ha torcido y necesitas una falsa prometida para salir de la situación en lugar de echar a tu mujer a los lobos, así que buscas a una inocente paseante del barrio para usarla como señuelo. Atraerla con promesas de guacamole extra y colonia con buen olor.

Se limpia la boca y se reclina en su silla antes de tirar la servilleta sobre la mesa, mirándome como si yo lo divirtiera.

—Temo saber qué más pasa por esa cabeza tuya.

—Créeme, es un lugar en el que no quieres perderte. —Sonríe y me meto más pollo en la boca.

Dulces dioses del Chipotle, hoy os habéis superado. Un beso al chef.

—Eso parece. Y para responder a tu pregunta, no, no estoy saliendo con nadie. No tengo tiempo.

—Oooh, un adicto al trabajo, ¿eh? Un hombre casado con su trabajo siempre es un buen partido para una dama soltera.

—No he conocido a nadie capaz de alejarme de mi trabajo. —Se termina el burrito, y, si fuera mi hermana, ahora mismo chocaría los cinco con él por haberse terminado ya la comida. Me ha impresionado.

—Entonces, dices que si encuentras a la mujer... o al hombre adecuado...

—Mujer —aclara, antes de dar un sorbo a la cerveza.

—Solo me aseguro. Nunca se puede seguir el instinto en estos temas. Si encontraras a la mujer adecuada, ¿volverías a casa antes?

—Si encontrara a la mujer adecuada, estaría mucho más interesado en follar con ella sobre todas las superficies de mi casa que en contestar correos monótonos o en salir de copas con algún cliente.

Bueno..., de acuerdo.

Eso es..., bueno, eso es información.

—Así que te gusta follar. Es bueno saberlo —concluyo torpemente, asintiendo.

—¿A ti no te gusta follar? —pregunta, y creo que nunca he conocido a alguien como él. Atrevido, descarado, dominante, pero también dotado de un lado juguetón si consigues que aflore.

—Bueno, ya sabes..., como han pasado ochenta y cuatro años, no puedo recordar ninguna experiencia que me recuerde lo placentero que era.

Asiente despacio, pero después no dice nada. En lugar de eso, me estudia, y me siento desnuda bajo esa fuerte mirada, como si me despojara de todo con cada aliento que tomo.

Dios mío...

—¿Es mi turno para preguntar? He perdido la cuenta —digo.

—Claro. Pregunta.

Asiento, pero se me queda la mente en blanco, porque lo único en lo que puedo pensar es en la forma en que me mira, como si fuera de los que no toman prisioneros. Sus pupilas son controladoras, casi una pesadilla. Firmes, inquebrantables; dice la verdad con su mirada, destruye con ella. La incipiente capa de vello oscuro que le cubre la mandíbula lo hace parecer más intimidante, y la forma en que ha colocado la mano despreocupadamente sobre la mesa, casi como si reclamara ese espacio, me desconcierta, y no se me ocurre nada que preguntarle.

—¿Por qué no haces una pregunta tú? —sugiero, justo antes de meterme un enorme bocado de comida en la boca.

—¿Te sientes cómoda conmigo?

No esperaba esa pregunta, aunque debería haberlo hecho, ya que parece decir lo que piensa. No se puede eludir la verdad con él.

Termino de masticar y trago.

—Sé que no debería sentirme cómoda cerca de ti —digo—. Representas todo aquello sobre lo que mi madre me ha advertido. Un macho alfa adicto al trabajo que parece conseguir todo lo que quiere.

Dominante, que no se guarda nada, intimidante. No pareces un hombre de familia ni tienes escrito «novio atento» en la frente, pero también veo en ti ese aire que te hace parecer digno de confianza, y no estoy segura de si eso me resulta reconfortante o aterrador.

—Tomaré eso como un sí. —Se echa hacia delante sobre la mesa y se come una patata frita, la primera. Ninguno de los dos las ha tocado, demasiado absortos en la conversación.

—Voy a necesitar que te sientas cómoda conmigo, Lottie. Voy a necesitar tu confianza.

—Te das cuenta de que la confianza se gana, ¿verdad? —pregunto.

Asiente.

—Sí, pero voy a necesitar que estés abierta a ello. Mis intenciones son puras. Retorcidas, pero puras. Al venir a esta reunión, sabía que iba a pedirte mucho, pero necesito asegurarme de que estás dispuesta antes de poner todas mis cartas sobre la mesa.

Huy...

Ahora estoy muy intrigada. Es decir, ya estaba intrigada antes —y, por supuesto, he conseguido una comida gratis—, pero casi parece enseñar un ligero indicio de vulnerabilidad, algo que no estoy segura de que un hombre como Huxley muestre muy a menudo.

—¿Estás abierta a ello, Lottie?

Dejo el tenedor y me limpio la boca con la servilleta.

—Estoy en paro, vivo con mi madre y no tengo nada a mi favor en este momento. Estoy abierta a cualquier cosa que se me presente.

Asiente y se echa aún más hacia delante.

—La he cagado a fondo y tengo que tratar de salvar los muebles.

—Oooh..., un hombre que sabe cuándo se equivoca. Ya te has ganado mi corazón.

No sonrío. Al contrario, se pone más serio.

—Esta cagada podría costarme mi reputación, y no solo la mía, sino también la de mis hermanos y la de la empresa que hemos construido juntos.

—¿Qué has hecho? —me intereso, echándome también hacia delante. Al venir a esta cena, no se me ocurrió que iba a enterarme de algunos chismes, pero estoy dispuesta a ello.

—La versión corta es que estaba tratando de conseguir un acuerdo. El tipo con el que intentaba trabajar no picaba, y mis hermanos me aseguraron que era porque no podía conectar conmigo en un plano personal. Me encontré con él en la calle después de la reunión; conocí a su prometida y, antes de darme cuenta, le había dicho que yo también estaba comprometido.

Hago una mueca.

—Hablaste antes de que tu cerebro pudiera pensar.

—Sí, se podría decir que sí. Continúo: nos invitó a mí y a mi prometida a cenar, y es la primera vez que me propone algo así. El problema es que la cena es el sábado.

—Ya, eso sí que te pone en un aprieto, ¿no?

—Podría decirse que sí. —Sus ojos se clavan en los míos—. Ahí es donde entras tú.

—¿Quieres que vaya a esa cena contigo y que me haga pasar por tu prometida?

—Sí, pero también necesito que continúes con la farsa hasta que cierre el trato.

—¿Cuánto tiempo tardará en cerrarse el trato?

Se encoge de hombros.

—Podría ser una semana, podría ser más.

Asiento lentamente, pensando en ello.

—¿En qué consistiría la farsa? ¿Voy a tener que ser tu Julia Roberts?

—¿Julia Roberts? —pregunta él, confundido.

—Ya sabes. *Pretty Woman*. Richard Gere contrata a Julia Roberts para que esté a su disposición en todas sus reuniones de negocios importantes. ¿No has visto la película?

Niega con la cabeza.

—No.

—Bueno, básicamente se muda a su hotel con él y lo acompaña adonde necesita.

—No tendrías que mudarte conmigo —aclara. Maldita sea, y yo que quería marcharme de casa de mi madre. Aunque no pensaba mudarme con un completo extraño; no estoy tan loca—. Pero necesito que estés disponible cuando me haga falta.

—Ya veo. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. ¿Y crees que podría hacer eso teniendo en cuenta que no tengo trabajo?

—Tengo contactos. Podría conseguirte un empleo.

Levanto la mano para hacerlo callar.

—No necesito trabajo por caridad. Prefiero labrarme mi propia carrera.

—Y te respeto por ello. —Tensa la mandíbula—. Si no puedo conseguirte un trabajo, ¿qué puedo darte a cambio? Después de todo, esto sería una transacción comercial.

Sería preferible un refugio.

Si me diera dinero para pagar el préstamo universitario, sería lo más, pero nunca pediré eso.

Acompañarme a la fiesta de reencuentro del instituto es lo único que puede ofrecerme en realidad, pero ¿será suficiente? Tampoco es que resuelva mucho. Solo me da una ventaja superficial. No acaba con mi problema de dinero ni me ofrece una solución para poder mudarme de la casa de mi madre.

Sinceramente, ¿en qué estaba pensando al buscar un marido rico? ¿Cuál era el objetivo final?

Cuanto más lo pienso, más cuenta me doy de que no supone un objetivo final. Esto ha sido..., joder, esto ha sido una distracción.

—No estoy segura —digo.

—Puedo acompañarte a la reunión, actuar como si estuviéramos enamorados, lo que quieras. —Noto la desesperación en su voz.

—Ni siquiera sé si iré —comento—. ¿Sabes?, no creo que esto sea lo mejor para mí. Tengo que pagar las cuotas del préstamo universitario, así que no creo que vaya a poder estar a disposición de alguien cuando debería buscar trabajo. —Me reclino en la silla y clavo los ojos en la mesa—. Dios, ¿en qué estaba pensando al venir? Trabajo..., eso es lo que tengo que hacer, buscar trabajo, no preocuparme por una estúpida reunión del instituto. —Miro a Huxley, que ahora frunce el ceño de pura consternación—. Ha sido un error. Lo siento.

Me levanto de la mesa.

—Espera —dice Huxley—. Seguro que se nos ocurre algo que nos beneficie a los dos.

Niego con la cabeza. En definitiva, esta sería otra situación en la que un millonario consigue lo que quiere utilizando a una persona pobre. Aunque esté mintiendo a mi madre y a Jeff, odio mentir.

Tienes el intelecto para ser más, para encontrar un trabajo con tus habilidades.

—Sé que voy a parecer demasiado orgullosa, pero no creo que deba aceptar limosnas. Tengo que descubrir qué hacer con mi vida. —Miro la bolsa de patatas fritas y la cojo de la mesa—. Aunque no tanto como para no aceptar comida gratis. —Le doy una palmadita a la bolsa—. Gracias por esto y gracias por su tiempo. Que tenga un buen día, señor.

Y luego me giro sobre mis talones y me voy. Solo aguanto hasta llegar al paso de cebrá para meter la mano en la bolsa y llevarme una patata frita a la boca. La sal de lima es mi único consuelo en este momento.

LOTTIE: *Estoy viva.*

Kelsey: *Bueno, gracias a Dios. No sé si atreverme a preguntar... ¿Estás comprometida?*

Lottie: *No. Ha resultado tentador, pero tengo que concentrarme en mi carrera. Eso es lo que me va a sacar de esta pesadilla: no hacer el papel de novia falsa.*

Kelsey: *¿Sabes...? Quizá no sería tan malo...*

Lottie: *Tienes que estar de coña. ¿Te has vuelto loca?*

Kelsey: *He estado pensando mientras cenabas que tal vez podrías hacer el papel de novia falsa y trabajar para mí al mismo tiempo. Estoy a punto de expandirme y me vendría muy bien tu ayuda en la parte administrativa. Podré pagarte dentro de nada, y podrías vivir conmigo durante unas semanas. Conseguríamos que funcionara. Y podría ayudarte.*

Lottie: *Sí, estás loca. No pasa nada, cariño. Descansa bien esta noche y llámame por la mañana. Te quiero.*

Kelsey: *Lo digo en serio.*

Lottie: *Buenas noches.*

—Hola, cielo. ¿Qué tal todo en el trabajo? —me pregunta mi madre desde la cocina, donde está preparando la cena.

Me toca fingir que estoy agotada después de un duro día tratando con Angela.

—Lo mismo de siempre —respondo.

—¿Todavía no te ha dicho nada del ascenso?

Trago saliva.

—No.

Me siento ante la isla de la cocina y observo cómo mi madre revuelve el contenido de la olla, una salsa de espaguetis que afirma que es casera, aunque sé que no lo es. Asegura que añade sus propias especias, lo que la convierte en casera, pero los tarros de Prego vacíos al lado del fregadero sugieren lo contrario.

—Bueno, estoy segura de que pronto te lo dirá. ¿Y la búsqueda de apartamento? ¿Cómo va eso?

Sí, lo entiendo, mamá. Quieres que me vaya.

—He visto un estudio precioso cerca de Kelsey. Me lo estoy pensando. —La mentira atraviesa mis labios, impecable.

—Oh, sería maravilloso..., ¿te imaginas viviendo cerca de tu hermana?

—Sí —murmuro justo cuando Jeff aparece por la puerta principal desde el jardín que ha estado cuidando.

—Lottie, ¿te importaría explicarme esto? —me dice, mostrándome un ramo enorme de rosas rojas.

¿Qué coño es eso?

—¿Son para mí? —pregunto.

Asiente.

—Sí, llevan tu nombre.

—Oh..., tal vez Angela quiera darte así la noticia del ascenso.

Dios, ¿por qué solo piensan en lo mismo?

Me bajo del taburete, le quito el ramo a Jeff y lo dejo sobre la mesa. Cojo el pequeño sobre blanco del soporte y extraigo la tarjeta. Está escrita con una letra muy varonil —inclinada y casi ilegible—. «*Por favor, reconsidéralo. H*», y debajo hay un número de teléfono.

¿Cómo coño ha sabido dónde vivo?

Sé que los millonarios tienen acceso a cosas que nosotros los plebeyos no imaginamos, pero ese hombre ni siquiera sabe mi apellido, no tiene información suficiente sobre mí para haberme localizado.

—¿De quién son? —se interesa mi madre, acercándose por detrás de mí.

Aprieto el sobre contra mi pecho.

—De nadie —replico con rapidez; cojo las flores y corro a mi habitación. Cierro la puerta y, de nuevo, me deslizo hasta el suelo, con las flores en la mano.

¿Qué coño debo hacer?

5

HUXLEY

—Dave Toney al teléfono —anuncia Karla llamando al marco de la puerta de mi despacho.

—Pásamelo —digo antes de mirar a JP.—. ¿Me dejas un poco de privacidad, por favor?

Niega con la cabeza.

—Prefiero estar presente en esta conversación. —Me doy cuenta de que no está bromeando al ver que no se mueve.

Descuelgo el teléfono poniendo los ojos en blanco.

—Dave, me alegra saber de ti —respondo con tono despreocupado—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Anoche estuve hablando con Ellie y se ha empeñado en que averigüe si tu prometida tiene alguna alergia o aversión a la comida. Desde que se quedó embarazada, Ellie no puede ni ver las patatas fritas. Le dan asco. Con las de bolsa no le pasa, pero las que se fríen en casa le repugnan; no lo entiendo, pero es lo que hay.

Gran cuestión.

Ojalá yo supiera eso de mi *prometida*.

Bueno, si esto fuera una realidad alternativa y de verdad estuviera comprometido con una mujer embarazada, yo también entendería que tuviera algún tipo de antojo, que hubiera algo que no soportara, pero como no tengo una prometida embarazada, no puedo dar una respuesta empática.

Sigo contando con Lottie, aunque todavía no he tenido noticias tuyas. Sé que entregaron las flores porque pedí un acuse de recibo, así que debería haber sabido algo de ella. Al menos, eso piensa mi lado más narcisista. Así que voy a seguir esperando, porque pude notar que estaba interesada. Necesita ayuda, por lo que solo debo encontrar la manera correcta de convencerla. Tampoco me importa

demasiado jugar sucio para conseguir lo que quiero. Algo obvio, dado el aprieto en el que me encuentro.

Así que, en lugar de responder sobre las alergias, voy a limitarme al tema de los antojos, porque puedo sugerir algo que sé que comerá, y eso garantizará que no va a tomar algo a lo que podría tener una reacción alérgica.

—No tiene ninguna alergia que yo sepa. Gracias a Dios, no ha tenido ninguna reacción alérgica durante el tiempo que hemos estado juntos, una suerte para mí.

Dave se ríe.

—Hablando de cosas que pueden echar a perder una cita...

Es enfermizo lo jovial que suena este hombre. Y lo relajado que parece. Es como si hubiera estado por ahí, haciendo negocios con un palo metido en el culo, y luego se entera de que tengo una prometida embarazada y de repente es don Papá Feliz de la Vida, que se pasea por Felicilandia con sus New Balance 409.

—Sí, no nos ha pasado eso. Por fortuna. Pero ahora mismo tiene antojo de burritos. Tuve que comprarle ayer uno en Chipotle. —No es mentira, de verdad. Y se metió esa cosa viscosa en la boca.

—¡Qué locura! A Ellie también se le ha antojado Chipotle últimamente. Anoche fuimos a cenar allí. Quizá deberíamos asegurarnos y centrarnos en eso. Ya sé que Ellie comentó que haría comida sureña, pero ha estado agotada últimamente y esto podría resultarle más fácil. ¿Sabes qué es lo que más le gusta a tu chica de Chipotle?

Eso sí.

Sonríó y, por primera vez desde que he cogido el teléfono, recuerdo que JP está sentado frente a mí. Tiene los brazos cruzados, una pierna apoyada sobre la otra y una enorme sonrisa en la cara; parece disfrutar demasiado de que sude la gota gorda bajo su mirada.

—Sí, lo sé —respondo, dándole la espalda—. Le gusta el menú burrito. —JP se ríe a mi espalda. A la mierda—. Ya sabes: pollo, frijoles negros, lechuga, y le gusta ponerle mucho guacamole. Siempre parece preocupada porque cuesta más, pero ya sabes... —Trago saliva—. *«Lo que mi nena quiere mi nena lo consigue».*

JP resopla.

Noto que me sube por la nuca un escalofrío por la vergüenza que siento. Se van a meter mucho conmigo por todo esto.

—Perfecto —dice Dave. Lo repite despacio, como si estuviera anotándolo—. ¿Y qué te gusta a tí?

En esto se ha convertido mi vida, en darle a otro hombre mi pedido de Chipotle, pero no es cualquier hombre, sino el tipo con el que quiero hacer negocios. Pero ya no hablamos de negocios ni somos tiburones en la oficina, no, estamos compartiendo pedidos de Chipotle.

Le indico mis preferencias.

—¿Os gustan las patatas fritas de bolsa? —pregunta.

—Me encantan —confieso. De hecho, la noche pasada pensaba llevarme la bolsa de patatas fritas a casa y comérmelas solo en mi habitación mientras miraba la piscina, viendo la vida pasar. Pero Lottie se las agenció como regalo de despedida antes de que pudiera detenerla. Debería haberme irritado, pero en realidad me divirtió. Ninguna mujer me ha hecho ese tipo de cosas antes.

—Genial. Entonces, me aseguraré de tener un montón. Ahora mismo, Ellie tiene antojo de salado, así que sé que esas serán de su agrado. ¿Estás seguro de que te parece bien esta cena? Es probable que a Ellie le horrorice que pidamos comida rápida para compartirla con nuestros invitados, pero también sé cómo son las embarazadas.

—Créeme, a Lottie le encantará.

—Lottie. Me gusta su nombre —comenta Dave—. Es la primera vez que lo dices. ¿Es el diminutivo de Charlotte?

—De Leiselotte, en realidad. —Siento la mirada ardiente de JP sobre mí, y sé que en su cerebro dan vueltas un millón de preguntas.

—Un nombre precioso —asegura Dave—. Estoy deseando conocerla. ¿Os va bien el sábado a las seis?

No.

No nos va nada bien. En realidad, no estaría mal si dispusiera de más tiempo para encontrar a alguien un poco más estable que la chica a la que intento convencer, pero no puedo permitirme ese tiempo. Necesito causar buena impresión lo antes posible para poder conseguir ese trato que Dave parece haber olvidado de momento.

—Perfecto. Nos vemos entonces.

—Genial.

Me doy la vuelta en la silla y cuelgo el teléfono de forma despreocupada, ignorando por completo a JP. Muevo el ratón encima

del escritorio para poner en marcha el ordenador y voy directamente a la bandeja de entrada, donde me siento más cómodo.

JP no dice nada. Solo me mira con intensidad. Pasan unos minutos en los que mis nervios se tensan cada vez más hasta que exploto.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada. No he dicho nada.

Me vuelvo hacia su irritante sonrisa.

—No tienes que hablar. Lo dices con los ojos, con la mirada.

—Me siento fascinado, eso es todo. Porque no solo has mentido sobre todo este asunto de la prometida embarazada, sino que ahora también has cavado una fosa aún mayor al darle a Dave un nombre, pero no solo un nombre, nooo..., su nombre completo. Y un pedido de Chipotle. ¡Qué cojones tienes, tío! ¡Qué cojones! Sobre todo porque la chica no ha dicho que sí.

—Lo hará —aseguro.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Sí. Conozco su debilidad y, si tengo que usarla, lo haré.

—Esa es justo la manera perfecta de conseguir que alguien haga algo por ti. Amenazas. —JP aplaude—. En serio, Hux, los tienes cuadrados. —Se levanta de la silla—. Creo que lo más inteligente habría sido confesar que mentiste. —Se abrocha la chaqueta del traje—. Rezo para que no lo echés todo a perder. Hemos trabajado mucho para montar la empresa.

—¿Crees que no lo sé? —pregunto—. Por eso voy a hacer todo lo que sea necesario para salvarla, para hacer esto bien.

—Más te vale —dice JP—. Y será mejor que Lottie esté en esa cena contigo, porque dudo mucho que acepten que finjas que está enferma. Solo retrasarás la cita.

Tiene razón, esa era una opción, pero conozco a Dave lo suficiente como para entender su necesidad de impresionarme. Quiere conocer a mi prometida, y va a seguir intentándolo hasta que lo consiga.

—Buena suerte, hermanito. Vas a necesitarla. —JP sale de mi despacho, y yo me reclino en el sillón.

—Joder... —murmuro, dejando salir parte de mi frustración contenida.

Miro con intensidad el escritorio mientras planifico mi próximo movimiento. Está claro que enviar flores no ha funcionado, lo que significa que voy a tener que jugar sucio.

Me odiará, pero me da igual. Mientras consiga que venga a cenar y no me deje en ridículo, lo demás no me importa.

Voy a hacer una gilipollez, y cualquier persona que me vea estará de acuerdo. Pero cuando la desesperación llama a la puerta, se responde como se puede.

Con una enorme caja de bombones en la mano, porque, sinceramente, no sé lo que les gusta a las mujeres y nunca he hecho esto antes, subo por el corto camino que lleva a la puerta de Lottie. Vive en una casita no muy grande, con el jardín impecable, justo enfrente de The Flats. La casa debe de valer ahora una fortuna con esa parcela tan bonita, justo al lado de un barrio rico.

Llamo al timbre y contengo la respiración.

—Ya voy yo, mamá —oigo decir a Lottie justo antes de que se abra la puerta. Lleva unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de los Rolling Stones. Se ha recogido el pelo para apartarlo de la cara y me mira con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Hola, cariño —la saludo con una sonrisa diabólica—. Te he echado de menos.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta entre dientes.

—¿No vas a invitarme a entrar?

—No..., no voy a hacerlo —replica con un tono insolente. Parece que tengo mucho trabajo por delante.

—Lottie, ¿quién es? —pregunta una voz femenina desde el interior de la casa.

—¡Nadie! —grita Lottie. Presiento que está a punto de cerrarme la puerta en las narices, así que doy un paso adelante y me sitúo en el umbral para impedirle que me despache sin más.

—¿Nadie? ¿Así es como tratas a tu prometido? —pregunto—. Y yo pensando que significaba mucho más para ti...

—Estás loco —susurra—. ¿Cómo has sabido dónde vivo? ¿Me has espiado? ¿Tienes a alguien siguiéndome, vigilando todos mis movimientos? Sé que los millonarios podéis hacer cosas así. Sé el tipo de poder que tienes.

Intento contener la sonrisa.

—Fuiste tú la que escribió su dirección en mi móvil —explico—. Estaba en el historial de búsquedas.

—Ah... —asiente lentamente—. Es verdad, queda almacenado. Dios.

—Lottie, el postre está... listo. Bueno, bueno, hola... —En vista del gran parecido entre Lottie y la mujer que está a su lado, doy por hecho que es su madre—. ¿Y quién eres tú?

Antes de que Lottie pueda decir algo, le tiendo la mano.

—Huxley, señora —me presento—. Soy el novio de Lottie.

—¿El novio?! —exclama su madre, sorprendida, volviéndose hacia ella—. ¿Desde cuándo tienes novio?

—Desde hace tres meses —respondo una vez más—. Lo hemos mantenido en secreto. Queríamos conocernos más antes de anunciarlo públicamente. Sobre todo porque mi trabajo conlleva muchas responsabilidades.

—¡Guau, vaya sorpresa...! Ni siquiera sabía que Lottie estaba saliendo con alguien, pero qué maravillosa noticia. —Me estrecha la mano—. Soy Maura.

Le aprieto un poco los dedos.

—Huxley. Es un placer conocerte.

—Huxley, oh, qué nombre tan maravilloso. Por favor, entra. Estábamos a punto de tomar el postre, y me encantaría que te unieras a nosotros.

Le doy los bombones.

—Quizá pueda añadirlos al postre —sugiero, pero antes de que Maura pueda cogerlos, Lottie me los arrebató de la mano.

—Esto es mío —dice con una mirada voraz en sus ojos.

Su madre se ríe.

—No te interpongas entre Lottie y los bombones. Pondré otro plato para nuestro invitado. Adelante, entra, Huxley.

Y eso es lo que hago. Entro en aquella pintoresca pero hogareña casita y me quito la chaqueta del traje negro. Me desabrocho los botones de los puños de la camisa y me remango a la altura de los codos mirando a Lottie, que me estudia con intensidad, con las pupilas llenas de odio.

—Hola, cariño —vuelvo a decir, esta vez con una sonrisa.

—Has perdido completamente la cabeza —asegura en voz baja—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Jugando sucio. Traté de ir de frente, pero no aceptaste, así que aquí estoy, jugando sucio.

—¿Qué te hace pensar que voy a seguirte el juego? —Levanta la barbilla.

—Que sé que no tienes trabajo y que no quieres que tu madre lo sepa.

Se pone lívida y, en este momento, me siento un poco mal. Es obvio que Lottie está pasando un momento difícil; la vi luchar con su conciencia en Chipotle mientras trataba de averiguar qué hacer. La respeté por eso. Pero no tengo tiempo para que llegue a un acuerdo con su conciencia y, sinceramente, no me siento tan mal como para poner punto final a la farsa. En especial, porque yo la necesito a ella más que ella a mí.

—¿Vas a chantajearme?

—No, solo uso las herramientas a mi alcance para ayudarme a conseguir lo que quiero, y no actúes como si tú no me necesitaras.

—No sé yo... Por eso no te he llamado, psicópata —me suelta.

—Yo también te he echado de menos, cariño —digo un poco más alto, riéndome.

—¿Por qué no venís aquí? —dice Maura desde la cocina.

Sonriendo, me echo hacia delante y cojo la mano de Lottie. Intenta zafarse de mí, pero la tengo agarrada con fuerza suficiente como para que no se vaya a ninguna parte. Me agacho hacia ella.

—Te juro que haré que esto valga la pena —le susurro al oído.

Cuando me alejo, sus ojos se cruzan sorprendidos con los míos durante un breve segundo antes de que tire de ella hacia la cocina.

Su madre se gira y coloca un bol más en la pequeña mesa con capacidad para cuatro personas. La mesa está junto a un ventanal enorme, que ofrece una buena vista del bien cuidado jardín trasero. Unos cuantos árboles y un viejo muro de estuco ofrecen privacidad frente a los estrechos barrios vecinos.

—Jeff trabaja hasta tarde esta noche, así que Lottie y yo queríamos aprovechar para tomar un helado, ya que él es intolerante a la lactosa.

Supongo que Jeff es su marido.

—Creo que Lottie lo ha mencionado —comento, siguiéndole el juego—. No estoy seguro de lo que haría si fuera intolerante a la lactosa. Me gusta demasiado el helado.

—Yo también —comparte Maura—. Agradezco que mi sistema digestivo pueda soportarlo. Por favor, siéntate.

Primero aparto una silla para Lottie. Tal vez no tenga mucha experiencia en salir con mujeres, pero sí tengo modales, y ofrecerle una silla a tu chica es un gesto muy dulce. Por la mirada de Maura, doy por hecho que está de acuerdo. Cuando Lottie se acomoda, yo también me siento y cojo mi cuchara.

—Vaya, me siento un privilegiado —digo—. Tiene un aspecto increíble.

—Pues aprovecha, como Lottie y yo. Espero que no seas alérgico a los frutos secos; debería haberte preguntado antes.

—No lo soy. —Revuelvo el contenido del bol—. ¿Qué lleva?

—Helado de vainilla, caramelo caliente, cacahuetes picados, un chorrito de zumo de cereza, nata montada y *toppings* de chocolate y cerezas.

—Qué bueno... Gracias. —Hundo la cuchara en el helado, cojo una gran porción y me la meto en la boca. Joder, está delicioso. No recuerdo la última vez que tomé helado, pero lo echaba de menos—. Está muy bueno.

Lottie se me queda mirando, como si no pudiera creer que me encuentre aquí, tomando helado en la cocina de su madre, como si no pasara nada.

Pero eso es exactamente lo que está ocurriendo.

Ojalá pudiera escuchar sus pensamientos...

En mi opinión, ha entrado en bucle y solo se dice «*Voy a matarlo*» una y otra vez.

—Lottie, ¿no quieres helado? —pregunta su madre.

Aprieto la mano contra su muslo.

—Es posible que esté en *shock* —la disculpo—. No sé si estaba preparada para hablarte de mí. Supuse que no había nadie en casa cuando me envió el mensaje, así que pensé en pasarme. —Le aprieto el muslo—. Lo siento, cariño. Ya no podemos guardar el secreto.

—Cariño, ¿qué te preocupa? —le pregunta su madre.

Los dos miramos a Lottie, que parece un ciervo cegado por los faros de un coche.

—Mi reputación —improviso, cubriéndola—. No es la mejor, pero no es culpa mía. No sé si has oído hablar de Cane Enterprises.

La expresión de Maura es de pura sorpresa.

—¿Huxley Cane? ¿Tú eres Huxley Cane?

Miro a Lottie con rapidez, y parece que no sabe de qué va esto. Interesante.

—Sí. Y aunque en *Page Six* les guste informar de que llevo a una chica diferente del brazo cada noche, eso no es cierto. No te creas nada de lo que leas en la prensa rosa. Menos mal que hace tiempo que no me mencionan, porque sería un gran obstáculo en mi historia con Lottie.

—Oh, nunca me creo los cotilleos de los famosos a no ser que vengan de la propia Hoda Kotb. —Maura agita la mano en señal de rechazo.

Lottie recupera por fin el habla.

—Mamá, siempre te has creído lo que dicen las revistas de cotilleo. El otro día me dijiste que Jennifer Aniston había tenido trillizos y se los había vendido a Will Arnett.

Maura se ríe nerviosa.

—Era una broma. —Se aclara la garganta—. Ahora que lo pienso, ¿por esto has sido tan evasiva sobre la mudanza? —le pregunta Maura a Lottie—. ¿Porque estás pensando en mudarte con Huxley?

¡Oh, joder...!

—¿Qué te hace pensar eso? —responde Lottie, molesta.

—Porque cuando busqué apartamentos cerca de Kelsey no había ninguno disponible. Llevas días evitando ese tema, y no sé..., descubrir que tienes novio me hace pensar que podrías estar pensando en mudarte con él. —Maura se gira hacia mí—. No me malinterpretes: nos encanta tener a Lottie aquí, pero también estamos encantados con su ascenso y que pueda tener su propio hogar por fin.

Interesante. Entonces, sí necesita un lugar para quedarse; algo que no comentó el otro día. Además, no le han ofrecido un ascenso, sino que la han despedido y no quiere que lo sepa su madre.

Creo que tengo a Lottie justo donde quiero.

Maura me lanza una sonrisa socarrona.

—Jeff y yo tenemos muchas ganas de pasearnos desnudos por la casa.

—¡Mamá! —dice Lottie con la cara roja.

Me echo hacia delante y le guiño un ojo.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir. —Me aclaro la garganta—. Le he pedido que se mude conmigo, pero estoy esperando su respuesta.

—¿En serio? —pregunta Maura, con la emoción brillando en sus ojos—. Oh, guau, eso es genial. Cariño, ¿vas a aceptar?

Los dos miramos a Lottie, que tiene la boca llena de helado. Ella nos observa a los dos, y sé que quiere asesinarme, porque si las miradas mataran, estaría a dos metros bajo tierra.

Traga con cautela.

—No estoy segura. Está más colado por mí que yo por él. —Y después de decir tal cosa, se mete más helado en la boca.

—Lottie. ¿Cómo has podido soltar algo así? —pregunta Maura, horrorizada—. Y justo delante de él, además —añade con un susurro.

—Ah, solo está bromeando —intervengo, quitándole hierro a sus palabras—. En realidad, ha sido la primera en decir «Te quiero».

Maura abre los ojos de par en par.

—Vaya, no... No lo sabía. —Se vuelve hacia Lottie—. Me duele que hayas pensado que no podías confiar en mí. —Oh, joder. Su madre no puede estar triste.

—Eso es culpa mía —la disculpo con rapidez—. Le he pedido que no se lo dijera a nadie. Quería mantener todo en secreto. Lottie quería contároslo a Jeff y a ti, pero le insistí en que no lo hiciera. Por favor, no te enfades con ella. Si debes recriminárselo a alguien, debería ser a mí.

Con esas palabras consigo una mirada más tierna de Lottie, pero no dura mucho. Al instante se concentra de nuevo en el helado y se mete un poco más en la boca.

—Te agradezco que seas sincero conmigo, Huxley. —Dios, si Maura supiera—. Y bien... —Apoya las manos en la mesa—. ¿Cómo os conocisteis?

—Estábamos paseando —digo, aunque no sea eso lo que le conté a Dave. Dios, la bola de nieve es cada vez más grande. Al menos es cierto que los dos estábamos paseando—. Se perdió y la ayudé a encontrar el camino de regreso a casa, pero antes de que se fuera sabía que necesitaba su número. No podía dejar de mirarla. Esos ojos verdes suyos me tienen hipnotizado.

Lottie me mira de reojo con cierta sorpresa. Sí, presto atención a los detalles, y recordaría sus ojos aunque solo hubieran coincidido con los míos un instante.

—Qué dulce... Lottie, ¿no dices nada?

No dice nada porque sigo interviniendo antes de que pueda decir algo. Y es que, aunque sé que necesita que la cubra, no estoy totalmente seguro de que no se le vaya la olla y nos descubra.

—Estoy observando a Huxley —comenta—. Veo cómo encaja en mi entorno. —Revuelve la cuchara en su bol—. No estoy segura de si encaja o no.

—Por favor, disculpa a mi hija, al parecer no tiene filtro. ¡Lottie, es tu novio!

Maura es una buena mujer.

—No pasa nada, Maura. Estoy acostumbrado a que me toque las pelotas a menudo, y perdona mi lenguaje.

—Oh, no te molestes en excusarte, no creas que somos el colmo de la corrección. Y supongo que ella ha copiado esa actitud de mí; también tiendo a dejar a Jeff en evidencia.

—Eso hace que la relación sea mucho más divertida, en especial porque por la noche se acurruca conmigo para abrazarme y me besa con esos dulces labios. En ese momento, todo vale la pena porque sé que mi chica me quiere. Que me quiere de verdad.

Y el Oscar es para...

Lottie se levanta de la mesa con el bol en la mano.

—Ya he terminado. Huxley, ven, que quiero enseñarte mi habitación.

—Menuda excusa —me burlo, y me llevo un poco de helado a la boca. Al notar que ella me mira fijamente, me levanto de mi asiento—. Maura, ¿me perdonas? Mi novia quiere pasar un ratito a solas conmigo. ¿Dejo mi bol en el fregadero?

Me hace un gesto con la mano.

—No, ya me encargo de esto, vosotros dos atended a vuestras cosas.

—Gracias. —Cojo a Lottie de la mano y dejo que me guíe por el pasillo hasta la última habitación de la izquierda. Abre la puerta, me empuja dentro y cierra detrás de mí.

Observo la habitación, pequeña pero completamente decorada. Pósteres de grupos de rock se extienden por todas las paredes.

Desde los Beatles, pasando por la ELO, hasta Boston, todos los estilos musicales están representados allí, incluso hay información en el techo. No ha hecho la cama, hay ropa en el suelo y veo una mancha de maquillaje en el tocador junto a otros productos para la cara. Me siento como si me hubiera transportado dos décadas atrás en el tiempo y hubiera aterrizado en la habitación de alguna de mis novias. Desorden, todo lo que le gusta pegado en las paredes y, aunque no sea un dormitorio oscuro, hay una guirnalda de luces *leds* rodeando la puerta. Esta chica no es mucho más joven que yo, pero lo parece.

—Tengo que volver a preguntártelo: ¿cuántos años tienes? —repite, volviéndome hacia ella. Me recibe una mujer de aspecto muy enfadado: brazos cruzados, mandíbula tensa, golpeteo de pies en el suelo.

Joder, Lottie lleva la palabra «asesinato» escrita en los ojos.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí?

—Trataremos ese tema dentro de un segundo. Antes necesito saber cuántos años tienes.

Pone los ojos en blanco.

—No te preocupes, *nene*, tengo veintiocho años. No hace falta que llames a tus abogados. —Pasa a mi lado, lo que hace que nuestros hombros se rocen, y se acerca a la cama deshecha para sentarse. Las sábanas están estampadas con pequeños corazones, mientras que el edredón es de terciopelo negro. Intento entender a esta chica, pero no consigo clasificarla. Tiene un poco de todo.

Pósteres de rock. Sábanas de corazones.

Actitud hosca. Preocupación por sus padres.

Gruñe desde el otro lado de la mesa. Engulle cualquier cosa que se le ponga delante.

—Ahora cuéntame qué coño crees que estás haciendo —insiste.

—Te estoy haciendo un favor. —Me meto las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Puedes explicarme por qué mentirle a mi madre es hacerme un favor? Ella se cree que estamos saliendo.

—Gracias a mi impecable actuación. Por tu parte, tienes que hacer algunos ajustes.

Ya no puede fruncir el ceño con más intensidad. *No te pases con las bromas, tío; no está predispuesta ahora mismo.*

—¿No te dije en Chipotle que no estaba interesada?

—Estás interesada —la corrijo—, pero también estás asustada. No sé qué te acojonó, pero noté un cambio en tu actitud. Sabía que no querías poner fin a esto; solo necesitas un poco de estímulo. Por eso te envié las flores, para estimularte.

—Ya. ¿Y cómo describirías lo de hoy?

—Lo de hoy es una patada en el culo.

—Pues no necesito una patada en el culo. Al contrario que tú.

—Ah, ¿en serio? —digo, burlón, sintiéndome un poco engrdeído ante mis bazas—. Porque, por lo que parece, tu madre está contando los segundos para que te vayas de esta casa. También parece creer que pronto te ofrecerán un ascenso, cuando, en realidad, te has quedado en paro. ¿Podrías decirme por qué piensa eso?

Lottie mueve los ojos de un lado a otro, pero no me responde.

Dirijo el pulgar hacia la puerta.

—¿O debo ir a preguntarle yo mismo? —Me muevo para salir y ella se levanta de un salto de la cama y me retiene de la mano, tirando de mí hacia atrás.

—No le digas nada a mi madre. —Se sienta en la cama y se deja caer hacia atrás. Dios, ¿por qué me mandas esta pesadilla?

—No tiene por qué ser un mal sueño —intervengo—. Podría ser muy fácil. Podemos ayudarnos mutuamente, pero, por alguna razón, no lo permites.

—Porque eres una completo desconocido —sisea—. ¿Quieres que sea tu prometida, que viva contigo y que esté a tu disposición? Pero yo tengo una vida, no tengo tiempo para jugar a las casitas con un millonario.

—Esto no es un juego para mí —asegura—. La he cagado a lo grande y estoy tratando de solucionarlo, para todos. Y no tendrás que estar a mi disposición, solo acompañarme a algunas cenas, tal vez algún fin de semana, solo hasta que pueda firmar el acuerdo, y luego puedes mandarme a la mierda.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —pregunta, apoyándose en los codos para incorporarse.

—Lo que quieras —digo, porque he llegado a ese punto. Quiero que sepa que el límite está en el cielo, porque aún no he mencionado lo del embarazo—. ¿Necesitas un lugar para quedarte? Vivo en una casa con siete habitaciones. ¿Necesitas pareja para ir a ese

encuentro del instituto? Soy tu hombre. ¿Necesitas que llame a tu exjefa para que le quede claro que ha cometido un gran error al despedirte? Cuenta conmigo. ¿Quieres un trabajo? Puedo ayudarte a encontrar uno.

—No quiero trabajar para ti —dice ella—. Lo que quiero en realidad es... —Su voz se apaga mientras niega con la cabeza y mira hacia la ventana.

Oh, quiere algo. Puedo verlo en sus ojos ensimismados. Es un deseo, una esperanza..., hay algo detrás de esos ojos sensuales, algo que quiere de verdad.

Aprovecho la oportunidad para sentarme junto a ella en la cama. Este podría ser un momento decisivo para mí, en el que puedo traspasar ese duro exterior suyo.

—¿Qué quieres, Lottie? Créeme, puedo hacer que suceda casi cualquier cosa.

Curva los labios hacia un lado mientras evita el contacto visual conmigo. Por la forma en que frunce el ceño, sé que se lo está pensando, que está considerando decírmelo. Pero en vez de presionarla, espero.

Y espero.

Hasta que...

—Quiero estar en posición de ayudar a mi hermana —confiesa en voz baja—. Quiero sentirme realizada con mi carrera, valorada, y sé que lo lograré trabajando con Kelsey. Es mi persona especial, mi mejor amiga, y colaborar con ella sería un sueño. —Me mira—. Pero ella no puede permitirse contratarme, y yo necesito ingresar dinero.

—¿A qué se dedica? —Me agrada la vulnerabilidad de su voz. Cuando no se esconde detrás de la mordacidad y el sarcasmo, es la persona más desinteresada que he conocido. Aquí estoy yo, con la proverbial lámpara de Aladino, mientras ella quiere ayudar a su hermana. Verdadero altruismo, vaya.

—Tiene su propia empresa de organización. ¿Sabes *The Home Edit*? Pues algo así, pero de forma sostenible.

—¿Qué es *The Home Edit*? —pregunto, confuso. ¿Me he perdido algo?

—Agh, hombres —murmura—. *The Home Edit* es un programa de televisión para organizar tu casa —explica—, y consiste en rdu-

cir tus pertenencias al mínimo y de asegurarte de que vives una vida organizada en lugar de caótica. Convierten las despensas en refugios, los frigoríficos en obras maestras. Es espectacular. Kelsey está a punto de llegar más allá y ser algo más que un *reality show*, pero le cuesta mantener el ritmo de la parte administrativa. Ahí es donde entraría yo.

—Entiendo. —La miro fijamente—. ¿Sabes? Tengo muchas conexiones. Incluso a mis hermanos les vendría bien que alguien entrara en sus casas y se las organizara. También a las oficinas les vendría bien una revisión. Puedo asegurarme de que el negocio de tu hermana no solo sea conocido por gente que se gastaría mucho dinero en sus servicios, sino que también puedo hacer que prospere.

—No queremos caridad.

—No es caridad. No pienso decirle a la gente que la contrate, pero, si quieres llegar a algún lado en los negocios, Lottie, tienes que saber que las conexiones lo significan todo. A veces, solo necesitas a una persona. Una persona que encienda la llama, porque esa persona puede conocer a cinco personas, y esas cinco pueden conocer a cinco más, y así es como un negocio crece al principio, de boca en boca. Yo soy esa primera persona, y conozco a más de cinco personas.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero ayudarte. —*¿Cómo puedo conseguir que me crea?*—. ¿Qué te parece esto?: tú finges ser mi prometida y vas a estas reuniones de negocios conmigo; a cambio, puedes quedarte en mi casa...

—No voy a ir a vivir contigo. Puedo mudarme con Kelsey. Ni se te ocurra pensar que voy a trasladarme con un extraño al que no conozco.

—Vale. Tú aceptas el trabajo con Kelsey y te mudas con ella, y yo os ayudo con algunos contactos.

Lo medita, torciendo la boca.

—Y ya que estamos... —añado, carraspeando—, si pudieras estar embarazada, sería ideal.

—¿Qué? —dice ella, sentándose de golpe—. ¿Has perdido la cabeza? No voy a permitir que me dejes embarazada.

—Joder, no, no quería decir eso. Solo que finjas estar embarazada. Que lo finjas. No voy a follar contigo ni nada de eso.

Frunce el ceño.

—¿Por qué demonios quieres que finja que estoy embarazada?

—Porque le dije al tipo con el que quiero firmar el contrato que estás embarazada.

—¿Por qué? ¿Por qué le has dicho eso?

Suspiro y me llevo la mano a la nuca.

—Su prometida está embarazada. Estaba tratando de llegar a él.

—¿Inventándote que también estás prometido y a punto de ser padre? Vaya, Huxley, sí que estás metido en un buen lío, ¿no?

—Sí. Por eso te necesito. Así que, ya sabes, Lottie... —Extiendo los brazos—. Dime lo que quieres y es tuyo.

—No sé lo que quiero.

—De acuerdo. —Me levanto de la cama y me pongo a pasear por su habitación—. En un mundo perfecto, ¿qué estarías haciendo ahora mismo? —La miro con intensidad y levanto el dedo—. Trabajar con tu hermana, ¿verdad?

Asiente.

—No vivirías con tu madre y con Jeff.

Vuelve a asentir.

—Le demostrarías un par de cosas a esa jefa tuya, la que te despidió.

—Una amiga de toda la vida que ha sido tóxica desde el principio. Me encantaría metérsela doblada.

Me río.

—Vale, eso se puede apanar. ¿Qué más?

—¿En un mundo perfecto? —pregunta dubitativa.

—En un mundo perfecto.

Se pasa los dientes por el centro del labio inferior.

—Bueno, estaría trabajando con mi hermana, no viviría en casa de mi madre, podría vengarme de Angela, habría devuelto el préstamo universitario y, cada vez que llueva, tendría un lugar donde pudiera tumbarme bajo la lluvia sin que nadie me juzgara.

—Hecho —respondo.

—¿Qué? —pregunta ella con escepticismo.

—Da todo por hecho. Yo me ocuparé de todo. Te ayudaré con el negocio de tu hermana para que puedas trabajar para ella. Irás a vivir con ella, así que eso cubre la vivienda, trazaremos un plan

perfecto para que Angela aprenda un par de cosas, pagaré el préstamo universitario y conozco el lugar perfecto para tenderte a solas bajo la lluvia.

Niega con la cabeza.

—No vas a cancelar mi préstamo universitario.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque no soy una prostituta.

Me rasco la nuca.

—No recuerdo haber dicho que te pagaría por follar conmigo.

—Y no lo has hecho, pero todo es... raro. Quieres pagarme por ser tu acompañante.

—En primer lugar, no serás una acompañante. Olvídate de ese término, ¿entendido? En segundo lugar, esto no se trata de mí, se trata de nosotros. Es un trato. Un acuerdo. Una transacción entre dos personas. Los dos llegamos a un trato justo, e intercambiamos servicios, eso es todo. Nada más. Créeme, estoy dispuesto a pagar mucho dinero para convencerte de que formes parte del equipo. Estoy seguro de que tu préstamo no es para tanto. ¿Cuánto debes?

Hace una mueca.

—Treinta mil dólares.

Curvo la comisura de la boca un poco hacia arriba.

—Calderilla, Lottie.

Abre los ojos de par en par.

—¿Tengo una deuda de treinta mil dólares y tú dices que es calderilla?

—Cuando digo que tengo miles de millones, es que los tengo.

Me mira confusa.

—¿Por qué me cuentas esto? —dice—. Podría hacerte chantaje o algo.

—Posiblemente, pero no creo que lo hagas. No pareces ser ese tipo de persona.

—No lo soy —asegura ella, desinflada—. Ojalá lo fuera; haría que esto resultara mucho más fácil.

Me río.

—Me alegro de que no seas alguien que recurra a la extorsión. Es un buen augurio para mí. —Me quedo ahí, con las manos en los bolsillos. Con la cabeza gacha, solo levanto los ojos para mirarla—. Di que sí.

Aprieta los labios.

—¿Cómo sé que cumplirás con tu parte?

—Haré que mis abogados redacten un contrato. Es así de fácil. Todavía parece insegura. Se mira las manos.

—No sé qué hacer.

—Dime por qué tienes dudas —la presiono. Para que siga adelante con esto, tiene que admitir qué la retiene.

—Es que no me parece que esté bien. Ya sé que era yo la que buscaba un marido rico para resolver todos mis problemas, pero ahora que es medianamente posible, me parece mal. He trabajado con ahínco por todo lo que he ganado; esto me parece un regalo, y no está bien.

Puedo entender ese sentimiento. Si no fuera por mi padre, no tendríamos el negocio que tenemos hoy.

—Entiendo que te sientas orgullosa de todo lo que has tenido que trabajar para conseguir lo que tienes en la vida. Lo entiendo muy bien. Pero ¿sabes cómo empezamos nuestro negocio?

Niega con la cabeza.

—Sinceramente, no sé nada de ti.

—Bueno, fue con una idea y el dinero del seguro por el fallecimiento de mi padre. Sin ese dinero, no estaríamos donde estamos hoy. Sí, el trabajo duro, las metas y las decisiones bien pensadas aumentaron ese dinero, pero necesitábamos ese impulso, esa ayuda. Ese punto de partida. Todo el mundo necesita un comienzo fuerte y un impulso de vez en cuando. No veas esto como un regalo, Lottie, míralo como un impulso.

—Supongo que tiene sentido. —Sus ojos se clavan en los míos—. Puede que me estés ofreciendo el trato de tu vida, pero necesito que sepas algo. —Se levanta de la cama y, aunque soy por lo menos treinta centímetros más alto que ella, se acerca a mí con aire intimidante—. No te deberé nada más que lo que firme. Y la trampa que me has puesto hoy es muy ruin, y no volverás a hacer nada parecido. Chantajearme y poner la verdad en mi contra es una cagada, y no me gustas demasiado por eso.

—Tienes razón —digo—. Pero me niego a disculparme por lo que he hecho. —Su mirada se centra en mí—. Nunca me disculpo a menos que me arrepienta de algo. No me arrepiento de esto. Como hombre de negocios, tomo las mejores decisiones para con-

seguir mis objetivos.

—¿Así que esto es una transacción comercial?

—Nada más que eso.

—Vale —dice, y luego señala la puerta—. Ya puedes irte.

Niego con la cabeza.

—Buen intento, Lottie, pero voy a necesitar cierta información antes de irme, información que incluye tu número de teléfono, la dirección de tu hermana, tu talla y el número que calzas.

—¿Para qué necesitas todo eso?

Me acerco un poco más y le doy un tirón a la vieja camiseta rockera que lleva puesta.

—No es que no me parezcas sexy, pero vas a necesitar ropa un poco más cara si vas a ser mi prometida. —Le levanto la barbilla con el dedo índice—. Además, voy a necesitar la talla del anillo. Mi novia va a llevar un buen pedrusco.

Traga saliva.

—De acuerdo, y yo voy a necesitar saber el tamaño de tu polla antes de que te vayas.

—¿Para qué necesitas saber eso? —pregunto.

—Porque —replica con una sonrisa— tengo que saber si tengo que actuar como una prometida feliz o como una prometida verdaderamente satisfecha.

Joder, qué ovarios tiene esta chica. ¿Cuándo fue la última vez que mantuve una conversación tan sincera y directa con una mujer?

Noto que se me calienta la nuca.

—Créeme, estás condenadamente satisfecha.

Se encoge de hombros.

—Supongo que tendré que fiarme de tu palabra.

Se acerca a su mesita de noche, saca un bolígrafo y un papel y empieza a anotar cosas. Me paseo por su desordenada habitación.

—Si tu hermana es especialista en organización, ¿cómo es que tu habitación es un desastre?

—Ha intentado ayudarme, pero soy una causa perdida. Alégrate de no tener que vivir conmigo.

Quizá seas una causa perdida para tu hermana, pero podrías ser mi victoria.



6

LOTTIE

MAMA: [imagen] Ahí tienes una foto de nosotros dos desnudos en el salón. Ya te la enseñé, pero solo del cuello para arriba. Vivimos libres y sin preocupaciones.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué? —pregunto, soltando el teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunta Kelsey, hurgando en una de mis cajas.

—Solo hace dos horas que me he mudado y ya están desnudos en el salón.

Kelsey finge una arcada.

—Mira que estoy a favor de que la gente se exprese, de verdad, pero hay cosas que una madre no necesita compartir con sus dos hijas.

—Totalmente de acuerdo —digo, y me apoyo en la pared del pequeño estudio de Kelsey—. Y vamos a tener que sentarnos en ese sofá cuando vayamos a visitarla.

—A partir de ahora me quedaré de pie —asegura Kelsey con un gruñido, deslizando una caja sobre otra.

Digamos que el espacio aquí es... escaso.

—Kels, estoy empezando a sentir ansiedad.

—¿Por la cena a la que tienes que ir esta noche, por el contrato que acabas de firmar o por tener que hacer un castillo con las cajas para que tú también quepas aquí?

Sí, es cierto, he firmado un contrato que me vincula a Huxley Cane hasta que se cumplan todas mis obligaciones contractuales.

Y, sí, esta noche seré una prometida cariñosa.

Por no mencionar que no queda ni un solo hueco para andar en el apartamento de Kelsey. ¿Por qué creía que era más grande? ¿Por qué pensaba que era lo bastante grande para dos personas?

—Por los tres —respondo—. ¿Crees que he cometido un error?

—¿Sinceramente? No lo sé. —Kelsey suelta un fuerte suspiro—. Creo que todas las decisiones tienen cosas a favor y en contra. Es un riesgo estar obligada por contrato a salir con este tipo, Huxley, hasta que se asegure el trato. Pero piensa en los beneficios que trae aparejados, y no me refiero solo a lo que puede llegar a suponer para el negocio. Piensa que ya no tendrás que pagar el préstamo universitario.

—Ya, todavía no me siento cómoda con eso.

Kelsey pone una de mis cajas de ropa sobre una caja de zapatos.

—Considéralo de esta manera: es probable que Huxley gane mucho dinero con este trato o, de lo contrario, no habría llegado a los extremos a los que ha llegado para asegurarse de que sale adelante, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues mira el pago del préstamo universitario como una comisión por ayudarlo.

—Mmm, supongo que podría verlo así.

—¿Ves? —Levanta otra caja—. Van a tener que quedarse aquí hasta que encuentre el sistema de orden perfecto para nosotras. —Señala la cama que hemos improvisado en el suelo—. ¿Seguro que no te importa dormir sobre almohadas? Puedo cambiarme contigo cada dos noches.

Le hago un gesto con la mano.

—Está bien. Y mira qué bien has hecho la cama también. Me servirá. —Suspiro—. Gracias por acogerme.

—¿Qué es lo que piensan mamá y Jeff que has hecho?

—Que me he mudado con Huxley.

—¿Qué vas a hacer cuando quieran ir a visitar tu nueva casa?

—Quedaremos a una hora, me llevaré algunos efectos personales y fingiré que vivo allí. No creo que vayan a revisar los baños para asegurarse de que tengo tampones de repuesto.

—Cierto. —Kelsey se ríe—. Aunque no pondría la mano en el fuego. Bueno, parece que lo tienes todo planeado. ¿Y qué me dices de esta noche? ¿Estás preparada? ¿Tienes clara la historia?

—¿Qué historia?

—Ya sabes: cómo os conocisteis, cómo te propuso matrimonio... ¿Qué habéis concretado?

¡Oh, Dios!, no tenemos una historia.

No había nada de eso en el contrato.

Y solo he tenido noticias de Huxley una vez desde que salió de mi casa el otro día, lo que hace que todo sea mucho más reconfortante.

Puedes sentirlo, ¿verdad? Sarcasmo modo delirio.

Porque es como una losa.

Mi ansiedad crece más cuando me doy cuenta de que no nos hemos puesto de acuerdo en nada de nuestra historia. De lo único que hemos hablado es del contrato y sobre si lo he firmado o no. Mantuve una larga conversación con su abogado, en la que básicamente me amenazó con un acuerdo de confidencialidad. Le pregunté si Kelsey entraba él y, una vez que lo discutió aparte con Huxley —no intervine en esa conversación—, me dijeron que no, que ella no contaba, pero le hicieron firmar su propio acuerdo. Ha sido un calvario.

—No hemos planeado ninguna historia. —Me mordisqueo el dedo, intentando aplacar la bilis que empieza a subirme por la garganta.

Kelsey se encoge de hombros.

—Oooh, yo le enviaría un mensaje, para ver a qué hora es la cena, cuándo piensa recogerte y cuál es la historia, porque dudo que le haga ilusión que cometas un desliz. ¿No pone algo en el contrato sobre que debes comprometerte con el personaje?

—¿En serio? ¡Oh, Dios!, debería haberlo leído más detenidamente.

—¿No has leído bien el contrato? —pregunta Kelsey, horrorizada.

—Eran veinte páginas, Kels; demasiada jerga legal para un solo día.

—Dios, Lottie... ¿Has firmado algo sin leerlo?

—He entendido lo esencial.

—Pues yo creo que está claro que no.

Ahora puedo notar el sabor de la bilis en la lengua.

—No estás aplacando mi ansiedad, te das cuenta, ¿verdad? —Cojo el teléfono y le envío a Huxley un mensaje lleno de pánico.

Lottie: ¿Cuál es nuestra historia? ¿Cómo nos conocimos? ¿Cómo te declaraste? ¿De cuánto tiempo estoy? ¿Debería notárseme? ¿Vamos a tener un niño o una niña? ¿Cómo se llaman las personas con las que vamos a cenar? ¿Por qué demonios firmé ese contrato de mierda?

Tiro el teléfono y me siento a la mesa de roble de dos plazas.

—Esto es una mala idea —comento—. He dicho que me ceñiré al personaje, y ni siquiera sé cuál es. ¡He firmado un contrato, Kelsey!

—Sí, no voy a mentirte, siento ansiedad por ti.

—Eso no ayuda. —La inmovilizo con una mirada.

Toc. Toc.

—Ahí está la comida —dice Kelsey, saltando hacia la puerta—. Controla la ansiedad. Los rollitos de primavera no casan bien con ella.

¿La ansiedad va bien con algún plato?

Mientras abre la puerta, apoyo la cabeza contra la pared, pero solo durante un nanosegundo, porque el grito ahogado de Kelsey capta mi atención. Asustada por lo que podría haber al otro lado de la puerta, me echo, vacilante, hacia delante justo a tiempo de ver a un hombre que mete en el apartamento unas cuantas cajas de ropa y bolsas llenas de cajas de zapatos. Las deja sobre la cama doble de Kelsey y se retira. Entonces se adelanta Huxley, con un aspecto bastante elitista y bastante serio. Cuando sus ojos se cruzan con los míos, me topo con su ceño fruncido. ¿Por qué demonios me mira así?

—¿Puedo... mmm... ayudarte? —pregunta Kelsey.

Huxley se vuelve hacia Kelsey.

—Tú debes de ser Kelsey —comenta con el ceño algo fruncido. Le tiende la mano—. Soy Huxley. Es un placer conocerte.

—¡Oh, Dios mío! —suelta Kelsey, estrechándole la mano. Me mira por encima del hombro—. No me habías mencionado lo guapo que es —susurra.

—Quizá estés diciéndolo bajito —musito—, pero puede oírte.

Huxley se ríe y cierra la puerta. Sus ojos recorren el pintoresco espacio de cuatro por cuatro. Su expresión neutra se transforma poco a poco, y vuelve a lucir aquel ceño fruncido, que se hace más profundo con cada segundo que pasa. No parece muy contento.

—¿Es aquí donde piensas vivir?

—¿Tienes algún problema con eso? —respondo.

Se adentra más, y su inspección crítica recae sobre el lecho de almohadas que hay en el suelo. Lo pisa con el zapato.

—¿Y aquí será donde duermas?

—¿A que parece cómodo?

Sin responderme, pasa por delante de la torre de cajas, que se balancea de forma precaria.

—¿Y dónde piensas poner estas cajas?

—Tampoco es que sea de tu incumbencia, pero Kelsey va a organizarlo todo. Es una profesional, ¿recuerdas?

Su mirada crítica se extiende sobre aquel espacio una vez más.

—No pretendo insultar su profesión ni sus habilidades —se disculpa—, pero estoy deseando ver cómo encaja todo esto en este pequeño apartamento y consigue a la vez que el espacio siga siendo habitable. Veo que Kelsey ya ha utilizado algunas de las alturas que ofrecen estos techos, pero he visto tu habitación y el desastre que eres capaz de crear.

Caramba, ha venido en son de guerra, ¿no?

—Kelsey, ¿quieres ponerlo en su lugar? —pregunto, un tanto despreocupada. Si alguien puede resolver esta debacle, es Kelsey. Es la octava maravilla moderna cuando se trata de organización. Ve el almacenamiento de maneras que otras personas no captan. Si alguien puede hacer que funcione, es ella.

—Bueno, la verdad es que no pensé que fueras a traer tantas cajas —confiesa Kelsey, pareciendo menos confiada que yo—. Y, además, ¿quién sabe lo que hay en esas cajas y bolsas que acaba de traer Huxley?

—Kelsey. —Me siento con la cabeza alta—. Estás especializada en orden.

—Lo sé. —Se retuerce las manos y mira a Huxley—. No quiero que pienses que no soy buena en lo que hago, porque soy muy buena, pero a veces hay que admitir que se necesita una purga para que las cosas funcionen. Soy minimalista, y creo que primero tendremos que deshacernos de algunas de las cosas de Lottie para que todo vaya bien.

—¿Deshacernos de qué? —pregunto, asombrada ante la mera idea de hacer algo así—. ¿Te das cuenta de que solo he traído lo mínimo? Ni siquiera tengo aquí toda mi ropa. Es lo que necesito para sobrevivir.

—Yo me encargo de esto. —Huxley saca el teléfono y empieza a pulsar en la pantalla—. Me encargaré de que André venga a recoger tus cajas.

—¿Qué quieres decir con recogerlas? ¿Qué va a hacer con ellas?

Huxley levanta la vista del móvil con una ceja arqueada, y sus ojos sensuales que me atraviesan.

—Llevarlas a mi casa.

Niego con la cabeza.

—De eso nada, no. Ni hablar. Te he dicho que no iba a mudarme contigo.

—No seas absurda. Tengo siete habitaciones en casa. Podrías tener una habitación para cada una de tus cajas.

—No voy a compartir casa con un hombre que no conozco.

—Cruzo los brazos sobre el pecho.

Nos miramos fijamente, como trazando una línea entre nosotros.

¿Sería más fácil vivir con Huxley? Claro, probablemente, pero no lo conozco. ¿Qué tipo de demente se mudaría con un completo extraño?

Yo no.

Y mi hermana nunca me lo permitiría.

—¿Sabes?, puede que no sea una mala idea —interviene Kelsey.

Discúlpame mientras recojo la mandíbula del suelo.

¿Perdón?

¿No es una mala idea?

—Kelsey —susurro, conmocionada—. ¿Qué coño dices? Se supone que estás de mi lado.

—Y lo estoy. —Señala las cajas—. Pero después de un fin de semana compartiendo el estudio, vamos a odiarnos. Y míralo, parece un hombre bastante agradable.

—¿Bastante agradable? —repito, completamente sorprendida—. ¿Es eso todo lo que necesitas? ¿Bastante agradable?

—Y huele muy bien. Además, sabemos quién es, así que, si intenta hacerte algo, podemos denunciarlo, y eso destrozaría su reputación. Es obvio que está haciendo todo lo posible para evitar tal cosa.

Hay algo de verdad en ello, pero aun así...

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Vivir en la mansión de este tío?

Kelsey sonrío.

—Eeh, sí... ¿No te parece un sueño?

Me echo hacia delante para acercarme a Kelsey.

—Ni siquiera me gusta —susurro.

—Puede oírte —responde con otro susurro.

—No tengo que gustarte para hacer negocios conmigo. Recuerda que esto no es más que una transacción comercial. Cuanto antes empieces a considerarlo así, más fácil será despojarlo de emociones.

Frunzo el ceño; Huxley parece demasiado despreocupado, balanceándose sobre los talones, con las manos en los bolsillos como si tal cosa.

—Tiene razón —interviene Kelsey—. Una sugerencia —continúa cuando no respondo—. ¿Qué te parece esto? Prueba durante una semana y, luego, si quieres volver, mi apartamento-estudio estará abierto para ti, con cama de almohadas y todo.

—¿Lo dices en serio? ¿No quieres que me quede?

—No va a hacerte daño —asegura Kelsey.

—Eso es lo que dices ahora, pero todas las mañanas circulan informes de hermanas desaparecidas por la intraweb de las noticias.

—No seas ridícula. Lo sabemos todo sobre él. Como intente algo, su reputación se verá perjudicada. Créeme, sé juzgar a la gente. No es estúpido.

No puedo creer que lo esté considerando, pero, cuando los miro a los dos, me siento cada vez más inclinada a decir que sí. No por la mansión, sino porque no quiero que Kelsey me odie, y sé que, cuando llevemos unos días en este pequeño apartamento, bien podría repudiarme. Vivir aquí es una cosa, pero trabajar y vivir en este apartamento es jugar en una liga completamente diferente.

Suspiro.

—Vale, pero me pido la habitación más alejada de la tuya, y nada de cosas raras. —Lo señalo con el dedo.

—No te hagas ilusiones —dice de forma despreocupada antes de acercarse a la cama, donde revuelve entre las cajas de ropa. Kelsey resopla y se tapa la boca, mientras que yo empiezo a echar humo por las orejas.

—Bueno, no te lo creas tanto tampoco —replico.

—Oh, qué dura... —se burla Kelsey—. Con eso le has hecho pupa de verdad.

Me masajeo las sienas.

—Kelsey, te agradecería que estuvieras de mi lado.

—Lo estoy, por eso te animo a que te esfuerces más en tus réplicas. Piensa un poco antes de reaccionar, y devuélvele el golpe donde le duele. Ya sabes, algo como su pelo... Bueno, no, eso está bien. Tal vez, el traje... Mmm, está impecablemente hecho a medida. Espera, eso es un cumplido. Oh, ya sé, tiene la mandíbula demasiado marcada..., en realidad es bastante simétrica. Toda su cara, sí, muy simétrica. Un espécimen perfecto.

—Vaya, vaya... —Aplaudo lentamente—. Gracias, Kelsey, por unos insultos superútiles.

Huxley nos mira a las dos.

—¿Hemos terminado ya con esos lamentables intentos de réplica?

—Eres patético —respondo, y miro a Kelsey en busca de aprobación. Ella me responde con el pulgar hacia arriba y asiente.

Ja, toma esa.

Noto que tensa la mandíbula.

—Tienes que probarte esta ropa.

—Podrías pedírmelo en un tono más amable.

—Esto es un negocio. No estoy tratando de conquistarte ni de ligar contigo. En este momento soy tu jefe, por lo tanto, acatas mis órdenes.

La ira bulle en mi interior, y Kelsey se abanica la cara.

—Vaya, ¿debe llamarte «papi» después de ese discurso tan dominante?

—Kelsey, por el amor de Dios. —Me pellizco el puente de la nariz—. ¿Podrías, por favor, no pensar con las bragas?

Llaman de nuevo a la puerta.

—Esa debe de ser la comida —dice ella—, a no ser que tengas a alguien esperándome detrás de la puerta. —Mueve las cejas y luego se endereza—. Jo, sí que necesito dejar de pensar con las bragas. —Se acerca a la puerta, recoge la comida y la lleva a la cocina.

Huxley abre las cajas y sostiene un precioso vestido verde con cintura imperio y mangas vaporosas.

—El escote es más bajo de lo que normalmente usaría, pero la tela parece una delicia, así que, ya sabes... Me lo probaré.

—Póntelo. Quiero ver cómo te queda.

Me levanto de la silla y le arranco el vestido.

—¿Sabes?, pedirlo por favor no va a hacerte ningún daño.

Cuando estoy en el cuarto de baño, me desnudo con rapidez —tirando la ropa, algo que horrorizaría a Kelsey— y me pongo el vestido, dejando que la suave tela caiga sobre mis curvas.

—Vaya... —susurro al mirarme en el espejo. Me queda como un guante, acentúa mi cintura y mis tetas parecen espectaculares. En este momento me doy cuenta de que el dinero sí puede comprarlo todo, porque nunca había podido presumir de este tipo de silueta.

Es hora de enseñársela al jefe.

Cuando abro la puerta y salgo del baño, me siento incómoda. No sé qué hacer con las manos, así que las sostengo de forma recatada ante mí.

—¿Es esto lo que buscaba, señor? —le pregunto.

Su expresión facial no cambia, no muestra ni un parpadeo de aprecio.

—Es adecuado para esta noche —acepta con tono severo.

Bien podría ser el granjero de *Babe, el cerdito valiente*, y darme una palmadita en la cabeza mientras dice: «*Eso es, cerdito. Eso es*».

Joder.

Por lo menos está dejando claras sus expectativas en este momento. Esto es un negocio. No es una especie de cuento de hadas en el que me proporciona un nuevo guardarropa y me convierte en una princesa. Y tampoco es que quiera algo así; deseo labrarme un camino en la vida, pero, ya sabes, un poco de amabilidad o de reconocimiento ante este escote inusualmente atrevido también estaría bien.

—Los demás vestidos son para otras ocasiones. Hay notas en las cajas sobre cuándo y cómo usarlos, así como con qué zapatos combinarlos, pero ahora que vas a vivir conmigo, podré darte la aprobación final antes de que salgas de casa.

—¿Aprobación final? —pregunto—. Te das cuenta de que este es mi cuerpo, ¿verdad?

—Soy muy consciente de que es tu cuerpo. Pero también de que has firmado un contrato en el que se establece que debes obtener mi aprobación final de todos los vestidos antes de asistir a un evento de negocios.

—Ah, pensaba que eso era solo..., ya sabes..., semántica. —Agito la mano.

—Ni una palabra de un contrato es solo semántica —dispara—. Algo que deberías aprender enseguida, sobre todo, si vas a ocuparte de la parte administrativa del negocio de tu hermana. Te convendría familiarizarte con la jerga legal.

—Estoy familiarizada —respondo—. No asumas que soy idiota.

—Si quieres hacer pasar el contrato por semántica, me veo obligado a suponer que necesitas saber más, en especial, cuando te encargarás del negocio que tu hermana ha levantado desde cero. No puedes jodérselo.

—No voy a jodérselo.

—Tienes que tomártelo en serio —insiste con voz de mando.

—Estoy tomándomelo en serio.

—Esto no es solo un juego, Lottie. Esto es una oportunidad que debes aprovechar para saltar al siguiente capítulo de tu vida, para subir de nivel, y si te dedicas a cagarla...

—¿Qué coño te hace pensar que quiero estropearlo todo?

—Abro los brazos de par en par—. Aquí estoy, con el vestido que quieres que lleve; va a venir un hombre para trasladar mis cajas a tu casa, a petición tuya. Voy a asistir a una cena esta noche a la que, francamente, me aterra ir, solo por el mero hecho de que, si meto la pata, si digo algo incorrecto, te jodo el trato. Y por alguna extraña razón, no quiero hacerlo. —Hago desaparecer la distancia entre nosotros y le doy un golpecito en el pecho—. Así que no me acuses de dedicarme a joder nada. ¿Entendido?

El silencio se llena con sonidos de comida, y Huxley y yo nos giramos al unísono hacia Kelsey, que tiene un recipiente de *lo mein* en la mano y unos palillos en la otra. Está a punto de comer cuando nos sonrío.

—Oh, lo siento... —dice—. Estaba disfrutando del espectáculo. ¿*Lo mein*? —Nos ofrece el bote.

Molesta, me giro sobre los talones y vuelvo al baño, donde me despojo de la ropa una vez más, pero, en esta ocasión me siento, medio desnuda, en el inodoro. Qué valor tiene ese hombre. Está claro que ha llegado el momento de leer ese contrato.

El aire acondicionado del coche no sirve para apagar el infierno ardiente que está desgarrando mi cuerpo.

Sé que se trata de negocios, y no busco nada más que una transacción comercial, pero ¿por qué le cuesta tanto a ese hombre reconocer al menos los esfuerzos que he hecho para rizarme mi larga melena? Es cierto que me pidió que me arreglara y me exigió que me maquillara de forma natural, pero un gesto de aprobación no supone tanto.

¿Crees que he obtenido alguno?

Cuando salí del cuarto de baño —con un aspecto condenadamente bueno, eso sí— no dijo nada más que «*Nos vamos ya*».

Kelsey me dio un abrazo de ánimo antes de que me marchara y me dijo que la llamara si necesitaba volver a su apartamento. Por la expresión de ansiedad que lucía mientras intentábamos averiguar qué hacer con todas las cajas, tuve que suponer que era una invitación por compromiso.

Huxley conduce el coche por una calle tranquila y se detiene junto a una gran casa blanca que se parece a la mansión de *El príncipe de Bel Air*, con unos grandiosos pilares y una gran lámpara colgante.

—¿A dónde crees que vas? —me pregunta cuando agarro el tirador de la puerta del coche.

Lo miro por encima del hombro.

—No sé, ¿intento llegar demasiado temprano a una cita para cenar? —Señalo el reloj—. Sinceramente, ¿quién se presenta una hora antes? ¿Es algo típico de millonarios que la plebe desconoce?

—Dejar de lado ese tono sarcástico sería muy útil.

—Que tú cortaras de raíz los tuyos tendría la misma consecuencia en los míos, así que la pelota está en tu campo, Huxley.

La animosidad entre nosotros parece ser intensa, y no puedo precisar cuándo empezó. En algún momento, cuando llegó al apartamento de Kelsey y me exigió que me probara el vestido. Por lo que sea, ahora se ha filtrado en el ambiente entre nosotros.

La tensión es feroz, sin duda.

Aprieta la mandíbula y se gira con cuidado hacia mí; su enorme cuerpo se adapta al espacio compacto del coche.

—No estamos delante de su casa. Dave vive más abajo. He pensado que, en tu beneficio, podríamos aclarar algunas de las preguntas que me enviaste antes por mensaje, pero, si quieres aparecer demasiado temprano, lo que nos haría parecer una pareja muy rara, entonces, claro, hagámoslo.

Lo señalo con el dedo.

—No estás cortando el tono de gilipollas.

—El tono de gilipollas desaparecerá cuando te tomes esto en serio.

—¡Me lo tomo en serio! —grito. Me sacudo el pelo en su dirección—. ¿Te das cuenta del esfuerzo que supone rizar este pelo? Casi nunca lo hago, pero mientras tú estabas disfrutando de *lo mein* con mi hermana, yo estaba sudando como una bestia en el baño, tratando de ponerme lo bastante presentable para ir de tu brazo. Siento no ser apropiada para aparecer en *Page Six*, pero me elegiste para ayudarte, así que confórmate con lo que tienes.

Sus ojos permanecen severos, la expresión facial estoica, y, por un segundo, tengo el impulso de tocarle la cara para ver si se le ha congelado sin que yo lo sepa. Pero baja la mirada hacia el teléfono y lo coge del salpicadero.

—Quieres saber cómo nos conocimos —dice mientras pulsa en la pantalla.

Entonces, ¿no vamos a hablar de cuánto tiempo me ha llevado peinarme? Vale, solo para asegurarme de que es así, apunta que pongo los ojos en blanco.

—Podría ser útil, porque estoy segura de que va a salir el tema. ¿Vamos a seguir con la historia de «*me lo encontré de paseo*»? Porque, aunque carece de lustre, es una historia fácil de contar, pero en mi versión, tú eres un ogro. Déjame adivinar: ¿en la tuya la arpía soy yo?

—Casi... —murmura—. Nos conocimos en Georgia —dice luego.

—¿En Georgia? —pregunto con voz chillona—. ¿Por qué demonios en Georgia? Nunca he estado allí.

—¿En serio? —pregunta, como si no pudiera asimilar una idea tan absurda.

—Ni que fuera una californiana que nunca ha estado en Disneylandia. Simplemente no me he subido a un avión para atravesar Estados Unidos y recorrer Georgia, cuando Nevada es lo más al este que he estado.

—¿Cómo es posible?

—No todos podemos dejarlo todo y volar a un sitio por capricho, Huxley. Además, tú eres mayor. Has tenido más tiempo para explorar el mundo.

Curva los labios hacia un lado.

—¿Me has investigado?

Me miro las uñas, examinando el maravilloso trabajo que he hecho al pintármelas. Blanco mate, por si te lo estabas preguntando. Me gusta esa tendencia y me encanta cómo me queda.

—He pensado que sería útil. No esperaba constatar que eras un asaltacunas. Siete años de diferencia son bastantes.

—Tengo socios de negocios que están casados con parejas veinticinco años menores que ellos. Siete años no es nada.

—¿Veinticinco años? Dios, si podrían ser sus padres.

—¿Por qué supones que son hombres? —pregunta.

—Bueno... No lo sé —balbuceo, pensando que tiene razón—. A los hombres, supongo, les gustan las chicas jóvenes.

—Y a las mujeres mayores les gustan los hombres resistentes en el dormitorio.

Sí, quiero decir, yo tampoco rechazaría una buena resistencia.

—Entonces, ¿son mujeres? Hablamos de *cougars*.

—En realidad, son hombres.

Alzo las manos en el aire.

—Por Dios. ¿Qué sentido tiene todo eso?

—Es para que no hagas nunca suposiciones, en especial, en los negocios. Podría salirte el tiro por la culata.

Suelto el aire bruscamente.

—Santo Dios, por favor, ayúdame a superar esta pesadilla en la que me he metido. —Tras unos instantes intentando recomponerme, vuelvo a sentarme y le sonrío—. A ver, cariño, por favor, cuéntame cómo nos conocimos en Georgia.

—No me llames «cariño», no me gusta. Si debes tener un nombre cariñoso para mí, puedes llamarme Hux.

—Muy creativo. —Le muestro un pulgar arriba.

—Le he dicho a Dave que mi abuela vive en Georgia. En Peachtree City, para ser exactos. Que tú te criaste justo al norte de allí.

—¿Que me crie allí? —pregunto asombrada—. ¿Cómo demonios se supone que voy a hablar de un estado que nunca he visitado siquiera? ¿No podemos seguir con la historia de la acera? ¿Por qué implicar a un estado diferente? Ni siquiera tengo acento sureño.

—Porque ya les he dicho que mi abuela nos presentó mientras estábamos de visita en Georgia.

Me cruzo de brazos.

—Bueno, eso ha sido una idiotez.

—La conversación fue una locura desde el principio. Sin embargo, podemos adornarlo un poco y decir que estabas de visita en Georgia, a la familia y demás. Te mudaste a California cuando tenías diez años. Eso ayudará con lo de no tener acento, y además puedes estar más familiarizada con California. Pero los dos estábamos visitando a la familia cuando mi abuela nos presentó. Es la mejor amiga de tu abuela Charlotte, y pensaron que sería genial, ya que los dos vivimos en Los Ángeles y estábamos de visita al mismo tiempo.

Asiento.

—Vale, eso podría funcionar. ¿Qué pasó cuando nos conocimos? ¿Te sorprendió mi belleza?

—Sí —dice, sin apartar sus ojos de los míos—. No podía dejar de pensar en lo cautivadores que eran tus ojos.

Mmm... Es la segunda vez que menciona mis ojos. Empiezo a pensar que este imbécil exigente podría pensar que son bonitos de verdad.

Tampoco es que me importe.

Pero, ya sabes, nunca está de más saber que tienes unos ojos llamativos.

—¿Solo mis ojos, nada más? —insisto, moviendo las pestañas.

—Si buscas cumplidos, no los vas a encontrar.

—Dios —protesto—. ¿Qué ha pasado con el tipo agradable con el que comí en Chipotle? ¿O el que vino a casa de mi madre y se la cameló?

—Fue una actuación, igual que hago con mis socios.

—Vaya. —Le aplaudo—. Bien hecho. Me has llevado a pensar de verdad que eras un tipo agradable.

—Soy simpático, solo que no me gustan las galanterías cuando estoy trabajando. Me gusta ir directo al grano.

—Ya veo. —Le sonrío—. Pero si quieres que esto funcione, voy a necesitar algunas galanterías. Entiendo que es un negocio, pero no hace falta que seas un capullo. Técnicamente, somos socios en esta misión, a pesar de que todo esto es idea tuya. Así que, en lugar de darme órdenes, vamos a intentar algo un poco diferente, ¿vale? ¿Tal vez un poco de «por favor y gracias»?

Mira su reloj y luego vuelve a mirarme.

—No tenemos tiempo para tu absurda forma de dirigir la reunión. Y ya hemos perdido el tiempo hablando de ello. Cállate y escucha la historia. Memorízala. Añade algo, si es necesario, pero no necesitamos estos roces.

Ah, mira a qué dulce joyita me he unido por contrato. ¡Qué suerte la mía!

—Ahora, a fondo con nuestra historia. Concéntrate y escúchame bien, porque Ellie, la prometida de Dave, es de Georgia.

Apoyo la cabeza en el reposacabezas con un gemido.

—Eres un maldito idiota, ¿lo sabías?

No responde nada, y prefiero creer que está de acuerdo conmigo en silencio.

—Antes de que me olvide... —Huxley se acerca a la guantera y saca una cajita. Me la tiende—. Ten, pónitelo.

¿No es romántico?

Abro la caja de terciopelo y descubro el mayor diamante que he visto en mi vida. Está rodeado de más diamantes, y la banda donde están incrustados es de un brillante oro rosa.

Lo cojo con la boca abierta y lo examino más de cerca.

—¿Qué demonios es esto?

—Un anillo de compromiso —dice como si nada.

—Ah, esto no es un anillo de compromiso: es una pista de hielo para una familia con tres hijos.

Lo miro.

—¿En serio, Huxley? ¿Esperas que me ponga esto?

—Sí.

—Así, sin más, sí. ¿No hay ningún razonamiento detrás? —insisto.

—¿Necesitas un razonamiento?

—Huxley, ¿lo has mirado bien? —Lo sostengo en el aire, y juraría que pesa al menos medio kilo.

—Sí, lo he elegido yo. Por supuesto que lo he mirado. Lo he estudiado muy de cerca para asegurarme de que no había imperfecciones.

—¿Y crees que este es un anillo apropiado?

Se gira un poco y me mira.

—Estás comprometida con un millonario, Lottie. Ese anillo es muy apropiado para lo que ingresa en mi cuenta bancaria; cualquier

otra cosa sería una broma poco creíble. Ahora ponlo en tu maldito dedo y no te lo quites.

Asombrada por el tono de su voz, dejo la caja en el suelo y deslizo el anillo en mi dedo.

—Vaya, nunca imaginé que esta sería la inmaculada propuesta que me harían un día. *«Ponlo en tu maldito dedo y no te lo quites»*. Qué romántico...

Va a abrir la puerta del coche, y yo lo imito.

—No te muevas —me detiene.

—¿No quieres que salga? —pregunto, confundida.

—Sí, no salgas.

—Entonces, ¿quieres que me quede en el coche toda la noche? Eso anula el propósito de la última hora.

Se pasa la mano por la cara.

—Quédate en el coche para que pueda abrirte yo la puerta.

Ah...

Me río para mis adentros mientras rodea el vehículo, con los hombros en tensión. Quiero gritarle un *«Señor, sí, señor»*, pero ya no me oiría. Hoy se le ha metido algo picante por el culo.

Cuando abre de golpe la puerta de mi lado, me ofrece la mano.

—Cógeme la mano —ordena.

—Podrías decir *«Por favor»*. —Me mira con los ojos entrecerrados de forma asesina. *Eeeh...* —. O no. —Me agarro a sus dedos y me apoyo en ellos al salir del coche. Me recoloco el vestido verde, que me encanta cómo me queda, y él cierra la puerta.

Juntos, nos acercamos a una grandiosa casa de piedra en la que las enredaderas trepan por toda la fachada. Cuando cruzamos la verja, casi me siento transportada a la campiña inglesa al ver los árboles frondosos y el muro de piedra que bordea el camino de grava. Muy al estilo de los jardines secretos.

—¿Cuál crees que es el mantenimiento de esos árboles?

—Por favor, no hagas preguntas así —me reprocha Huxley.

—¿Has olvidado cómo me conociste? Estaba buscando en las calles un marido rico. Era tu última oportunidad.

Me mira de reojo.

—No diría que has sido una mala oportunidad.

Me llevo las manos al pecho.

—Oh, un cumplido. Lo atesoraré durante toda la noche mientras intento ser tu prometida embarazada y enamorada hasta las trancas.

Me lleva a la entrada de la casa y llama al timbre. Me agarra la mano con fuerza, como si temiera que fuera a salir corriendo. Créeme, lo he pensado. Muchas veces, en el trayecto hacia aquí, he considerado abrir la puerta y lanzarme del coche en movimiento, pero dos cosas me han impedido llevar a cabo tal heroicidad: una, me preocupaba que me hiciera daño, y dos, el contrato blindado que firmé y que me hace responsable de todo. Básicamente, si no lo cumplo, lo perderé todo, al igual que mi madre, Kelsey y mis hijos no natos, que aún se encuentran en mis partes femeninas.

Pero, llegados a este momento, me pregunto si no estará nervioso.

No parece que sea así. Por otra parte, no creo que sepa mostrar sus emociones. Es muy estoico, completamente diferente al hombre que conocí en The Flats, y al hombre con el que cené. ¿Quién es el verdadero Huxley Cane? Una parte de mí quiere creer que el hombre sin emociones que me coge de la mano es solo una fachada para proteger lo que hay debajo de ese pecho musculoso y orgulloso que tiene.

Una oleada de nervios me atraviesa como un maremoto cuando la puerta se abre y revela a dos personas que son la viva imagen de la clase media acomodada que vive en las afueras. Dave rodea con un brazo los hombros de Ellie, y ella tiene la mano apretada contra su pecho.

Sonríen. *Enamorados.*

Todo es ideal, hasta su piel y sus dientes perfectos.

Parecen preparados para salir en la portada de la revista *Home and Country*.

¿Quién abre la puerta así, como si alguien fuera a sacarte una foto desde el otro lado? Son perfectos.

Dave es increíblemente guapo. Responde al prototipo de pelo claro, ojos azules y empollón de las finanzas, mientras que Ellie es básicamente la criatura más hermosa que he visto nunca. Lleva el pelo rubio estructurado con ondas perfectas que enmarcan su cara. El maquillaje la hace brillar, y los pantalones capri rojos con un top blanco y flojo le dan un aire angelical que me encanta.

—Bienvenidos a nuestra casa —dice Dave con una enorme sonrisa—. Estamos muy contentos de que hayáis podido venir.

Va a ser una noche increíblemente larga. Ya puedo presentirlo.

Una cena en la casa perfecta; seguro que este no es el lugar adecuado para recostarse, acariciarse la barriga y decir: «*Vaya, no podría comerme ni otro taco más*», y luego apropiarte lo más rápido posible del último que queda antes de que se lleven el plato a la cocina.

Estoy tan acostumbrada a cenar con Jeff, que se mete la servilleta en el cuello de la camisa, y con mi madre, a quien le gusta ponernos al corriente de los últimos cotilleos de los famosos —a los que dice no prestar atención—, que no estoy segura de que vaya a recordar mis modales, como no apoyar los codos en la mesa, que las charlas triviales no giran en torno al lunar que le han encontrado a una en la espalda o a qué tipo de hueso de pollo han tirado por encima de la valla nuestros maleducados vecinos.

—Muchas gracias por invitarnos —dice Huxley con una voz tan agradable que casi me hace caerme de las sandalias de diseño—. Esta es Lottie. Lottie, te presento a Dave y a Ellie.

Dave se acerca y me tiende la mano.

—Lottie, es un placer conocerte —me dice mientras se la estrecho.

—El placer es todo mío —respondo, educada, porque eso es lo que se dice en las películas, cuando, en realidad, no es ningún placer conocer a este hombre. En realidad, es lo contrario a un placer. Es... es... desagradable. Sí. Me desagrada conocerlo—. Y, Ellie, estoy deseando hablar con otra embarazada. Todas mis amigas están en una etapa completamente diferente de sus vidas.

—Lo entiendo perfectamente —dice Ellie, apretándome la mano—. Estoy un poco en la misma situación. Pasa, pasa. Así podremos hablar un poco más.

Me doy la vuelta para coger la mano de Huxley y capto un pequeño brillo de agradecimiento en sus ojos mientras entramos en la casa.

Mmm..., quizá ahora sea más amable conmigo.

7

HUXLEY

—Te odio —me susurra Lottie al oído cuando se levanta de la mesa y me acaricia cariñosamente el hombro al pasar.

—Gracias, cariño —digo. No le quito los ojos de encima mientras coge mi vaso y va a la cocina para rellenarlo. No le gusta nada eso de «*Servir a su hombre*», como ha dicho Ellie. Lo pillo.

A Lottie parecen no gustarle muchas cosas.

Si no fuera por su maravillosa habilidad para esbozar una sonrisa y mostrar interés por la historia de amor de Ellie y Dave, sé que me encontraría con su inquebrantable ceño fruncido, un montón de comentarios sarcásticos y quizá un rápido borrón de sus manos enfadadas aquí y allá.

Es una fiera. Para ser tan menuda, tiene mucha fuerza.

Me resultó difícil mantener la cara seria en el coche cuando estaba enfadada conmigo. Pero supuse que encontrarle gracia a su enfado no iba a hacerme ganar puntos.

—Es genial —comenta Dave—. Entiendo por qué su abuela te la presentó. Y a Ellie parece caerle muy bien.

—Sí, soy bastante afortunado —digo, muy consciente de ello. Soy un cabrón con suerte, pues en tan poco tiempo (cuatro días, para ser exactos) he logrado encontrar a alguien que no ha tenido ningún problema para adoptar el papel de prometida embarazada y ayudarme.

¡Qué suerte tengo!

Lottie vuelve a entrar en la habitación con un vaso de agua en la mano y esboza una sonrisa enorme al acercarse a mí. El vestido, sí, es condenadamente perfecto en ella. Sabía que tenía unas tetas estupendas desde la primera vez que la vi, pero ¿qué decir de cómo las resalta este vestido? Son muy bonitas. No demasiado grandes, sino del tamaño perfecto, hechas para mis manos. Y con el pelo flotando

alrededor de los hombros en ondas sueltas, de un hermoso color castaño, está muy guapa. Como he dicho, soy un cabrón con suerte.

Me ofrece el vaso y se sienta. Me ladeo hacia ella.

—¿Has escupido en el agua? —le pregunto.

—Si Ellie no pudiera verme —responde, acercándose más—, habría lamido el borde, escupido en el agua y luego añadido vinagre como toque delicioso.

—Eres perfecta —digo un poco más alto para que Dave pueda oírme, alejándome de ella.

Me acerca la mano a la mejilla y me acaricia la barba incipiente.

—Lo sé.

Dave se ríe a carcajadas, mientras que Ellie suelta una risita.

—La respuesta idónea para un hombre tan poderoso —comenta Dave—. Conozco a Huxley desde hace algunos años y tiene un gran concepto de sí mismo, como debe de ser por el imperio que ha montado, pero ver que no le respondes que *el* perfecto es él... pone contento.

Seguro que sí, Dave.

Lottie me sonrío, y puedo ver un brillo malvado en sus ojos cuando se vuelve hacia Dave y Ellie.

—Sé que me matará por decir esto... —*Pues no lo digas, joder*—, pero está lejos de ser perfecto. —Se echa hacia delante con aire conspirador—. No sabe recoger los calcetines usados y llevarlos a la cesta de la ropa sucia.

Ellie suelta un jadeo y luego señala a Dave.

—A Dave también le pasa lo mismo.

Dave levanta la mano con una mirada tímida.

—Culpable. Pero he mejorado. Las broncas que me ha echado han funcionado.

—Mmm, tal vez debería regañarlo más —dice Lottie. Me pone la mano sobre el muslo, y aplica con las uñas más presión de la necesaria, en especial cuando desliza los dedos más hacia el norte. *Eh, ahí, cuidado*—. ¿Qué piensas, Hux? ¿Quieres lidiar con una prometeda molesta?

—Creía que ya lo hacía —respondo con un guiño, con el que les hago saber a Dave y a Ellie que solo estoy tomándole el pelo.

—¿No os parece encantador? —pregunta Lottie—. Es lo que me conquistó de él, su encanto inherente, que no deja de aparecer

cuando menos lo esperas. Eso, y que mi abuela decía que era un hombre triste y solitario que necesitaba algo de diversión en la vida.

Creo que puedo dejar de preocuparme. Veo que se está soltando. Poniéndose cómoda.

Pero eso también me aterra un poco, porque Lottie es, sin duda, un elemento peligroso.

—¿No estamos todos tristes y solos? —pregunta Dave, negando con la cabeza—. Este mundo puede ser increíblemente despiadado. Brutal, a veces. Tener a alguien con quien volver a casa por la noche, alguien cariñoso, alguien que no quiera hablar de negocios, sino de nosotros, de nuestra relación... —Levanta la mano de Ellie y le besa el dorso—. Eso es lo que quiero. Es lo que necesitaba. Estoy seguro de que a ti te pasa lo mismo —me dice Dave.

Ajá, sí, totalmente.

Asiento.

—Las largas noches en la oficina me han destrozado. No sabía cuánto necesitaba a Lottie hasta que apareció como por arte de magia en mi vida.

Ellie suspira.

—¿No son los mejores? —le pregunta a Lottie.

—Por supuesto —responde Lottie con una sonrisa que sé que es fingida.

—Entonces, ¿cuándo pasaréis por el altar? —pregunta—. Nos ha sido casi imposible encontrar el sitio para celebrarlo. ¿Os habéis puesto a buscar?

Dejo el vaso de agua sin tocar y pongo la mano en la pierna de Lottie.

—Estábamos pensando en una celebración pequeña, quizá en el jardín.

—Uf, eso sería un sueño —dice Ellie—. La madre de Dave exige la fanfarria de una ceremonia y una gran recepción. Quiere campanas y flores para su hijo. Desde un grupo de música en directo hasta bengalas al final de la noche, pasando por la mesa de postres con más especialidades de las que nadie haya visto nunca. —Se echa hacia delante—. De acuerdo, estoy encantada con lo de los dulces, pero lo demás me pone nerviosa.

—Sí, pero estaré allí contigo, cariño —la sosiega Dave con calma—. Te prometo que será como si estuviéramos solos tú y yo.

Ver ese lado de Dave resulta esclarecedor. No es de extrañar que no conectáramos en el ámbito empresarial. Es una persona sensible. No era lo que esperaba al intentar hacer negocios con él, así que no seguí esa perspectiva. Al contrario, le hablé de mercados, le hablé de números, pero al pasar este tiempo con él esta noche, estoy viendo que por su cabeza no solo pasan cifras. Tiene corazón, y lo muestra también en las actividades comerciales, por lo está claro que mi enfoque directo no sirve con él.

Pongo los ojos en blanco para mis adentros.

Demasiado sensiblero para mí.

Esto es un negocio, y eso le roba la emoción. Puede ser un buen acuerdo o un mal acuerdo. Puedes beneficiarte económicamente o no. Si no es una decisión comercial viable, paso página.

Y la verdad es que lo que le ofrecemos a Dave le beneficia de forma impresionante.

—¿Cuál sería la boda de tus sueños? —le pregunta Lottie, y cruza las piernas, acercándose más a mí. Estos son los pequeños detalles que agradezco. El lenguaje corporal, las miradas que me lanza, la mano que constantemente posa en algún lugar de mi cuerpo. Se le da muy bien, y no sé si eso debería alegrarme o aterrorizarme.

Ellie busca la mirada de Dave y le sonrío con delicadeza.

—Me encantaría casarme en un barco. Dave me propuso matrimonio en Malibú, al atardecer, en el agua, y ese momento se ha quedado grabado en mi mente como la perfección absoluta. Me encantaría alquilar un yate y que nuestros padres asistieran a la ceremonia. Besarnos como marido y mujer justo cuando se ponga el sol.

—Entonces, ¿por qué no hacéis eso? —pregunta Lottie. Me muevo en mi silla y le agarro la pierna con más fuerza, pues no quiero que inicie una pelea entre la pareja. Ellie ya ha mencionado que la familia de Dave es la que los presiona para celebrar la boda a lo grande. Sacar a relucir lo que parece ser un tema incómodo no puede ser bueno para nadie, pero Lottie no parece captar la indirecta o, más bien, parece que no le importa, porque me aparta la mano de su pierna y entrelaza nuestros dedos con una sonrisa en la cara.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ellie.

—¿Ya está la comida? —las interrumpo para intentar cambiar de tema—. No puedo dejar que mi chica se quede con hambre. —Señalo a Lottie—. Se pasa el día comiendo.

Dave se ríe y mira a Ellie.

—Ella también.

Ellie aparta juguetonamente la mano de Dave y mira de nuevo a Lottie.

—¿Estás diciendo que deberíamos tener dos bodas?

¿Por qué vuelve a eso? Al infierno.

—¿Por qué no? —dice Lottie despreocupadamente—. Es decir, parece que este es un momento muy especial para los padres de Dave, y lo respeto. —Lottie se lleva la mano al vientre—. Cuando este pequeño se case pondré un anuncio a página completa y contrataré una valla publicitaria para que todo el mundo lo sepa. Pero me pregunto si además podríais celebrar una ceremonia pequeña e íntima, en la que solo estéis vosotros, y luego, tal vez al día siguiente, llevar a cabo la boda que se está planeando. —Lottie se encoge de hombros—. Supongo que podéis planteároslo. Así todos contentos.

Dave se vuelve hacia Ellie.

—¿Eso te haría feliz, cariño? —le pregunta.

Ellie sonrío y asiente.

—En realidad, sí. Me encantaría, de verdad.

Cuando Lottie se vuelve hacia mí, me lo está diciendo todo con los ojos. Y yo que creía que era el más chulito...

—Entonces, hablaré con mi madre y le contaré nuestros planes. Tendrá que estar de acuerdo con ellos.

Ellie besa a Dave con emoción justo cuando suena el timbre de la puerta.

—Ha llegado la comida. ¿Puedes encargarte, Dave? Lottie y yo pasaremos antes al comedor.

—Por supuesto.

—Te echo una mano —le digo a Dave; me levanto de la silla y luego le tiendo la mano a Lottie, que por suerte la acepta.

Ellie enlaza su brazo con el de mi prometida.

—Cómo me alegro de haberte conocido —le dice.

Juntas se dirigen al comedor, mientras que Dave me agarra por el hombro y me guía hasta la puerta principal.

—Tengo que confesarte que creo que nunca he visto a Ellie tan feliz. Tu Lottie es lo más. Tu abuela fue muy inteligente al presentártela. Te suaviza el carácter y llena de luz cualquier sitio donde está. Es un buen partido.

Si él supiera... Pero, joder, tengo que reconocer que se lo merece: Lottie está arrasando esta noche.

Es mucho más que un buen partido, es la perfección absoluta.

—¿De cuánto tiempo estás? —pregunta Ellie—. Supongo que de pocas semanas, ya que no parece que se te note en absoluto.

—Ocho semanas —anuncia Lottie, y luego me da un empujón con el hombro—. Ay, no debería andar diciéndolo por ahí, pero parece que se le escapa más de lo que debería.

Devoramos los menús de Chipotle, y las chicas terminan antes. Si no supiera que no es cierto, pensaría que Lottie está embarazada de verdad por la forma en que iguala sin reparos el voraz apetito de Ellie.. Ahora estamos sentados en una salita trasera, con el fuego encendido delante nosotros, Lottie y yo en un sillón, Dave y Ellie en otro. Lottie está acurrucada contra mi costado con la mano apoyada en mi pecho, y su pelo me hace cosquillas en la mejilla. Es muy pequeña y encaja contra mí a la perfección. No voy a admitirlo ante ella —porque oírla presumir al respecto sería irritante—, pero me siento bien con ella hecha un ovillo a mi lado.

Al parecer, he olvidado lo que es disfrutar de una compañera femenina, aunque, en realidad, tampoco es que lo haya hecho antes, pero he salido con algunas chicas, y disfrutar de este toque femenino, de la atención, sí, es agradable.

—A mí también me costó mucho guardarme la noticia —comenta Dave—. Cuando descubres que tu chica está embarazada, es difícil no gritarlo a los cuatro vientos.

—Lo mismo digo. Parece que no puedo mantener la boca cerrada —afirmo.

—¿Has comprado algo para el bebé? —se interesa Ellie.

—Todavía no. Pero he mirado algunas cunas de Pottery Barn que me han llamado la atención. A mi hermana le gusta la sostenibilidad, y en Pottery Barn fabrican muchos muebles con madera reutilizada.

—Oh, guau, me encanta eso. Dave, deberíamos mirar en Pottery Barn.

—Lo que tú quieras, cariño.

Dave siempre le dice que sí a Ellie. Desearía que también lo hiciera conmigo en los negocios. Tal vez debería emplear algunas de las tácticas de Ellie. Qué dirían mis hermanos si me vieran acurru-

cado contra Dave, acariciándole lentamente el muslo mientras apoyo la cabeza en su hombro.

Además, ¿Lottie ha estado mirando cunas de verdad? Dudo que diga algo que no sea cierto por miedo a que la pillen. Entonces, ¿cómo sabe tanto sobre las cunas de madera reutilizadas?

—¿Has visto? —me pregunta Lottie—. Dave le va a dar a Ellie todo lo que quiera. ¿Harás lo mismo conmigo? —Lottie me toca el pecho y me mira. Está a solo unos centímetros de distancia, y sé que, si yo fuera un extraño mirándonos, pareceríamos una pareja de verdad. Todo gracias a ella.

—Sabes que puedes tener lo que quieras —respondo—. ¿Cuándo te he dicho que no?

Desliza el dedo entre los botones de mi camisa.

—Pero anoche, cuando te pedí...

—Mejor cuando estemos a solas —digo, sin estar seguro de lo que va a soltar, pero queriendo interrumpirla antes de que comente algo que no debería. Lottie es un comodín y se ha comportado muy bien toda la noche; pero podría estar a punto de meter la pata.

Dave se ríe.

—Será mejor que tomemos el postre mientras Lottie convence a Huxley para que haga... lo que sea que quiera que haga.

—Podría ser lo mejor —dice Lottie guiñando un ojo.

Dave y Ellie se retiran al interior de la casa. Cuando se cierra la puerta, Lottie se queda quieta, pero me mira con intensidad

—No me gusta que me aprietes la pierna cuando crees que voy a decir algo malo —me reprende, desaparecido ya cualquier rastro de dulzura de su tono—. Me van a salir moratones.

—No seas dramática.

Me pasa el dedo por la mejilla, rascándome la barba incipiente con la uña.

—En realidad, estoy llevando el peso del equipo. No me extraña que Dave no quiera hacer negocios contigo; eres un soso con una camisa cerrada hasta el cuello.

Frunzo el ceño, amenazador.

—No soy un soso.

—Es casi imposible conseguir que muestres algo de carácter. En serio, ¿dónde está el chico del Chipotle? Era mucho más divertido que con el que he estado siendo cariñosa toda la noche.

—No has estado siendo cariñosa.

—Pues a mí me parece que sí. —Me pasa el dedo por el labio inferior—. ¿Vamos a tener que besarnos en algún momento? Porque no estoy demasiado interesada. No me apetece nada besar a un soso.

—Que no soy un puto soso —me quejo.

—Pues me tienes engañada —dice—. Apenas te ríes. Eso ayuda, ya sabes..., reír, interactuar. Hacer una broma de vez en cuando. Sé que es un socio de negocios, pero relájate, hombre.

—¿Qué tal si dejamos las interacciones comerciales para mí y tú sigues haciendo lo que sea que estés haciendo?

—Oh, ¿conseguir que parezcas simpático porque hay el suficiente sentido común en ese cerebro tuyo del tamaño de un guisante para pedirme que me case contigo de mentira?

—Es un asco tenerte tan cerca —digo.

Arquea las cejas y luego abre mucho los ojos por la ira.

—¿Es un asco tenerme cerca? Eeeh..., le dijo la sartén al cazo: no te arrimes, que me tiznas. Además, no sé cómo te da asco tenerme cerca cuando está claro que soy la que da vida a esta película de Hallmark que hemos estado viviendo en las dos últimas horas —susurra—. Tengo veintiocho años y tengo que hablar de matrimonio, de bebés y de qué tipo de sábanas me gusta usar en mi cama —sigue susurrándome—. Mátame, camión...

—Entonces, habla de algo que te guste —sugiero.

—Oh, ¿en serio quieres que haga eso? ¿Les hablo del último consolador que me he comprado en una página erótica? Les contaré que me encanta usarlo en la ducha porque tiene una ventosa.

Dios. Mío.

Me muevo en el asiento y me giro más hacia ella.

—No, no saques ese tema.

Sonríe.

—Pero pensaba que querías que hablara de lo que me gusta.

—Por esto es por lo que es un asco tenerte cerca.

—Dijo el que tiene un palo en el culo. —Sus ojos viajan a mis labios y luego vuelven a subir—. Eres muy borde.

—Y tú estás chiflada.

—Cuando abres la boca, la gente se duerme —responde ella.

—Eres odiosa.

—Eres idiota.

—Estás salida.

—Eres un mandón.

—Ay, míralos... —dice Ellie, que vuelve a acercarse—. Son tan monos juntos... ¿Verdad, Dave?

—Son perfectos el uno para el otro.

Si ellos supieran...

Le sonrío a Lottie y le acaricio un lado de la cara con cariño antes de girarme hacia Ellie y Dave y la bandeja con trozos de bizcocho que traen.

—Quería hacer tarta de melocotón, pero ayer empezaron a darme náuseas los melocotones, así que espero que a todos os guste el bizcocho de fresa. —Ellie se vuelve hacia Lottie—. Lottie, tengo que darte la receta. Es para morirse.

Lottie se aparta un poco de mí, pero sigue con la mano en mi pierna.

—Me encantaría, Ellie. —Me aprieta el muslo con fuerza mientras se incorpora, y sé exactamente lo que significa ese apretón: *«Antes muerta que intercambiar recetas con Ellie»*.

¿Sabes qué ha sido lo peor de esta noche?

No ha sido tener que esquivar las preguntas sobre nosotros que Ellie nos ha lanzado a diestro y siniestro.

Ni tocar el vientre plano de Lottie en alguna ocasión, como hace Dave con el ya ligeramente redondeado de Ellie.

Ni tener que ver cómo un hombre al que respetaba en una sala de juntas queda convertido en un ser balbuciente que está de acuerdo con todo lo que Ellie tiene que decir.

Ni tampoco que la idea de que Lottie tenga un maldito consolador con ventosa que usa en la ducha esté dando vueltas en mi cabeza.

Puedo ocuparme de todo eso.

Lo que no soy capaz de soportar es no haber podido aprovechar un minuto de ese tiempo para estar a solas con Dave. No he tenido la oportunidad de sacar el trato a colación ni una sola vez. Ni siquiera se ha dado la ocasión de mencionarlo, porque no es apropiado cerca de Ellie y Lottie. Los negocios deben mantenerse separados del

«tiempo en familia», pero creí que iba a poder escabullirme con Dave en algún momento. Pero allá donde mire, Ellie tiene las garras clavadas en Dave, y él es el más feliz de los hombres por ello.

Ellie bosteza.

—Oh, qué noche más divertida... Me lo he pasado muy bien.

—Yo también. —Lottie también bosteza y luego me da una palmada en el pecho—. Aunque deberíamos irnos. No queremos ser los causantes de impedir que disfrutéis de un sueño reparador, ¿verdad, Dave?

Dave se ríe y asiente.

—Oh, sí, Lottie, tú sabes que necesito descansar o por la mañana no habrá quién me mire.

—Diría que la intimidación no es algo malo para un hombre en tu posición —comenta Lottie—, pero después de pasar la velada con vosotros, voy a asumir que ese no es tu *modus operandi* habitual, Dave.

—Estarías en lo cierto. Muy perspicaz, Lottie.

Finge una reverencia.

—Gracias. —Y luego se vuelve hacia mí—. ¿Preparado, mofletitos?

Tampoco me gusta ese apodo.

—Sí. —Me levanto de la silla y la ayudo a levantarse también. Luego me vuelvo hacia Dave y le ofrezco la mano para que me la estreche, consciente de que ha llegado el final de la velada y no hemos hablado de nada—. Dave, gracias por invitarnos esta noche. Ha sido un placer conocer a Ellie.

—Me alegro de que hayáis podido venir.

Nos guían por la casa y, cuando llegamos a la puerta, Ellie le da un abrazo a Lottie y Dave me ofrece otro apretón de manos. Es todo tan hogareño, tan cómodo, que me hace sentir claustrofobia. Noto una obstrucción en la garganta, y mientras Lottie se despide otra vez, me limito a asentir antes de acercarme al coche para abrirle la puerta. Poso la mano en su espalda mientras sube, y cierro la puerta cuando se ha acomodado.

Rodeo el vehículo y me siento detrás del volante. Dave y Ellie están en la puerta, abrazados por la cintura, sonriéndonos. Si esto es lo que implica tener una prometida —domesticidad y docilidad—, me alegro mucho de que nunca haya nada parecido entre Lottie y yo.

Nunca habrá nada parecido con nadie, y punto.

Arranco el coche y me despido una vez más con la mano antes de recorrer el camino de entrada circular y bajar por el sendero de grava. Por fin puedo respirar profundamente.

Lottie también lo hace, pero luego se encorva en su asiento.

—Siento que por fin puedo ser yo. —Una sonrisa de satisfacción le curva los labios—. Ha sido una experiencia irreal. Me he sentido como si me hubiera transportado a otro cuerpo y fuera este quien controlara cada una de mis palabras y acciones. Porque si hubiera estado en mi propio cuerpo, le habría arrebatado a Ellie el trozo de bizcocho de la mano después de darle un rodillazo en la cabeza para asegurarme de que no lo devolviera. Estaba buenísimo. Habría comido más. ¿Y qué me dices de que Ellie se ofreciera a compartir la receta conmigo? No, no quiero la receta, quiero que alguien me la haga.

—Me alegro de que no le dieras un rodillazo en la cara.

—Se lo estaba comiendo muy despacio. Para mí que estaban haciendo una especie de juego erótico delante de nosotros.

—No estaban practicando ningún juego de esos delante de nosotros —digo, bloqueando ese pensamiento con rapidez.

—¿Estás seguro? ¿Estabas prestando atención? Porque lo cierto es que parecías un robot. Se ha puesto a lamer la cuchara provocativamente y luego lo miraba a él. A Dave lo vi moverse en su asiento un par de veces. Te apuesto lo que quieras a que ya se han quitado la ropa y están follando contra la puerta de entrada en este mismo momento. Aunque Dave no parece un empotrador. —Considera esto último durante un rato—. Bueno, en realidad suelen ser los silenciosos los que son unos folladores natos. —Se gira hacia mí—. Tú eres silencioso, ¿cómo te comportas en la cama?

—No es algo de lo que tengas que preocuparte —respondo.

—Dios —gime con frustración—. Gracias por esa respuesta evasiva. Sacaré entonces mis propias conclusiones, y supondré que tienes una salchicha diminuta y no sabes cómo usarla.

Agarro el volante con más fuerza.

—¿Qué tal si no hablamos?

Estoy enfadado. Necesito guardar silencio durante el trayecto. Porque aquí estaba yo, yendo a una reunión de negocios, pensando que estaba a punto de cerrar un trato, y ni una sola vez hemos ha-

blado de negocios; salieron a colación las diferentes variantes del color crema, el impacto que puede tener una simple alfombra en un comedor y las distintas formas de servir una tosta con aguacate. Dios...

—Oh, he dado en el clavo. Sí que tienes una salchichita. Probablemente por eso estás soltero y pasas tanto tiempo en la oficina; por eso no tenías un catálogo de chicas al que recurrir y tuviste que buscar una chica al azar en la calle. Ahora todo tiene sentido.

—Lottie, basta.

Pero no se calla.

—Te das cuenta de que puedes atrapar más moscas con miel, ¿verdad? Puedes cambiar un poco tu actitud. Después de todo, somos socios en este negocio. ¿Qué te parecería si te llevara a la reunión del instituto y te hablara como tú me hablas a mí?

No respondo. En cambio, recuerdo lo cómodo que parecía Dave. Tan en su sitio. No es que lo viera incómodo en las reuniones, pero no parece su lugar. Se muestra a disgusto, desconfiado. Pero sentado en su casa, con Ellie a su lado, ha bajado la guardia.

—Estoy segura de que no te gustaría esa actitud. Deberías hablar a los demás como quieres que te hablen a ti. No creo que sea tanto pedir. Y ya que estamos en esto, trata a los demás como quieres que te traten...

—¿Puedes callarte un maldito segundo? —pregunto, con la mente acelerada, tratando de juntar las piezas.

—¿Perdón? —dice ella, cruzando los brazos—. ¿Te importaría preguntarlo con algo más de educación? Porque, a menos que quieras que regrese a esa casa y les enseñe un test de embarazo negativo, yo cambiaría de actitud.

—Has firmado un contrato.

—¿Y sabes qué? Creo que mi familia preferiría que lo perdiéramos todo antes de que me ataque verbalmente un idiota. Soy un ser humano, Huxley, trátame como tal —me suelta, airada, y luego se gira en el asiento para no mirarme a mí, sino a la ventanilla.

Joder.

Me siento culpable, porque tiene razón.

Es un ser humano y hoy ha hecho un trabajo de puta madre. Por lo general, no soy tan idiota. Sé comportarme de forma educada, así que ¿por qué he pasado de mis buenos modales con Lottie?

La miro. Está impertérrita; no hay nada que pueda decirle en este momento, nada traspasará el muro que ha levantado, así que, en lugar de intentar ofrecerle una disculpa a medias, me quedo en silencio durante el resto del viaje, sumido en mis propios pensamientos y reviviendo la noche.

Dave parece estar más receptivo en su casa, cuando está con Ellie, pero me ha quedado claro que tampoco quiere hablar de negocios en esa situación. Entonces, ¿cómo podría combinar las dos cosas?

Normalmente no me empecinaría tanto un trato como este. De hecho, nunca me he comportado así. Nunca he tenido que mentir ni ser un completo gilipollas con nadie para conseguir mis objetivos. Pero, con los ojos puestos en los diez millones de dólares de beneficio que este acuerdo va a hacerme ganar, no hay quien me pare. Cane Enterprises necesita esas propiedades. Y eso es mi prioridad.

Al final serán mías, lo garantizo.



8

LOTTIE

Lo odio.

Lo odio con todas mis fuerzas.

Allí estaba yo, haciendo de tripas corazón, preocupándome por la diferencia entre las espinacas congeladas y las frescas mientras Ellie me ponía al tanto de las albóndigas de espinacas que le gustan a Dave. La escuché con una sonrisa, respondí con preguntas reflexivas e incluso me deleité intercambiando direcciones de correo para que me envíe, como ella ha dicho, *«Todas las recetas»*.

¿Y qué obtengo al final de la noche de Huxley?

¿Estás pensando en un «Gracias»?

¿Quizá en un «Buen trabajo»?

No busco una celebración de mis logros, pero agradecería un poco de amabilidad.

Sin embargo, parece que la amabilidad no forma parte del repertorio de Huxley Cane.

Vale. No pasa nada. Porque ¿adivinas qué? Ahora sé qué esperar.

Nada.

No debo esperar nada de él.

El silencio llena el coche mientras nos dirigimos a Beverly Hills. Huxley vuela por las calles, con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios, haciendo caso omiso de todos los límites de velocidad indicados en los laterales de la carretera. Y cuando le echo un vistazo, me fijo en lo tensa que está su mano sobre el pomo de cuero finamente trabajado, en el acero de su mandíbula y en las arrugas de su frente. ¿Por qué demonios está tan irritado? Hoy soy yo la que ha pasado por el aro.

Él ha estado allí sentado sin decir nada.

Cabreada con él, mantengo la mirada al frente hasta que reduce la velocidad. Nos detenemos delante de un enorme portón de ma-

dera. Aprieta un botón en el salpicadero del coche y la verja se abre lentamente hacia la derecha, plegándose hacia un muro de piedra blanca cubierto de enredaderas. *Por supuesto.*

Ahhh, este debe de ser su hogar, su dulce hogar. Me había imaginado que tendría una mansión ostentosa con pilares, fuentes demasiado grandes con adornos de oro y mármol por todas partes, incluso en las paredes, porque puede permitírselo, pero cuando giramos en el camino de entrada, me sorprende mucho la casa que aparece ante mis ojos. Es una edificación blanca de estilo playero, con marcos negros en las ventanas; hay grandes apliques de aspecto sureño que flanquean los lados de la puerta principal y un sencillo tejadillo de chapa negra.

Esto no me lo esperaba.

Es elegante.

Moderna.

Con estilo.

Solo tiene de ostentoso el tamaño.

Huxley aparca el coche y alguien se acerca a la puerta de su coche para abrirla.

—Señor Cane, bienvenido a casa.

—Gracias, André. —Huxley le tiende las llaves—. ¿Todo listo?

—Sí, señor.

—Gracias por quedarte hasta tarde. Puedes irte a casa.

—Antes aparcaré su coche en el garaje y lo enchufaré a la corriente. Que tenga una buena noche.

—Igualmente —dice Huxley.

Disculpa que se me descuelgue tanto la mandíbula, pero... ¿cómo es que a André le habla como a una persona normal y a mí no?

Huxley me abre la puerta y me tiende la mano, pero, como ya no estamos bajo la mirada atenta de Dave y Ellie, ignoro su ayuda e intento volver a cerrar, algo que me impide su mano al agarrar la parte superior de la puerta del coche.

—¿Qué demonios haces? —pregunta.

—Puedo abrir y cerrar la puerta yo misma.

Se agacha hacia mí.

—Tengo personal en la casa que nos verá juntos —susurra—, así que tienes que actuar como si fueras mi prometida.

—Eeh... ¿perdón? —suelto—. Eso no era parte del trato.

—¿Has leído todo el contrato?

Ese contrato olvidado de Dios. ¿Cuántas veces va a volver a darme la lata con él?

—Por supuesto que sí.

Pero no lo he hecho.

En realidad, ¿quién lee la letra pequeña de los contratos hoy en día? Los abogados. Yo me dediqué a las partes importantes, o al menos eso creía. Sí, había una sección sobre el personal, pero la pasé por alto. Pensé que se trataba de qué clase de personas trabajan para él, no sé..., que tengan que ser amables. Algo así.

—Entonces, ya conoces esa sección. André es mi mano derecha, sabe de nuestro acuerdo, pero es el único.

—¿No has hecho que tu personal firme un acuerdo de confidencialidad? —pregunto.

—Sí, pero a veces cuentan cosas... Hemos despedido a algunos integrantes del servicio por dar chivatazos a los medios de comunicación, así que todavía no confío plenamente en todos los miembros en activo.

—Me parece una estupidez —acepto su mano de mala gana— permitir que unos extraños entren en tu casa y te cuiden, pero no confiar en ellos. Sí, muy inteligente por tu parte.

—Confío en muy poca gente.

—¿Confías en mí? —indago mientras nos acercamos a la gran entrada. La puerta negra me parece increíblemente intimidante a pesar de la maceta con flores que da la bienvenida.

—No —responde sin pensarlo.

—Vaya, eso es... Eso es jodido.

—Apenas te conozco. ¿Por qué iba a confiar en ti? —Abre la puerta de entrada y me recibe un amplio vestíbulo, con suelos claros, paredes blancas y un camino recto hasta la parte trasera de la casa, donde las puertas correderas de cristal más grandes que he visto nunca dan acceso a una piscina iluminada y a un jardín increíble con suficiente follaje para bloquear la vista a las propiedades vecinas. Me pone la mano en la espalda—. Tienes que ganarte mi confianza —añade.

Lo miro de reojo.

—No soy la única que necesita ganarse la confianza de alguien —replico.

—Serías una mujer de negocios horrible si ofrecieras tu confianza de inmediato. Te respeto más por hacer que me la gane.

—¡Oh, vaya! Me he ganado tu respeto —digo en tono sarcástico mientras entro en la casa. Observo la decoración impersonal y la calculada colocación de cada objeto. Grandes jarrones, cuencos de aspecto elegante y plantas nutren la falta de personalidad de la que hablo. Probablemente, Huxley ni siquiera sepa que existen la mitad de estos adornos.

Después del vestíbulo, la casa se abre a un salón gigantesco con techos abovedados de tablillas blancas y vigas de madera ligeramente manchadas. La casa no tiene ningún color, solo está decorada con variaciones de blanco, algún toque negro y verde aquí y allá y alguna planta que estoy segura de que no se molesta en regar. La cocina es enorme. La isla atraviesa toda la longitud de la estancia, con encimeras de mármol y tiradores negros, pero la parte superior y la inferior alrededor de las paredes de la cocina son blancas, con electrodomésticos modernos de color negro. Es una cocina de ensueño, y estoy segura de que si Kelsey viera esta casa, se le caería la baba.

—Puedes utilizar la cocina para lo que gustes. El cocinero me prepara las comidas y las deja en la nevera. Si tienes alguna petición, házmelo saber y me aseguraré de que dispongas de ella.

—Puedo hacerme mi propia comida.

—¿Necesito recordarte que eres mi prometida?

Me vuelvo hacia él y me sorprende al verlo con las manos en los bolsillos; un aspecto algo vulnerable, mientras me enseña su casa.

—Falsa prometida —le susurro en voz baja.

Ignora mi comentario.

—No hay nada prohibido —añade—. Lo que es mío es tuyo.

—Ah, ¿así que no me vas a amenazar para que me aleje del ala oeste?

Frunce el ceño, confundido.

—Ya sabes, como en *La Bella y la Bestia*.

—¿Me estás comparando con Bestia?

—No del todo. Él tenía más modales cuando trataba con su cautiva.

—No le veo la gracia.

—Interesante —comento y me acerco a la nevera. Abro una de sus enormes puertas. Y tal y como ha dicho, hay comidas preparadas dentro con las fechas marcadas en la parte superior. Joder, qué clase de cosas puede conseguir el dinero... —. Te gustan las coles de Bruselas, ¿verdad? —pregunto, viendo un montón de *tuppers* con ellas.

—Para ti, son muy buenas.

—Eso me han dicho. —Cierro la nevera—. ¿Dónde está mi habitación? —pregunto. Y entonces me doy cuenta—. Eh, espera..., ¿vamos a tener que compartir habitación? —Levanto la mano—. Porque por eso no paso. De ninguna manera voy a compartir la cama contigo. Necesito mi propio espacio.

—Por aquí —comenta, yendo hacia la escalera que hay al lado del gran salón.

—Esa no es una respuesta. ¿Vamos a dormir en la misma cama? Porque, te lo advierto ahora mismo, no querrás hacerlo. Me gusta dormir desnuda.

—Eso no supone un problema —murmura, subiendo las escaleras.

—¿Eso ha sido un cumplido? —pregunto, pasando por detrás de él—. ¿Estás diciendo que tengo un buen cuerpo? Espera..., eso da igual. No seas perverso.

—No soy un perverso. Tú has sacado el tema de los desnudos.

—Estaba tratando de decirte por qué no soy una buena compañera en la cama. —Hago una pausa—. Espera, no he querido decir eso —rectifico—. Soy muy buena compañera en la cama. Sé cómo conseguir que un hombre roce el cielo con mis manos. Las han llamado hacedoras de milagros. De verdad, soy una compañera óptima en el aspecto sexual. Increíble para alcanzar el clímax, en caso de que te lo estés preguntando.

—No lo hacía.

—Bueno, yo sí. Y me siento muy cómoda con mi sexualidad. Soy aventurera. Pero cuando se trata de dormir, no hablo de sexo, sino de dormir, es cuando las cosas se tuercen. Me muevo mucho. Duermo atravesada en la cama. Doy patadas a diestro y siniestro y no me acurruco. Así que ya sabes: compartir la cama y la habitación conmigo no es una buena idea.

Al llegar al final de la escalera, gira a la derecha y se dirige a un largo pasillo.

—¿Me has oído?

—Te he oído.

Me pongo a su altura.

—Entonces, ¿por qué no me respondes?

—Porque tu incesante parloteo me molesta.

—Vaya, pero qué gilipollas eres —digo mientras abre una puerta a la izquierda.

Entro en la habitación y me quedo inmediatamente extasiada ante la moderna cama de cuatro postes, sobre la que recae la luz, que se ha convertido en el punto de atención de la estancia con sus suaves sábanas blancas y sus mullidas almohadas. A los pies, hay un banco con cojines, y frente a ella veo una chimenea con dos sillas negras modernas de mediados del siglo XX orientadas hacia las llamas. A la derecha hay un cuarto de baño enorme, que estoy segura de que está revestido de mármol, como la cocina. Pero lo que más me llama la atención es la cómoda colocada bajo la gran ventana que da al patio delantero. Porque encima de ella están mis tres consoladores. El rosa, el morado y el pene con ventosa que compré hace poco.

Dios mío, ¿qué hacen ahí? ¿Y quién demonios los ha tocado?

Miro a Huxley y, por desgracia para mí, él también está mirando mi colección de placer.

—¿El servicio ha abierto mis maletas?

—En efecto —dice.

—Parece que se han encontrado con mis juguetes femeninos.

—¿Así es como los llamas? —pregunta.

—Podría decir «consoladores», si eso te hace sentir más cómodo. Aunque, probablemente, no sea un buen presagio para ti que los tenga, ¿eh? —Le doy un codazo—. Ya sabes, se supone que debes mantenerme satisfecha.

—No es nada nuevo para ellos. Saben que tengo juguetes.

Eeeh... ¿qué? ¿He oído bien? ¿Huxley Cane tiene juguetes? Hablando de un giro en la trama...

—¿Qué? ¿En dónde?—Miro a mi alrededor—. ¿Los escondes en la mesilla de noche? —Me acerco a una y la abro, sin encontrar absolutamente nada.

—Esta no es mi habitación.

Me pongo de pie.

—Espera, entonces, ¿no vamos a compartir habitación?

—No. Mi habitación está al otro lado del pasillo.

—Entiendo. —Me cruzo de brazos—. ¿Y qué pensará tu personal de eso?

—Han sido informados de que intentamos permanecer célibes antes de la boda.

Se me escapa un fuerte resoplido y me tapo la nariz.

—Estoy segura de que eso les ha hecho mucha gracia.

—¿Por qué es gracioso? —pregunta.

—Ya sabes... —Le hago un gesto con la mano—. ¿Es que no traes mujeres a casa?

—No.

—Ah... —digo pensativa—. Bueno, supongo que eso es bueno para mí. Además, así no tienes que fingir que tu salchichita no me molesta.

Acorta la distancia entre nosotros con pasos decididos y dominantes. Deja caer la mano justo encima de mi clavícula y me agarra con fuerza, apretando los dedos en la parte posterior de mi hombro. Esa posición no solo exige mi atención, sino que me deja sin aliento.

—Vamos a aclarar una cosa —dice, amenazante—. No tengo una salchichita, nunca la he tenido y nunca la tendré. Y he firmado un contrato contigo. Eso significa que yo te pertenezco y tú me perteneces hasta que se cumplan todas las obligaciones dentro de nuestro acuerdo. ¿Lo has entendido?

Sus palabras me atraviesan, el significado es fuerte y conmovedor.

No va a mirar a nadie más, no va a follar con nadie hasta que pongamos fin a nuestro acuerdo, eso es lo que me está diciendo, y no debería tener ningún efecto sobre mí. Pero, por alguna razón, me produce un escalofrío, un escalofrío intenso.

Irritado por mi silencio, se acerca más hasta que se detiene a un palmo de mí. Me desliza la mano por el cuello y me levanta la barbilla con el pulgar, lo que me obliga a mirarlo a los ojos.

—¿Lo has entendido, Lottie?

Dios, estar tan cerca de él, verme obligada a mirar a esos ojos siniestros y dominantes... En este momento, me doy cuenta de lo

mucho que me juego. Porque, aunque su personalidad no habla más que de arrogancia —y nunca podría imaginarme enamorada de un hombre con una necesidad tan incesante de imponer su autoridad—, no puedo evitar sentir algo cuando me habla con tanta convicción, cuando me reclama con sus manos.

Trago saliva.

—Nada de hombres. Entendido.

—Te seré fiel; exijo el mismo respeto.

—Actúas como si tuviera cientos de hombres haciendo cola en la puerta para sacar a pasear mi trasero sexy. Créeme, no tienes de qué preocuparte. —Le doy una palmadita en el pecho, tratando de aligerar la tensión, y me alejo un poco para poder recuperar el aliento.

Eso ha sido... Guau... Algo para recordar: cuando domina un sitio, domina mi atención, domina todos mis movimientos, y puedo verme ahogada por su presencia. No hay duda de ello.

Me acerco a mis consoladores y los cojo de uno en uno para inspeccionarlos. Aunque Huxley es un hombre atroz con una actitud infame, me resulta increíblemente sexy, y la forma en que me ha hablado hace un momento, con ese tono alfa, ha sido muy sugerente.

Adelante, échame la bronca.

Sé que no debería pensar que es atractivo, sobre todo, después de nuestras recientes interacciones, pero, aggg..., esos ojos profundos y seductores, la forma en que se cierne sobre mí, el tono ronco de su voz... Sí, me está haciendo sentir todo tipo de cosas que requerirán la ayuda de uno de mis amiguitos.

Tal vez use el consolador púrpura esta noche. Me encanta el movimiento giratorio que hace. Aunque el de la ventosa me llama, pero es mejor usarlo en la ducha. Por eso lo he comprado, para poder satisfacerme desde atrás, una de mis posiciones favoritas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Huxley mientras mira cómo paso la mano por mi consolador púrpura.

A pesar de todo, creo que es divertido ponerlo a prueba.

—Decidiendo con qué quiero follar esta noche. Ya sabes, como mi prometido es célibe y todo eso, necesito satisfacerme de alguna manera. Tu personal seguramente entenderá las circunstancias. —Cojo

el consolador con ventosa y paso la mano por la punta—. Dios, me encanta desde atrás, sin embargo, estoy demasiado cansada para darme una ducha ahora mismo. —Levanto el púrpura—. Parece que Thor y yo vamos a divertirnos esta noche.

Miro a Huxley, y me recompensa con la mandíbula apretada y una mirada furiosa.

Perfecto.

La venganza es mía.

No quiero dar a entender que esté buenísima, ni que provoque a este tipo a cada paso que doy, pero sé algo de hombres. Seas quien seas, si estás acariciando un consolador delante de un hombre, va a pensar en sexo. Y cuando piensan en sexo, se excitan. Y si un imbécil excitado tiene que irse a la cama solo, me siento satisfecha.

Espero que sufra..., aunque solo sea para equilibrar la balanza por el agravio que he experimentado esta noche.

—El desayuno es a las siete y media de la mañana. Asegúrate de estar.

—¿A las siete y media?! —exclamo—. Es domingo.

—Tenemos mucho que discutir. —Y dicho eso, cierra la puerta. Lo oigo entrar en su propia habitación al otro lado del pasillo y cerrar su puerta de golpe.

Alguien necesita ayuda para gestionar sus problemas de control de la ira.

Tal vez me equivoque, tal vez sí me trata como Bestia trató a Bella.

—Una invitación habría estado mejor, y no una exigencia —murmuro, y dejo a Thor en la cama.

Me acerco al armario y descubro que no hay ni una sola prenda mía allí colgada. Todo es ropa de diseño, desde vestidos vaporosos hasta ropa de noche ajustada, pasando por blusas y vaqueros. Y también muchos zapatos. Vale, eso me parece bien, porque...

—¡Dios mío! —susurro, cogiendo un zapato y apretándolo contra mi pecho—. Un Louboutin. Cielo santo. —Lo vuelvo a dejar en el suelo con cuidado y le hago una pequeña caricia—. Eres precioso. Recuérдалo siempre, sobre todo cuando te estropee con mis descuidados pies, porque a veces me muevo como un cervatillo recién nacido.

Abro los cajones del armario y... ¡Oh, vaya! Cojo un tanga blanco de encaje y lo pongo a la luz.

—Esto es un montón de... nada. —Miro hacia abajo y abro otro cajón para encontrar sujetadores a juego—. ¿De verdad importa tanto mi ropa interior? —Bueno, si la colada me la hace su personal, probablemente no quiera que encuentren prendas desparejadas por ahí.

Me irrita lo minucioso que ha conseguido ser en tan poco tiempo.

Vuelvo a meter las prendas en los cajones y luego busco el pijama, que no aparece por ninguna parte. Cuanto más rebusco en los cajones, más cuenta me doy de una cosa en particular: hay mucha lencería, pero ni rastro de mis prendas *oversize* o de mis camisetas de grupos de rock; ha desaparecido cualquier rastro de mi personalidad.

Levanto un conjunto de seda de dos piezas: unos pantalones cortos que estoy segura de que apenas me cubren las nalgas y un top a juego. ¿Esto es lo que espera que me ponga?

Con la ropa en la mano, atravieso la habitación, salgo por la puerta y cruzo el pasillo para llamar a su puerta.

—¡Tengo que hablar contigo! —grito.

Tarda unos segundos, pero, cuando abre la puerta de golpe, me tira de la mano y me hace girar contra la pared antes de cerrar.

Se queda allí de pie, sin nada más que unos pantalones cortos de pijama; su pecho inmaculadamente musculoso sube y baja mientras me mira con intensidad; tiene un cuerpo dominante, grande, ardiente.

Alguien pasa mucho tiempo en el gimnasio, y se llama Huxley Cane, porque... guau. Solo... guau.

¿Quién podía imaginar que los pectorales podían ser tan compactos? Apuesto algo a que botan cuando corre.

—¿Por qué demonios estabas gritando?

Ahhh...

¿Qué me ha preguntado?

Lo siento, pero me siento un poco distraída por el dios pagano que tengo delante. Sí, es fácil ver que se trata de un hombre atractivo. Mentiría si dijera que no. Pero nunca había sido consciente de que escondía mucho más debajo de las camisas. Y quiero decir... mucho más.

Pectorales marcados y planos, hombros tallados, bíceps que parecen de mármol cincelado. Tiene la complexión de un surfista, puro músculo desde el cuello hacia abajo, hasta sus abdominales perfectamente definidos y la V marcada en sus oblicuos. Y como la vida no es justa, los bóxers se ciñen a su cintura justo por encima de la cinturilla de los pantalones cortos.

Es oficial: mi falso prometido es un auténtico macizo.

Lástima que sea el mayor imbécil que he conocido en mi vida.

—¿Qué demonios quieres? —repite, todavía enfadado.

Ah, sí. Se supone que debo estar irritada con él.

Con una mano en la cadera, levanto la *negligé*.

—¿Esperas que me ponga esto? —pregunto.

Posa los ojos en la seda negra que tengo en la mano y luego vuelve a mirarme.

—¿Hay algún problema?

—No es un pijama.

—Pensaba que dormías desnuda, ¿qué más da?

—Eeh... No voy a dormir desnuda en la casa de un extraño.

—Entonces, lo que tienes en la mano debería ser adecuado.

Entrecierro los ojos.

—¿Dónde está mi ropa?

—En un almacén.

—¿Por qué?

Se pasa la mano por la cara.

—Porque no era adecuada para el papel que tienes que desempeñar. Ya hemos discutido esto. ¿Por qué sacas el tema cuando estoy tratando de prepararme para ir a la cama?

—Porque pensaba que tendría al menos parte de mi ropa.

—No es necesario: me he asegurado de que tengas todo lo que necesitas. Ahora, si eso es todo, me gustaría dormir un poco.

¿Podría ser más idiota?

Es posible.

Creo que esto es solo la punta del iceberg. Apuesto algo a que podría ser mucho más gilipollas, lo que, por supuesto, hace que me pregunte hasta dónde podría presionarlo. Parece que dispongo de tiempo para averiguarlo.

—Eres espantoso, ¿lo sabías? —digo, estrujando mi pijama nuevo.

—Tú tampoco eres una joyita.

A pesar de que es por lo menos treinta centímetros más alto que yo, me acerco a él, y elevo la cabeza para mirarlo.

—Espero que tengas una noche de insomnio.

—Dulces pesadillas —me responde con tal nivel de sarcasmo que creo que he encontrado la horma de mi zapato.

Lo que no sabe es que no es el único que puede jugar sucio.

Puede que tenga un acuerdo contractual con ese hombre, pero estoy segura que puedo hacer que su vida se convierta en una película de terror. Y eso es exactamente lo que planeo hacer.

9

HUXLEY

JP: *¿Cómo fue anoche? No hemos sabido nada de ti, y nos preocupa que esa chica lo haya jodido todo. ¿Es así? ¿La ha cagado?*

Miro el mensaje de mi hermano y cojo mi humeante taza de café negro. Soplo el líquido caliente y me llevo el borde a los labios para dar un sorbito, dejando que la amarga pero suave bebida se deslice por mi garganta.

¿Lottie la jodió anoche?

No.

No ha *jodido* ni una puta cosa...

Ya me entiendes.

Sinceramente, no esperaba que le quedara tan bien el vestido que elegí. Tampoco esperaba que saliera del cuarto de baño de su hermana con el aspecto de una diosa, con el pelo ondulado y un maquillaje sutil que resaltaba sus hipnotizadores ojos.

Y tampoco esperaba pasarme la noche pensando en ella, toda las putas horas, imaginándola con ese maldito vibrador. Después de meterme en la cama, apenas ni respiré, esperando poder oírla mientras se daba placer. Después de treinta minutos en silencio, con la polla dura como una roca, me alivié y me puse a dormir.

Tres consoladores. ¿Qué mujer necesita tres consoladores?

Lottie, por supuesto. Porque no solo estoy a punto de perder mi empresa con mis descuidados errores, sino que he tenido que elegir a la única chica que se ha metido en mi cabeza con facilidad. Es irritante, frustrante, hermosa y sarcástica. Un todo en uno. Me hace contener la respiración con cada palabra que sale de su boca, y luego me sorprende con su brillantez.

Es agotadora.

Dejo el café y miro la hora. Llega con dos minutos de retraso al desayuno. Mientras la espero, le envío un mensaje a JP.

Huxley: *No ha jodido nada. Por desgracia, superó mis expectativas: consiguió que Dave y Ellie comieran de la palma de su mano y me hizo quedar genial.*

Doy otro sorbo a mi café y mis hermanos responden al mensaje.

Breaker: *¿«Por desgracia»? ¿No deberías estar contento?*

JP: *Ay, Dios... ¿Hay algún problema en el paraíso?*

Huxley: *Sois un puto coñazo.*

Breaker: *Jajaja. Bueno, eso me hace muy feliz.*

JP: *¿Es difícil trabajar con ella?*

Huxley: *Se podría decir que sí. Me desafía a cada paso y llega tarde a desayunar.*

Breaker: *¿Le has puesto hora para desayunar esta mañana? Hermanito, es domingo.*

JP: *Déjame adivinar: estás siendo un completo gilipollas con ella. Típico de Huxley.*

Huxley: *No estoy siendo gilipollas. Estoy considerando nuestras interacciones como transacciones comerciales. Porque eso es lo que son: negocios.*

Breaker: *Qué romántico eres...*

Huxley: *No hay nada romántico en este acuerdo.*

Breaker: *Entonces, ¿no la encuentras ni un poco atractiva?*

JP: *¿Qué aspecto tiene?*

Huxley: *¿Importa?*

Breaker: *Sí.*

JP: *Por supuesto que sí.*

Huxley: *¿Por qué?*

Breaker: *Porque necesitamos saber si vas a cargarla follando con ella.*

JP: *Tenemos que preparar a los abogados, asegurarnos de qué pueden esperar.*

Huxley: *No voy a cargarme nada con ella. Creedme.*

En ese momento, oigo el sonido de unas zapatillas que se deslizan por el suelo de madera, lo que lleva mi atención hacia las escaleras. Lottie entra arrastrando los pies en el comedor con aspecto de haber resucitado, pero, joder..., lleva puesto «el pijama».

Los pantalones cortos no deberían recibir tal nombre. Se ciñen a sus caderas y sus muslos, y se adaptan a sus curvas, y el top... Bueno, me deja ver su vientre, hasta justo por encima del ombligo, y oculta mínimamente sus pechos. La tela es tan fina que, si fuera blanca, vería sus apretados pezones pugnando tras ella.

Su pelo sigue ondulado, pero tiene la cara limpia y sin el maquillaje que llevaba anoche.

Se la ve desaliñada, familiar, y es una complicación.

Hay un cubierto a mi lado en la mesa y, sin decir nada, se deja caer en la silla, coge mi café y le da un sorbo antes de estirarse en la silla y apoyar la cabeza en el respaldo.

—Llegas tarde —constato—. Y ese es mi café.

Intento cogerlo, pero me sisea como una bestia rabiosa, haciéndome retroceder con auténtico miedo.

—Si me lo quitas, te mato —dice con una voz profunda de poseída.

No es madrugadora. Me lo apunto...

Después de unos segundos y de tomar grandes tragos de café, deja mi taza y se gira lentamente hacia mí.

—Esa idea de desayunar a las siete y media es una absoluta mierda.

Lo cierto es que yo tampoco soy madrugador.

El chef, Reign, trae dos platos con el desayuno desde la cocina. Cada plato tiene una rebanada de pan tostado con aguacate, huevos revueltos y ensalada de frutas, todo perfectamente presentado.

—Gracias, Reign —digo. Cuando está a punto de irse, señalo a la encarnación del diablo que está a mi lado—. Esta es mi prometida, Lottie. Lottie, este es Reign. Tenemos mucha suerte de contar con él. Su comida es impecable.

Despojándose de parte de la coraza que ha acumulado durante la noche, se sienta un poco más derecha y se pasa el pelo por detrás de la oreja

—Hola, Reign. Me encanta comer, así que creo que seremos buenos amigos.

—Señorita Lottie, el placer es todo mío. Por favor, no dude en pedirme cualquier cosa. Me aseguraré de que reciba la encuesta sobre sus gustos para saber qué alimentos prefiere.

—Gracias —responde Lottie con una sonrisa. Cuando Reign se va, ella se vuelve hacia mí, con el ceño fruncido—. Podrías haberme avisado de que iba a haber otras personas presentes. Estoy prácticamente desnuda.

—Te he dicho que tengo servicio en casa.

—¿Incluso los fines de semana? —sisea—. Qué monstruo eres...

—Les compensa.

—Genial, tienen dinero, pero ¿cómo se supone que van a divertirse con él si siempre están trabajando para ti? —Desdobra la servilleta de tela y se la coloca en el regazo.

La estudio: el ángulo pomposo de su barbilla, la elevación orgullosa de su pecho, el conjunto obstinado de sus hombros.

—Si te preocupa tanto cómo te percibe la gente por lo que llevas puesto, ¿por qué has venido a desayunar con eso puesto? Soy un extraño para ti.

Sus ojos reptan hacia mí mientras hunde el tenedor en los huevos.

—Si has visto mis consoladores, entonces has visto casi todo.

—Casi —incido; cojo la taza y doy un sorbo, mirando su pecho. Ella capta mi insinuación.

—¿Se supone que eso debe hacer que me derrita? ¿Que me desmaye a tus pies? ¿Esa mirada, el tono profundo de tu voz? Vas a tener que esforzarte un poco más.

—¿Quién dice que lo estoy intentando? —pregunto, y dejo la taza.

—Tu voz jadeante anoche, cuando entré en tu habitación.

—Creo que me confundes contigo. Tú eras la que estaba sin aliento, con el pecho agitado, mientras mirabas mi torso desnudo.

—Pufff, ya te vale..., Huxley. —Se lleva a la boca el tenedor con huevos.

Gran defensa. Puede negarlo todo lo que quiera, pero sé lo que noté anoche. Puede que me odie, como ella misma dice, pero no se priva de mirarme.

—Y tras esta espectacular réplica, vayamos al grano.

Me lanza una mirada fulminante, pero no añade nada. Abro la carpeta que hay encima de la mesa a mi izquierda, saco el primer papel y se lo doy. Lo agarra con cara de confusión.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Cojo una tostada con aguacate como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

—Esto es el documento que indica que tu préstamo universitario ha sido cancelado. Guárdatelo.

Se queda con la boca abierta examinando el papel. Me doy cuenta de que sus ojos se centran en la cantidad que debe —donde pone «cero»—, porque se queda sin palabras.

—¿Está todo pagado?

—Eso es lo que establecimos en el contrato, ¿no?

—Sí, pero ¿de verdad lo has pagado?

—¿Crees que no soy un hombre de palabra?

—Estás engañando a un potencial socio de negocios haciéndole creer que tienes una prometida embarazada. Perdóname si soy ligeramente escéptica. —Deja el papel sobre la mesa.

—He firmado un contrato contigo —digo—. No es algo que me tome a la ligera. Tú has ido a cenar conmigo, yo he pagado tu deuda. Ahora seguimos adelante.

—¿Es así de sencillo, avanzamos? ¿Cómo? Parece que nos odiamos.

—Puedes odiar a una persona y seguir trabajando con ella. Hay que aprender a eliminar las emociones de los negocios.

—¿Intentas convertirme en tu pupila? —pregunta.

—Eso sería mi sentencia de muerte. No tengo tiempo para tus tonterías.

—¿Tonterías? —pregunta justo cuando Reign vuelve a entrar en el comedor.

—¿Qué tal todo? —pregunta.

La cara de enfado de Lottie se transforma en una sonrisa mientras mira a Reign.

—Una absoluta maravilla. Gracias.

—Genial. Señor Cane, ¿es todo de su agrado?

Asiento.

—Como siempre, Reign. ¿Podríamos tomar otra taza de café? Aunque disfruto teniendo los labios de Lottie en mi taza, está dejándome sin nada.

Reign se ríe.

—Por supuesto. Un error por mi parte, señorita Lottie. ¿Cómo toma el café?

—Como el de Huxley está bien.

Reign asiente y vuelve a la cocina.

—Es aterrador lo rápido que puedes pasar de estar enfadada a ser agradable —comento.

—Mira quién fue a hablar, la versión moderna del doctor Jekyll y mister Hyde.

Una vez que Reign trae el café de Lottie y nos deja algo de privacidad, vuelvo a llevar la conversación a los negocios.

—No estoy seguro de cuál será el plazo de nuestro contrato. Parece que Dave no tiene prisa por promover la negociación, y no quiero tentar a la suerte presionándolo.

—Me lo imaginaba —reconoce, con la boca llena de comida, y se reclina en la silla.

Es curioso lo diferente que es su actitud conmigo. Se suelta y no se avergüenza de la forma en que se acomoda en su silla o habla con la boca llena. Y lo que es más extraño, no lo encuentro repulsivo. Más bien me intriga esa dualidad. ¿De verdad no le preocupan sus acciones? ¿Sus modales? Y, sin embargo, anoche, cuando estábamos con Dave y Ellie, fue la quinta esencia de la clase. El contraste es increíblemente confuso.

—Dave estaba volcado en Ellie la noche pasada. Tienes mucho trabajo por delante.

—Lo que significa que tú también. Estoy seguro de que recibiré mañana alguna noticia de Dave, un seguimiento de la noche. Por lo que pude observar, a Ellie le caíste muy bien. Es probable que quiera invitarte a salir, las dos solas.

Lottie detiene el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Perdón? Eso no estaba en el contrato.

—Entra dentro de las salidas adicionales —explico. Mis abogados han pensado en todo.

—Entonces ¿me estás diciendo que tengo que tomar café con ella? ¿Será como tiempo extracurricular? En la vida real no tenemos nada en común. Es muy... de barrio rico, y yo soy..., bueno, mis ahorros vienen del dinero de las vueltas de la compra, y los tengo en un tarro. Los gastaré cuando venga Foreigner: compraré entradas en primera fila para verlos por fin en directo. Estoy segura de que Ellie no tiene ni idea de quién es Foreigner. ¿Y tú?

Me recuesto en mi silla, divertido.

—Tengo debilidad por *Cold as Ice* —digo.

Arquea las cejas.

—Al menos conoces uno de sus principales éxitos.

—*Agent Provocateur* es mi álbum favorito.

Se sienta más erguida.

—¿En serio? —Sonríe, y noto un indicio de intriga—. No te habría catalogado como seguidor de Foreigner.

—¿Qué creías que me gustaba?

—No sé, te imagino oyendo *La marcha imperial* una y otra vez.

Miro el plato, con una sonrisa en los labios: la idea de andar al ritmo de la sintonía de Darth Vader es divertida.

—Considéralo mi segunda opción. —Me aclaro la garganta y trato de continuar con la reunión—. Con respecto a tu trabajo...

—Eso no tiene nada que ver contigo.

—Te prometí que ayudaría a tu hermana con su negocio. Tengo las conexiones que ella necesita. ¿Acaso tu ego, tu orgullo, es demasiado grande para quedarte conmigo y hablar de su futuro?

Por el gesto de su mandíbula, me doy cuenta de que no le gusta mi enfoque, ¡qué pena! Un trato es un trato.

—No, pero tampoco estoy segura de que necesitemos tu intervención.

—¿Cuánto te paga? —pregunto, y me llevo la taza a los labios, plenamente consciente de que no le paga nada de momento.

—Dios, eres un capullo. Y yo pensando que eras normal por un segundo porque te gusta Foreigner, pero luego vas y sueltas algo así. —Niega con la cabeza—. Todo negocio tiene que despegar de alguna forma, así que antes de que empieces a juzgar...

—No estoy juzgando nada. Intento ayudarte, pero no lo permites.

—No quiero tu ayuda.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —respondo, manteniendo la voz baja.

Parece que va a responder, pero luego cierra la boca y se reclina en la silla. Se queda mirando su plato durante unos segundos; a continuación, coge la servilleta, la tira encima y se levanta. Sale del comedor y vuelve a subir las escaleras.

Fantástico. Condenadamente fantástico.

10

LOTTIE

Esta mañana, antes de ver a Huxley, he salido de casa completamente vestida con un vestido de seda muy favorecedor. Y la tela parece una nube que me envuelve suavemente. ¡Maldita sea esta ropa tan cara!

No quería tener nada que ver con él ni quería que me hiciera preguntas.

Ayer fue terrible. Después del desayuno, me escabullí a mi habitación, donde escribí todas las ideas que tenía para mejorar el negocio de Kelsey. La comida y la cena las pasé sentada al lado de Huxley, en silencio, hasta que pude escabullirme de nuevo. No lo he visto desde la cena, y lo prefiero así.

Cuando iba hacia el coche para ir a casa de Kelsey a primera hora, me di cuenta de que... —¿lo adivinas?—, sí, no tenía allí mi coche. Así que me alejé una manzana y pedí un Uber para que me llevara a West Hollywood.

Ahora, con mi café favorito en la mano, voy camino del apartamento de Kelsey, deseando verla y deseando contarle todos los detalles escabrosos. Llamo a la puerta y espero. Es temprano, aunque no tanto como para que no esté levantada y dispuesta para empezar el día.

La puerta se abre y...

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —le pregunto a Huxley, que está en el vestíbulo.

—No me has dado un beso de despedida —replica en tono sarcástico.

Paso a su lado, impertérrita.

—Puedes esperar sentado. —Encuentro a Kelsey en la cocina, comiendo un panecillo con una enorme sonrisa en la cara—. ¿Por qué lo has dejado entrar en tu apartamento?

—Pensaba que era una urgencia, que te había pasado algo. Luego me ha dicho que no te habías despedido de él y me he sentido mal.

Me doy la vuelta para mirar a Huxley. Va vestido con un traje azul oscuro, una camisa blanca perfectamente abotonada y una corbata de color pizarra. No lleva ni un solo pelo fuera de su sitio, y tiene el suficiente como para que su aspecto sea intimidante.

—¿Cómo es que estás arreglado y vestido tan temprano?

—Si compartieras la habitación conmigo, sabrías que me despierto a las cuatro para empezar el día con tiempo.

—¡Dios, estás loco! —Le doy a Kelsey el café que llevo junto con el mío—. Ni siquiera debería darte el café, ya que parece disfrutar de mi tortura.

—En realidad, es un tipo bastante agradable —comenta Kelsey.

—¿Con quién? ¿Contigo? Claro que sí, porque no te considera su marioneta. Créeme, si estuvieras en las trincheras como yo, pensarías de forma diferente.

Kelsey me roza la manga del vestido.

—¿Consideras que llevar ropa de diseño es estar en las trincheras?

Huxley se mete las manos en los bolsillos de manera pomposa y se balancea sobre sus talones, con una sonrisa en su rostro tan estúpido como apuesto.

—Prefiero estar desnuda antes que tener que lidiar con él.

—Eso podemos solucionarlo —asegura Huxley, lo que hace que mi hermana se ría.

—¡Oye, tú! —le digo bruscamente—. ¿De qué lado estás?

—Del tuyo, por supuesto. Siempre estoy de tu lado, hermanita. Pero esto es demasiado entretenido.

Me vuelvo hacia Huxley con un gemido.

—No tengo ni idea de por qué estás aquí, pero necesito que te vayas para poder hablar de ti a tus espaldas con mi hermana.

Saca una tarjeta negra del bolsillo de su pantalón y la pone delante de mis narices.

—¿Qué es eso? —digo.

—La llave de tu coche.

—No es una llave, es una tarjeta de crédito.

Niega con la cabeza.

—Desbloquea tu coche, y la necesitas para conducirlo, así que sí, es una llave. Es el Modelo 3 blanco que está en el aparcamiento delante del edificio. Espero que lo conduzcas. El número del pin que también necesitarás para está escrito dentro del sobre que hay sobre

la mesa. —Como no acepto la tarjeta, se acerca a mí y me la mete en el escote—. Que tengas un buen día..., *cariño*. —Y luego se va.

Miro con intensidad la puerta cerrada, con la tarjeta todavía en el escote.

Cuando me doy la vuelta, con la boca abierta, Kelsey se ríe.

—Oh, esto es divertidísimo.

—¿Por qué eres tan mala hermana?

Suelta una carcajada y deja la taza en la encimera.

—No soy una mala hermana, solo me alegro de esté pasando algo nuevo en tu vida.

Señalo la puerta por la que Huxley acaba de retirarse.

—No hay nada alegre en ese hombre.

—No sé yo. —Ella sonrío—. Parece que tiene algunas buenas cualidades.

Me cruzo de brazos.

—¿De verdad? ¿Una buena apariencia puede comprar tu lealtad? —Me señalo el pecho—. Soy tu hermana. Tu lealtad me pertenece a mí.

—Oh, tranquila... —dice; me saca la tarjeta del escote y me señala el sofá que hay al lado de la mesa de café—. Sabes que estoy de tu lado, pero te aconsejo que le des una oportunidad. No seas tan... irritable con él. Te está ayudando.

—Yo lo estoy ayudando.

—Los dos estáis juntos en esto. Pero mira lo que está haciendo por ti. Te ha regalado un coche nuevo en lugar de esa chatarra de Escarabajo que usas, que apenas se mueve; tienes un montón de ropa nueva, lo que nos ayuda, porque, no es por ser mala, pero ahora parece arreglada, lo que es un buen presagio para las reuniones de negocios; y te ha dado un hogar en el que quedarte para que no tengas que vivir aquí conmigo, o peor, con mamá y Jeff. También ha pagado tu préstamo universitario, así que no tienes que preocuparte por conseguir un trabajo para abonar las mensualidades y puedes trabajar conmigo. Ha hecho mucho por ti, Lottie. Y solo has ido a cenar con él para ayudarlo a conseguir un trato que se le resiste. No estoy tomando partido, pero parece que está haciendo mucho por ti.

—Bueno, si lo pones así, parece un santo, pero es cualquier cosa menos eso. Créeme. Es un capullo pomposo. Es borde y ofensivo a veces. No me trata con respeto.

—¿Tú le demuestras respeto o siempre estás discutiendo con él? Conociéndote, probablemente sea lo segundo.

Mi hermana me conoce demasiado bien.

—Él empezó —me defiendo—. Me mostró desde el principio esa actitud. ¿Qué debía hacer yo? ¿Sentarme y aceptarla? No, claro que no. Si me hace la vida difícil, yo haré lo mismo.

—Me alegro de que no hayas perdido la madurez en la mudanza —se burla Kelsey con sarcasmo—. Y aunque hablar sobre Huxley Cane sea entretenido, tenemos trabajo que hacer. —Coge el portátil de la mesa y me lo da.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Tenemos que empezar a gestionar el negocio y, como sabes, esa es la parte de este trabajo que se me da fatal. Tenemos una reunión más tarde con un cliente potencial muy bueno, y quiero asegurarme de que está todo bajo control, para que, si hacen preguntas, podamos darles números exactos.

—¿Números exactos de qué?

—Ya sabes, del inventario, de las finanzas. Cosas así...

La miro con desconfianza.

—¿Por qué van a preocuparse por eso?

Pone los ojos en blanco.

—A los ricos les gusta conocer el alcance de tu éxito. Necesito que me hagas parecer la bomba sobre el papel.

—Vale..., ¿y tú qué vas a hacer?

Saca el iPad y sonrío.

—La parte de diseño, por supuesto.

—Por supuesto. —Suspirando, abro el ordenador. Todos los archivos que necesitamos están en el escritorio, esperando a que los abra y los ordene—. ¿Voy a odiarte después de esto?

—Es posible. Pero es lo que más te gusta.

—Curiosamente, sí. —Hago crujir los dedos—. Pongámonos a trabajar, hermanita.

—¿Cómo se apaga este coche? —pregunto, buscando un botón.

—No creo que se apague —replica Kelsey, colgándose el bolso del hombro.

—¿Cómo que no? Tiene que haber un botón de apagado.

Niega con la cabeza.

—Salí con un chico que tenía el mismo coche, y se limitaba a aparcarlo, se bajaba, lo cerraba y se iba. El coche sabe cuándo ya no estás.

Sale del asiento del copiloto, y yo refunfuño para mis adentros mientras pongo el coche en el modo aparcamiento y la imito. De todos los coches que Huxley podría haberme dado, pone a mi disposición uno con mente propia. Pongo la tarjeta de acceso al lado de la ventanilla y veo que los espejos laterales se curvan hacia dentro.

—¿Ya está cerrado? —pregunto.

—Creo que sí. —Kelsey comprueba la hora—. Mueve el culo; como sigas jugando con el coche, vamos a llegar tarde.

Guardo la tarjeta en el bolso —por cierto, me parece raro que un coche tenga una tarjeta en vez de un mando—, y troto para alcanzar a Kelsey, que ya está a medio camino del edificio.

—A todo esto, ¿con quién vamos a reunirnos? No me has dado información al respecto. Todo lo que sé es que hay que organizar la contabilidad con urgencia, aunque por lo menos he podido esbozar unos números aproximados.

No responde; atraviesa las grandes puertas de cristal y entra en un vestíbulo moderno y elegante. No hay nadie a la vista, salvo la chica de recepción.

No hay carteles.

No hay nada personalizado.

Nada que indique dónde coño estamos.

—Señorita Kelsey, señorita Lottie, me alegro de que hayan podido acudir —dice la recepcionista—. Por favor, deben coger el tercer ascensor hasta el décimo piso. Las están esperando.

—Gracias —dice Kelsey, acercándose al ascensor.

Me apresuro a alcanzarla y apenas consigo entrar en el ascensor antes de que las puertas se cierren a mi espalda.

—Dios, ¿tienes mucha prisa?

—No podemos llegar tarde. Causa mala impresión.

Le levanto la muñeca para que mire el reloj.

—Disponemos de dos minutos. Tranquilízate.

Me mira a los ojos.

—Esto es importante, Lottie. Podría suponer una gran oportunidad para nosotras, ¿vale? Por favor, quiero que entiendas la magnitud de este paso.

Veo tal desesperación en los ojos de mi hermana pequeña que no puedo quedarme callada.

—Oye, sé que esto es importante. Nunca haría nada que lo echara a perder. Solo estoy tratando de tranquilizarte. Entrar ahí con cara de loca tampoco va a ayudar a la causa.

Inspira hondo.

—Tienes razón. Es como cualquier otra propuesta.

—Esa es la actitud. Tenemos todo lo que necesitamos, y estoy a tu lado para ayudarte.

—Gracias. —Me aprieta la mano cuando suena el timbre del ascensor. Las puertas se abren y allí, de pie frente a una sala de conferencias, hay tres hombres altos, grandes e intimidantes.

Pero uno de ellos es inconfundible.

—¡Qué coño...! —murmuro cuando mis ojos se posan en Huxley.

—Decoro, por favor —susurra Kelsey, y me empuja fuera del ascensor.

—Kelsey, Lottie, me alegro de que hayáis podido venir —comenta Huxley con una sonrisa. Señala la sala de conferencias que veo a su espalda—. Nos reuniremos ahí.

Kelsey se pone en marcha hacia la estancia, pero la agarro de la mano y señalo a Huxley con el dedo.

—Por favor, danos un momento. Enseguida entramos —me disculpo con una sonrisa que me duele esbozar.

Asiente; los tres hombres entran en la sala de conferencias y la puerta se cierra tras ellos.

Les doy la espalda, y la miro como si quisiera matarla lentamente.

—¿Qué coño hacemos aquí, Kelsey? ¿Por qué está presente Huxley?

—Por eso ha venido esta mañana; bueno, para concertar una reunión con nosotras y darte el coche, obviamente —dice con una sonrisa de oreja a oreja con la que les asegura a los chicos que no pasa nada.

—¿Una reunión para qué?

—Para ser mis clientes. —Su sonrisa se hace más grande—. Si les gusta la propuesta, quieren contratarme para organizar sus oficinas y hacerlas más sostenibles. Esta podría ser una gran cuenta,

Lottie. Si lo hacemos bien y de manera eficiente, nos pondríamos en el mapa.

La emoción en sus ojos y la esperanza que florece en su interior me hacen caer en picado. Porque las circunstancias no me parecen bien, todo esto es casi demasiado bueno para ser verdad, y, como hermana mayor, quiero protegerla de cualquier mal. Pero ¿cómo puedo expresar mi preocupación sin que parezca que estoy tratando de cargarme la reunión?

No confío en Huxley.

No me fío de sus intenciones.

He visto hasta dónde es capaz de llegar para engañar a alguien y que firme un acuerdo. ¿Quién me asegura que no le haría eso a mi hermana?

Pero sus ojos suplicantes acaban con mi fuerte voluntad. Ella ansía esta oportunidad de crecer, y, joder, no puedo privarla de ella, sea cual sea mi nivel de negatividad.

—De acuerdo, pero procedamos con precaución —digo, ignorando mis dudas—. No sabemos a qué puede conducir todo esto, y debemos recordar que Huxley es un astuto hombre de negocios.

Sonríe.

—La confianza no se construye en un día; lo entiendo. —Me coge la mano entre las suyas—. Vamos a entrar ahí y a cogerlos por los huevos.

Me río entre dientes.

—No lo dirás literalmente..., ¿verdad?

Abre los ojos de par en par.

—Eeeh..., correcto, nada de aplastarles los huevos de verdad.

Entramos juntas en la sala de conferencias y nos situamos al final de la mesa, frente a aquellos tres hombres extremadamente guapos. Aunque todos ellos son muy atractivos —algo que no me intimida en absoluto—, poso los ojos en Huxley, que está sentado en el centro con las manos entrelazadas y apoyadas en la mesa.

—Señor Cane, nos sentimos muy honradas de que haya tenido tiempo para reunirse con nosotras hoy —empieza Kelsey, y yo reprimó una mueca de repulsión por el uso que hace de «señor Cane». Uf, qué asco... ¿Voy a tener que llamarlo así yo también?

Y estos dos tíos ¿saben quién soy? ¿Se supone que debo acercarme a Huxley y darle un beso?

Oh, mierda, espera... ¿eso lo he pensado yo?

¿Será parte de una prueba?

Cuando miro a Huxley, él me devuelve la mirada con intensidad, con los ojos clavados en el anillo que llevo en el dedo y que hago girar con el pulgar de puro nerviosismo.

¿Está tratando de decirme algo? ¿Es una indirecta? Lo he rechazado cuando llegamos, le he pedido tiempo. ¿Y si pretendía darme un abrazo? ¿Debo asumir que estos hombres saben que estamos comprometidos? ¿O se trata de una mera reunión de negocios? El personal de su casa estaba al tanto de nuestro compromiso.

Por Dios, ¿por qué no me ha avisado nadie?

Cualquiera de ellos, tanto mi hermana como Huxley, podrían haber tenido el detalle.

El sudor me cubre la nuca y me calienta las orejas cuando doy un paso adelante. Observo a Huxley con atención mientras doy otro paso más, consciente de que parezco más un robot sin lubricar que una prometida segura de sí misma. ¡No conozco el protocolo!

¿CUÁL ES EL MALDITO PROTOCOLO?

—Lottie, ¿estás bien? —me pregunta Kelsey.

Otro paso, acortando la distancia, lenta y torpemente, pero acortándola.

—¡Oh, sí! Es simplemente maravilloso. Quiero... mmm... asegurarme de saludar bien. Ya sabes... —Trago saliva—. A mi... mmm... a mi homólogo. —Señalo a Huxley y doy otro paso adelante—. El hombre en el que no puedo dejar de pensar—. Otro paso más, hasta que estoy junto a su silla, los otros dos hombres me miran, algo incómodos. Le doy una palmadita en el hombro a Huxley, aunque mis gestos son erráticos. No hay un solo músculo relajado en todo mi cuerpo—. Hola, cariño... —Sonrío—. Estás deslumbrante. —Con todos los ojos de la sala clavados en mí, me acerco cada vez más hasta que mis labios se encuentran con su coronilla. Al instante me llega el olor de su deliciosa colonia y el aroma masculino de sus productos para el cabello—. Oh, qué bien hueles. —Le acaricio la cabeza—. Nada artificial. Solo hueles..., ya sabes, como debería oler un hombre. A algo rico y viril. Hueles estupendamente. —Sin perder un ápice de mi incomodidad, lo beso en la coronilla, me alejo y le muestro un pulgar hacia arriba—.

Me encanta demostrarte algo de afecto durante el día... , prometido.
—Le guiño un ojo y doy otro paso atrás mientras una gota de sudor me baja por la espalda.

No he sido nada natural.

—Por el amor de Dios, dime que no actuó así delante de Dave —dice el tipo de la derecha.

Huxley se echa hacia atrás en su silla y apoya la barbilla en la mano, encogido.

—No tengo ni idea de qué coño ha sido eso, pero no se parece a lo que hizo el sábado.

—¿Perdón? —pregunto, mirando a los tres hombres.

—Mmm..., Lottie, tal vez si vuelves aquí... —Kelsey agita el brazo—. Ya sabes, podremos comportarnos de forma profesional y comenzar la presentación.

—Espera —digo, levantando la mano a mi hermana mientras me giro para mirar a Huxley.

Su traje azul marino le da un aspecto aún más siniestro cuando está sentado en esa silla negra ante la mesa de conferencias. Y su postura —despreocupada pero autoritaria, con los ojos fijos en mí— es inamovible. Debo tener en cuenta esa fortaleza, pero no me causa ningún problema enfrentarme a él.

Señalo a los otros dos hombres.

—¿Lo saben?

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunta Huxley con tanta arrogancia en su voz que estoy tentada de levantar la pierna y darle una patada en la espinilla.

—Lo de nuestro compromiso, por supuesto, mofletitos —respondo en un tono que me repugna incluso a mí—. ¿Son conscientes de que me has hecho la mujer más feliz del mundo? —Junto las manos y las pongo ante mí.

Kelsey se aclara la garganta.

—Lottie. Ven aquí.

—No pareces especialmente feliz, sobre todo, cuando has salido del ascensor. —Huxley se sube el dedo índice por un lado de la cara hasta la sien y se coloca el pulgar justo debajo de la mandíbula. Parece una pose de poder, como si intentara dominar la sala de manera informal, y a la vez a mí. Y que me parta un rayo si cree que puede dominarme.

—¿Por qué dices eso? —pregunto con las manos en las caderas—. Me he sorprendido al verte, eso es todo. No esperaba encontrarme con semejante maromo a media tarde.

—Lottie —susurra Kelsey, y, cuando me hace un gesto para que me acerque a ella, lo ignoro.

Cuando los dos hombres que están al lado de Huxley se acomodan en sus asientos para contemplar el espectáculo, me queda claro que se lo están pasando en grande.

—Entiendo. —Los ojos de Huxley permanecen clavados en mí—. ¿Te has alegrado especialmente de ver a tu prometido?

¿Qué está haciendo?

¿A qué está jugando?

Esto no parece muy profesional por su parte.

Es casi como si se burlara de mí, como si me pusiera a prueba.

¿Sabes qué, amiguito? Este es un juego que podemos practicar los dos.

Me humedezco los labios.

—Me he excitado... muchísimo. —Acompaño mi respuesta con gestos insinuantes, y deslizo la vista desde su pecho hasta su entrepierna antes de volver a subir.

A ver qué responde a eso.

—¿Podrías disculpar a mi hermana? Ella es...

—Kelsey, no pasa nada, el secreto es *vox populi* —digo para acallarla—. Estamos comprometidos. Sé que puede resultar chocante para algunos, pero... —me acerco a él y le cojo la mano entre las mías— estamos enamorados.

Miro a uno de los hombres, que se ríe tras su mano. Eso es muy grosero por su parte.

Miro al otro tipo, que muestra una sonrisa que se extiende de oreja a oreja, pero no es una sonrisa alegre, sino más bien divertida. ¿Qué cojones está pasando aquí?

—Lo siento —digo después de una pausa—. Esperaba un aplauso o algo así, ya sabéis, por nuestro amor. —Con todos los ojos puestos en mí, y sin que Huxley ayude en lo más mínimo, me siento en su regazo. Su mano cae a mi lado y le rodeo el cuello con un brazo—. Nos queremos tanto... —añado, aspirando una buena bocanada de su suntuosa colonia.

¡Cómo odio que buela tan bien!

—¿Nos podéis dejar a solas, por favor? —pregunta Huxley a los demás con una mano en la cadera, sin quitarme los ojos de encima.

Mmm... ¿ahora qué?

Miro a Kelsey, que parece más que irritada que otra cosa, pero recoge sus cosas y sale de la sala, seguida por los dos hombres.

—¿Qué demonios ha sido esto? —pregunta Huxley cuando se cierra la puerta. Voy a apartarme de él, pero me retiene en el sitio agarrándome el culo con una mano para mantenerme pegada a su cuerpo.

—Esa era yo tratando de averiguar de qué demonios va esto. —Señalo con un gesto la sala de conferencias que nos rodea—. ¿No podrías haberme dicho que te reunirías hoy conmigo y con mi hermana?

—¿Por qué iba a decírtelo yo cuando tu hermana podría haberlo hecho?

—No sé, podrías haberme avisado de quién iba estar presente en la reunión. ¿Se supone que tengo que hacer de novia cariñosa o de arpía irritada?

—Por mucho que me guste la arpía irritada..., ¿llamas ser una «prometida cariñosa» al espectáculo que acabas de ofrecer? Has sido una mujer incómoda que no sabía qué hacer.

—Porque me has puesto en esa posición. No tenía ni idea de cómo actuar. No sé quién sabe lo nuestro y quién no. Cuándo debo actuar y cuándo no.

—Deberías estar siempre *excitada* cerca de mí, eso fijo.

Le sostengo la vista.

—No estoy excitada. ¡Dios, qué pervertido!

—No estaba hablando de *ese* tipo de excitación...

—Sí, claro, seguro... —respondo con madurez—. De todas formas, no tenía ni idea de cómo reaccionar, así que la torpeza se apoderó de mí, y esa es la versión que viste. Si estoy preparada, sé cómo actuar, pero verte salir de un ascensor cuando no lo espero me ha desconcentrado.

Asiente lentamente.

—¿Te he intimidado?

—No —respondo con rapidez; él levanta la mano y me pone el pelo detrás de la oreja—. ¿Qué estás haciendo? —pregunto, asustada, y una oleada de escalofríos me recorre el brazo por el roce de su dedo en mi mejilla.

—Todo el mundo puede vernos —explica, ladeando la cabeza—. Y ya que estamos en mi despacho, ¿no crees que la gente necesita vernos juntos, interactuar, porque el punto principal de toda esta farsa es que yo pueda firmar un trato?

—Mmm... —digo, pensando en ello—. Sí, supongo que tienes razón.

—Debes tener clara una cosa, Lottie: siempre tengo razón.

Mis ojos conectan con los suyos.

—¡Qué narcisista eres...!

—Solo es confianza en mí mismo —responde.

—¡Egopollas!

Arquea las cejas.

—¿Qué coño es un egopollas?

—Un ególatra gilipollas. Por lo tanto, un egopollas.

Baja la mano por mi culo y luego vuelve a subirla. Debería sentir asco, pero, por alguna razón que no entiendo, no es así. No me molesta la sensación de su mano enorme rozándome el trasero.

Dios, ayúdame, me pasa algo muy malo.

—Entonces, como sé lo que quiero, cómo lo quiero y cuándo lo quiero, ¿soy un egopollas? —Sus ojos se dirigen a mi boca y luego vuelven a subir.

La tensión se me acumula en el pecho, así como un cosquilleo, pesado y palpitante. Algo que nunca antes había experimentado.

—No. —Trago saliva y, por alguna razón, también miro su boca durante un segundo. Tiene unos labios de anuncio. No demasiado carnosos para un hombre, pero lo suficiente como para saber que, si alguna vez tuviera que poner su boca sobre la mía, no sería un mal beso. Y aunque solo sea por su forma de hablar, con tanta seguridad, no me cabe duda de que sabría besar bien—. No es que importe, porque no importa, pero eres un egopollas porque no tratas a la gente con amabilidad.

—Entiendo. —Su mirada es inquebrantable—. Así que, a ver si lo he entendido bien, no trato a la gente con amabilidad. ¿Y qué dirías que es asegurarse de que tienes un medio de transporte cómodo? ¿Y qué hay de las flores que les envié a tu madre y a Jeff, felicitándolos por tener la casa vacía?

¿Les ha enviado flores? Mi madre no me ha dicho nada.

—¿Y qué me dices de los esfuerzos que he hecho para que estés cómoda en mi casa?

¿Qué esfuerzos?

—¿O la reunión que he tenido con tu hermana hoy, después de reorganizar mi agenda por completo para que pudiera hacernos una presentación? ¿Cómo llamarías a eso?

Mmm...

Estoy a punto de responder cuando se abre la puerta de la sala de conferencias. Huxley mira por encima de mi hombro.

—Siento mucho molestarle, señor Cane, pero Bower está en la línea uno —dice una voz femenina.

—Gracias, Karla. Ahora mismo voy —responde, asintiendo.

La puerta se cierra y Huxley me suelta. Me ayuda a equilibrarme en el suelo antes de levantarse de la silla y se abrocha la chaqueta del traje.

—Nos vemos en casa —dice con los ojos clavados en mí.

—Espera, ¿y la reunión? —pregunto cuando se aleja.

—Parece que has agotado mi tiempo.

—¿Qué? —Lo persigo y bloqueo su enorme cuerpo. Noto que nos miran los ojos de toda la empresa, así que me aseguro de mantener a raya mi frustración mientras deslizo la mano por la solapa de su chaqueta de traje—. Huxley, mi hermana lleva todo el día preparándose para esta reunión. Va a quedarse destrozada si no puede presentarla ante ti.

—Algo que deberías haber pensado antes.

Va a moverse de nuevo, pero lo detengo.

—Por favor, Huxley...

Sus ojos se encuentran con los míos y, por un breve momento, veo un indicio de humanidad en ellos. Este hombre tiene alma. Está ahí, detrás del chocolate oscuro de sus ojos vacíos.

—Nos vemos en casa —repite, y se hace a un lado—. Y, por cierto, si vas a ayudar a tu hermana a tener éxito, deberías investigar siempre a cada cliente con el que te reúnas.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto.

—Los hombres que me acompañaban son mis hermanos, no mis socios. Y saben todo lo que pasa en mi vida.

Entrecierro los ojos y trato de mantener la compostura.

—¿Así que no era necesario que actuara? —pregunto.

—No, no lo era. Saben exactamente quién eres y lo que haces por mí, pero lo habrías sabido si hubieras estado preparada de verdad. Quizás acepte otra reunión con tu hermana cuando demuestres que puedes comportarte de forma profesional en un entorno de negocios.

La ira me sube a la cabeza y siento que mis mejillas se oscurecen por la vergüenza.

—Te odio —digo, con tal veneno que puedo saborear mi aversión hacia él en la punta de la lengua.

—Soy muy consciente de tus sentimientos hacia mí. No es necesario repetirlos tanto. —Y dicho eso, sale de la sala de conferencias, pasa por delante de Kelsey sin ofrecerle una segunda mirada y se adentra en las profundidades de su despacho. Miro a Kelsey, que está allí sola, con el portátil y la cartera en la mano, con aspecto absolutamente derrotado.

Y es entonces cuando me doy cuenta. Le he jodido la oportunidad.

La he jodido a base de bien.

Kelsey intenta salir del coche, pero la agarro del brazo y la detengo.

—Por favor, Kelsey. Por favor, habla conmigo.

Ella baja la cabeza y la mueve de un lado a otro.

—Ni siquiera sé qué decirte en este momento. Estoy tan disgustada que no quiero soltar nada equivocado.

—Lo siento, Kelsey. Lo siento de verdad.

Mira por encima del hombro y puedo ver la decepción en sus ojos. Me atraviesa como un cristal afilado.

—Entiendo que estás en una posición extraña ahora mismo. Te despedió alguien en quien creías que confiabas, te metiste en este trato antinatural con un hombre muy dominante, un hombre con el que no te llevas demasiado bien, y estás intentando encontrar tu lugar en este lío. Pero eso no te da derecho a ir de mártir.

—¿De mártir? —pregunto sorprendido—. No voy de mártir.

—¿No? —pregunta, y se gira en su asiento para mirarme—. Porque desde mi punto de vista, pareces muy cómoda en este momento. No mucha gente tiene la oportunidad que te han dado a ti. No solo estás viviendo en una mansión con un hombre extrema-

damente atractivo, sino que, además, también te han pagado los préstamos universitarios, no tienes que preocuparte por ningún gasto y te han concedido la oportunidad de vivir con un hombre de negocios que posee una incalculable cantidad de conocimientos. ¿Te das cuenta de que vale miles de millones, Lottie? Billones. Ha levantado su negocio desde abajo con sus hermanos y, en lugar de capitalizar eso, su experiencia, una pericia que te pasaste cuatro años estudiando en la universidad, lo estás incitando a la ira. Y, de paso, haces daño a la gente que quieres.

—No es tan fácil —digo.

—¿No es fácil bajar la guardia, ser consciente de la increíble oportunidad que tienes a tus pies y estar agradecida? —pregunta—. Porque, si yo estuviera en tu lugar, eso es exactamente lo que haría.

—Dices eso porque no estás en mi lugar.

Asiente.

—Tienes razón, no tengo ni idea de lo que estás experimentando, pero lo que sí sé es que hoy teníamos una gran oportunidad y, en lugar de controlar tu ego, lo has liberado y has permitido que perdiéramos la ocasión. Cuando digo que esto podría haber sido la bomba, lo digo en serio, Lottie. No es solo que Cane Enterprises valga miles de millones, sino que posee negocios y bienes raíces por todo Los Ángeles, y también en otros estados. Lo que significa que, si yo hubiera podido aprovechar la oportunidad y les hubiera gustado lo que hacemos, podrían habernos contratado no solo para sus oficinas, sino para todas sus propiedades. Pero no has pensado en eso cuando intentabas montar un espectáculo en la sala de conferencias, ¿verdad?

—No tenía ni idea de cómo actuar —confieso—. Él se ha colado en mi cabeza. No sé cómo acercarme a él, cómo... tratarlo.

—Intenta demostrarle un poco de respeto —dice Kelsey abriendo su puerta.

—Ha sido él quien me ha provocado —protesto, todavía a la defensiva.

—Porque le has dado pie. Todo parecía ir bien, desde mi punto de vista. Tú eras la que parecía tonta. —Y, sin más, cierra la puerta del coche y va hacia el edificio donde está su apartamento.

Bajo la ventanilla.

—Te has olvidado el portátil.

—Quédate con él. Lo menos que puedes hacer es arreglarme la página web.

Entonces desaparece en el portal.

La ira, la frustración y la vergüenza se mezclan dentro de mí, oprimiéndome el pecho, luego me suben por el cuello, me calientan las mejillas y, por fin, me provocan una oleada de llanto.

—Joder —digo en voz baja mientras me resbala una lágrima por la mejilla. Lo que me han dicho Huxley y Kelsey es verdad. *Prepárate para cada reunión. Debes saber con quién te vas a reunir. Conoce tu propia presentación de arriba abajo. Ve con confianza, preparada para responder a todas las preguntas posibles.* Esos son los requisitos básicos de las reuniones, y yo no he seguido ninguno. Me he pasado por el forro años de estudios. ¿Por qué? Y de todas las personas ante las que podía mostrar tal falta de profesionalidad y preparación, ha tenido que ser ante los dueños de Cane Enterprises. *Joder.*

He destruido el negocio de Kelsey.

Kelsey y yo hemos tenido peleas, pero por alguna razón, me parece que esta no se puede solucionar con un batido de chocolate de In-n-Out. Es algo más importante.

Esto es grave.

Y eso me asusta más que nada.

11

HUXLEY

—Tengo una pregunta —comenta Breaker mientras toma asiento en mi despacho, con JP siguiéndolo de cerca.

—¿Qué? —pregunto, agotado por el día que he tenido.

—¿Estás tratando de asegurarte de que Lottie te aborrezca?

—Ya lo hace. No tengo que esforzarme nada para conseguirlo —replico; cierro la bandeja de entrada y apago el ordenador por hoy.

—¿Has pensado alguna vez en conseguir, no sé, gustarle? —pregunta Breaker.

—¿Por qué iba a querer gustarle? Esto es un acuerdo de negocios. No hay nada más.

—No se refiere a sexualmente —explica JP—. ¿No crees que sería más fácil trabajar codo con codo en vez de enfrentados?

—Probablemente —replico.

—Entonces, ¿por qué la haces enfadar cada vez que puedes? —pregunta Breaker—. ¿Qué has hecho esta tarde? —Niega con la cabeza—. Fue brutal, tío.

—Sí, en realidad, me he sentido fatal por la hermana. Parecía derrotada —añade JP.

—No tenía elección —me disculpo—. Bower me llamó por teléfono; he estado hablando con él desde que he dejado la sala de conferencias.

Breaker se anima.

—¿Todo bien en Nueva York?

Niego con la cabeza. Bower es el jefe de obra; solo llama fuera de horario si algo va mal.

—No. Me ha llamado para decirme que un cortocircuito ha provocado un incendio en la obra de la calle Noventa y Cinco. Han llamado a los bomberos, han desalojado el edificio, algunos chicos

han tenido que ser evacuados... —Me llevo la mano a la frente—. Ha sido una maldita pesadilla. Me he pasado toda la tarde en contacto con el personal afectado para asegurarme de que estaban bien.

—Joder... —Breaker se lleva la mano a la boca—. ¿Algún herido grave?

—Dos hombres tienen quemaduras de tercer grado en los brazos, pero parecen estar bien. Son los únicos afectados, por fortuna.

—Dios —dice JP—. ¿Enviamos algo?

Asiento.

—Sí, he enviado algo al hospital. A uno de los chicos le encanta cierto tipo de pizza de la calle Novena y el otro está obsesionado con Gray's Papaya. Me he asegurado de que ambos tuvieran lo que les gusta para cenar, junto con unas magdalenas de Magnolia Bakery. También les he mandado algo a sus familias. Karla se encargará de las cenas del equipo durante la semana. Me he puesto en contacto con el seguro para informar de lo que ha pasado. —Me reclino en la silla—. Le diré a Karla que concierte otra cita con Kelsey, porque me interesa bastante ver lo que puede hacer por la empresa y, posiblemente, en futuras oficinas.

—Parece que tiene un negocio interesante —comenta JP.

Breaker se ríe.

—Creo que estabas más interesado en ella...

Arqueo una ceja y me vuelvo hacia JP.

—¿Tú crees?

Se encoge de hombros.

—Está muy buena.

—Es algo más. Lo he pillado escribiendo «*J y K Forever*» en un Post-It en su despacho.

—Que te den. No es cierto —protesta JP—. Lo que pasa es que le mencioné a Breaker que estaba buena, y ahora a saber qué pasa por su cabeza.

—¿Te lo imaginas? —se ríe Breaker—. ¿Hermanos casándose con hermanas? Sería una historia divertida.

—Se os va la olla —digo, levantándome—. El matrimonio no es para mí, y mucho menos con alguien como Lottie.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta Breaker; me imita y también se pone en pie.

Guardo el teléfono en un bolsillo interior de la chaqueta del traje y deslizo la cartera en el bolsillo del pantalón.

—Es un puto desastre. Desordenada, descontrolada y demasiado errática para mi gusto. Es una cabeza loca, y no necesito nada de eso en mi vida.

Breaker sonríe.

—Yo creo que sí. Siempre estás muy tenso, y ella podría relajarte.

—Nada de relax. —Salimos del despacho y vamos a los ascensores. La oficina está en silencio; somos los últimos en salir. Puede que tengamos una empresa de mil millones de dólares, pero sabemos lo que hay que hacer para que los empleados estén contentos, y eso significa asegurarse de que todos se vayan a casa con sus familias a las cinco.

JP pulsa el botón de bajada.

—Creo que, si alguien necesita una Lottie en su vida, eres tú.

Lo fulmino con la mirada.

—Ni se te ocurra empezar con mierdas de esas, ¿vale?

—Tiene razón —dice Breaker—. Solo por el pequeño vistazo que le he echado, parece una fiera, y yo disfrutaría mucho volviéndola loca.

—Ya me vuelve loco ella a mí.

Las puertas del ascensor se abren y entramos.

—No sé. Creo que hay algo entre vosotros —insiste JP—. ¿No lo has notado tú, Breaker?

Breaker asiente.

—Sí, también me he fijado.

—Os fallan las neuronas, tíos.

Bajamos en el ascensor hasta el aparcamiento privado y, cuando se abren las puertas, no me molesto en esperar a mis hermanos mientras voy al coche.

—Es por la forma en que la miraste cuando salió del ascensor, cuando se acercó a ti en la sala de conferencias y cuando se sentó en tu regazo —añade JP—. Había calor en tus ojos.

Ignorándolo, desbloqueo el coche y subo. Lo último que necesito es que los idiotas de mis hermanos me metan ideas raras en la cabeza. Entre Lottie y yo solo hay una asociación platónica.

Estaría ciego si no la encontrara atractiva. Es muy hermosa, pero yo miro más allá.

Y hoy le quedaba muy bien ese vestido ajustado, pero, insisto, puedo pasar por alto eso porque soy un profesional y sé cómo separar la química de los negocios.

Me sobresalta un golpecito en la ventanilla. Breaker está de pie delante del coche. Bajo el cristal.

—No me gusta una mierda, ¿vale?

Breaker sonrío y se agacha hasta apoyar los brazos en la puerta.

—No iba a añadir nada al respecto, pero ese tono defensivo no es un argumento sólido. —Estoy a punto de subir la ventanilla cuando me detiene—. Asegúrate de que Karla concierte esa cita —me recuerda—. Me siento muy mal por haberme perdido la presentación. No hacemos cosas así.

—Lo sé.

—Y asegúrate de que Lottie lo sepa. Explícale lo que ha pasado.

—No es necesario que sepa nada.

Breaker asiente.

—Vale, pero tiene que confiar en ti, Hux. Si quieres que funcione, los dos vais a tener que dejar el odio a un lado y aprender a trabajar juntos de forma más armoniosa. Si no puedes, tarde o temprano Dave se dará cuenta de la farsa y perderás todo aquello por lo que has trabajado. Y sé que eso es lo último que quieres.

Vuelvo a pensar en la sala de conferencias.

—Sí que desprendía una energía confusa —reconozco—, incluso cuando intentaba ser la prometida perfecta.

Breaker asiente de nuevo.

—Tienes que controlar eso, tío. Sé que te gusta mantener lo personal y los negocios separados, pero creo que en este momento no puedes hacerlo. Tienes que demostrarle que eres un ser humano; si no, no funcionará.

Y eso es lo que me da miedo —que sepa quién soy en realidad— porque, aunque niegue mi interés por ella, una parte de mí, en el fondo, sabe que, si llegara a conocerla, si ella llegara a conocerme, podría haber algo entre nosotros.

Mezclar lo personal con los negocios significa correr un gran riesgo. Los límites se vuelven imprecisos, las promesas se olvidan, y nunca funciona, nunca. Por eso necesito mantener la distancia, ambos lo necesitamos.

—Lo pensaré —digo, aunque sé que no lo haré.

Solo me hizo falta una comida con Lottie, una comida en Chipotle, para saber que era diferente. Sabía que podía suponer un problema, que es diferente a cualquier mujer que haya conocido. No tiene filtro, dice lo que piensa, no muestra remordimientos por su desorden, es extrovertida, está dispuesta a todo..., y no sabe contenerse. Por eso tengo que mantenerme estoico, por eso tengo que seguir manteniendo cierta distancia entre nosotros; si no lo hago, sé que acabaré destrozado.

Lottie podría destrozarme. Pero de ninguna manera voy a decirle eso a mi hermano.

Es demasiado perspicaz, maldito sea.

—¿La señorita Lottie se unirá a usted para cenar? —pregunta Reign. Asiento.

—Sí, está terminando algo. —Echo un vistazo a la pizza casera—. Esto tiene una pinta increíble.

—Gracias. También he preparado una *mousse* de chocolate negro y frambuesa de postre. La sacaré cuando usted me diga. Hasta ese momento, estará enfriando en la nevera.

—Gracias, Reign. —Cuando se va, saco el móvil. Le he enviado un mensaje a Lottie hace cinco minutos, en el que le decía que la cena estaba lista. No le he visto el pelo desde que he llegado. Por lo que he podido saber, al llegar se ha ido directamente a su habitación, lugar donde se ha estado escondiendo desde entonces. Es indudable que lo último que quiere hacer es cenar conmigo, sobre todo después de lo que ha pasado hoy, pero necesita comer.

En el momento en que estoy a punto de levantarme de la silla y hacerla bajar yo mismo, la veo en las escaleras. Lleva una de las túnicas de seda que le compré. La que hace juego con sus ojos, de un jade intenso. Cuando desciende por los últimos peldaños, observo que la abertura de la prenda sube por su pierna desnuda y bronceada. Mis ojos se dirigen entonces al cinturón, que acentúa su figura de reloj de arena; a continuación miro sus pechos, que se balancean suavemente al llegar al suelo.

No tengo ninguna duda: no lleva nada debajo.

—Me estaba bañando cuando he recibido tu mensaje —dice cuando sus ojos se encuentran con los míos. Su voz es monótona,

carente de vida. Su expresión, sombría y, aunque su aspecto es tentador con esa túnica, no se mueve con la confianza de la que suele hacer gala.

Las palabras de Breaker vuelven a resonar con fuerza en mi mente. *«Tienes que demostrarle que eres un ser humano; si no, no funcionará».*

Lottie retira la silla y toma asiento. No mira los cubiertos ni a mí, ni siquiera la comida. En su lugar, despliega la servilleta sobre su regazo. Luego, coge el tenedor y el cuchillo, y corta un pequeño trozo de pizza. Veo cómo forma una O con los labios para soplar sobre la masa humeante.

No muestra humor ni ira, no hay nada de su carácter. Es casi como si el baño que acaba de tomar hubiera eliminado cualquier resto de la Lottie que he llegado a conocer en los últimos días.

Su chispa ha desaparecido.

Su odio ha desaparecido.

No parece que tenga ánimo de discutir.

Está hueca.

¿Yo he provocado esto?

Y aunque me ha puesto de los nervios cada puto segundo que la he tenido cerca, prefiero eso a esta Lottie apagada. Creo que hoy he quebrado su espíritu, y eso no me gusta nada. A veces puedo ser un capullo despiadado, pero esto... esto no está bien.

Las firmes reglas que he establecido con respecto a los negocios se tambalean cuando siento la necesidad inherente de contarle lo que ha pasado hoy para devolverle algo de la vida que ha desaparecido de su mirada.

—Era una llamada importante y tenía que atenderla. —Mis ojos se posan en ella, buscando cualquier tipo de reacción.

—Por supuesto —dice en voz baja, pero su tono tiene un matiz neutro, como si no me creyera.

No necesito darle explicaciones. No le debo ningún tipo de aclaración sobre mi trabajo y mi forma de actuar, pero aun así se me revuelven las tripas. Quiero volver a ver ese fuego en sus ojos.

—¿No vas a preguntarme qué podría ser más importante que tu hermana?

Mira en mi dirección, esos ojos rasgados se mueven sobre mi cara durante un breve segundo antes de volver a posarse en la comida.

—¿Por qué iba a preguntar eso? Ya sé la respuesta.

—¿Cuál crees que es? —pregunto.

—Que no es de mi incumbencia. —Deja el tenedor y el cuchillo—. Sé cuál es mi lugar en tu escala de importancia, Huxley. No es necesario que me des explicaciones.

Se levanta de la mesa, se gira y se acerca a las escaleras.

—No has terminado de cenar.

—No tengo hambre —anuncia mientras sube las escaleras, con la bata ondulando alrededor de sus piernas.

¿Se va a ir así como así?

¿Sin decir nada más?

¿Y su fuego?

¿Y sus comentarios sarcásticos?

¿Ni siquiera me va a lanzar una mirada furiosa?

Así no va a funcionar.

Con los ojos todavía clavados en las escaleras, en mi mente dan vueltas los millones de posibilidades sobre lo que debo hacer. Nunca he mezclado las emociones cuando se trata de negocios, así que me muevo en un territorio desconocido. Pero, por mucho que me disguste admitirlo, es posible que Breaker tenga razón. Necesito que Lottie sea una participante activa en el plan y, si está tan deprimida, no sé si podrá trabajar conmigo de la manera que necesito.

Pero ¿cómo carajo la hago feliz sin involucrarme demasiado?

Suelto un fuerte suspiro de frustración y me alejo de la mesa para subir las escaleras detrás de ella. No estoy seguro de lo que voy a hacer, pero no puedo dejar que se vaya así.

Ya casi ha llegado a su habitación cuando la alcanzo.

—No puedes irte a la cama con el estómago vacío —protesto, sin saber qué más decir.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —replica, con un leve filo agresivo en la voz.

Eso es lo que quería oír. Una respuesta rápida.

Sigue presionándola, Hux.

Alargo la mano, se la cojo y tiro de ella antes de que pueda alejarse más. Se da la vuelta y me mira con una expresión de sorpresa.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —pregunta, con esa chispa aún en sus ojos.

Mejor.

—Estoy recordándote quién está al mando.

Intenta apartar la mano, pero, en lugar de soltársela, se la levanto y la aprieto contra la pared, a su espalda.

Abre los ojos de par en par mientras mantengo esa mano sujeta con fuerza por encima de su cabeza.

—No hace falta que me recuerdes quién manda. Tu obscena incapacidad para preocuparte por los demás lo deja bastante claro. Se hace lo que tú dices.

—¿En serio? —pregunto, queriendo presionarla más, ansiando que aflore de nuevo su personalidad. Así que le agarro la cadera con la mano libre y la empujo contra la pared—. Entonces, ¿por qué siempre me provocas?

—¿Yo te provooco? —pregunta, y su pecho se agita, sube y baja a un ritmo más rápido.

—¿Consideras que este es un atuendo adecuado para cenar? —insisto, jugando con el cinturón de seda que cierra la bata. Mientras mido su reacción algo se apodera de mí. Algo primario.

Pero este lado primario parece atraer su carácter a la superficie, porque me da la impresión de que devuelve la vida a su forma de ser sarcástica.

Y eso es lo que quiero.

Quiero que Lottie vuelva.

Sé que esto es pasarse de la raya —tocarla, inmovilizarla contra la pared de esta manera—, pero verla tan seria, tan derrotada, ha despertado algo dentro de mí. No manejo bien este tipo de situaciones, no sé cómo animar a alguien —obvio, por la forma en que estoy aprovechándome de sus debilidades en lugar de mostrar empatía—, pero mi cerebro no funciona como debería.

—No sabía que había un código preestablecido para vestirse para la cena. —Mira mi ropa: los pantalones de traje y la camisa remangada—. ¿Un estilo informal de negocios? ¿Prefieres que me ponga un vestido?

—Lo que quiero es que vayas abajo y termines la cena.

—Te he dicho que no tengo hambre —responde.

—Pues creo que eso solo es una excusa para no estar cerca de mí —digo con severidad—. Solo eran negocios, Lottie. No puedes tomártelo como algo personal.

—¿Que no me lo tome como algo personal? —replica ella—. ¡Dios!, estoy harta de que digas esas tonterías. —Intenta moverse,

pero la mantengo en su sitio—. Es difícil no tomar todo lo que haces como algo personal cuando me provoca una emoción. No soy alguien que ve la vida en blanco y negro, como tú. Tengo sentimientos, Huxley.

—Entonces, dime lo que sientes.

Alza la barbilla.

—No podrías soportar lo que siento.

—Ponme a prueba.

Hace una pausa.

Me estudia.

Y, luego, se humedece los labios.

—Vale. Estoy enfadada conmigo misma por haberme metido en este lío. Estoy enfadada por haberle jodido la reunión de hoy a mi hermana, una reunión para la que se ha preparado mucho, a pesar de la poca antelación. Me da rabia no tener el valor suficiente para decirle a mi madre que tenía razón, que nunca debería haber aceptado trabajar con Angela. Odio que mi orgullo sea más importante que la verdad. Y, sobre todo —sus ojos me recorren de arriba a abajo—, nunca he despreciado a alguien tanto como te desprecio a ti. Creo que eres frío, que careces de sentimientos y que no tienes en cuenta a nadie más que a ti mismo. No me gusta tener que depender de ti ni que tú tengas que depender de mí y, lo más importante —recupera el aliento y sus dedos curvan alrededor de mi mano, que le sujeta el brazo a la pared—, odio considerarte atractivo.

Una ligera capa de sudor me recorre la nuca, y siento el impulso de llevarla a la fuerza hacia mí.

He visto cómo me mira. Me he dado cuenta de cómo me devora con los ojos, pero nunca había expresado su deseo en voz alta.

Y, joder, me debilita. Me hace sentir tan débil como para sucumbir...

—No tienes por qué enfadarte. Tu hermana tendrá otra oportunidad. Te he dicho que la llamada era importante. —Mi tono se vuelve más cortante al ver que sus labios se separan un poco, lo suficiente para atraerme.

Lo suficiente para volverme loco. Lo suficiente para quebrar mi voluntad.

—No te creo. —Su voz es firme pero suave, y el sonido provoca otra grieta en mi coraza.

Aprieto con más fuerza su cadera.

Acaricio con el pulgar la suave seda de la bata.

Para mi satisfacción, arranco un gemido ronco, casi inaudible, de sus labios.

—De hecho, Karla ya debería haberse puesto en contacto con tu hermana para concertar otra reunión. —El tira y afloja entre nosotros se intensifica, y me hormiguean los dedos por el deseo de tocarla más, de deslizarme bajo su bata—. Ya está hecho. En cuanto a la culpa que sientes por no haberle dicho la verdad a tu madre, eso es asunto tuyo y no es de mi incumbencia.

Agarro con más fuerza su mano, la que tengo inmovilizada contra la pared y, cuando sus dedos se enroscan alrededor de los míos, pierdo la cabeza un poco más. Deseo tanto a esta mujer que mi cordura pende de un hilo.

—Y ese odio que sientes por mí..., ese desprecio..., no es mutuo.

Sus ojos penetrantes buscan los míos.

—Solo me has mostrado desprecio —insiste con vacilación. Pero esa vacilación en su voz no se corresponde con la audacia de sus acciones, ya que me coge la mano que está apoyada en su cadera y la desplaza lentamente hacia dentro...

Hasta que mis dedos se enredan con el cinturón de la bata.

No me tientes, joder.

Puede que sea capaz de separar los negocios y el placer, pero cuando los límites se desdibujan, cuando mi mente está nublada y confusa, quizá no pueda detenerme.

Y estoy confuso.

Me siento muy perdido.

Mi cuerpo tiembla por la indecisión, pero la decisión equivocada me acerca cada vez más a ella.

—He mostrado molestia, frustración, irritación, pero no odio. Eres tú quien ha hablado de odio. —Mi dedo juega con la cinta de seda—. No tengo ningún problema contigo.

—Mentiroso —me recrimina.

—¿Por qué no confías en mí?

—No me has dado motivos para hacerlo —explica. Desliza la mano por mi pecho y la detiene en mi hombro, dejando un rastro de calor a su paso.

Me muerdo el labio inferior mientras tiro con suavidad del cinturón.

Ella no protesta. Al contrario, se acerca a mí.

¡Joder! Apenas logro mantener el control; se tambalea, a punto de romperse.

Estoy a punto de estallar en llamas.

—¿Me he retractado de algo que haya dicho?

—No —dice sin aliento, arqueándose en la pared. El movimiento tira de la tela. Mis ojos se deslizan hacia su pecho, donde las solapas se abren peligrosamente. ¿Qué aspecto tendrán esas preciosas tetas desnudas? ¿Serán sensibles? Si me las llevara a la boca, ¿gemiría de satisfacción?

Incapaz de contenerme, tiro una vez más del cinturón para aflojarlo. La pequeña abertura me provoca, me tienta aún más. Hace que me hierva la sangre.

Joder, ¿qué estás haciendo, Huxley?

Algo que no debería hacer.

Pero, joder, es tan tentadora... Sé que no lleva nada debajo de la bata, nada más que su cuerpo. Bajo la vista hacia sus pechos, y me satisface ver que sus pezones se rozan contra la seda. Son pequeños, y muy sexys.

—Entonces, si no me he retractado de nada de lo que he prometido hasta ahora —digo, intentando centrarme en nuestra conversación—, ¿por qué no confías en mí?

Su mano se desliza hasta mi nuca, donde empieza a jugar despacio con los cortos mechones de mi pelo.

—Porque te gustan los engaños.

—Normalmente, no es así. —Me hormiguean los dedos por la necesidad de tirar una vez más del cinturón para que la bata se abra. Pero me quedo quieto.

—Perdona que no crea en tu palabra.

Me vuelvo a morder los dientes.

—Vale, ¿cómo puedo demostrarte que puedes confiar en mí? —digo

Sus ojos se vuelven provocadores cuando retira la mano de mi cuello y se la pasa por el cuerpo hasta llegar a la abertura de tela que apenas le cubre el pecho. Me tienta acariciándose el escote con los dedos. Se me hace la boca agua.

—No te retractes de tus promesas.

—Pero si no lo he hecho...

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Lo haces incluso con tus silencios. —Para mi sorpresa, se suelta el cinturón, y se abren las solapas de la bata, dejando al descubierto la mitad de su cuerpo.

Joder.

Joder.

Se me pone dura al instante. Pero en lugar de alejarme o dejarme caer sobre ella, decido torturarme y seguir moviéndome despacio. Empiezo por su pecho, apenas cubierto por la bata, atormentándome. Luego, mis ojos voraces descienden por su estómago tenso hasta su sexo, completamente depilado. Se me hace la boca agua al verla. Aunque solo me ofrece un breve adelanto, es suficiente para volverme loco. Para llevarme al puto límite.

Me está poniendo a prueba. Está viendo hasta dónde puedo llegar.

Poco se imagina ella...

Yo he empezado esto.

La he inmovilizado contra la pared.

He soltado su cinturón.

Y yo debo poner fin a esto.

—Justo lo que pensaba —alega—. No eres capaz de terminar lo que empiezas. Como la reunión de negocios.

—Te lo he dicho, no pude evitar lo que pasó hoy.

—Podrías haberlo hecho, pero elegiste no hacerlo. —Me rechinan los dientes—. Y ahora mismo, estoy aquí, casi completamente desnuda frente a ti. ¿No es esto lo que querías? ¿Controlarme? ¿Controlar mi cuerpo? Y en lugar de seguir adelante, te quedas quieto.

¿Me está tomando el pelo?

¿Cree que solo soy pura palabrería?

¡Qué poco me conoce!

—No estoy quieto, Lottie. —Me acerco más—. Estoy duro. Terriblemente duro. —Y deslizo los dedos por su cadera desnuda, aunque continuo sujetándola con mi otra mano.

Jadea por mi brusco contacto, y cuando me acerco a su trasero y más abajo, se mordisquea el labio inferior.

—Y yo no he empezado esto —aclaro, aunque sí lo haya hecho—. Eres tú la que ha aparecido en la cena solo con esta bata.

—Ayer me presenté en pijama. ¿Qué diferencia hay?

Muevo un dedo cerca de su abertura mientras coloco la mano en la parte baja de su espalda, donde la agarro con fuerza para acercarla a mí.

—Esto es intencionado.

—Por mucho que quieras creerlo, Huxley, no ha sido mi intención intentar excitarte. Lo que quiero es pasar el menor tiempo posible contigo.

—Entonces, ¿por qué no te vas ya? —pregunto; llevo la mano a la parte delantera de su cuerpo y paseo suavemente los dedos hasta que quedan justo por encima de su hueso pélvico. Una oleada de lujuria la invade: la veo en sus ojos, en la forma en que se mueve con suaves ondulaciones, separando un poco las piernas.

—Me estoy tirando un farol —responde—. Sé que nunca me tocarías...

—¿Tocarte cómo? —pregunto, y deslizo el dedo por su coño excitado.

Inspira con fuerza, deja caer la cabeza hacia la pared y echa la pelvis hacia delante.

—¿Tocarte así? —Muevo otro dedo junto al anterior, pero esta vez los deslizo más abajo, rozando su clítoris. *Joder. Es tan suave...*—. Nunca te plantees que no voy a hacer algo. —Veo cómo responde su cuerpo a mis caricias—. Dime que quieres más.

Niega con la cabeza.

—No. Nunca te daría tal satisfacción.

—Entiendo. —Pero a esto podemos jugar los dos. La mantengo inmovilizada, bajo la vista hasta su suave coño, junto los dos dedos y los deslizo arriba y abajo entre sus pliegues hasta atrapar su clítoris entre ellos. Aprieto con suavidad y noto cómo tiembla.

—¡Oh, Dios! —susurra. Ladea la cabeza y me agarra con más fuerza.

Muevo los dedos hasta acariciar su entrada. Se abre un poco más para mí, y lo considero una invitación. Meto un dedo en su interior.

Joder, sí, está tensa.

Y mojada.

Muy mojada, joder.

Al acercarme, siento la tentación de besar su piel caliente, pero me abstengo. Se trata de demostrarle algo. Se trata de enseñarle lo que puedo llegar a provocar en su cuerpo con solo una mano.

Retiro el dedo y le paso el pulgar por el clítoris. Contiene el aire con un silbido mientras aplico más presión y hago pequeños movimientos circulares.

—Sí —susurra, sus caderas piden más. Pero mantengo un toque ligero, lo que hace que la suave presión que ejerzo la vuelva loca.

Círculos lentos.

De un lado a otro.

Excitándola.

Provocándola.

Haciendo que pierda la cordura.

Se muerde el labio inferior. Tiene el pecho agitado; ahora la bata apenas le cubre las tetas. Un movimiento brusco y la verá desnuda por completo. Me agarra la mano con tanta fuerza que podría tener moratones por la mañana.

Pero valdrá la pena.

Porque verla así —sometida a mí, dejándome tocarla, llevándola a la cima— vale la pena.

—Más —susurra—. Dame más.

Justo lo que quería oír. Le suelto la mano y le doy la vuelta antes de que pueda protestar para que quede de cara a la pared, con las dos manos extendidas mientras posa la mejilla sobre la superficie blanca. Le acaricio el coño desde atrás y llevo su culo hacia mi entrepierna para que sepa lo duro que estoy.

Su ronco jadeo me produce placer, y deslizo el dedo por su clítoris una y otra vez.

—¿Ahora mismo me odias? —pregunto, jugueteando con el pequeño capullo, lo que hace que todo su cuerpo tiemble contra el mío.

—Ahora más que nunca.

—¿Porque sé cómo darte placer? —pregunto besándola en la oreja.

—Sí. —Hundo dos dedos dentro de su cuerpo. Ella suelta un gemido ronco.

—¿Te gustaría que ahora no te estuviera follando con los dedos?

Empiezo a retirarlos, pero protesta.

—No, sí quiero.

—¿Qué quieres? —pregunto, con la polla tan dura que la presión contra la cremallera de los pantalones resulta dolorosa.

—Que follemos. Quiero que follemos.

Le paso la otra mano por el cuello y le echo la cabeza hacia atrás para hablarle directamente al oído.

—Así que me odias, pero quieres follar conmigo. —Le aprieto el clítoris con el pulgar y ella suelta un jadeo estrangulado—. ¿Cuánto te falta para correrse?

—Poco —susurra, temblando bajo mi abrazo—. Muy poco.

—Bien —digo, justo antes de retirar mi mano de su sexo.

—¿Qué estás haciendo? —Su confuso jadeo me produce un gran placer.

—¿Por qué debería llevarte al orgasmo, Lottie? ¿Por qué debo darte placer?

—Porque serías un cabrón si no lo haces. —Aplasta las palmas contra la pared y su cabeza cae hacia adelante. Cada músculo y cada fibra de su ser están tensos.

Vuelvo a pasarle el dedo por el clítoris, contemplando cómo tiembla más y arquea la espalda. Quiero llevarla al límite, hasta que esté a punto de correrse.

—Ya piensas que soy un cabrón, así que ¿qué más da? Piensas lo peor de mí, Lottie. Y si te corres, seguirás pensando lo peor de mí.

—Pero al menos sabrás que puedes dominar mi cuerpo. ¿Y no es eso lo que quieres? ¿Controlarme?

Sabe cómo hablarme, sabe lo que me gusta oír, y eso da miedo. Porque, sí, quiero el control. Quiero que clave sus ojos en mí y se caliente. Quiero que me anhele cuando entre en cualquier estancia. Sé que no debería, sé que esto es estrictamente un negocio, pero esta noche ella ha desatado algo dentro de mí. Y ahora me siento desesperado.

—Dime... —Le pellizco el clítoris, arrancándole un fuerte gemido—. Cuando entro en cualquier sitio, ¿te pones cachonda?

No responde enseguida, sino que se toma un segundo para recuperar el aliento.

—No —dice finalmente.

—¿Por qué? —pregunto, apretando todo mi cuerpo contra el suyo.

—Porque... —Jadea mientras acaricio su clítoris con los dedos—. Joder —murmura, con la respiración agitada—. Porque todavía no sé cómo... Con qué fuerza puedes hacer que me corra.

—¿Es eso un reto? —digo, y le suelto el clítoris, lo que hace que casi se desplome contra mi pecho. Se estremece de pies a cabeza, y sé que está justo donde quiero que esté. Justo donde la necesito.

—Es una petición —dice, con una voz tan vulnerable me planteo la idea de llevarla al orgasmo y dejar que se corra. Aunque me encantaría verla rogar, suplicar y luego enfurecerse, sabría que utilizaría uno de esos vibradores para correrse; además, quiero que sepa que tiene razón, que yo mando en su cuerpo.

Vuelvo a acercar la mano a su coño, pero me limito a ahuecarla, asegurándome de mantener los dedos quietos a pesar de la forma en que se agita debajo de mí.

—Escúchame, Lottie. —Cuando no me responde, la agarro con más fuerza—. ¿Estás escuchándome?

—Sí —responde sin aliento.

—No iba a dejar que te corrieras, iba a llevarte al borde hasta que lloraras, suplicando más, pero tu falta de confianza o incluso de consideración hacia mí es desconcertante. —La beso en la oreja y vuelvo a pasar el dedo por su clítoris—. Soy un buen hombre. Puede que no te des cuenta ahora, pero lo harás.

—Esto no cambiará nada —dice.

—Eso es una mentira descarada —aseguro; sus piernas se tensan alrededor de mi mano y su cuerpo se pone aún más rígido—. Esto lo cambiará todo. Puede que sigas odiándome, puede que sigas sin querer mirarme, pero sabrás que me deseas.

Aplico más presión y me muevo cada vez más rápido, hasta que ella se tensa a mi alrededor y gime contra la pared mientras su pelvis se balancea sobre mi dedo.

Se corre.

Y lo hace con fuerza. Mi mano queda empapada por su excitación, y se restriega contra ella, con los gemidos amortiguados por la pared. El orgasmo se prolonga y se entrega a cada uno de sus espasmos hasta que ya no le queda nada dentro.

Retiro la mano y la hago girar, dejándola de nuevo de espaldas contra la pared. Le levanto la barbilla para que sus ojos se encuentren con los míos, y es entonces cuando paso el dedo con el que le he acariciado su coño por mi lengua. Entrecierra los ojos de forma embriagadora al verme saborear hasta el último centímetro de mis dedos.

—Eres deliciosa. —Cojo el cinturón y ato los dos extremos, privándome de la vista de su delicioso cuerpo—. Si Karla no organiza otra cita con tu hermana, házmelo saber. Me aseguraré de que lo haga. —Le acaricio la mejilla sin dejar de mirar sus hipnotizadores ojos—. Que pases una buena noche, Lottie.

Todavía hambriento, ahora también por su increíble sabor, la suelto y vuelvo al comedor. Puedo olerla en mis dedos. En mi mano. Puedo saborearla en mi lengua. Como si todavía estuviera a milímetros de mis labios. Y quiero degustarla un poco más. Quiero follar con ella contra esa pared.

No-es-para-ti.

Mi mente se acelera con lo que puede estar pensando.

¿Me desea o todavía me odia?

¿Aún quiero que me odie?



12

LOTTIE

Inspiro hondo antes de llamar a la puerta de Kelsey.

Miro el café y los bollos que tengo en las manos mientras espero fuera. Anoche no le envié ningún mensaje, ni siquiera me molesté en contactar con ella, porque sé cómo funciona mi hermana. Cuando se enfada, necesita tiempo y espacio. Espero que una noche alejada de ella sea todo lo que le hace falta, porque, Dios mío, tengo que hablar con alguien.

Necesito mucho a alguien.

Después de lo que me pasó en el pasillo con Huxley, debo desahogarme, y Kelsey es la única que conoce todo lo que pasa en mi vida.

Anoche me sentí... derrotada. Estaba segura de que había defraudado a toda mi familia, y lo último que quería hacer era cenar con Huxley. Sin embargo, sabía que, si no me presentaba, él me montaría un numerito, así que me esforcé lo mínimo. Y luego me fui. Ni se me ocurrió que me perseguiría y, sin duda, no me planteé que intentara quitarme la bata, y mucho menos que hiciera que me corriera con los dedos. Y, si soy sincera, no creo que llevara la bata para burlarme de él.

Me mordisqueo el labio inferior, pensando todavía en cómo me hacía estremecer oír su voz fuerte y dominante en mi oído, en lo grande que me parecía su mano cuando recorría mi cuerpo, en que deseaba con desesperación que me acariciara el cuello y la mandíbula con los labios.

En serio, odio a ese hombre, no tengo ninguna duda, pero, oh, Dios mío, está buenísimo. Sabe cómo usar su voz y su cuerpo de manera que cualquiera caiga rendido a sus pies, incluida yo.

Y el orgasmo... ¡Dios! Fue solo con los dedos y, sin embargo, sentí como si me atacara de una manera que ni siquiera sé describir.

Lo percibí como si estuviera bajo un hechizo y la única manera de salir de él fuera con un orgasmo. Y el orgasmo llegó. Fue tan bueno, tan satisfactorio que todavía seguía excitada cuando regresé a mi habitación, y tuve que consolarme con Thor, una vez más, y con el recuerdo de la voz dominante de Huxley resonando una y otra vez en mi cabeza.

Pero lo que de verdad me conmovió no fue solo lo que dijo después, sino la forma en que me lo dijo. Con suavidad, sujetándome la barbilla para que me viera obligada a mirarlo a los ojos; se aseguró de que entendiera que se ocuparía de mi hermana. Que se encargaría de que tuviera esa reunión.

Cuando se fue, me quedé allí de pie, aturdida.

No lo dijo en tono duro, no había sarcasmo en su voz; era como si estuviera de nuevo en Chipotle, hablando con el hombre que conocí aquel día. Fue muy confuso. Por eso necesito que Kelsey me perdone y me abra.

Impaciente, muevo los pies hasta que la puerta se desbloquea y contengo la respiración. Kelsey aparece al otro lado, pero, en lugar de su habitual atuendo de jefa, lleva unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de tirantes.

¡Oh, Dios!, ¿qué ha pasado?

Trago saliva, sonrío y le muestro el café y los bollos.

—Lo siento.

Mira lo que tengo en la mano y luego abre más la puerta para dejarme entrar.

Paso uno completado: estoy dentro del apartamento. Voy a la cocina, cojo los platos y lo pongo todo en la mesa. Se sienta enfrente de mí, sube un pie al asiento y se aprieta la rodilla contra el pecho mientras observa cómo saco con cuidado cada bollo y lo pongo en una bandeja entre nosotras; luego, dejo la bolsa en el suelo y le doy el café que más le gusta: una mezcla de la casa con espuma de leche y un chorrito de caramelo. Toma un sorbo y le tiendo el plato, que lleva un bollo con forma de garra de oso gigante, un buñuelo de manzana, un pastel alargado de sirope de arce y, por supuesto, la clásica tarta de crema Boston. Como estaba previsto, coge el buñuelo de manzana y yo la tarta de crema.

—Lo siento mucho, Kels. Ayer no fue mi mejor actuación, pero te prometo que no volverá a ocurrir. He trabajado como una loca

para poner al día tu página web, y tengo que enseñarte algunas cosas que creo que...

—Me ha llamado Karla.

Me paro a pensar. ¿De qué conozco ese nombre? Karla... Karla...

—La asistente de Huxley —me ayuda.

—Ah... ¡Ah! ¿En serio? Huxley me dijo que lo haría. ¿Ha concertado otra reunión?

Kelsey asiente.

—Sí, el viernes a las tres. Ahora tenemos más tiempo para prepararnos, lo cual está bien. Podremos hacer una gran presentación, afinar cada punto.

—Es genial —respondo, emocionada. Pero noto que Kelsey no está tan excitada como yo—. ¿Qué pasa? Es genial, ¿verdad?

—Es maravilloso.

—Entonces, ¿por qué tu tono de voz no se corresponde con eso?

Deja el café a un lado.

—¿Sabes por qué Huxley abandonó la reunión?

Niego con la cabeza.

—No dijo por qué, solo que era importante. ¡Oh, Dios!, ¿no era importante? —Me echo hacia delante—. No imaginaba que mentiría sobre algo así.

—Y no mentía —dice Kelsey—. Era importante. Hubo un cortocircuito en una de las obras de Nueva York y provocó un incendio. Dos hombres han sufrido quemaduras de tercer grado, otros están mal por la inhalación del humo.

—Oh..., Dios, ¿en serio? —pregunto, sintiendo cómo me encojo hasta ser una versión increíblemente pequeña de mí misma. Huxley no estaba mintiendo. Lo necesitaban para algo crítico y esencial.

—Sí. Karla se disculpó por haber tardado tanto en ponerse en contacto de nuevo conmigo para fijar una nueva reunión, porque Huxley y ella se pasaron el resto del día al teléfono disponiendo las cosas no solo para las propias víctimas, sino también para sus familias. —Kelsey se echa hacia delante—. Al parecer, llamó personalmente a cada uno de ellos. Luego les envió sus comidas favoritas al hospital y a las casas de las familias.

Parpadeo un par de veces, intentando comprender lo que me está diciendo Kelsey.

—¿En serio?

Asiente.

—Sí. —Coge su buñuelo—. ¿Sabes por qué te estoy contando esto?

—¿Para hacerme sentir imbécil?

Niega con la cabeza.

—No, te lo digo para que te relajes con él. Es un buen tipo. Puede que haya habido algunos encontronazos entre vosotros, pero tienes que dejarlo estar ya. Te está ayudando, nos está ayudando, y eso es algo que debes agradecer. Lo de ayer no debería haber ocurrido. Sabes que te quiero, pero fue muy poco profesional. No habrías hecho nada así si todavía estuvieras trabajando para Angela.

Miro con intensidad mi tarta sin tocar, y rasco el glaseado con el dedo.

—Tienes razón. Nunca habría actuado así delante de Angela ni ante otros posibles clientes. —He tenido mucho tiempo para meditar sobre mis reacciones a lo largo de la noche... *Bueno, antes del orgasmo, claro.* Y cuando consideré objetivamente lo ridículo y poco profesional que fue mi comportamiento, me sentí mortificada. Mi deseo era poner en práctica mis estudios para ayudar a Kelsey a llevar su negocio al siguiente nivel. Atribuía mi comportamiento al *shock*. A una ira fuera de lugar. A inmadurez.

—Creo que he alimentado toda esta situación en mi cabeza y, en lugar de inspirar hondo y aceptar lo que me ocurre paso a paso, empecé a reaccionar sin pensar. —Suspiro y me recuesto en la silla—. Odio poner excusas, pero todo este asunto del despido... creo que me está jodiendo la moral. En lugar de darme un tiempo para pasar el duelo, estoy descargando mi ira en todos los que me rodean, incluido Huxley.

Kelsey asiente.

—Eso tiene sentido. Has estado bastante... irritable últimamente.

Sonrío.

—Siempre estoy irritable. ¿Qué tal «más irritable»?

—De acuerdo, lo reconozco.

Me estiro sobre la mesa y cojo su mano entre las mías.

—Lo siento mucho, Kels. Te prometo que, de ahora en adelante, no habrá más que profesionalidad por mi parte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Le da un mordisco a su buñuelo—. Ahora enséñame lo que has hecho en la página web.

—Cuando me termine la tarta. Ayer no cené y tengo hambre.

—Espera, ¿vamos a poder vender los productos sostenibles directamente desde nuestra página web? —pregunta Kelsey cuando miramos la pantalla de su ordenador.

—Sí. Solo tengo que instalar esta aplicación, y podremos gestionar todas las ventas a través de la página web. Eso sí, no obtendremos grandes beneficios, pero será un buen ingreso complementario y los clientes tendrán la oportunidad de ver los productos con los que trabajamos. Además, podemos clasificarlos por el uso que le darán a cada producto, por ejemplo, almacenamiento en el baño, despensa, etcétera.

—Esto es genial. —Kelsey se sienta—. ¿Compraríamos el producto al por mayor?

Niego con la cabeza.

—No, ayer envié un correo a tu proveedor para preguntarle si podíamos establecer un contrato en el que estipuláramos que no solo utilizaríamos su producto para todos los proyectos que hagamos, sino también para que lo convirtamos en un proveedor oficial. Le expliqué que tenemos algunas cuentas importantes en marcha y queremos asegurarnos de tener un *stock* estable al que recurrir.

—¿En serio?

Asiento.

—Sé que será un pequeño porcentaje, pero le he dicho que, si conseguimos ese gran cliente con el que hemos estado hablando, nos gustaría lanzar nuestra propia línea de productos.

—Para... —dice Kelsey, agarrándose la mano—. ¿Nuestra propia línea?

Sonrío de oreja a oreja.

—Sí. Eso sí, es una quimera, pero quería que supieran que íbamos a llegar lejos y que son nuestra primera opción a la hora de asociarnos.

Kelsey se abanica la cara con la mano.

—Estoy sudando. Sudando de verdad. —Me mira—. Lottie, esto es la bomba. Joder, ¿cómo se te ha ocurrido todo esto?

—Bueno, cuando te sientes fracasada, nada como una buena patada en el culo para ponerte en marcha, y eso es lo que he hecho. Me puse en marcha.

—Guau, Lottie. Estoy muy impresionada. ¿Te han respondido? —murmura por lo bajo.

Me río.

—Todavía no, pero lo envié anoche a última hora y solo son las diez de la mañana.

—Cierto —suspira—. Guau, guau, guau, estoy tan impresionada... Impresionada y agradecida. Gracias por hacerlo posible.

—He invertido tanto como tú en este negocio. Te he visto llevarlo a donde está hoy, pero sé que tiene mucho más potencial, y sé que puedo ayudar a hacerlo realidad cuando vuelva a estar en mis cabales.

—¿Cómo fueron las cosas cuando volviste a su casa? —pregunta con una risa.

Cierro el portátil y me reclino en la silla.

—No estoy segura de que estés preparada para esta historia.

Cruza las piernas y se frota las manos.

—Oh, creo que nunca he estado más preparada.

Y esto es lo que me gusta de Kelsey. Podemos tener una pelea, resolverla y volver a ser nosotras mismas como si tal cosa. No insistimos en los desacuerdos; no cargamos con ellos. Nos disculpamos y seguimos adelante. Otra razón por la que creo que, a la larga, seremos buenas socias, porque nos conocemos muy bien.

Pero eso no significa que no esté increíblemente agradecida por la segunda oportunidad.

—Bueno..., cuando llegué a casa, obviamente, estaba de muy mal humor. Me puse a trabajar y me sumergí en el ordenador. Antes de darme cuenta, se estaba haciendo tarde y necesitaba tomarme un tiempo para relajarme, así que me di un baño.

—Seguro que tienes una bañera muy bonita.

—Muy bonita. Con chorros y todo eso. Y bombas de baño. Eché una de lavanda en el agua para calmarme. Fue muy agradable.

—Pero...

Sonrío.

—Pero Huxley me mandó un mensaje diciendo que la cena estaba lista justo cuando empezaba a liberar la tensión.

—Y, déjame adivinar, te esperaba para cenar.

—El espectáculo debe continuar —ironizo—. Como me daba pereza, me sequé rápidamente y luego me puse una bata, aunque me aseguré de que estuviera bien ceñida a la cintura.

Arquea una ceja, suspicaz.

—¿Solo una bata, sin nada debajo?

Asiento.

—Chica, ¿intentabas meterte en un lío?

—Solo intentaba pasar el menor tiempo posible con él después de todo lo que había ocurrido. No pensé mucho en cómo iba vestida, y créeme, iba más tapada que la noche anterior. La bata cubría más.

—Bien, entonces, te presentas a la cena en bata. ¿Era consciente de que no llevaba nada debajo?

—Es como si tuviera visión de rayos X. Te juro que lo ve todo. De todos modos, empezamos a discutir de nuevo, porque eso es lo que parece que hacemos mejor.

—Naturalmente, a los dos os gusta tener la razón, a los dos os gusta tener el control. Las chispas saltan cuando vuestras personalidades chocan.

—Y vaya si chocaron. —Pienso en la noche anterior y es como si tuviera un agujero negro en mi cabeza—. No puedo decirte por qué nos peleamos. Sé que estuve callada y eso no pareció gustarle, así que me provocó. Le dije que no confiaba en él, creo. —Me doy un golpecito en la barbilla y luego niego con la cabeza—. Lo único que sé es que no podía seguir sentada a la mesa con él, así que me levanté y me fui a mi habitación.

—Oooh, apuesto algo a que eso no le gustó.

—No. Y me lo hizo saber.

—¿Te envió un mensaje desagradable?

Niego con la cabeza.

—Peor. Vino detrás de mí.

Kelsey se endereza en la silla.

—Oh, cuéntame más.

—Estaba a punto de llegar a mi habitación —relato, ya metida en la narración—, cuando me enganchó la mano por detrás. Y, antes de darme cuenta, me había inmovilizado contra la pared.

Kelsey jadea y se lleva la mano al pecho.

—¿De... de manera sexual?

Asiento lentamente.

—Lottie, ¿qué demonios has hecho?

—No he hecho absolutamente nada. Fue él quien lo hizo todo.

Kelsey se mordisquea el pulgar.

—¿Qué tipo de cosas?

—Me desató el cinturón de la bata de un tirón.

—No puede ser. —Sus ojos se abren de par en par—. ¿Lo hizo?
—susurra.

—Sí. Pero no se abrió, solo se soltó... Había sitio suficiente para que él..., ya sabes..., bajara la mano.

Kelsey da una palmada en la mesa.

—Un momento, no, no puede haberlo hecho. ¿Él... él... te metió el dedo?

Asiento.

—Sí, lo hizo.

Kelsey se lleva las manos a la cabeza como si estuviera a punto de estallarle.

—Habéis pasado de pelearos, de estar a la greña, a que él te meta mano en el pasillo. ¿Cómo coño es eso?

—No lo sé, y te juro por mi vida que no pude detenerlo. No quise detenerlo. Quería que siguiera haciendo lo que estaba haciendo, y quería que durara toda la noche. —Me llevo la mano a la frente—. Dios, Kelsey, ¿soy un putón?

Ella se ríe.

—No. No eres un putón, pero te sientes confusa, eso está claro. Nunca habría pensado que estuvieras interesada en algo así con él. Y menos dado que parecéis odiaros.

—Me dijo que lo odio, pero que él no me odia. Pero supongo que, aunque piense que es un gilipollas, sigo queriendo volver a sentir sus dedos dentro de mí. —Me encojo de hombros—. Estoy bastante segura de que eso significa que estoy mal de la cabeza.

—Siempre se dice que hay una delgada línea entre el amor y el odio.

—Oh, no, no empieces con eso. No hay amor involucrado en esto. Lujuria..., sí. Ese hombre es un bombón, no voy a negarlo. Me encanta que use palabras guarras, y su forma poderosa de agarrarme; incluso me gusta la postura dominante de su cuerpo y cómo

lo usa en su propio beneficio... Sí, todo en él grita que es increíble, te empuja a dejar todo lo que estás haciendo porque promete sexo del bueno.

—Solo hace falta mirarlo para saberlo. Y también a sus hermanos.

—Hace que te preguntes cómo son sus padres.

—Oooh, imagina a un hombre maduro que se parezca a ellos. Un hombre de unos sesenta años, con pelo canoso, que te da una palmada en el culo cuando eres traviesa.

Alzo una ceja.

—¿Perdón? ¿Tienes algún tipo de fantasía de la que nunca me has hablado?

—Los viejos también pueden ser sexis.

—Con sesenta... podría ser nuestro padre.

—No juzgo. El amor es el amor. La lujuria es la lujuria. Mientras todos den su consentimiento, dejemos que la gente disfrute.

—De acuerdo. —Me río—. Es lo más justo.

—Entonces..., ¿te corriste?

Me muerdo el labio inferior y asiento.

—Lo hice, y fue explosivo. Kelsey, nunca había tenido un orgasmo así. Estuve temblando después, y sé que esto es demasiada información para ti, pero cuando volví a mi habitación, tuve que masturbarme porque seguía excitada por haberlo tenido tan cerca, tocándome, hablándome... Fue demasiado.

—Ya me imagino. No puedo recordar la última vez que besé a un hombre, y mucho menos que me besaran a mí.

—Se chupó los dedos después —confieso, aunque con cierta incomodidad.

—¡La leche! —grita Kelsey, y se agarra el pecho—. ¡Joder!

—Lo sé.—Me tapo los ojos—. Es posible que sea lo más sexy que haya visto nunca. Y luego me agarró por la barbilla, me obligó a mirarlo y me dijo que tendrías la oportunidad de hacer tu presentación. En ese momento, cuando me hablaba, sentí que era el mismo tipo con el que fui a Chipotle. No era el gilipollas, no me estaba provocando, solo estaba siendo normal, sincero. —*Simpático*. Miro a Kelsey a los ojos—. Me dejó sorprendida.

—¿Te sorprendió porque... te sentías diferente con respecto a él?

Miro hacia otro lado

—Quizá... Pero solo porque tal vez no lo odie tanto. Sigo pensando que es un gilipollas, y que cada vez que meta la pata me lo echará en cara, pero con ese gesto... limó algunas asperezas. ¿Tiene sentido?

—Es posible. —Mi teléfono emite un pitido y lo cojo mientras Kelsey continúa hablando—. ¿Ves? Quizá no esté todo perdido entre vosotros dos. Quizá lleguéis a tener una relación laboral adecuada.

—Tal vez —digo al ver un mensaje de Huxley—. Hablando del rey de Roma. Acaba de enviarme un mensaje.

Lo abro y lo leo.

Huxley: *¿Estás en casa de tu hermana?*

—Quiere saber si estoy aquí contigo.
Le respondo al mensaje:

Lottie: *Sí.*

Es rápido como un rayo, porque los tres puntos aparecen justo antes de su mensaje.

Huxley: *Voy a enviar un coche a buscarte. ¿Qué llevas puesto?*

Lottie: *Leggings y un top corto que he sacado de mi nuevo guardarropa. Puedo pedirle algo prestado a Kelsey...*

Huxley: *No. Nos vemos dentro de un cuarto de hora.*

—¿Qué pasa? —pregunta Kelsey.

—No tengo ni idea. Dice que nos vemos dentro de quince minutos. Supongo que se trata de algo con Dave y Ellie. Pero en estas situaciones, necesito más contexto para poder prepararme.

—Ya. Pues pregúntale.

Le envió otro mensaje.

Lottie: *¿Me das una idea de lo que vamos a hacer?*

Huxley: *Clases de preparación al parto Lamaze.
Espero que sepas respirar.*

—Oh, mierda.

—¿Qué pasa? —pregunta Kelsey.

Levanto la vista hacia ella.

—Clases de Lamaze.

Resopla y se tapa la nariz.

—Cómo me gustaría veros por un agujerito...

Me acomodo en el coche de Huxley y me giro hacia él mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

—¿Qué coño...?

—Hola, cariño —me saluda Huxley, agachándose para besarme en la mejilla—. ¿Cómo está tu hermana?

Oh, ya... Alguien nos lleva. Actúa como su prometida. En caso de duda a partir de ahora, actúa siempre como su prometida.

—Genial —digo con voz alegre—. Emocionada por lo del viernes. Qué sorpresa más inesperada —digo, porque quiero obtener alguna información sobre qué demonios vamos a hacer.

—Sé lo mucho que te gustan las sorpresas —comenta Huxley, y luego se vuelve hacia su teléfono.

Bien, supongo que eso es todo.

Estoy a punto de añadir algo más solo para que la conversación siga fluyendo y no parezcamos una pareja poco convincente cuando el teléfono vibra en mi mano. Miro hacia abajo y veo en la pantalla que he recibido un mensaje de Huxley.

Ohh, comunicaciones secretas...

Huxley: *Esta es tu primera clase de preparación al parto. Vas a ir solo para probar, y después iremos a tomar un helado con Ellie y Dave.*

Me alegro de que me dé información. Cuanto más preparada esté, mejor.

Lottie: *¿Puedo preguntar cómo se te ha ocurrido ir a una clase de preparación al parto?*

Huxley: *Me he encontrado con Dave en la cafetería esta mañana. Me ha dicho que Ellie y él iban a ir a una clase. Le he preguntado a cuál y le he dicho que estábamos pensando en ir a esa. Me ha dicho que nos animáramos a acompañarlos y que podíamos tomar un helado después.*

Lottie: *¿Qué clase es?*

Huxley: *Ni puta idea.*

Me río y le devuelvo el mensaje.

Lottie: *¿Cómo sabes que es buena?*

Huxley: *No lo sé. Pero sé que, como no tenemos ni idea de lo que estamos haciendo, será lo bastante buena.*

Lottie: *¿No es un poco pronto para ir a clases de preparación al parto?*

Huxley: *No lo sé. Si alguien pregunta, di que nos encanta estar preparados para todo.*

Lottie: *¡Qué elocuente!*

Huxley: *Hazme alguna pregunta; llevamos callados demasiado tiempo.*

Lottie: *Eeeh... ¿qué has desayunado?*

Huxley: *Dios... En voz alta. Hazme una pregunta en voz alta.*

—Ahhh... —digo en voz baja, y luego me río. Lo miro—. ¿Cómo va tu sarpullido? —pregunto.

Entrecierra los ojos, y tengo que reprimir la carcajada que amenaza con escaparse de mis labios.

—El sarpullido va bien —responde entre dientes—. Pero ya que lo mencionas, ¿está mejorando la infección por candidiasis vaginal?

Ohhh, juega sucio.

—Está mucho mejor —respondo—. El médico ha dicho que nada de sexo durante una semana, pero no te preocupes, no me echaré atrás en mi promesa. Sé lo mucho que quieres jugar con mis vibradores. —Una sonrisa de satisfacción cruza mis labios. Esto me parece muy divertido. Le doy una palmadita en la mejilla—. Podemos probarlos esta noche, cuando llegemos a casa. Incluso te dejo encender la vela para hacer el amor que tanto te gusta.

Sus fosas nasales se ensanchan de tal manera que me tapo la boca, protegiéndome de su arrebato.

—Me parece bien. Sé que te excita ver cómo me corro, pero si pudieras contenerme y no sonar como un animal mientras lo hago, sería genial. Mugir es un hábito demasiado extraño.

—Solo fue una vez —digo a la defensiva—. Y es porque vi ese documental sobre reproducción animal.

—Una vez es suficiente —dice, volviendo a concentrarse con su teléfono. Sus dedos vuelan por la pantalla.

El móvil vibra en mi mano.

Huxley: *Te das cuenta de que voy a tener que buscar un nuevo chófer, ¿verdad?*

Se me escapa un hipido. Este es el Huxley del Chipotle, el del paseo. Este es el lado de él que me gusta. Me encantaría que se mostrara más a menudo, porque, si lo hiciera, estoy segura de que seríamos amigos.

Lottie: *Estoy casi segura de que esta conversación le ha alegrado el día. Además, puedo ir a la farmacia mañana si necesitas más crema para el sarpullido.*

Huxley: *Si es así es como quieres llevar esto, tú misma, Lottie. Y recuerda: soy implacable.*

Lottie: *Creo que has encontrado a alguien a tu altura, Huxley Cane.*

13

HUXLEY

—¡Huxley, Lottie, aquí! —grita Ellie, agitando la mano mientras se balancea sobre una pelota de ejercicios.

Aprieto la mano de Lottie y la guío hasta la jubilosa mujer embarazada.

Me preocupaba estar invadiendo la agenda de Lottie con esta petición, no sabía lo que estaba haciendo, pero no pareció importarle. De hecho, está de buen humor, lo que me desconcierta. Todavía sigue siendo borde, pero parece que se ha suavizado un poco.

Lottie me mira por encima del hombro.

—Cualquiera diría que acaba de salir del manicomio —comenta.

Me río y observo a Ellie. Rebota demasiado en la pelota, lleva *leggings* y un sujetador deportivo, su melena se agita de un lado a otro y una sonrisa gigante le curva los labios. Lottie tiene razón.

Justo entonces Dave se acerca a Ellie por detrás y la frena un poco, poniéndole las manos en los hombros. Me ve y me saluda.

—Me alegro de que hayáis podido venir.

Nos acercamos a ellos, y Ellie abraza a Lottie de inmediato, mientras que Dave me da un fuerte apretón de manos.

—Te encantará Heaven —asegura Ellie—. Es la mejor.

—¿Heaven? —pregunta Lottie, confundida.

Coloco la mano en la parte baja de la espalda de Lottie.

—La profesora prenatal. ¿Recuerdas que te he hablado de ella en el coche? —digo.

No le he dicho nada. Porque leer *«Creo que has encontrado a alguien a tu altura, Huxley Cane»* me ha inspirado. En lugar de hablar sobre la salida de hoy, he entrado a saco, y le he dicho que debía hacerse ya la pedicura, que le había pedido cita para que sus rugosos pies no rayaran los preciosos suelos de madera. Y la mirada asesina que me ha lanzado Lottie cuando le he dicho que no me quedaba más

remedio que llamar al carpintero para que revisara una raspadura en el suelo donde ella había pisado no ha tenido precio.

—Oh, sí, lo siento. —Se golpea la cabeza—. Desconcentración de embarazada. —Se vuelve hacia Ellie—. ¿Estás segura de que no es demasiado pronto para hacer algo así? —le pregunta.

Ellie hace un gesto para que Lottie olvide sus preocupaciones.

—Creo que cuanto más puedas aprender y practicar, mejor.

—Eso es lo que le he dicho yo en el coche —intervengo.

—Nos encanta aprender, ¿verdad, Hux? —me replica ella.

La miro.

—Por supuesto. Nos encanta aprender.

—Entonces, estáis en el lugar adecuado —dice Dave—. Coge una esterilla de yoga, una pelota y uno de esos cojines. La clase está a punto de empezar.

—Genial.

Estoy volviéndome hacia la pared cuando Lottie me aprieta una mano entre las suyas, recordándome que debo ser cariñoso en este momento. Juntos, nos acercamos a la pared donde está todo el material.

—¿Qué demonios se supone que vamos a hacer con una pelota gigante, una esterilla de yoga y cojines? —susurra por lo bajo para que no la oigan—. No soy muy flexible, Huxley. Estoy rígida y, cuando me pongo en cuclillas, me crujen las rodillas. Puede que tenga veintiocho años, pero mi cuerpo parece el de una mujer artrítica de setenta y cinco.

—No creo que sea una clase de flexibilidad.

—¿Has estado en alguna?

La miro con intensidad.

—¿Te parece que he estado antes en alguna?

Se encoge de hombros.

—No sé qué haces en tu tiempo libre.

—Esto no —siseo. Tengo que empezar a pensar antes de reaccionar ante las situaciones, es decir, no decir que sí a todo lo que Dave me sugiera—. No creo que se nos exija ser profesionales. Es nuestra primera vez.

—¿Y si tenemos que imitar posiciones sexuales? —Me mira por encima del hombro.

—¿Por qué cojones tendríamos que hacer eso?

—No lo sé —susurra—. Estamos en Los Ángeles, en una clase de preparación al parto. Un lugar donde les gustan de verdad los cereales de avena. Y están siempre a la última. ¿Y si esta clase no es sobre la respiración, sino más bien sobre el viaje, sobre el proceso? Por si no lo sabes, publicamos una historia sobre este tema en *Angeloop*; no solo se hablaba del parto, sino también de que tenías que compartir el embarazo con toda la clase. ¿Y si es así?

—Acabas de quedarte embarazada. Estás de ¿qué?, ¿seis semanas?

Abre los ojos de par en par.

—No lo sé. ¿En serio? No recuerdo lo que dije.

—¡Dios mío! —Me paso la mano por la cara.

—¿Todo bien? —pregunta Dave—. ¿Necesitáis ayuda?

—Todo en orden —digo con una sonrisa, y le hago un gesto con la mano. Me vuelvo hacia Lottie—. Creo que dijiste que estabas de ocho semanas.

—¿Estás seguro?

—No —respondo—. Pero me suena.

—Tú eres el cerebro de la operación, se supone que debes apuntar estas cosas —me sisea—. ¿Qué clase de madre voy a parecer si ni siquiera puedo recordar cuántas semanas tiene el pequeño anacardo que llevo en mi vientre? —Se acaricia el vientre plano.

—Entonces, deberías recordar lo que dijiste.

Entrecierra los ojos.

—Discúlpame por ponerme en un aprieto y no acordarme. Teniendo en cuenta que a menudo me desmayo en situaciones de estrés..., estás de suerte.

—Estupendo —murmuro, y luego busco un cojín. La camaradería que teníamos en el coche se está evaporando muy deprisa—. Tal vez deba evitar la pregunta si me la hacen.

—Sabes que el profesor va a preguntar, todo el mundo pregunta eso. —Es algo que preguntan incluso cuando se supone que no deben preguntarlo. Es un tópico común de las charlas sobre el embarazo—. «Hola, Judy, ¡así que estás embarazada! ¿De cuántas semanas?». «Gracias, Carolyn, sí, el pequeño plátano tiene ya treinta y dos semanas».

—¿A las treinta y dos semanas tiene el tamaño de un plátano?

—¿Y yo qué sé, Huxley? Hacía que cotorreaba.

—Ahh..., pues por el amor de Dios, no cotorrees.

Veo que esboza una sonrisa porque Ellie se acerca a nosotros
—Cotorrear es el resultado de pillar a una aficionada en la calle
—asegura Lottie.

—¿Estáis nerviosos? —pregunta Ellie cuando llega a nosotros. Pone la mano en el brazo de Lottie para tranquilizarla—. Lo entiendo. Yo también estaba nerviosa la primera vez. Puede ser embarazoso tener que hacer todas esas cosas delante de la gente, pero te prometo que estás en un lugar seguro. Y empezar con solo ocho semanas de embarazo te da más tiempo para sentirte cómoda. —Coge una pelota de la estantería—. Venga, os la llevo yo.

Cuando Ellie ya no puede oírnos, Lottie se vuelve hacia mí.

—Gracias a la moderna esposa de Stepford, ya sabemos que estoy embarazada de ocho semanas. —Suelta un profundo suspiro—. ¿Y qué coño vamos a tener que hacer delante de la gente?

—No lo sé —confieso, mirando a la gente que forma el círculo—. No puede ser tan malo, ¿verdad?

—Inspirad y... espirad profundamente. Eso es, y cuando estéis preparados, empezad a *pulsionar* contra vuestra pareja. —Lottie está debajo de mí boca arriba, con las piernas muy separadas, y sus ojos muestran un peligroso tono sangre mientras se agarra las rodillas. Al mismo tiempo, yo aprieto mi entrepierna cubierta por los vaqueros contra su sexo—. Conectar con el momento de la concepción os acercará cada vez más a la pequeña semilla. Recordad esa noche, lo que sentisteis. ¿Fue apasionada? ¿Fue seductora? ¿Qué implicó? Si alguien está intentando quedarse embarazada, que piense en conectar con su pareja. Mantened el contacto visual. Mantenedlo siempre.

—Quiero morir —murmura Lottie.

—Lo mismo digo —vocalizo en silencio.

Como hemos descubierto muy pronto, se trata de una clase para todo el mundo, no solo para las parejas que están embarazadas, sino también para las que lo están intentando. No es Lamaze en sí, se trata de que aprendas a conectar con tu cuerpo y con el de tu pareja, de ahí la posición sexual en la que me encuentro.

—Dave, tu ritmo es hermoso, y el contacto visual que mantienes con Ellie... Puedo sentir cómo crece tu pasión, que tus entrañas se agitan mientras te preparas para darle tu semilla.

Lottie se muerde el labio inferior para intentar mantener la compostura.

—¡Qué imagen tan hermosa, Dave! Y ahora, Ellie, por favor, deja caer la cabeza hacia atrás por la pasión, piensa en lo que estás haciendo con tus manos. ¿Te estás acariciando los pechos? ¿Acariciando a Dave? Cuanto más evolucione este momento hacia la realidad, más abrirás tu flor y recibirás todo el amor que Dave tiene para ti.

—Voy a vomitar —susurra Lottie.

—Cierra el pico y haz como si disfrutaras de mis *pulsiones* —respondo, tenso.

—Pero no es así. Tus *pulsiones* son cualquier cosa menos agradables.

—Eso no fue lo que dijiste anoche.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Anoche me follaste con los dedos, no me *pulsionaste* con la pelvis. Es diferente.

Me atraganto y empiezo a toser, lo que, por supuesto, atrae la atención de la instructora hacia nosotros. El tintineo de las pulseras que lleva en sus muñecas anuncia su proximidad y hago una mueca al ver sus zuecos. Joder.

—Nuestra nueva pareja, Hanley y Lonnie. Por ahora parecen incómodos.

En primer lugar, somos Huxley y Lottie.

En segundo lugar, no estábamos preparados para fingir una maldita orgía al venir a esta clase.

En tercer lugar, sí, estamos incómodos porque nunca hemos concebido ni intentado hacerlo, joder.

Pero no lo digo. Me limito a sonreír.

—Creo que estábamos borrachos la noche que concebimos.

—Por eso tardó tanto en correrse —dice Lottie, y, cuando la miro con el ceño fruncido, me sonrío.

—No tardé mucho, nunca tardo mucho con ella —respondo, apretándole los costados para recordarle quién está *pulsionando* a quién.

—Oh, una noche de borrachera. Una de mis parejas favoritas, porque todo es posible, ¿verdad? Incluso hacer el amor sin protección, que supongo que es lo que pasó.

Que alguien me mate, por favor...

—Sí —interviene Lottie—. Eso es. Ya habíamos follado mucho antes de eso, pero solo fue necesaria una noche de copas jugando al *Catch Phrase* en el jardín con unos amigos para pifiarla. Subimos las escaleras a trompicones, llegamos a nuestra habitación completamente vestidos y, de repente, bam, me di la vuelta y allí estaba Huxley, de pie y desnudo en toda su gloria. Con solo una mirada a su erección, supe lo que quería. Recuerdo vagamente haber dicho «*A la mierda los condones*» y que los tiré por la ventana antes de saltar sobre él. El encantador chico de la piscina los encontró en el agua al día siguiente. Comentó que nunca había sacado condones antes. Es un buen chico.

Está cotorreando. Dios mío, está cotorreando.

—Oh, ¿entonces le saltaste encima? —pregunta Heaven.

—Sí.

No tiene sentido detenerla.

—Por lo tanto, ¿habrá sido esta la posición en la que se encontraba?

—En realidad, no —dice Lottie—. Esta no es la posición en la que estábamos. Me encanta ponerme encima.

Heaven se ríe.

—Bueno, por eso esto os resulta tan incómodo, porque no estamos pensando en el auténtico día de la concepción. Si no lo estamos recreando correctamente, no estamos conectando con nuestro bebé. —Nos hace un gesto con las manos—. Por favor, por favor, levantaos y volved a intentarlo. Volved a rememorar esa noche.

—¿Debo emborracharme también? —pregunto.

Heaven se ríe de nuevo.

—¿No crees que eso es pasarse?

Claro que no, joder.

Me pongo de espaldas y apoyo la cabeza en la almohada, mientras Lottie se sube encima de mí y une su centro al mío.

—Ya veo que esto es mucho más cómodo para los dos. —Heaven se pone de rodillas y se acomoda junto a nosotros. Las otras parejas siguen *pulsionando*, hablando entre ellas, conectando, y no puedo evitar preguntarme cómo coño está Dave de acuerdo con esto. No solo parece cómodo, sino que participa activamente. Algunos podrían decir que es el preferido de la profesora.

—Hanley, cuéntame lo que recuerdas. ¿Tenía las tetas al aire?
Entonces, ¿vamos a ir paso a paso con la instructora?

¡Dios!

—Ah, sí. Estaba completamente desnuda.

—Vale, vale.... Y cuando la recuerdas así, con sus pechos rebotando delante de ti, sus pezones duros por la excitación, ¿dirías que es en ese momento cuando tus entrañas sabían que ibas a dejarla embarazada?

Esto..., ¿qué?

—En realidad, no estaba pensando en dejarla embarazada. No ha sido planeado.

—Oh, ya veo. —Heaven asiente—. Fue solo una noche de pasión, algo visceral. —Se acerca, coge las manos de Lottie y le pone una en el pelo y la otra en el pecho. Luego la ayuda agarrándola por las caderas y moviéndola sobre mi polla. *Guan, más espacio*—. ¿Dirías que esto te resulta familiar?

—Sí —asegura Lottie—. Muy familiar. —Sus caderas se arquean contra las mías, se muerde el labio inferior y veo cómo desliza los dedos por el duro pezón.

Joder.

¡JODER!

De ninguna manera voy a ponerme duro en una estúpida clase de preparación al parto con Dave a mi lado.

Pero Lottie está consiguiendo que eso sea muy difícil, en especial porque lleva ese top corto y puedo ver retazos de su piel desnuda, la misma piel desnuda que toqué y acaricié anoche.

—Hanley, necesito que te centres en el momento. Estás pensando demasiado. Finge que no hay nadie más que Lonnie y tú. —Es difícil hacerlo con una gallina clueca ladrándome al oído—. Contempla la forma en que el cuerpo de Lonnie *pulsa* contra el tuyo. Se expresa con pasión, mira cómo desliza los dedos sobre sus pechos, cómo se tira del pelo.

Jesús, esto no ayuda en absoluto.

Estoy muy tenso, casi rozo las orejas con los hombros, y dejo caer las manos sobre sus muslos, tratando de conseguir que amignore un poco para poder recuperar el aliento.

—Eso es —la anima Heaven—. Así, Lonnie, sigue el ritmo. —Lentamente, la profesora retrocede y se mueve hacia el centro

del grupo—. No flaquees, Lonnie, sigue avanzando como hasta ahora.

Lottie asiente y luego me mira.

—¿Intentando que no se te ponga dura?

—Eres una creída —susurro.

—Después de lo de anoche, me cuesta creer que esto no te la pone dura. —Continúa con su ritmo.

—No soy un adolescente. Sé cómo controlarme.

—Estoy de acuerdo. —Y luego mueve la mano que tenía en el pelo y la pone en la parte baja de mi estómago. El cambio de posición hace que se eche hacia delante lo suficiente para permitir una mejor fricción. Acelera el ritmo y me embiste después de levantarse, y cae sobre mi polla en el punto justo. Una oleada de calor me recorre y mi erección empieza a alzarse.

Aprieto los dientes, trato de bloquearla, de no establecer contacto visual, pero cada vez que se sube, vislumbro el *bralette* de encaje verde oscuro que lleva, y eso no ayuda a la causa.

—No recuerdo el día de la concepción —dice Lottie mirándome a los ojos—. Pero te aseguro que me acuerdo de anoche y de cómo conseguiste que me corriera.

Joder.

Me desmadro y ella lo sabe, porque sonrío mientras se impulsa contra mí.

—Mmm, tener tus dedos así dentro de mí fue... —Se humedece los labios—. Quería más. Se echa hacia delante y me mira con intensidad—. Tuve que volver a correrme con el vibrador, imagínate lo que me excitaste.

Joder, joder... Mi polla empieza a hincharse debajo de ella, y una sonrisa de satisfacción cruza por su cara.

—Ahí tienes. La venganza es un plato que se sirve frío, Hanley.

Aprieto los dientes, mi polla pide más.

—Recuérdalo, porque esto no ha terminado —la amenazo, y ella sigue *pulsionando* sobre mí, poniéndome cada vez más duro hasta que... Heaven da una palmada.

—Vale, pongámonos en otra posición.

La tensión en la sala es palpable y, mientras todos se separan de sus parejas, me doy cuenta con rapidez, por el cambio de ambiente en la estancia, de que no soy el único excitado.

Pero es la imagen a mi izquierda la que de verdad hace que me replantee todas mis decisiones. De pie, alto y orgulloso, con las manos en las caderas, está Dave, con una enorme erección abultando sus pantalones.

Madre del amor hermoso...

Esa visión nunca se borrará de mi cabeza.

No, Dave, al parecer, está reclamando su territorio, dejando que todos los presentes sepan que es el campeón de las erecciones.

No sé si debo aplaudir, horrorizarme o lavarme los ojos con lejía cuando llegue a casa.

Lo más probable es que haga lo último.

HUXLEY: *Acabo de ver a Dave empalmado.*

Breaker: *Eeh... ¿Qué?*

JP: *Por favor, dime que no has sido tú el que le ha provocado la erección. Estoy a favor de hacer lo que sea necesario, pero, tío..., anda ya.*

Huxley: *Lo único que puedo decir es que la clase de preparación al parto ha sido un fiasco. Hemos tenido que simular la procreación. Ahí pulsiona todo el mundo.*

Breaker: *¿Tú y Dave habéis tenido que fingir que procreabais? Joder, ¿quién estaba pulsi... qué?*

JP: *Mi opinión es que Dave estaba pulsionando a Hux.*

Huxley: *No, Dios. Estábamos practicando con nuestras respectivas prometidas.*

Breaker: *Ohhh... ¿Significa eso que has pulsionado a Lottie?*

JP: *Las cosas se ponen interesantes.*

Breaker: *¿Que Dave haya tenido una erección pone las cosas interesantes?*

JP: *Espera... ¿Tú también has tenido una erección, Hux?*

Breaker: *^^ Esto. Por favor, responde a esto.*

Huxley: *Estaba bien hasta que se ha subido encima de mí, se ha agarrado las tetas y ha empezado a moverse.*

Breaker: *Joder.*

JP: *¿Era una clase? Suena más bien a un buen rato. ¿Dónde puedo apuntarme?*

Huxley: *Tienes un serio problema.*

JP: *Lo dice el tipo que se ha empalmado durante una clase de preparación al parto al lado de un colega de trabajo.*

Huxley: *No estabas allí. No lo sabes.*

Breaker: *¿Al menos has felicitado a Dave por su erección?*

Huxley: *¿Desde cuándo un tipo felicita a otro por su erección?*

Breaker: *Podría ser agradable. Una firme palmada en la espalda y luego un cumplido. «Buena tranca, tío».*

Huxley: *Solo Dios sabe por qué hablo con vosotros.*

—Qué clase tan maravillosa, ¿no crees? —pregunta Ellie, y lame el helado de menta y chocolate en un cono de gofre enorme.

—Oh, sí, ha sido genial —responde Lottie, aunque sé que su voz destila sarcasmo.

No ha sido una clase maravillosa. Ha sido una pesadilla, por muchas razones.

—¿A que Heaven es una instructora maravillosa? —pregunta Dave—. A mí me ayuda a conectar a otro nivel. Ellie y yo hemos fortalecido nuestra relación gracias a ella.

—Sí. —Me acerco a Lottie, pongo la mano en el respaldo de su silla mientras compartimos un cono de helado. Y cuando digo «compartir» me refiero a que se lo come todo ella sola—. Heaven es genial. Me ha hecho pensar en cosas que nunca había considerado. —Es la verdad. Sin tapujos, me ha llevado a un nuevo nivel.

—¿Crees que seguiréis con las clases? —pregunta Ellie, llena de esperanza.

—Depende del horario de Lottie —respondo—. Está poniendo un negocio en marcha con su hermana, así que no tiene mucho tiempo.

—¿En serio? —pregunta Dave, que parece interesado—. ¿Y de qué...? —Baja la mirada a su móvil, que vibra encima de la mesa—. Joder... Es Gregory. Quiero visitar una de nuestras propiedades —explica con pesar—, y le dije que me enviara un mensaje cuando estuviera listo. Por mucho que lo lamente, tengo que irme ya.

—Lo entiendo perfectamente —respondo, y voy a despedirme de él—. Nosotros también tenemos que irnos. Después de terminar el helado, por supuesto.

Dave se levanta y ayuda a Ellie.

—Sí, disfrutad del día soleado. Espero que nos encontremos de nuevo pronto.

—Me encantaría —dice Ellie con un arrullo—. Estoy deseando volver a estar con vosotros.

Se despiden y se van de la mano hacia el coche.

En lugar de soltar a Lottie de inmediato, mantengo el brazo firmemente plantado donde está.

—¿Vas a compartir el helado conmigo?

—No —dice, y le da un enorme mordisco al helado Rocky Road que hemos decidido tomar juntos—. Es solo mío. Es lo mínimo que puedes hacer.

—¿Sabes?, no has sido la única que se ha visto atrapada en un agujero negro en esa clase —le siseo al oído, pero mantengo una postura y una expresión neutrales. Dave y Ellie aún podían vernos.

—¿Estás refiriéndote a tus pelotas moradas? —pregunta Lottie, con una sonrisa lobuna en los labios.

Sí, tal vez un poco.

Las pelotas moradas están en pleno apogeo en este momento.

No ayuda que siga imaginándola encima de mí, embistiendo mi polla mientras se agarra el pecho...

—Lottie..., mi Lottie, ¿eres tú?

Al instante, Lottie se pone rígida a mi lado mientras una rubia de piernas largas se acerca a nosotros ataviada con una falda rosa chicle y un top blanco. Esa mujer parece sacada de *Una rubia muy legal*.

Lottie se endereza y me pone la mano en el muslo. Con ese movimiento —su mano reclamándome—, me dice algo importante: sea quien sea esta mujer, necesita que yo interprete mi personaje.

—Angela —dice Lottie después de tragar el helado—. ¿Qué... eeh... qué estás haciendo aquí?

¿Angela? ¿La examiga que despidió a Lottie?

Angela me mira, y sé que me reconoce en el acto porque se lleva las gafas de sol a la punta de la nariz y se queda con la boca abierta.

—¿Huxley Cane? ¿Eres tú? —me lanza, ignorando a Lottie por completo.

¿Se supone que la conozco? Porque hace que parezca que nos hemos visto antes.

Me muevo en mi asiento, acercándome más a Lottie mientras deslizo el brazo hasta su hombro en lugar de dejarlo apoyado en su silla.

—Lo siento, ¿nos conocemos? —pregunto.

Lottie se echa hacia mí. Su lenguaje corporal pide ayuda a gritos. La tranquilizo pasándole la mano por el hombro.

Angela agita la mano.

—Qué gracioso. Nos conocimos en la Gala Stardom del año pasado. Yo era la preciosa diosa con el vestido morado hasta el suelo. —Se echa el pelo hacia atrás por encima del hombro.

—Eeeh... —digo, ladeando la cabeza—. No consigo ubicarte.

Lottie lanza un resoplido tan suave que estoy seguro de que soy el único que lo ha oído.

—Bueno, esa noche había mucha gente. —Angela se pone la mano en la cadera—. Qué locura que nos encontremos ahora. —Luego mira a Lottie. Noto que sus ojos se posan en el brazo con el que la rodeo, que percibe la cercanía de nuestros cuerpos, y entonces..., clic—. Oh, Lottie, ¿estáis... saliendo?

Lottie me mira en ese momento, así que aprovecho para levantarle la mano con la que sostiene el helado, llevarla a mi boca y darle un mordisco antes de guiñarle un ojo.

—¿Sigues escondiéndome de tus amigos, nena? ¿Qué te he dicho? Deja de mantener nuestra relación en secreto.

—Espera un momento... —dice Angela. La cabeza debe de estar bulléndole—. ¿Lo dices en serio? ¿Estáis saliendo? —Hace un gesto con el dedo para señalarnos a los dos.

Lottie asiente.

—Sí, estamos saliendo —dice sin dejar de mirarme.

—Nena, dile que estamos más que saliendo. —Le quito el helado y le levanto la mano para enseñar el enorme anillo de compromiso. Luego le doy un beso —. Vamos a casarnos.

—¡¿Qué?! —grita Angela—. ¿Desde cuándo? No me habías dicho nada, Lottie.

—Hemos estado ocupados. ¿Verdad, nena? —le digo a Angela, volviéndome hacia ella con una sonrisa en la cara. Luego me agacho hacia Lottie y le beso el lateral del cuello.

La presión de la mano de Lottie en mi pierna se incrementa.

—Sí, muy ocupados. Pero, sí, estamos comprometidos.

—Ya veo, bueno..., me duele que no me lo hayas dicho.

Vaya, menuda jeta tiene esta chica.

—Eso es lo que pasa cuando cortas lazos con tu mejor amiga, Angela, que ella lo considera como una señal para seguir adelante.

—Lottie me sonrío y me ofrece de nuevo el helado para que pueda tomar otro bocado—. He pasado página.

Angela retrocede, con una mano en el pecho.

—Lottie, estás siendo muy cruel. Pero si he venido por aquí a ver si querías almorzar conmigo alguna vez. —*Oh, qué bruja*—. Te echamos mucho de menos en la empresa. Tal vez podamos volver

a contratarte. En especial ahora, que estás saliendo con Huxley Cane. Es más, podríamos ser socias.

Por el rabillo del ojo, veo que Lottie aprieta los dientes. Su ira está creciendo, y estoy viendo otro lado de ella. Está claro que yo la he hecho enfadar, pero esas banales discusiones que hemos tenido parecen casi superficiales en este momento, y más comparadas con esto. Esto es ira de verdad. Le sube desde la boca del estómago.

Y me doy cuenta de que quiere saltar sobre Angela y arrancarle la cabeza, lo que no resolverá nada, así que la detengo antes de que ocurra.

—Nena, recuerda que tenemos una reunión y ya llegamos tarde. —Bajo el brazo y le cojo la mano—. Estoy seguro de que a Angela no le importa ponerse al día contigo en otro momento. —Le echo una mirada a Angela de soslayo.

—Oh, por supuesto que no —cede con facilidad—. No os entretengáis por mí. Pero me encantaría charlar contigo en algún momento, Lottie. Te echo de menos. Y ya sabes lo ocupada que estoy. Plantéate lo de la reunión del instituto; necesita un «toque Lottie». —Roza los dedos de Lottie y luego entra en la heladería.

Lottie permanece sentada en silencio, sosteniendo el helado, pero sin decir nada. Ni siquiera se mueve.

—¿Así que esa es Angela? —digo sin saber qué hacer.

Lottie se levanta y me da el helado.

—¿Podemos irnos ya?

—Sí, si eso es lo que quieres.

—Pues sí —dice, y por primera vez desde que la conozco, le cojo la mano no porque esté montando un espectáculo, sino porque creo que lo necesita.

El ruido de las cucharas en los platos de sopa es el único sonido que se oye en el comedor. El silencio es tan ensordecedor que, si alguien entrara, pensaría que está accediendo a un funeral.

El funeral de mi autoestima.

Lottie no ha dicho nada desde que salimos de la heladería. No parece enfadada, sino más bien pensativa. Probablemente esté lamentando su decisión, como yo.

Todavía no puedo clasificar a qué tipo de clase hemos asistido. Sé que Los Ángeles es ligeramente diferente a otras ciudades, pero follar con ropa delante de extraños mientras te imaginas que fertilizas a alguien con tu semilla es demasiado.

Y como ha sido tan raro, como ha estado tan fuera de lugar, no tengo idea de qué decirle a Lottie. ¿Debo disculparme? ¿Debo preguntarle si le ha gustado? ¿Debería apuntarnos a otra clase? ¿Debo mencionar a Angela de nuevo?

—¿Qué tal la sopa? —pregunta Reign, entrando con una cesta de galletas.

—Deliciosa —digo.

—Muy buena —añade Lottie—. ¿Son galletas caseras?

—Sí —responde Reign—. De cebollino y *cheddar*.

—Como si eso importara —replica Lottie mientras coge una de la cesta, sonriendo.

¡Ya está bien! Está de mejor humor que cuando salimos de la heladería.

Decido probar suerte con ella.

—¿Quieres que hablemos de lo que ha pasado con Angela?

Clava los ojos en los míos.

—No.

—Porque me ha parecido que...

—He dicho que no, Huxley —insiste secamente.

Bien, tomo nota. No le gusta hablar de Angela. Lo he pillado. Intento un enfoque diferente.

—Dave me ha dicho que Ellie cuenta con que vayas de compras con ella en algún momento. Para mirar cosas de bebés.

No cambia la dirección de su vista, ni siquiera me dirige una mirada de reojo.

—Me dijo que quería informarse sobre los sacaleches —dice.

—Oh... —Joder, eso no suena divertido. No tengo ni idea de lo que implica, pero ya puedo intuir que no es algo que le interese a Lottie—. ¿Ha mencionado cuándo?

—En algún momento de la próxima semana. —Rompe un trozo de galleta y se la mete en la boca.

—¿Vas a ir?

—¿Tengo otra opción? Después de lo que ha pasado esta tarde, estoy casi segura de que estamos unidos a Ellie y Dave de por vida.

—Se lleva otro trozo de galleta a la boca—. Cuando estábamos guardando las colchonetas de yoga, Ellie me dijo que había tenido un orgasmo mientras Dave estaba *pulsionando* sobre ella. —Se limpia la boca despreocupadamente—. ¿Entiendes el daño que le hace eso a una persona? ¿Saber que alguien, a pocos metros de distancia, tuvo un orgasmo mientras su prometido la follaba con ropa en una clase de preparación al parto? —Sus ojos por fin se encuentran con los míos—. No estoy bien, Huxley.

—Bueno, por si te sirve de consuelo, nunca podré mirar a Dave de la misma manera después de que exhibiera orgulloso su erección a la vista de todos.

—Me sorprende que no te unieras a él. —Ella toma un poco más de sopa sorbiendo de la cuchara—. Ya que parece que te gusta ser el mejor en todo. Habría sido divertido ver quién tenía la erección más grande.

—Lo que ha sucedido hoy ha sido muy poco profesional y no tengo intención de repetirlo.

—¡Lo sabía! —Niega con la cabeza.

—¿El qué? —pregunto.

—Que tenías un palo en el culo mientras estábamos allí.

—¿Me estás diciendo que te gustaría ir a otra de esas clases?

—Por supuesto que no, pero es una experiencia más de la vida. No hay que mostrarse tan tieso todo el tiempo, y no es un juego de palabras.

—No estoy tieso todo el tiempo —protesto—. Es solo que no me gusta que me hagan follar con ropa delante de un posible socio de negocios, y menos ver la erección de dicho socio después.

—Él no se ha excitado porque tú hayas hecho eso.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Ya lo sé. Solo lo añadía a la «experiencia» —digo, dibujando unas comillas en el aire—. Tú misma me has dicho que no lo has pasado bien. ¿Por qué la tomas conmigo?

—No la tomo contigo —responde ella; inspira hondo y se reclina en la silla—. ¿Sabes?, no creo que esto vaya a funcionar.

—¿Perdón? —digo con la voz llena de pánico.

—Esto. —Nos señala a ambos—. Parece que no podemos estar en la misma longitud de onda, y francamente, estoy cansada de pelear contigo todo el rato.

—¿Crees que disfruto discutiendo contigo?

—Creo que te complace hacerme enfadar. Lo sé desde anoche.

—La verdad es que me dan placer otras cosas —digo, arqueando una ceja, porque disfruté mucho hundiendo los dedos en ella.

Pone los ojos en blanco y coloca las manos sobre la mesa.

—Creo que esto de cenar juntos es demasiado. Estamos forzando la situación, y eso es algo que no deberíamos hacer.

Me echo hacia delante.

—No estamos forzando nada —digo bajito—. Estamos interpretando un puto papel —continúo sin subir la voz—. Las cenas no son para que pasemos tiempo juntos, son para mantener viva esta charada.

—¿De verdad crees que Reign podría contar algo? ¿Como que no cenamos juntos? Parece un tipo agradable y de confianza. Por desgracia, todavía no te ha envenenado.

Genial...

—No es que vaya a decir algo de forma deliberada, pero podría comentar sin querer que no cenamos juntos. Eso podría llegar a oídos de alguien interesado, que lo retuerza para escribir un artículo y venderlo a esas páginas de mierda. Cuando estás en una posición como la mía, tienes que ser consciente de que la información surge de cualquier manera, aunque sea inocente.

—Aggg... —gime y se cruza de brazos—. No sé cuánto tiempo más soportaré esto, Huxley.

Sus ojos parecen agotados cuando se encuentran con los míos, y me doy cuenta de que tal vez tenga razón. Interpretar un papel todo el rato es absolutamente agotador; tener que asegurarte de que estás diciendo lo más apropiado todo el tiempo. Estoy acostumbrado a ser yo mismo, y así es como he actuado con todos mis socios. Un auténtico profesional, medido, reflexivo, centrado, aunque, en realidad, soy como cualquier otro tipo cuando quiero relajarme; bromeo y me divierto como el que más. Cuando no se está acostumbrado a representar un papel, acaba siendo agotador, sobre todo, si está en juego no solo tu sustento, sino también el de otra persona.

—¿Cuánto tiempo más aguantarás? —pregunto con seriedad.

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Qué quieres decir?

—Dame un plazo. Podría llamar a Dave mañana, a ver si quiere reunirse para hablar del trato. Quería cultivar un poco más nuestra amistad antes de volver a plantearse, pero entiendo tu necesidad de acabar con esto cuanto antes.

—Bueno, no lo sé. —Su expresión es confusa.

Asiento.

—Mañana hablaré con mis hermanos.

Cojo un poco de sopa con la cuchara y me la llevo a la boca antes de volver a encerrarme en mí mismo. Lottie no se mueve. Se queda sentada mirando la comida, sin tocarla.

—¿Sabes lo que ayudaría? —dice después de unos minutos en silencio.

—¿Qué? —pregunto, volviendo mi atención hacia ella.

—Una de las razones por las que dije que sí a esto fue porque cuando estábamos cenando en Chipotle parecías un tipo con el que podría llevarme bien, pero en algún momento, cambiaste.

—No puedo evitar ser como soy.

—Ese es el problema. No sé cómo eres. Y tú no sabes cómo soy yo.

—No pensaba que te interesara conocerme en el plano personal, dado que nuestra relación es estrictamente de negocios.

—¡Dios! —gime—. Tú y tus malditos negocios. ¿Qué tal si dejas a un lado esa mentalidad profesional durante un rato y te dedicas a conocerme? Tal vez sea más fácil así salir contigo. Así, al menos, no me sentiré como si estuviera follando con ropa con un desconocido en una clase de preparación al parto.

Valoro lo que me pide..., y no es mucho. Pero sé que he puesto una coraza mi alrededor para tratar con ella. Si la conozco más, va a gustarme más. Lo sé. Es el tipo de chica que captaría fácilmente mi atención y me mantendría en vilo. Y no quiero eso, que me pesquen y comenzar cualquier tipo de relación. No tengo paciencia para centrarme en eso ni estoy dispuesto a dedicarle mi tiempo. Soy demasiado egoísta en esta etapa de mi vida. Estoy demasiado centrado en mi carrera, en mis objetivos.

Pero la necesito.

¡Joder!, la necesito.

Necesito que me ayude a conseguir este trato y, si eso significa cambiar de actitud y permitir que me conozca mejor, pues, joder, eso es lo que tendré que hacer.

—Vale —acepto—. Puedes hacerme dos preguntas cada día. Y dos preguntas más en la cena. Eso será suficiente.

—¿Suficiente? Pareces Mary Poppins, pura corrección y concreción.

—¿Aceptas el trato? —arquea una ceja.

—¿Estás diciéndome que podré hacerte cuatro preguntas todos los días?

—Sí. ¿Qué te parece?

Mueve la cabeza, divertida.

—No esperaba algo tan formal, pero supongo que podría servir. ¿Quién empieza?

Me paso la servilleta por la boca.

—Tú.

—¿Ahora mismo?

—¿No es eso lo que querías? —pregunto, tratando de ocultar mi irritación.

—Claro, claro. Supongo que no estaba preparada para que te mostraras tan abierto.

—No soy idiota, Lottie.

Muevo los labios hacia un lado, como diciéndome que cree todo lo contrario.

—Vale, bien, supongo que me centraré en las preguntas. —Me mira con intensidad—. ¿Por qué este trato con Dave es tan importante como para llegar a este extremo para conseguirlo?

Debería haber imaginado que sus preguntas no serían fáciles.

Me muevo en la silla, me vuelvo distraído hacia ella y paso el brazo por encima del respaldo de la silla.

—En realidad, es bastante sencillo. Cuando me propongo algo, voy a por ello sin importar las circunstancias. Dave tiene tres propiedades que pueden resultar extremadamente beneficiosas para nuestra empresa. Pero él no quiere venderlas solo para ganar dinero, sino que también quiere asegurarse de que las compre la persona adecuada. Quiero ser esa persona.

—Parece muy agresivo.

—Cuando te dedicas a la promoción inmobiliaria, tienes que ser agresivo. No puedes dormirte en los laureles. Hay que saber qué se vende, dónde se vende y el potencial del lugar. Breaker, JP, y yo siempre mantenemos los ojos y los oídos abiertos mientras

desarrollamos otras promociones inmobiliarias, así podremos seguir ganando, invirtiendo para el futuro. Las propiedades de Dave son una gran oportunidad que no puedo dejar escapar solo porque él no me conozca como persona. No me gusta eso.

Asiente.

—Ya, tiene sentido. Yo no llegaría a ese extremo, pero lo entiendo.

La hostilidad en su voz ha disminuido y ya no tiene el ceño tan fruncido. Odio admitirlo, pero tal vez esto de las preguntas no haya sido una mala idea después de todo.

—¿Quieres que te haga una pregunta?

Asiente de nuevo.

—Sí, es tu turno.

Pues allá voy, si ella ha ido a saco con una pregunta complicada, yo también.

—¿Por qué te da tanta vergüenza contarle a tu madre y a Jeff que te han despedido?

—Debería haberme esperado esa pregunta, dada la que te lancé yo. —Suspira—. Crecí con Angela, la dueña de *Angeloop*; es un blog muy conocido sobre estilo de vida. Le hace la competencia a Gwyneth Paltrow, ¿sabías? Hemos sido amigas de forma intermitente a lo largo de mi vida.

—¿Cómo es eso? —pregunto—. En lo que a mí respecta, o se es amigo de alguien, o no.

Lottie mueve la cabeza.

—No es así con Angela. Tenía su amiga de la semana, algo así como el plato del día. No tenía ningún problema en pasar de una amiga a otra; cuando se cansaba de una, iba a la siguiente, que era su nueva mejor amiga. Crecí al borde de un barrio rico, en una familia de clase media, Angela era emocionante. Sé que suena ridículo, pero cuando eres pequeña, esta clase de cosas llamativas son divertidas. Angela era llamativa siempre, y nos divertíamos mucho juntas. Íbamos al instituto en su BMW, pasábamos los fines de semana en su casa celebrando fiestas en la piscina y, luego, un día cualquiera, me apartaba de ella. Era una relación tortuosa y tóxica, y, sin embargo, seguía aceptándola por los momentos divertidos que pasábamos juntas.

—Entiendo —digo—. Esa es la definición de persona tóxica.

—Lo sé, y eso es lo que me ha dicho siempre mi madre. En realidad, mi madre odia a Angela. Así que, cuando me saqué el máster universitario en desarrollo de empresas y Angela me ofreció un trabajo en su reciente *start-up*, mi madre se mostró extremadamente escéptica por que me uniera a alguien que tanto es fría como caliente.

—Algo natural.

—Sí, tal vez. Mi madre tenía razón. Me dijo una vez una cosa que no hace más que darme vueltas en la cabeza en este momento: *«Te ha tratado con desprecio y crueldad implacable como amiga durante toda vuestra vida, Lottie, ¿cómo crees que puede tratarte en los negocios?»*.

—De la misma manera, ¿no?

—Sí. Pero, en realidad, no tenía muchas opciones. Podía empezar a trabajar en alguna empresa donde apenas rozaban el campo en el que quería estar, o podía trabajar para Angela, hacer crecer su negocio y hacerme cargo de él. Me ofreció un salario inicial bajo y dijo que, después de un año, si la ayudaba a hacer crecer el negocio, me daría el aumento que me merecía. Me pareció una propuesta firme. Mi madre, Jeff y mi hermana me dijeron que no lo hiciera, que no se podía confiar en Angela. Pero lo hice de todos modos y conseguí mi objetivo. Hice crecer su negocio hasta donde está ahora. Llevé a Angela a la vanguardia ante los ojos de todo el mundo. Y cuando llegó el momento de que me aumentara el sueldo...

—Te despedió. —Niego con la cabeza—. Yo soy bastante despiadado cuando se trata de negocios, pero de ninguna manera haría algo así. Reconozco a un buen empleado cuando lo veo y, en lugar de despedirlo, me aseguro de promocionarlo. Lo hará mucho mejor bajo mi ala que con un competidor. Supongo que Angela se sentía amenazada y quería deshacerse de ti antes de que toda empresa se diera cuenta de lo valiosa que eres.

—Probablemente. —Se mira las manos entrelazadas—. En cualquier caso, me da demasiada vergüenza decírselo a mi madre y a Jeff. No quería escuchar sus «Te lo dije», y así es como he llegado a estar aquí sentada, contigo. Estaba desesperada por mantener la fachada.

—Entiendo la necesidad de proteger tu reputación. Creo que es una de las razones por las que estoy siendo tan agresivo en mi

enfoque con Dave. Todo el mundillo sabe que voy a por las mejores propiedades, y todos saben que consigo lo que quiero, pero Dave me está dando mucha guerra a cambio de mi dinero, y eso supone una mancha en mi reputación.

—No se puede ganar siempre.

—Yo sí —aseguro—. Siempre gano.

—Me alegro de que tengas una perspectiva tan indulgente.

Suelto una risita.

—¿Cuál es tu segunda pregunta?

Ladea la cabeza, estudiándome.

—Pareces tan rígido todo el tiempo que me cuesta imaginar que te diviertas de verdad —comienzo—, así que supongo que mi pregunta es: ¿qué te gusta hacer para divertirte?

Me rasco la mandíbula.

—Cuando consigo tomarme un segundo para respirar, disfruto yendo a ver partidos de béisbol.

—Déjame adivinar: vas a los asientos acolchados.

—No me conformaría con menos.

—Sé que es otra pregunta, pero la llamaremos pregunta 1A.

—Vale... —respondo.

—¿Cuál es tu equipo favorito?

Niego con la cabeza.

—La verdad es que no tengo un preferido, lo cual me parece raro. Me gustan algunos de los equipos californianos, y disfruto yendo a diferentes estadios; los estudio para encontrar las diferencias de unos con otros, y sigo a mi buen amigo de la universidad. Se retira este año, es su gira de despedida.

—Oooh, pregunta 2B, ¿quién es tu amigo?

Me río.

—Penn Cutler. Es lanzador de los Bobbies de Chicago. Fuimos juntos a la universidad. Ha tenido una carrera accidentada en las ligas mayores, pero parece que todo le va bien en esta última temporada.

—Voy a tener que buscarlo. Pero... béisbol, ¿eso es todo? ¿Eso es lo único que te gusta hacer?

—No, me gusta salir con mis hermanos. Y pasar el día en la piscina. Además, disfruto de juegos sencillos como el *ring toss*, el *cornhole*, ir a la playa. No soy surfista, pero los chicos y yo jugamos

al fútbol americano en la playa muy a menudo. —Me encojo de hombros—. Nos divertimos cuando tenemos la oportunidad.

Parpadea un par de veces y luego se ríe, negando con la cabeza.

—Nunca habría imaginado que te gustara jugar al fútbol en la playa. Me imaginaba que eras el típico al que le gusta pasar el rato en viejas salas de fumadores, con una chaqueta con logotipo, cigarrillo en mano, hablando de la bolsa y de cómo el Dow te está jodiendo la vida. El tipo de hombre que va a la ópera y le gusta. El tipo de hombre que toma clases de piano en su tiempo libre porque necesita ser bueno en todo.

—Aprendí a tocar cuando era pequeño.

—Claro que sí. Pero jugar al fútbol americano en la playa es una actividad de una persona normal. Luego me dirás que te gusta ir a conciertos.

—Me gusta —digo—. Pero tiene que ser de la música adecuada. No voy a ir a un concierto de Bruno Mars, pero digamos que, si Foreigner está en la ciudad, me aseguraré de comprar entradas.

—No, de eso nada, no te veo en uno. No te imagino en un concierto. Y si vas a conciertos, probablemente serás el tipo tieso, con la cerveza en la mano, que no se mueve, que no canta, que no esboza una sonrisa.

—Te sorprenderías. —Me ha relajado con estas preguntas, y no me siento muy cómodo con eso. Soy cauteloso por naturaleza, implacable cuando es necesario. Al ser mis hermanos mis mejores amigos, me he vuelto reticente con los demás. Y aquí está Lottie, decidida a conocerme más de lo que estoy dispuesto a permitir.

—Qué interesante... —Hay una sonrisa en su cara, una expresión tan genuina que me sorprende que esto sea todo lo que necesitaba. Solo una conversación, algo simple—. Bien, es tu turno, haz tu última pregunta de hoy.

La pienso un poco.

—¿A qué concierto te gustaría asistir? —pregunto finalmente.

—¿De un artista vivo o de uno muerto?

—De los dos —respondo.

—Si pudiera resucitar a Freddie Mercury... Daría mi alma por verlo actuar. Oírlo en vivo, verlo en un escenario... Dios, sería mi último sueño. Y vivo..., mmm..., ahora mismo..., probablemente a Fleetwood Mac.

—No esperaba esa respuesta —digo, sorprendido—. Por todo lo que has dicho, había imaginado que ibas a decir Foreigner.

—A ver, están en lo alto de la lista, pero en este momento de mi vida estoy obsesionada con Stevie Nicks; y las nuevas colaboraciones que hizo con Miley Cyrus son... Oh, buenísimas. Y es música relajada, ¿sabes? Puedes escucharlos en un día lluvioso o cuando estás en la playa. *Dreams*... —Una sonrisa cruza su cara—. Creo que sería la canción perfecta para besarse. El ritmo, la sensación que produce. Es fabulosa. ¿Te gusta Fleetwood Mac?

Asiento.

—Sí. A veces los pongo mientras trabajo.

Levanta la mano en señal de sorpresa.

—¿Escuchas música mientras trabajas?

—Todos los días.

—Vaya. —Me empuja el hombro—. ¿Ves? Esto es lo que necesitaba. Verte actuar como un ser humano. —Suelta un profundo suspiro—. Me siento mejor. —Coge la cuchara y vuelve a concentrarse en la sopa.

—¿Te sientes mejor? ¿Así sin más?

—Sí. Ya deberías saber, Huxley, que soy bastante fácil.

—Sí..., lo descubrí anoche.

—Mira tú..., si también sabe hacer bromas.

14

LOTTIE

Miro el reloj para ver qué hora es. Pasa un poco de la una. Hoy hemos comido temprano porque Kelsey tenía una reunión con un posible cliente a la una y media, así que llevo noventa minutos trabajando en la página web y necesito un descanso.

Me reclino en la incómoda silla del comedor —está claro que en algún momento vamos a necesitar una oficina de verdad, en lugar del pequeño estudio de Kelsey—, cojo el teléfono y abro el chat de mensajes con Huxley.

El día de ayer fue como una montaña rusa. Por un lado, me impresionó cómo cumplió su promesa y organizó otra reunión con Kelsey, por no hablar de la manera en que se preocupa por sus empleados, y eso desafía la imagen negativa que tenía de él en mi cabeza. Por otro, me hizo ir a una indescriptible clase de preparación al parto que me llevó muy lejos de mi zona de confort. Tampoco ayudó que me pareciera divertida en su momento. De hecho, eso es lo peor de todo: si se hubiera reído conmigo durante el incómodo encuentro, habría sido un momento digno de recordar, pero se comportó como un robot y eso lo empeoró todo. Y después nos encontramos con Angela.

Dios, ¿existirá algún ser humano peor que ella?

La desprecio.

Todavía no me creo que tuviera el valor de comentar que podíamos trabajar juntas cuando vio que estaba saliendo con Huxley Cane; ya sé que es todo mentira, pero aun así. Sin duda, en los últimos tiempos está mostrándose tal cual es. Pero lo peor de encontrarnos con ella fue la forma en que Huxley reaccionó.

Se mostró protector.

Me defendió.

Tomó el mando de la situación.

El hombre al que he despreciado durante toda la semana pasada de repente se puso a mi disposición, sin que yo se lo pidiera. Creo que nunca me había sentido más confusa. Estuvo allí. Sosteniéndome la mano, asegurándose de que estaba bien.

Pero cuando nos metimos en el coche, volvió a convertirse en un robot que, con los hombros tensos, agarraba con firmeza el volante. El hombre que me gustaba me apartó en un abrir y cerrar de ojos.

Y no tengo ni idea de por qué.

Después, ese robot cenó conmigo. Ahí ya no pude soportarlo más; estaba harta y casi me fui.

Sin embargo, como el hombre cambiante que es, se remangó y volvió a mostrar esa personalidad generosa, la que me había enseñado mientras estábamos en el Chipotle. Y me ofreció dos preguntas cada día y otras dos en la cena, algo que tampoco esperaba. No estoy segura de que se creyera que iba a hacérselas en serio, pero las hice. Que llegue a conocer a ese hombre de verdad hará las cosas mucho más fáciles. Me sentiré más cómoda y, como ha dicho Kelsey, tal vez eso lleve a que nuestra falsa relación sea más creíble.

Le envió un mensaje.

Lottie: *¿Qué estás escuchando en este momento?*

Me sorprende ver aparecer los puntos junto a su nombre.

Huxley: *The Chain, de Fleetwood Mac. Me entraron ganas ayer. He estado poniéndolos todo el día.*

Sonrí para mis adentros y le devuelvo el mensaje.

Lottie: *Yo también. Acabo de cantar Rhiannon a pleno pulmón. El ratón de mi ordenador era el micrófono, y he usado la linterna de mi teléfono para iluminar el ambiente. ¿Has hecho lo mismo?*

Huxley: *No.*

Lottie: *Paso a paso, supongo. Venga, hazme una de las preguntas diurnas.*

Huxley: ¿Ahora?

Lottie: Sí, me dijiste que podía hacerte dos preguntas durante el día, y dos más en la cena. Así que... adelante.

Huxley: ¿Cuál es la mayor locura que hiciste en la universidad?

Lottie: La pregunta del pasado. Vale, eeh... bueno, en realidad no estaba loca en la universidad. Sé que parece que podría tener historias que contar, pero no tengo muchas, solo era el reclamo de las fiestas.

Huxley: ¿Qué?

Lottie: Había un bar al que íbamos mucho, el Chicken Leg. Era un tugurio. Aceptaban cualquier identificación, y se podía oír la mejor música del mundo, y cuando digo la mejor música, creo que sabes de lo que estoy hablando. Rock de la vieja escuela. Una noche hicieron un concurso de playbacks con camisetas mojadas. El premio era de mil dólares.

Huxley: Creo que sé adónde va a parar todo esto.

Lottie: No es que tenga mucho que mostrar por arriba, pero me puse la camiseta más fina que tenía, sin sujetador, por supuesto, y, cuando me tocó el playback de Don't Stop Believin', me empapé las tetas con agua y me lancé. Aquella noche acabé mil dólares más rica.

Huxley: ¿Qué hiciste con el dinero?

Lottie: Pagar las multas de aparcamiento que había acumulado por ser perezosa y dejar el coche en zonas prohibidas del campus.

Huxley: *Qué horror...*

Lottie: *Iba a tener que pagarlas de cualquier manera.*

Huxley: *¿Trabajaste mientras estabas en la universidad?*

Lottie: *¿Es tu segunda pregunta?*

Huxley: *Sí.*

Lottie: *Entonces, sí. Primero fui camarera. Tenía un buen sueldo, pero eran muchas horas, los clientes eran muy tiquismiquis y me tocaba llevar al menos un filete a la semana a la cocina por estar demasiado crudo. Pero eran ricos y daban buenas propinas. Por eso no me ahogan las deudas. Bueno, gracias a eso y a ti...*

Huxley: *¿Lo dices porque solo te faltaban por pagar treinta mil dólares de crédito universitario apenas un año después de graduarte? Está muy bien, la verdad.*

Lottie: *Pero cuando no tienes nada, treinta mil es mucho.*

Huxley: *Entiendo. ¿Cuál es tu segunda pregunta?*

Lottie: *¿Cuál es tu juego de mesa favorito?*

Huxley: *No tengo ninguno.*

Lottie: *Esa es una respuesta aburrida. Te tiene que gustar algún juego de mesa.*

Huxley: *No juego a eso.*

Lottie: ¿Y de cartas?

Huxley: ¿Uno?

Lottie: ¿Es una pregunta o una respuesta?

Huxley: Respuesta. Es el único que se me ocurre. Breaker nos hace jugar al Uno Attack de vez en cuando. Es divertido.

Lottie: Oooh, me encanta el Uno Attack. Buena respuesta, Huxley. Me vale.

Huxley: Me alegra oírlo. Ahora, a volver al trabajo.

Lottie: Te veo en la cena.

—¿Has pedido esto a propósito? —pregunto cuando Reign se va. Huxley, que está especialmente guapo con una camisa negra, se coloca la servilleta en el regazo y coge la salsa casera de rábano picante.

—Has conseguido que me apetezca carne a la plancha. Espero que no tengas que devolver la tuya.

—Descarado —digo. Echa un poco de salsa encima del filete y me da el plato. Nuestros dedos se rozan y, por alguna razón, el cálido tacto de su piel hace que me suba un rayo de lujuria por el brazo hasta el corazón. ¿Por qué coño me pasa esto?

Me aclaro la garganta.

—Pero tiene buena pinta. Patatas fritas y... ¿qué es esto verde? —pregunto.

—Brócoli.

Responde de forma cortante y seca, lo que me lleva a pensar una cosa: tiene que volver a entrar en calor si quiero que se comprometa como antes. Parecía bastante abierto a través de los mensajes, pero, en persona, se mantiene alerta. Lo bueno es que sé que puedo hacer que baje la guardia con un poco de persuasión.

—El brócoli parece sacado de un libro del Dr. Seuss.

—Puede ser.

—¿Qué es esto que lleva? —insisto, a ver si se extiende en los comentarios.

—Vinagreta de mostaza. —Huxley parte su filete.

Va-le...

—Hoy me he puesto en contacto con Dave, como te prometí —comenta mientras me estoy devanando los sesos en pensar qué más puedo preguntarle—. Le pedí que concertara una reunión para hablar de negocios.

¡Oh, mierda! Me había olvidado de que dijo que iba a hacer eso, incluso después de admitir que le gustaría pasar más tiempo cultivando su amistad. Me siento culpable. La noche pasada tuve un momento de debilidad cuando le dije que no iba a aguantar mucho más. Me sentía frustrada, y merecidamente, dado el individuo cerrado con el que había estado interactuando. Pero la frustración se transformó anoche en otra cosa: afecto.

Agradezco que se haya soltado y que le haya dado una oportunidad a mi idea sin una mirada de reproche o un pensamiento de contrariedad.

—No era necesario que llamas a Dave —digo—. Anoche estaba con el ánimo bajo. No debería haberte dicho que no sabía si iba a soportarlo. —Levanto la vista hacia él—. Lo siento.

—No pasa nada. Hay que dedicarse también a los negocios —responde Huxley con bastante frialdad—. Me ha dicho que intentará sacar algo de tiempo para mí esta semana. Cuando lo haga, me aseguraré de decirle que estás ocupada y que no puedes quedar con Ellie.

—Huxley, no es necesario. He firmado un contrato. Puedo quedar con Ellie.

—Está bien —dice, posando los ojos en mí con severidad.

Pero no es eso lo que transmite.

La conversación se interrumpe en ese momento. Justo cuando creía que empezaba a abrirse a mí, vuelve a convertirse en un hombre taciturno. No sé si alguna vez entenderé estos cambios de humor o por qué los tiene; probablemente, porque no quiere que me acerque lo suficiente para averiguar por qué actúa así.

Pero supongo que solo son negocios para él, ¿verdad?

Estoy harta de eso. De ese término. ¿Cuándo los negocios se convirtieron en algo tan impersonal? En el primer negocio de lim-

pieza que tuvo mi madre, antes de que la contrataran como alta directiva en su actual empresa, nunca se mostró fría. Era cálida y amable. Y esa era una de las razones por las que sus clientes la querían tanto, porque los atendía muy bien, porque era, de hecho, todo lo contrario a indiferente. Aunque, para ser justos, el negocio de mi madre llevaba implícito tratar con clientes, mientras que el de Huxley son adquisiciones.

Pero eso no explica por qué Huxley siente la necesidad de actuar así. A ver si consigo relajarlo como anoche.

—Ha llegado la hora de las preguntas, ¿estás preparado?

Arquea una ceja cuando me mira. Por un instante, creo que va a negarme la satisfacción de romper su coraza una vez más, pero después sus ojos se clavan en el filete mientras lo corta.

—Por supuesto.

Caramba, parece que va a ser difícil sacarlo de su caparazón esta noche. Tengo que soltarle una buena pregunta, una que lo haga hablar.

Mmm...

Algo que lo haga hablar de verdad.

Algo que le guste.

Ya sé...

—Si tuvieras un barco, ¿a dónde irías? —Una pregunta sencilla que da lugar a *explayarse*.

—Tengo un barco. Un yate, para ser más preciso con los términos.

Abbb...

—¿En serio? —pregunto, sorprendida. Es decir, por supuesto que puede tener un yate, es millonario y vive cerca de la costa. ¿Por qué no va a tener un *yate*? Sería como... eeh... como un caballero sin caballo. Claro, eso es. *Bueno, sin caballo ni espada, por supuesto.*

—Sí, de hecho, mis hermanos y yo lo compartimos porque creemos que sería una estupidez tener un yate cada uno; sobre todo, porque no salimos mucho a navegar.

Lógico.

—De acuerdo..., entonces, si pudieras ir a cualquier parte en yate, ¿a dónde irías?

—A Alaska.

—¿A Alaska? —pregunto, aún más sorprendida por esa respuesta—. ¿Por qué a Alaska? Me imaginaba que ibas a decir algo

así como el Mediterráneo, ya sabes, porque en mi cabeza es a donde va la gente rica.

—A Alaska, porque allí todo es impresionante. Las montañas cubiertas de nieve, las aguas azules, los altos pinos y la vida salvaje. —Asiente—. Me pasaría el tiempo allí, explorando.

—Espera, ¿estás diciéndome que eres el tipo de hombre que se quita el traje y se pone un par de botas de montaña?

—¿Es tu segunda pregunta? —se interesa.

—Considérala la 1A —replico con una sonrisa.

—Me gusta el senderismo —dice con una leve sonrisa en la comisura izquierda de su boca.

—Eso no estaba en la lista de cosas que te gusta hacer.

Se encoge de hombros.

—Bueno, pues es una de las cosas que me gusta hacer. Por aquí hay algunas rutas decentes, especialmente en las colinas. Los chicos y yo intentamos hacer varias excursiones los fines de semana a lo largo del mes, aunque hace tiempo que no vamos. Pero, sí, me llevaría el yate a Alaska y haría senderismo, avistamiento de ballenas, acampada.

—¿Y por qué no lo haces?

—No tengo tiempo —reconoce—. El tiempo es siempre el factor fundamental.

—Pero podrías jubilarte ahora mismo. Tienes dinero más que suficiente para vivir a cuerpo de rey durante toda tu vida, ¿por qué seguir?

Parte un trozo de su filete y lo atraviesa con el tenedor. Cuando sus ojos oscuros se cruzan con los míos, siento que se me corta la respiración. Su intensidad me desconcierta.

—No podemos dejar de hacer lo que hacemos. Mucha gente depende de nosotros para vivir. Para su sustento. Hasta que me sienta lo suficientemente cómodo como para encontrar a alguien que pueda ocuparse del negocio cuando nosotros no estemos, trabajaré por la gente que trabaja para mí.

Si un observador externo escuchara a Huxley, con su tono cortante y sus respuestas secas, pensaría que no tiene corazón, pero luego va y te da una respuesta como esta. Posee todo el dinero que una persona puede necesitar, podría irse al sitio que quisiera y no volver a trabajar, pero siente que le debe su tiempo a la gente porque ellos le han dado el suyo.

Eso me impacta más de lo esperado.

—Es una respuesta muy sensible, Huxley. Me lleva a pensar que, después de todo, hay un corazón latiendo bajo esa camisa almidonada.

—Está ahí cuando hace falta. —Toma un trago de su agua—. ¿Cuál es el mejor lugar al que has ido de vacaciones?

—Oh, creo que vas a sentirte muy decepcionado. En realidad, de pequeñas no íbamos de vacaciones. Mi madre no tenía dinero, pero en esas ocasiones en las que ahorraba lo suficiente, solíamos pasar un día fantástico en Disneylandia. Mi madre lo planificaba todo, llegábamos temprano, antes de que abriera el parque, comíamos todo lo que queríamos, nos montábamos en las atracciones dos veces, a veces tres, y nos quedábamos hasta que cerraban. Algunos de mis mejores recuerdos son de Disneylandia. Las únicas vacaciones que tuvimos fueron cuando fuimos al Parque Nacional de Redwood de acampada. No somos mujeres aventureras, pero fue divertido. Intentamos cocinar en una hoguera, vivimos a base de malvaviscos y jugamos a las cartas durante todo el fin de semana, salvo cuando estábamos admirando los árboles. Fue muy divertido.

—Eso parece. Siempre me ha gustado ir de acampada...

—Déjame adivinar: con tus hermanos...

Asiente.

—Sí, lo hacemos todo juntos.

—Ya me voy dando cuenta... ¿Sabes?, no me los has presentado formalmente, pero supongo que lo saben todo sobre mí.

—En efecto.

—Bueno, tal vez el viernes puedas hacer una presentación adecuada.

—Puede apañarse. —Toma un bocado del filete y observo la forma en que se mueve su firme mandíbula. Vale, por alguna razón, verlo masticar me parece sexy. Sí, creo que me estoy volviendo loca—. Te toca hacer una pregunta.

—Ajá... —digo, volviendo a mirar mi plato—. Mmm, ¿quién es tu hermano favorito?

Se ríe.

—Te gusta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

—Más vale que así sea. Tengo que estar preparada cuando los conozca.

—Si tuviera que elegir, diría que me siento más cercano a JP. Somos de edades más similares, nos metimos en más líos juntos y trabajamos codo con codo para levantar el negocio juntos. Además, probablemente acudiría a él si necesitara a alguien que me ayudara a salir de la cárcel.

—¿De la cárcel? ¿Por qué ibas a ir la cárcel?

—Hicimos muchas idioteces de adolescentes.

—¿Por ejemplo? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Esa pregunta queda para otro día. Tu cuota se ha agotado. Y no intentes colarme otra vez esa mierda de 1A, 2B, ya la has usado.

—Vaya, qué aguafiestas...

—Solo estoy jugando tal y como está planteado el juego. Es mi turno. —Levanta el vaso de agua y toma un sorbo. Cuando lo posa en la mesa, parece inseguro—. No sé cómo preguntar esto sin que suene brusco, pero ¿qué le pasó a tu padre?

—Eso no es ser brusco. Abandonó a mi madre muy pronto. Era camionero. No quería quedarse en un lugar fijo. Nunca he mantenido una relación con él, pero siempre le envié a mi madre la manutención. Por eso ha podido pagar nuestros gastos. Recuerdo una noche en la que oí a mi madre hablar con mi abuela, cuando mi padre se fue por primera vez. Le decía que no se sentía bien aceptando su dinero, pero la abuela hizo que abandonara esos sentimientos muy rápido. Fue la primera vez que oía a mi abuela hablar en un tono tan estricto. Le dijo a mi madre no tenía que criar a dos bebés ella sola. Que el dinero que él enviaba no era caridad, sino su deber. Y desde entonces, mi madre aceptó los cheques todos los meses. Le enviábamos tarjetas de felicitación en las fiestas señaladas y en sus cumpleaños, pero eso era todo. Sinceramente, no tengo ni idea de lo que está haciendo o de dónde está ahora. Y no nos importa porque tenemos a Jeff, y él es todo lo que necesitamos.

Huxley se queda en silencio un momento.

—No podría imaginarme abandonando a mi familia de esa manera —dice, después de un buen rato—, pero al menos cumplió con su deber.

—Mi madre no habría podido pagarlo todo de otra manera. Y hemos tenido un gran hogar, lleno de recuerdos.

—Lo noté cuando estuve allí. Es un lugar muy hogareño. —Se mete otro trozo de carne en la boca y se calla.

Permanece así durante el resto de la noche. Y, por supuesto, siendo yo como soy, revivo la conversación en mi cabeza, tratando de precisar en qué el momento o qué dije que lo ha hecho quedarse en silencio.

Ojalá pudiera saberlo...

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Kelsey mientras subo los pies a la silla y apoyo el teléfono en las rodillas.

—Preparando las preguntas qué le voy a hacer a Huxley.

—¿Sobre qué?

—Sobre él —respondo—. Forma parte del trato para que no me dé miedo tener que vivir con él y para que no actuemos como robots. Puedo hacerle preguntas. Dos durante el día y dos en la cena. Él puede hacer lo mismo.

—Vaya, eso parece muy... ordenado.

—Así es Huxley. A ese hombre no le gusta el caos.

Kelsey me estudia y luego acerca la silla para poder tocarme el brazo.

—Te gusta, ¿verdad?

—¿Qué? —pregunto con el ceño fruncido—. ¿Estás loca? No, no me gusta. Es... es un sociópata. No es mi tipo. Pero es agradable conocerlo un poco mejor, porque cenar con alguien que se pasa el tiempo irritándome o permaneciendo completamente callado no es lo que yo llamaría divertido. Así que esto facilita el trato.

—Entiendo —dice con una sonrisa, levantándose de la silla—. Voy a ir a la tienda de ensaladas que está a la vuelta de la esquina. ¿Quieres que te traiga algo?

—Por favor... —Le sonrío, sin ceder a su expresión—. Ensalada picada, sin tomate. Gracias, hermanita.

Con esa sonrisa suya, coge el bolso y sale por la puerta. Cuando esta se cierra, abro el hilo de mensajes con Huxley y le hago la pregunta que quería hacerle anoche. Tal vez sea más receptivo a responder por medio de un mensaje, sin tener que mirarme a la cara.

Lottie: ¿Qué estupideces hiciste en la adolescencia?

Sonríó para mis adentros cuando los puntos aparecen en el chat.

Huxley: *Sabía que iba a pasar esto.*

Lottie: *Pero has podido elaborar una buena respuesta, ¿verdad?*

Huxley: *Depende de lo que «bueno» signifique para ti.*

Es mucho más juguetón a través de los mensajes. Me pregunto si siente que no tiene que mantener su fachada cuando escribe por el teléfono como lo hace cuando estamos frente a frente. Lo más probable es que le parezca que puede ser más él mismo. Esconderse detrás del teléfono como si fuera un escudo protector.

Lottie: *Deja de remolonear. Cuéntame todas las travesuras que has hecho.*

Huxley: *¿Quieres que sea travieso?*

Lottie: *No me refiero a ese tipo de travesuras... Bueno... eeh... ahora siento curiosidad. ¿Eres un hombre travieso?*

Huxley: *¿Son esas tus dos preguntas del día?*

Lottie: *Eres un negociador duro, pero quiero respuestas, así que, sí, esas son mis dos preguntas. Me gustaría que respondieras primero a la pregunta de la cárcel.*

Huxley: *Para que conste, nunca fuimos a la cárcel, porque nunca nos pillaron. Pero éramos unos gilipollas aburridos y nos metíamos con nuestros vecinos; robábamos idioteces de sus jardines y las dejábamos en los patios de los demás. Así, el señor Galstone, que vivía en la esquina, terminaba*

con las macetas de la señora Dreerie, pero nosotros las alterábamos de alguna manera, como pintándolas con spray. Una estupidez, lo sé, pero hacía que los vecinos hablaran y discutieran entre sí. Era entretenido.

Lottie: *Menudos imbéciles. Si le pasara algo así a Jeff, se volvería loco. Defiende su jardín a capa y espada. Le gustaría que lo premiaran el comité de jardines de The Flats, pero estamos fuera de los límites que entran en el concurso. No obstante, Jeff cree que merece el reconocimiento. Todos lo creemos.*

Huxley: *Me di cuenta de que el jardín estaba muy bien cuidado. Hace un gran trabajo.*

Lottie: *Él te agradecería el cumplido. Ahora..., hazme una pregunta.*

Huxley: *¿No quieres conocer ya la respuesta a tu otra pregunta?*

Lottie: *Esperaré. Pero ahora hazme una de las buenas...*

Huxley: *Bien...¿Has estado enamorada alguna vez?*

Miro fijamente el teléfono, y leo su pregunta una y otra vez. Para ser un hombre tan firme, nunca pensé que haría una pregunta así. Cuando le dije que me hiciera una pregunta difícil, me refería a algo como: «¿Quién te gusta más? ¿Jacob o Edward?».

Nota al margen..., me quedo con Edward.

Pero ¿he estado enamorada alguna vez? Esa sí que es una pregunta fuerte.

Huxley: *Estoy esperando...*

Y es implacable. Supongo que debo responder.

Lottie: *¿Alguna vez he estado enamorada? Mmm... Creo que no. Un rotundo no. He estado con algunos chicos, he salido con unos cuantos, pero nadie me ha encandilado. Estoy casi segura de que mi corazón esperará para enamorarse de alguien cuando menos lo espere.*

Huxley: *¿Con cuántos hombres has estado?*

Lottie: *¿Es tu segunda pregunta?*

Huxley: *Sí.*

Lottie: *Estás desperdiciando la segunda pregunta con un tema insignificante. He estado con cinco tíos, y te voy a lanzar un hueso: solo uno me ha hecho correrme. Ese tipo eres tú.*

Noto la cara caliente cuando envió el mensaje. Dios mío, ¿por qué he dicho eso? Eso no es coquetear, ¿verdad? No, no estoy coqueteando con él. Solo le he dicho la verdad y, sabiendo el tipo de hombre que es Huxley, se sentirá orgulloso de ser el único, porque es un alfa y se nutre de información como esa. Lo ayudará a abrirse más a mí... Espero.

Huxley: *Está claro que has estado con imbéciles. Me alegro de poder hacer que te corras con mis dedos.*

Ufff... , vale, las cosas se están poniendo muy calientes por aquí. Noto humedad en la nuca, y creo que también tengo unas gotas de sudor encima del labio superior. Vaya reacción más «sexy» a un mensaje guarrete.

Lottie: *Eres el único que lo ha conseguido..., aparte de mí misma.*

Huxley: *¿Qué te parece si nos hacemos una pregunta más?*

Lottie: *Estoy intrigada. Así que sí.*

Huxley: *¿Te respondo antes a la otra pregunta?*

Lottie: *No. Esa la guardo para el final. Ahora quiero saber si alguna vez has estado enamorado.*

Huxley: *Nunca. Ninguna mujer me ha hecho sentir como si pudiera pasar el resto de mi vida a su lado, como si no pudiera pasar otro día sin poner los ojos en ella, como si la necesitara en mis brazos solo para tener una noche de sueño profundo. Solo he tenido relaciones superficiales.*

Lottie: *No imaginaba esa respuesta. Por tu forma de actuar, tu tono cortante, tu comportamiento distante, habría jurado que alguien te había roto el corazón.*

Huxley: *Hubo alguien que me jodió, pero no estaba enamorado de ella. Estaba más bien apegado por las razones equivocadas. Y eran negocios.*

Lottie: *Oh, ya veo. Bueno, eso explica tu necesidad de mantener todo lo relacionado con nosotros en el plano laboral.*

Huxley: *Siempre hay una razón para todo.*

Lottie: *¿Cuál es la tercera pregunta para mí?*

Huxley: *Has dicho que soy el único que ha hecho que te corras, además de ti misma. Dime cuál es el mejor orgasmo que te has proporcionado a ti misma.*

Noto más gotas de sudor en el labio superior. Porque sé con precisión, sin duda, sin vacilación en mi mente, cuál es. Pero mi respuesta solo va a inflar más su ego.

Lottie: *Fue la noche en que me excitaste. Cuando volví a mi habitación, me masturbé con mi vibrador morado y me corrí de una manera brutal pensando en cómo habías estimulado mi cuerpo momentos antes. Y me doy cuenta de lo inapropiada que es esa respuesta, pero es la verdad. Me dejaste huella esa noche. No hay vuelta atrás.*

Huxley: *Tu cuerpo es fácil de dominar.*

Dejo el teléfono por un segundo e inspiro hondo. Vale, sí, el hombre es sexy, tiene facilidad de palabra y, cuando la muestra, su personalidad me gusta, pero tengo que ir con cuidado. Aunque esto se trate estrictamente de un asunto de negocios, una parte de mí cree que, si lo dejo, si le permito entrar en mi habitación, no se lo pensaría dos veces.

Lottie: *Es un cuerpo inclusivo, siempre quiere contar con todo el mundo.*

Dios mío, ¿qué significa eso?

Antes de que pueda responder, le envío rápidamente otro mensaje.

Lottie: *Vale, ¿cuál es la cosa más perversa que has hecho?*

Huxley: *Lo que a mis ojos es una perversión, probablemente no lo sea a los de otra persona. He follado con mujeres en lugares muy extraños, pero eso fue solo follar. Para mí, significa traspasar una línea, una línea que probablemente no debería ser cruzada. Algo prohibido...*

Lottie: *Estoy de acuerdo con eso.*

Huxley: *Así que considero que ha sido desatar tu bata y deslizar los dedos dentro de ti.*

Parpadeo.

Noto un aleteo en el estómago.

Casi me ahogo con mi propia saliva.

Bien, ¿qué está pasando? ¿Qué está pasando de verdad? ¿Está coqueteando? ¿Está siendo franco? ¿Qué está pasando por su cabeza? Una mente inquieta como la mía quiere saberlo, porque su respuesta me ha dejado boquiabierta.

***Lottie:** Tiene que haber algo más pervertido que eso. Como, ya sabes..., follar encima del escritorio en tu despacho, o tal vez látigos y cadenas. No sé, no puede ser...*

***Huxley:** Esa noche traspasé una línea. Estás prohibida, fuera de los límites, eres parte de un acuerdo comercial y perdí el control. Me permití ceder a la tentación. Alégrate de que solo te haya tocado el coño, porque si lo hubiera hecho a mi manera, la bata habría acabado olvidada en el suelo. Tengo una reunión. Nos vemos en la cena.*

Dejo el teléfono y levanto despacio la vista. ¿Cómo demonios se supone que voy a cenar con él ahora?

—Ensalada de rúcula y pollo con nueces confitadas, patatas francesas, pimientos, queso gorgonzola y un aliño de vinagre balsámico. Disfruten —dice Reign antes de dejarnos con nuestras abundantes ensaladas. La noche pasada comimos carne, pero esto parece diferente. Pollo en rodajas finas y patatas en una ensalada... Nunca he oído hablar de algo así, pero voy a ser sincera, tengo ganas de probarla.

Cuando volví a casa de Huxley, fui directa a la bañera, donde me di un baño muy largo y utilicé uno de mis vibradores para olvidarme de los mensajes. No podía llegar a la cena tan excitada. No, me desahogué y dejé que el agua caliente aliviara mis tensos músculos hasta que me relajé por completo.

Cuando salí, Huxley me metió prisa con un mensaje en el que decía que la cena estaba lista.

Me puse una bata —y un tanga, por razones obvias— y bajé las escaleras hasta el comedor, donde Huxley estaba sentado a la mesa con una camisa azul marino, remangada a la altura de los codos y los dos primeros botones desabrochados. Sin duda, le queda bien cualquier prenda...

—Tiene muy buena pinta —digo mientras muevo la comida en el plato para mezclarlo todo.

Cuando miro a Huxley, parece tenso, rígido como una tabla.

—Eh, ¿todo bien? —pregunto. ¿Por qué está enfadado? Una no se puede relajar con este hombre. Pensaba que habíamos hecho las paces, que nos estábamos llevando bien. Pero cada vez que nos reunimos para cenar, me parece que he retrocedido dos pasos.

—¿Por qué llevas eso? —pregunta, con los ojos clavados en la bata.

—Es que estaba en la bañera otra vez cuando enviaste el mensaje. Me puse encima lo que tenía más a mano. No te preocupes, esta vez me he puesto ropa interior. —Le guiño un ojo, como si eso ayudara.

Reign vuelve al comedor

—La cocina está limpia y recogida. Si dejan los platos en el fregadero, el personal de la mañana se ocupará de todo. Me voy a ver el recital de mi hija.

—Hay unas flores en la nevera de la despensa para ella —comenta Huxley—. Disfruta de la noche en familia.

—Gracias —dice Reign con una sonrisa antes de irse.

—¿Tiene una hija? No sabía que tenía familia.

—Sí. Por eso cenó temprano, para que pueda volver antes con ellos.

¿Ves...? Otra vez pensando en los demás. ¿No te irrita? Porque a mí sí.

—¿Vas a hacer las preguntas? —Me mira después de unos instantes en silencio.

—Oh, sí..., claro —digo—. Mmm, déjame pensar. ¿Qué puedo preguntar...? —Me doy un golpecito en la barbilla porque no se me ocurre nada. Ni una puta cosa. Lo único en lo que puedo pensar es en la forma en que sus ojos acerados se clavaron en mi bata cuando me preguntó por qué me la había puesto. Oscuros, sinietros, como si estuviera a punto de arrancarme la maldita prenda del cuerpo con los dientes.

—Podemos saltarnos las preguntas esta noche —dice con tono firme.

—No, no, solo dame un segundo. Ah..., ¿qué... sabes cocinar?

—¿Cocinar? —pregunta, enarcando las cejas.

—Sí, ¿sabes usar los fogones? ¿Algún plato que te salga bien? ¿Algo de lo que estés superorgulloso? Digamos que JP está haciendo una barbacoa en el patio trasero y todo el mundo tiene que llevar algo hecho en casa, ¿qué llevarías tú?

—JP no cocina —responde.

—Sígueme el juego —propongo.

—En realidad, no cocino, pero si tuviera que hacer algo, lo haría a la parrilla, porque es lo único que se me da bien. Así que, si tuviera que llevar algo, probablemente serían unas hamburguesas que Reign me hubiera preparado, y las cocinaría a la parrilla.

—Vaya —ríe—. Ha sido una respuesta muy rica.

Apenas sonrío.

—He perdido el contacto con algunas cosas al dedicar tanto tiempo a los negocios —explica—. La cocina es una de ellas.

—¿Cuáles son las otras cosas con las que has perdido el contacto? —pregunto.

—¿Esa es la segunda pregunta?

Asiento.

—Sí, es una buena segunda pregunta.

Se lleva el vaso de agua a los labios.

—¿Con qué he perdido el contacto? —dice pensativo—. Probablemente todo lo que hace un hombre de treinta y cinco años. Citas, cocinar, aficiones...

—Entonces, ¿solo te dedicas a trabajar?

—Eso es lo que pasa cuando estás en una posición como la mía. Te consume. —Me mira, intrigado—. ¿Alguna vez te has sentido consumida por algo?

Supongo que esa es una de sus preguntas, así que me lo pienso.

—¿Estamos hablando de consumir mi tiempo, o de consumirme a mí en mi totalidad, como el trabajo te ha consumido a ti?

—En tu totalidad.

—Mmm... Odio saber cuál es mi respuesta porque desearía que me hubiera consumido otra cosa.

—¿Qué es? —pregunta.

—Angela —respondo—. Ella me ha consumido, pero no de una manera sana. La relación que he tenido con ella ha sido tóxica. A veces me ha hecho sentir importante, especial, para luego desecharme como si no le importara nada. —Niego con la cabeza—. Le he permitido ocupar demasiado espacio en mi cabeza, y me gustaría poder encontrar otra cosa que me consuma, algo que me haga olvidar todo lo que ha pasado entre ella y yo.

—¿Todavía pensando en cómo te despidió? —pregunta.

—Sí, a todas horas, porque esa es la razón por la que estoy aquí ahora. Y no te ofendas, pero esto es muy poco convencional. Así que, sí, me gustaría poder pasar página, no dedicarle más tiempo. Más pensamientos. Solo necesito encontrar algo que ocupe ese lugar en mi cabeza, ¿lo entiendes?

Asiente despacio.

—Y, aunque me encanta trabajar con Kelsey, no quiero que el trabajo sea lo único que me llene. Quiero que sea algo sano. Algo que me aporte alegría. Supongo que todavía estoy tratando de reconciliarme con lo ocurrido.

Huxley se pasa la lengua por los dientes y aparta la ensalada. ¿Qué está haciendo? Separa la silla, poniendo espacio entre él y la mesa.

—Ven aquí —dice, dominante.

—Eeh... ¿qué? —pregunto.

Sus ojos penetrantes como un láser se encuentran con los míos.

—He dicho que vengas aquí.

—¿Por qué?

—Voy a enseñarte algo, algo que te ayudará a hacer realidad ese deseo que tienes.

—Ah... —digo. Es bastante sencillo. Me levanto de la silla, pero antes de que pueda dejar la servilleta en la mesa, me agarra la mano y me atrae entre sus piernas y hace que me apoye en el borde de la mesa del comedor—. ¿Qué coño...? —digo mientras me sienta en la mesa frente a él. Aprieto las piernas y me ajusto la bata para no revelar nada—. ¿Qué estás haciendo?

—¿No quieres que algo te consuma? ¿Quieres que esos pensamientos salgan de tu cabeza? Pues lo conseguirás así. —Dirige las manos a mis muslos, y por fin me doy cuenta. Sus ojos buscan los míos—. Si me dices que no quieres esto, volveré a comer mi ensalada. Si no, voy a devorarte a ti.

Oh, Santo Dios...

Mezclar negocios con placer siempre es una mala idea. Huxley lo ha dicho muchas veces, pero ¿cómo negarme la satisfacción de que haga que me corra otra vez? Después de esos mensajes, de las conversaciones tensas, de las preguntas reveladoras..., ¿cómo puedo decir que no?

No hay ninguna posibilidad.

Quiero que me devore.

Quiero olvidar.

Quiero pensar en algo que no me haga sentir mal, sino completamente satisfecha.

—¿Por qué quieres hacerlo? —pregunto, pues necesito saber que le pasa por la cabeza.

—Soy un hombre generoso, Lottie, pero mi oferta no es eterna. Hay un límite de tiempo. ¿Sí o no?

Me muerdo el labio inferior y miro a este hombre con intensidad. Prácticamente puedo sentirlo entre mis piernas, esa tosca barba incipiente rozándome el interior de los muslos mientras su deliciosa boca se encarga de mi excitación.

Lo deseo.

Lo necesito.

No lo quiero en ningún otro sitio.

Asiento, dándole el visto bueno, pero no se mueve.

—De tu boca. Quiero oírte decir que me quieres entre tus piernas —me explica.

Me humedezco los labios, con el corazón corriendo a mil por hora.

—Te necesito entre mis piernas, Huxley. Quiero sentir tu lengua en mi clítoris. Quiero correrme en tu boca.

Sus ojos se oscurecen y sus manos se deslizan por el interior de mi bata hasta el borde del tanga. Lo desliza hacia abajo y yo me levanto para ayudarlo a quitármelo del todo. Lo deja caer a un lado, casi como si se sintiera insultado por el hecho de que me pusiera algo así para cenar.

Expuesta, apoyo las manos en la mesa a mi espalda, con la bata aún ceñida a la cintura, y veo cómo sube las manos lentamente por el interior de mis muslos. No dice nada, ni siquiera me mira; solo se fija en mi centro y me separa las piernas muy despacio hasta que estoy completamente abierta ante él.

No tengo que pasar la mano entre mis pliegues para saber que ya estoy empapada. Solo pensar que está cerca de mí, en esta posición, me excita.

Desliza las manos hacia dentro hasta que conecta el pulgar suavemente con mi clítoris. Pasa por encima de él un par de veces, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Ya mojadita, como espero que estés cuando yo estoy cerca —dice, trazando círculos con el pulgar—. ¿Estabas así en la clase de preparación al parto cuando *pulsionabas* sobre mi erección?

Dios, ningún hombre me ha hablado así...

—Sí —respondo con sinceridad—. Lo estaba.

—¿Te masturbaste cuando llegaste a casa?

Inspiro con fuerza cuando me da un beso en el interior del muslo.

—Me he masturbado todas las noches desde que llegué a tu casa.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—No te he oído.

—Me he asegurado de ello —explico.

—No lo hagas. —Detiene los dedos—. Si te tocas por la noche, quiero oírlo, joder. Quiero oír tus gemidos. Quiero saber que estás satisfecha.

—¿Quieres mirar?

Me da otro beso, y otro.

—Sí. Me gustaría mirar.

—¿Te masturbarías mientras me miras?

—Sería difícil no hacerlo, pero no.

—¿Por qué no? —pregunto. Tengo su boca tan cerca que me dan ganas de gritar, pero se dirige a la otra pierna y pasea la lengua por mi sexo durante un breve segundo antes de ocuparse de mi otro muslo. Gimo de frustración. Me ha excitado en cuestión de segundos. Por lo general, me lleva unos minutos, pero con Huxley no, domina mi cuerpo por completo. Bueno, y también influyen los mensajitos de antes. Solo pensar en cómo le he hecho mirarme me pone cachonda.

—No me tocaría porque la única forma de correrme es dentro de ti. —Y entonces su boca desciende sobre mi clítoris, y se me arquea la espalda de tal manera que el cinturón está a punto de desatarse por mi brusco movimiento.

—¡Oh, Dios, Huxley, sí!

Mueve la lengua sobre mi clítoris, rodeándolo y aplicando la suficiente presión para volverme loca.

—Sabes a miel. —Me chupa el clítoris, lo chupa, juega con él y hace que cada hueso de mi cuerpo se convierta en papilla.

—Dios... —Antes de que pueda recuperar el aliento, desliza dos dedos dentro de mí—. ¡Joder! —grito, esperando que Reign haya sido la última persona en marcharse esta noche. Conociendo a Huxley, no haría esto si hubiera alguien más en la casa.

Al mismo tiempo, curva los dedos dentro de mí, rozando un punto que hace que vea blanco mientras su lengua gira sobre mi sensible nudo.

Hay ritmo en sus movimientos, una sincronización precisa que está haciendo que mi orgasmo crezca con rapidez.

Se me entumecen las piernas y mis brazos temblorosos apenas pueden soportar mi peso. Huxley se da cuenta y me empuja con suavidad hacia atrás con la mano hasta que quedo tumbada, con el coño en el borde de la mesa, justo delante de su cara. Y aprovecha la posición, porque me separa aún más las piernas, las sujeta cuando me tiene como pretende y luego me lame.

Una y otra vez.

No se toma un respiro.

No intenta besarme en ningún otro sitio.

Se concentra en mi clítoris y solo en mi clítoris.

Es mi perdición.

La presión aumenta en la base de mi columna vertebral, un placer delicioso, que se enrosca sobre sí mismo. Se me nubla la vista, lo que me obliga a cerrar los ojos y sentir lo que este hombre tan engreído y dominante hace en mi cuerpo. Me veo arrastrada a otro mundo en el que no puedo sentir nada más que el placer inconfundible que Huxley crea entre mis piernas.

—Dios, sí, Hux. Por favor, no te detengas. Por favor.

No lo hace.

Ni siquiera vacila.

En lugar de eso, me aprieta más el clítoris antes de mover sus manos hacia el interior de mis muslos, donde me separa los pliegues con los pulgares para permitirse un acceso sin obstáculos.

Y en esta posición, se lanza.

Arremolina la lengua.

—Joder, sí! —grito, con el brazo tapándome los ojos.

Su lengua parece vibrar.

—Oh, Dios mío... —Le agarro el pelo.

Me succiona con los labios.

—Joder, sí, Huxley, sí.

La presión aumenta... y aumenta... y aumenta hasta que...

—¡Me corro! ¡Oh, joder, Huxley, me estoy corriendo!

Mi cuerpo sufre varios espasmos, mi clítoris palpita en su boca y mi grito de éxtasis rebota en las paredes blancas del comedor mientras surco el orgasmo en su lengua.

Es delicioso. Adictivo. Un placer que me cambia la vida.

Con el resto de mi orgasmo, mis caderas palpitan sobre la mesa antes de que vuelva lentamente a la tierra mientras recupero el aliento.

—¡Dios! —digo, con la voz ronca.

Huxley me besa el sexo una vez más y se sienta en la silla. Me coge la mano y me ayuda a levantarme para que me quede más cómoda frente a él. Luego me ajusta la bata sobre las piernas.

—Deja que eso te consuma esta noche, y nada más —dice.

Dicho eso, se levanta de la mesa e intenta dar un paso a un lado, como si fuera a irse. Le agarro la mano con rapidez.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—Ya he cenado. —Sus ojos seductores me inmovilizan—. Ahora hay que ir a la cama.

Con los ojos clavados en los míos, se lleva mi mano a la boca, me besa con ternura los nudillos y rompe la conexión para alejarse. Antes de que se dé la vuelta y se retire del comedor, veo su dura erección, abultando de forma probablemente dolorosa contra la cremallera de los pantalones.

Dios, está caliente, resulta tan tentador...

Quiero su polla en mi boca.

Ese es mi primer pensamiento, y luego el deseo de tenerlo en mi boca crece con cada respiración que doy. ¿Debo seguirlo? ¿Qué haría si lo hiciera? Diablos, creo que todos sabemos lo que haría. Bajarle los pantalones y chupársela. Me deleitaría tener su gruesa polla en mi boca. Pero si algo sé sobre Huxley, es que, si quisiera que su polla estuviera en mi boca, me lo habría pedido. Porque él es así.

¿Y qué significa su rápida retirada? Que no la quiere.

Todavía.

15

HUXLEY

Todavía puedo saborearla en mi lengua.

Todavía puedo sentir el latido de su clítoris palpitando de placer.

Todavía puedo oír sus gritos de éxtasis mientras se corría en mi cara.

Y, joder, no puedo pensar en nada más.

Esta es exactamente la razón por la que no quería involucrarme. Porque sabía que cruzar esa línea con ella era una mala idea, porque es demasiado acaparadora. Porque es el tipo de mujer de la que tienes que protegerte. Porque deja una impresión duradera. Una huella que no se desvanece.

Por eso estoy comprobando el reloj, viendo qué hora es, contando los malditos minutos que faltan para que me envíe un mensaje con su pregunta, por eso estoy deseando verla hoy en la reunión con su hermana.

Solo fue necesario que me descontrolara una vez para que ocurriera un maldito desastre.

La deseo.

Por eso esta mañana no la he visto. Me he escabullido con mi bolsa de deporte en cuanto me he despertado, he venido al despacho, he hecho ejercicio y me he duchado aquí, demasiado preocupado por si la veía y volvía a enterrarme entre sus piernas, buscando su dulce sabor, deseando oírla gritar de nuevo mi nombre.

¡Joder!

¿Qué me pasa?

No debería haber cruzado esa línea. No debí siquiera considerarla una opción, y la razón es que creo que estoy empezando a sentir algo por esta chica, y sé que es probable que no me corresponda.

Sí, claro, está conociéndome, pero no porque le guste —joder, parezco un adolescente—, sino para no tener que relacionarse con un imbécil que no sabe cómo actuar con las mujeres.

Y si de verdad estuviera interesada en mí, me habría seguido arriba anoche. Yo no esperaba que lo hiciera, jamás esperaría que una mujer me devolviera el favor, pero si Lottie sintiera alguna atracción hacia mí, se habría acercado a la puerta de mi habitación, y habría oído, al menos, que me derramaba sobre mi estómago mientras me acariciaba como un maldito caballo de batalla concentrado en los sonidos y el sabor de su orgasmo.

Pero no lo hizo, y tengo que ser consciente de ello. Necesito recordar lo que estoy haciendo: intentando firmar un contrato.

Vuelvo a centrar mi atención en el ordenador justo cuando recibo un mensaje. Cierro los ojos con fuerza, tratando de mantener algo de autocontrol, pero fracaso de forma estrepitosa porque cojo el teléfono y miro el mensaje de Lottie.

Lottie: *¿Qué vas a comer hoy?*

Me recuesto en mi silla de oficina y le devuelvo el mensaje.

Huxley: *¿Es esa una de tus preguntas?*

Lottie: *Considérala un extra. Las mentes inquietas son curiosas.*

Huxley: *No estoy seguro. Probablemente nada. Tengo mucho trabajo.*

No necesita saber que lo que quiero comer en realidad es su coño, y si estuviera aquí ahora mismo, me estaría dando un festín antes de que pudiera respirar.

Lottie: *¿Cómo puedes pasar sin almorzar? Me he comido un donut hace una hora, y un burrito enorme de desayuno, y vuelvo a estar hambrienta, casi me roo un brazo. Y tú te saltaste la cena.*

Huxley: *Yo lo recuerdo de manera diferente. En la cena, comí hasta reventar.*

Joder, no puedo evitarlo. No puedo evitar recordarle cómo la hago sentir, joder, cómo me hace sentir ella.
Satisfecho.

Lottie: *Pregunta: ¿siempre has sido tan guarrete?*

Huxley: *Cuando sabes lo que quieres, vas a por ello. No hay suciedad en ello, solo sinceridad.*

Lottie: *Bueno, esa ha sido una respuesta aleatoria que te ha funcionado bien. Ahora hazme tú una pregunta. Distráeme mientras Kelsey llega con el almuerzo.*

Huxley: *¿Sientes que me conoces un poco mejor?*

Lottie: *Sí, pero creo que no lo habría conseguido sin las preguntas. Me alegro de que te hayas mostrado dispuesto a responderlas.*

Huxley: *Es tu turno.*

Lottie: *¿Eso es todo lo que vas a decir sobre el asunto?*

Huxley: *Sí.*

Lottie: *Vale, veo que hoy me toca el Huxley introvertido, pero no pasa nada. Mmm..., pregunta: ¿cuándo fue la última vez que practicaste sexo, y con quién?*

Huxley: *Esas son dos preguntas.*

Lottie: *Es una dividida en dos y están relacionadas. Estas cosas pasan.*

Huxley: *¿Por qué quieres saberlo?*

Lottie: *¿Es esa tu pregunta?*

Huxley: *Considérala relacionada también.*

Lottie: *Solo me interesa saber cómo era tu vida antes de que yo llegara.*

Huxley: *La última vez que practiqué sexo fue, probablemente, hace tres meses, con una chica que conozco desde hace años. De vez en cuando quedamos para divertirnos, sin compromisos. No tengo tiempo para nada más.*

Lottie: *Un rollete. No habría esperado menos. Pero tres meses me parece mucho tiempo. Habría apostado algo que necesitas hacerlo al menos una vez a la semana.*

Huxley: *No tengo tiempo. Además, ya te he dicho que tenemos un contrato: no pienso estar con nadie mientras estemos vinculados.*

Lottie: *No sé cómo responder a eso.*

Huxley: *No es necesario. La última pregunta antes de irme: ¿estás nerviosa por la presentación de hoy?*

Lottie: *¿Sinceramente?*

Huxley: *Por supuesto.*

Lottie: *Sí. Estoy nerviosa porque hemos currado mucho en ella. Sé que ofrecemos un gran servicio, sé que hay mucho en juego y sé que no nos vais a dar algo porque sí, sino que vais a hacer que nos lo ganemos.*

Huxley: *En eso tienes razón.*

Lottie: *Esto significa mucho para nosotras. Incluso la oportunidad de hacer la presentación significa mucho. Hemos estado practicando, asegurándonos de que todo salga perfecto y, cuando llegue el momento, espero de verdad que podamos demostrar lo beneficiosas que seremos para Cane Enterprises.*

Ya sé que son perfectas para el trabajo. He investigado sobre Kelsey, pero voy a hacer que lleven a cabo la presentación de todos modos porque no soy el único que toma las decisiones. Breaker y JP tienen que aceptar también. Además, esta será una buena práctica para Kelsey y un excelente empujón a la confianza de Lottie. Necesita encontrar su hueco en los negocios, dado que es lo que ha estudiado. Veo su potencial, pero tiene que demostrárselo a sí misma más que a mí.

Huxley: *Estoy deseando ver la presentación. Nos vemos allí.*

Dejo el teléfono y vuelvo a mi ordenador. Miro los correos, pero las letras se confunden y se mezclan. Nada tiene sentido.

Mi mente está descentrada.

Porque, aunque no quiera admitirlo, en lo único en lo que puedo pensar es: ¿podré volver a saborear a Lottie y... cuándo?

—Deben de estar a punto de llegar, ¿verdad? —pregunta JP, colocándose el traje.

—Sí —digo. Observo que uno de los ascensores sube a nuestra planta. Tienen que ser ellas.

—¿La hermana está soltera? —pregunta JP—. Me parece muy guapa.

—Ni idea, pero si firmamos un contrato con su empresa, no sería buena idea que te liaras con ella —le recuerdo.

—Lo dice el hombre que devoró a Lottie anoche en la mesa del comedor.

—¿Qué? —Breaker se echa hacia delante—. ¿Por qué demonios no sabía eso?

—Lo he engatusado para que me lo diga —le explica JP—. Me he dado cuenta de que estaba de muy buen humor cuando ha llegado esta mañana, así que lo he acosado hasta que me lo ha contado todo.

—Tío, ¿en qué demonios te estás metiendo? —pregunta Breaker.

—No es el lugar ni el momento —le digo a Breaker cuando el ascensor avisa de su llegada. Echo los hombros hacia atrás y me preparo para posar los ojos en Lottie y en el vestido que haya elegido para hoy.

Pero cuando se abren las puertas del ascensor, no veo a Lottie ni a Kelsey, sino a Dave.

—Vaya, qué recibimiento —se ríe Dave al salir del ascensor, mirándonos a todos—. No esperaba ver a los tres hermanos Cane esperándome al salir del ascensor.

¿Qué está haciendo aquí?

Mejor aún, ¿dónde están Lottie y Kelsey?

Suena el timbre del ascensor de la izquierda y se abren las puertas, revelando a Kelsey y Lottie, las dos con unos maletines muy femeninos en la mano. Kelsey lleva un vestido púrpura intenso que se ciñe a su torso y se ensancha ligeramente a la altura de las caderas, mientras que Lottie —que seguramente esté tratando de distraerme— lleva un diseño azul marino que le llega a la mitad del muslo, se ajusta a su figura como un guante y se interrumpe por encima del pecho de tal manera que quiero arrancárselo con mis propias manos. Y luego unos tacones...

Me mordisqueo el labio inferior mientras mis ojos se quedan clavados en ella. En su rostro lleno de confusión.

—¡Qué guay! Lottie, cómo me alegro de verte —la saluda Dave, sacándome de mi aturdimiento—. Estás increíble.

Joder, ¿está exhibiéndose Lottie?

Esperemos que no.

No tenía ni idea de que Dave iba a venir a las oficinas. Pensaba que no tenía hueco en su agenda y que por eso no sabíamos nada de él. Supongo que estaba equivocado.

—Gracias —dice Lottie—. Bonita corbata, Dave. —Después, se acerca a mí con toda su parsimonia, mientras yo observo cada uno de sus pasos con esos tacones, y me pone la mano en la nuca—. Hola, guapo. —Luego, antes de que pueda recuperar el aliento, acerca su boca. Me parece que pasan horas mientras acorta el espacio

entre nosotros, pero cuando sus labios se encuentran con los míos, un ansia de posesión corre por mis venas.

Un ansia de vida.

Sentir sus labios en los míos me da vida.

Mi mano vuela a su espalda y la acerco para pegarla a mí. Su otra mano, con la que sostiene el moderno maletín, cae sobre mi pecho para conservar el equilibrio. Mis labios se pierden en los suyos.

Me olvido de que estamos en la oficina. No recuerdo que nos miran. Y la reunión que tenemos pendiente pasa a un segundo plano cuando pruebo los labios de Lottie por primera vez.

Suaves.

Indagadores.

Apasionados.

Sabía, por la forma en que se pierde bajo mi contacto, que besaría bien, pero esta reacción, esta presión de su cuerpo contra el mío, joder... Es mucho mejor de lo que esperaba.

Cuando por fin se aparta, me mira con ojos escrutadores y traga saliva.

—Hola, guapo —repite.

Le pellizco la barbilla entre el índice y el pulgar.

—Hola. —Cuando por fin aparto la vista de ella, capto la mirada totalmente incrédula de Kelsey, seguida de la respuesta excitada de Dave.

—Me encanta veros juntos —comenta Dave, como si nos conociera desde hace años y por fin hubiera conseguido que nos enrolláramos. Es un hombre un poco raro; me he dado cuenta a medida que hemos pasado más tiempo con él. Me da una palmada en la espalda—. Siento interrumpir, Huxley, pero ¿tienes tiempo para nuestra reunión?

—¿Reunión? —pregunta Lottie en voz baja. La miro. Hay una mirada confusa en sus ojos y sé lo que parece

Como si una vez más pasara de su hermana y de ella.

—No sabía que tenías también una reunión con Dave —dice Lottie, y hay derrota en la postura de sus hombros. Sabe lo mucho que he intentado que Dave hable conmigo sobre las propiedades.

—No la tenemos —confiesa Dave—, pero esperaba colarme antes del fin de semana. Ya sabes que no me gusta hablar de negocios a deshora.

No lo sabía, pero ahora sí.

—Ah... —Lottie me da una palmadita en el pecho—. Entonces, que no te haga esperar, Dave. —Lottie se aleja. Veo la protesta en los labios de Kelsey mientras Lottie niega lentamente con la cabeza y empuja a su hermana hacia el ascensor—. Ha sido un placer verte, Dave. —Se despide con la mano y pulsa el botón de llamada del ascensor. Las puertas se abren enseguida.

—Lottie, Kelsey... —digo antes de que puedan desaparecer—. Esperadnos en la sala de juntas. Enseguida estamos con vosotras.

La mirada de sorpresa en la cara de Lottie me da la confirmación que necesito: acabo de hacer lo correcto.

—¿Huxley?

—Vamos ahora. Esperadnos allí. —Le hago saber con la mirada que hablo en serio.

Sin discutir, va con Kelsey a la sala de conferencias, pero puedo sentir sus ojos sobre mí todo el tiempo.

Luego me acerco a Dave.

—Tío, sabes que estoy deseando tener esta conversación contigo más que nada en el mundo, pero les prometí a Kelsey y Lottie que escucharía su presentación.

—¿Presentación? —pregunta Dave—. ¿Tu prometida tiene que hacer presentaciones ante ti?

Sonrío.

—Ella no lo querría de otra manera.

—Perdona mi intromisión, pero ¿puedo preguntar qué van a presentar?

Me meto las manos en los bolsillos del traje.

—Han creado un negocio de organización que se centra en el uso de productos sostenibles y respetuosos con el medio ambiente. Hemos pensado que pueden ocuparse de nuestras propiedades, especialmente de las oficinas, para que nuestros espacios sean más eficientes.

—Anda... —Dave parpadea un par de veces y mira la sala de conferencias—. No tenía ni idea de que Lottie fuera una ejecutiva. —Asiente lentamente—. A pesar del dinero que tiene, no le gusta quedarse sentada y disfrutarlo, quiere hacer algo por sí misma. Es algo que respeto mucho. —Mantiene los ojos clavados en ella y una punzada de celos, de querer decirle que es mía, me atraviesa.

—Soy un tipo afortunado. Es muy sexy verla trabajar con tanto ahínco.

—Ya me imagino. —Dave se balancea sobre los talones—. Bueno, ¿qué tal si concierdo una reunión con Karla para hablar y que no volvamos a tener un encontronazo así?

—Genial, y siento lo de hoy.

Dave hace un gesto restándole importancia.

—En realidad, me hace respetarte aún más; eres un hombre que cumple sus compromisos previos, que se da cuenta de cuándo algo es importante. —Dave asiente—. Eres un buen hombre, Huxley Cane.

Joder..., si él supiera...

Me vuelvo hacia a Breaker.

—¿Puedes llevar a Dave con Karla para organizar esa cita? —le pregunto.

—Será un placer —responde mi hermano antes de guiar a Dave al fondo de la oficina. Cuando ya no pueden oírnos, JP se vuelve hacia mí e imita mi postura.

—Estás jodido.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. Dave acaba de decir que me respeta más.

JP sacude la cabeza.

—No, hombre, no me refiero a Dave. Estás jodido porque esa chica de ahí, la del vestido azul, esa, te tiene pillado por las pelotas. El Huxley que conozco nunca habría dejado pasar la oportunidad de reunirse con el tipo con el que está tratando de llegar a un acuerdo. De hecho, dejaría a un lado cualquier cosa para conseguirlo. —Mira por encima del hombro—. ¿Quién iba a imaginar que una chica con un vestido azul sería tu kriptonita?

—Le he hecho una promesa —le recuerdo con la mandíbula apretada—. No voy a faltar a ella.

JP me da una palmadita en el hombro.

—Sigue diciéndote eso, hombre.

Se dirige a la sala de conferencias y, cuando abre la puerta, las dos chicas levantan la vista, pero Lottie no le dice nada a JP, sus ojos se desvían a los míos a través de las ventanas de cristal. Ahí lo veo, está tan claro como el agua: se siente agradecida.

La oleada de orgullo que me golpea en el pecho por esa simple mirada resulta aterradora.

A-te-rra-do-ra.

Agotado, me tumbo en mi enorme cama y suelto un profundo suspiro. Ya sea por la falta de sueño de esta semana o por los momentos de tensión que he compartido con Lottie, no me he sentido más cansado en toda mi vida.

Cuando he llegado a casa, me he sentado ante la isla de la cocina y he devorado el sándwich que me había preparado Reign; luego me he pasado diez minutos en la ducha como si no me hubiera lavado en toda la semana, me he puesto unos calzoncillos limpios y me he tendido en la cama.

Lottie y Kelsey han cumplido con creces. No me han parecido nerviosas cuando estaban presentando. Se han mostrado seguras de sí mismas porque conocen a fondo la materia y, cuando les hemos planteado algunas preguntas, han dado una respuesta oportuna a cada una de ellas. Y no solo respuestas, sino conclusiones bien pensadas e informativas.

No hemos tenido ninguna duda. Al terminar, he mirado a los chicos y me han dado el visto bueno. En ese mismo momento les hemos dicho que estaban contratadas. Empezaríamos por las oficinas principales y luego abarcaríamos el resto. Es un gran contrato para ellas. Un contrato que va a llevarlas al siguiente nivel.

Han mantenido la compostura mientras recogían el material y nos daban las gracias, pero cuando se han ido, Lottie me ha enviado un mensaje lleno de *emojis* y me ha dicho que se iba a celebrarlo con Kelsey. Me ha preguntado si no me parecía mal que se saltara la cena.

Como si tuviera que pedirme permiso... Le deseé que se divirtiera.

Lo que me deja aquí, solo, en mi habitación, meditando mis decisiones.

Toc. Toc.

Levanto la vista hacia la puerta.

Me siento en la cama, con las manos apoyadas el borde.

—Está abierta —digo.

Cuando se abre la puerta, Lottie asoma la cabeza.

—¿Puedo entrar?

—Sí —respondo, y recorro su figura embutida en ese vestido. Lo que daría por quitárselo ahora mismo y celebrar su victoria con ella de la única manera que sé, adorando su cuerpo.

—Hola —me saluda con timidez.

—Hola —respondo humedeciéndome los labios. De pie frente a mí, Lottie parece un jugoso trozo de carne que espera a ser devorada.

—Se me ocurrió pasar por aquí antes de ir a ducharme. Quería darte las gracias personalmente de nuevo.

—No tienes que agradecerme nada, Lottie. Habéis hecho una gran presentación. Nos ha resultado muy fácil tomar una decisión.

Niega con la cabeza.

—No, no es por eso. Gracias por el sacrificio que has hecho. No era necesario.

—¿Qué he hecho? —pregunto, confundido.

Ladea la cabeza.

—Huxley, sé que llevas un tiempo esperando para hablar de negocios con Dave, pero cuando se ha presentado la oportunidad, no has cancelado nuestra cita.

—Te lo he dicho ya, soy un hombre de palabra. Dave puede esperar.

—Sé que ha sido un sacrificio y estoy muy agradecida.

—De nada —le digo con sencillez, pero no se va—. ¿Te has divertido con tu hermana? —pregunto—. Has llegado a casa antes de lo que pensaba.

—Fuimos a tomar unas copas para celebrarlo. Unos tíos nos invitaron a unas rondas. —Me devoran los celos y mi rabia echa raíces—. Me ha parecido que Kelsey se sentía atraída por uno de ellos, y otro estaba tratando de conseguir mi número.

Tenso la mandíbula y hundo los dedos con fuerza en el lateral del colchón.

—Pero le dije que estaba comprometida. —Lottie sonrío y levanta la mano, mostrándome su anillo—. Cuando vio el tamaño del diamante, supo que no podía competir.

Maldita sea, es cierto.

—No necesitaba ver el tamaño del anillo para darse cuenta de que no podía competir conmigo. En especial, si supiera que soy el hombre que te ha dado el anillo.

Cruza los brazos.

—¿Estoy percibiendo una pizca de celos, Huxley?

—No son celos, solo protejo lo que es mío.

—¿Ahora soy tuya?

—Hasta que hayamos cumplido con los deberes estipulados en el contrato, sí —digo; tengo ganas de soltar el colchón y enterrar los dedos en los largos y oscuros mechones de Lottie.

—Bueno, no tienes que preocuparte, mi lealtad está contigo. —Se acerca a mí con esos tacones kilométricos que resuenan en el suelo. Clavo los ojos en sus tonificadas piernas y, cuando se detiene delante de mí, su pecho queda justo a la altura de mis ojos. Y entonces se pone de rodillas, justo entre mis piernas.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceo, mi cuerpo estalla de excitación ante su postura.

Pone las manos en mis muslos.

—Te doy las gracias.

Desliza los dedos hacia mi polla, ya dura, pero la detengo antes de que pueda tocarme.

—No quiero tu agradecimiento. Ya te he dicho que te has ganado todo lo que has conseguido hoy. No tiene nada que ver con la situación y sí con tus ideas y méritos.

Sus ojos coinciden con los míos.

—¿No quieres que te la chupe?

—No, por eso no —digo, ofendido—. No quiero pensar que me estás agradeciendo haberte contratado. No quiero tu boca así.

Llevo la mano a su mejilla y le acaricio los labios con el pulgar. Ella abre la boca, captura mi pulgar y lo chupa con fuerza. Me fijo en cómo ahueca sus mejillas y, joder, lo que daría por que fuera mi polla en lugar de mi pulgar.

Pero no por eso.

No quiero que pueda pensar que me está pagando.

De ninguna manera.

Cuando me suelta el pulgar, me sube las manos por los muslos y se levanta. Me empuja el pecho hasta que me quedo tumbado y luego se echa sobre mí, con las piernas abiertas, y el calor de su sexo conecta con mi polla. Me encantaría follar con esta mujer, despojarla del vestido y mostrarle la clase de amante que soy.

Y no quiero tirármela solo porque sea guapa ni porque me excite esa boca tan picajosa, sino porque he visto un lado de ella que no

había visto antes. Un lado profesional, una chispa de entusiasmo por sus metas, por sus logros. Me ha resultado condenadamente sexy. Me hace verla bajo una óptica muy diferente, lo que es muy peligroso, porque ya estoy metiendo los dedos de los pies en la línea. Ya estoy cruzando al territorio de los daños.

—Lottie, ¿qué estás haciendo?

Mueve las caderas contra mi polla y sonríe.

—Estás duro.

—¿Qué quieres decir?

Cambia de expresión y apoya la mano en mi pecho.

—¿Por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado.

—Te estás alejando. Sé cuándo te apagas, y eso es lo que estás haciendo ahora. Te estás apagando. ¿Por qué, Huxley?

—Ya has hecho las preguntas de hoy.

Niega con la cabeza.

—No las preguntas de la cena.

—No has cenado conmigo esta noche, así que has perdido ese derecho.

Enfadada, se separa de mí, y me levanto mientras se arregla el vestido.

—Justo cuando empiezo a pensar que no eres un gilipollas, me demuestras que estoy equivocada. Eres el hombre más exasperante que he conocido.

Sí, yo también estoy muy irritado conmigo mismo. Pero, al ver que permanezco en silencio, resopla y se vuelve hacia la puerta.

—He quedado con Ellie el martes a las diez para ver sacaleches —me dice antes de salir de la habitación—. Solo quería que supieras que sigo cumpliendo con mi parte.

—Ya te dije que no tienes que hacerlo.

—Al parecer, es lo mínimo que puedo hacer —dice con tal veneno que me irrita.

—No me debes nada, ya te lo he dicho —replico cuando pone la mano en el pomo de la puerta.

—Considéralo parte del contrato. —Va a marcharse, pero se detiene. Me mira por encima del hombro, con su pequeña figura en tensión, lo que hace que sus movimientos sean irregulares. Inspira

profundamente, agacha la cabeza—. ¿Podrías al menos hacerme un favor y bajarme la cremallera del vestido? —susurra.

—¿No llegas?

Niega con la cabeza.

—No, Kelsey me ayudó a subirla.

Me levanto de la cama y acorto la distancia entre nosotros, con la polla todavía dura. Cuando solo nos separan unos pocos centímetros, deslizo la mano por su larga melena y se la paso por encima del hombro para dejarle la espalda al descubierto. Llevo los dedos a la pequeña cremallera y se la bajo lentamente por la columna, lo que me confirma que no lleva sujetador. Cuando llego al final, mantengo la mirada fija en su espalda mientras ella deja caer el vestido hacia abajo hasta que forma un charco a sus pies, dejando a la vista un tanga de encaje blanco y su redondo y alegre trasero.

Joder.

Joder...

Se cubre los pechos con el brazo y se gira hacia mí para agacharse y recoger el vestido. Cuando se levanta, me roza la entrepierna con el hombro y casi me derramo ante su contacto. Sus ojos se encuentran con los míos y mueve sus largas pestañas.

—Gracias —dice en tono seductor.

Me humedezco los labios.

Tengo que cerrar los puños para no agarrarla.

Mi polla pide alivio.

Pero no me muevo. Ni siquiera me inmuto.

Con una mirada de decepción, sale de mi habitación, pero no cierra la puerta.

Pasa a su cuarto, deja la suya abierta, tiende el vestido sobre la cama y se dirige al baño.

Joder. La puerta abierta... Eso es una invitación.

Me está tentando, no se rinde. No creo que pudiera contenerme ni aunque estuviera en juego mi vida.

Después de ver su culo perfecto.

Después de desnudarla.

Después del beso que hemos compartido.

Después de verla de rodillas, con las mejillas ahuecadas.

Después de saber que quería tener mi polla en su boca.

Mi voluntad se ha resquebrajado, mis propósitos se tambalean y todas las reglas dan vueltas desordenadas en mi cabeza sin que ninguna tenga sentido.

La oigo abrir el grifo de la ducha en el baño. Es un infierno. La polla se me pone aún más dura, y me quedo allí quieto, con la mirada clavada en la otra habitación; es como si me suplicara que haga un movimiento, pero también que me mantenga firme.

Y luego se desliza por el dormitorio completamente desnuda.

Con esas tetas, del tamaño perfecto.

Y las caderas, adecuadas para agarrarme a ellas.

Por no hablar de su sexo, depilado y tan tentador. Una vez no ha sido suficiente.

Dios mío...

Me mira, se echa el pelo por encima del hombro y se dirige a la mesilla de noche. Abre un cajón y saca el consolador que tiene una ventosa en el extremo. Se gira hacia mí ofreciéndome una vista frontal completa, y se me seca la boca cuando mis ojos contemplan sus duros pezones, que tanto deseo lamer. Consciente de mi mirada, Lottie coge el extremo del consolador y se lo pasa por el pecho al tiempo que deja caer la cabeza hacia atrás mientras se lo lleva a la boca.

Veo asomar su lengua...

Y lamer la parte superior.

Ya no tengo control, joder.

Mi polla late dentro de los calzoncillos.

El sudor me baja por la espalda.

Y, de pronto, me abandona toda la fuerza de voluntad.

Satisfecha consigo misma, se dirige al cuarto de baño con el consolador en la mano, y yo cruzo la barrera que separa nuestras habitaciones y la sigo al interior.

En el momento en que entro en su cuarto de baño, ha cerrado la puerta de la ducha y la sorprendo mojando el consolador antes de pegarlo en la pared con la ventosa. Cuando proyecté esta casa hice incluir duchas para dos personas en cada uno de los cuartos de baño, así que hay espacio de sobra. *En especial, si quisiera unirme a ella.*

Se pone debajo del chorro de la ducha, pero, en lugar de dejar que el agua la empape, me ofrece un espectáculo.

Con aire seductor, con un objetivo en mente, sus manos descienden por sus pechos, donde se detiene y se pellizca los pezones. Gime

mientras sus manos siguen bajando. El agua corre por sus pechos, por las puntas de sus pezones y su vientre plano, hasta su sexo.

Se me hace la boca agua.

Noto un hormigueo en las manos por las ansias de tocarla. De sentirla.

Me duele el cuerpo por estar en esa ducha con ella.

Una vez se empapa con agua, le da la espalda al consolador y se dobla por la cintura, agachándose lo suficiente para..., ah..., masturbarse.

Me clavo los dientes en el labio inferior mientras ella se desliza lentamente por el consolador y lo introduce en su apretado sexo.

—Sí... —gime, y se echa el pelo mojado por encima del hombro.

No puedo apartar la vista de lo que hace, miro los suaves círculos que traza con la pelvis.

Joder, la polla se me pone tan dura que me duele. Me había prometido a mí mismo que no me masturbaría delante de ella, que, si me corría, lo haría en su interior.

Pero verla así, mientras me posee el deseo de tocar sus malditos pezones y chuparlos, me vuelve loco.

Me hace salivar.

Me hace querer ir en contra de todo lo que he dicho.

—Dios, Huxley —dice en un tono tan satisfecho que mis oídos se aguzan al oír mi nombre—. Sí, Hux —insiste ella, hundiéndose un poco más fuerte—. Qué bien. Qué bueno...

Mi polla pega un brinco.

Mi cuerpo se tensa.

Noto que me tiemblan los brazos cuando una de sus manos serpentea entre sus piernas y comienza a masajearse el clítoris.

—Sí, justo ahí. Justo ahí, Hux. Dios, me encantan tus manos. Me encanta cómo me hacen sentir.

¡Joder!

Abre los ojos ladea la cabeza cuando su mirada conecta con la mía.

Es embriagadora.

Lujuriosa.

Apasionada.

—Mmmm, sí... —gime, sin apartar los ojos de los míos.

Doy un paso adelante, poseído por la necesidad.

—Tu lengua. Me encanta correrme en tu boca. —Se pasa el dedo por los labios y se lo chupa—. Me encanta que me saborees. Que me lamas. Que me chupes. —Lleva la otra mano a su pecho, donde se pellizca el pezón con fuerza—. Consigues que me corra como ningún otro hombre con el que haya estado —jadea.

Mueve las caderas adelante y atrás.

El dedo, abandonada ya su boca, se desliza sobre el otro pecho. Maldita sea...

Otros dos pasos más adelante.

—Ahh, ahhh, sí. ¡Oh, Dios, eres tan grande...! Sabía que lo serías, sabía que tu polla sería justo lo que necesitaba.

Se le cae la cabeza hacia adelante.

Mueve las caderas más rápido.

Se pellizca los pezones, arrancándose un siseo.

¡Joder!

Quiero ser yo.

Necesito ser yo.

El último hilo de resistencia se rompe y, antes de que pueda detenerme, me quito los calzoncillos y abro de golpe la puerta de la ducha. El agua me cae en la espalda y Lottie me sonrío justo antes de extender la mano y agarrar mi polla, que está en posición de firmes.

—Justo lo que quería de postre —se relame antes de llevarla a la boca.

¡Joder! Le sujeto el pelo y se lo recojo a un lado para ver cómo su boca desciende sobre mi gruesa erección. Sus labios me absorben y me acaricia con la mano la raíz de mi polla. Pero es su boca la que me hace echar las caderas hacia delante, pidiendo más.

Está caliente.

Húmeda.

Es perfecta.

Me introduce hasta el fondo de su garganta. Cierro los ojos, embargado por el placer, y me acerco para que ella pueda seguir dándose placer también.

Tal y como pensaba —permitirle tocarme, chuparme— es justo como lo había soñado. Condenadamente bueno. Muevo la mano por su mejilla y le acaricio la suave piel con el pulgar.

—Traga mi polla, lo más profundamente que puedas, en esa sucia boca tuya. —Me chupa más fuerte—. Así... Joder, sí, Lottie.

—Poso la mano en la parte posterior de su cabeza y la ayudo a mantener el ritmo, moviéndola sobre mi erección una y otra vez, aumentando el placer en lo más profundo de mí.

—¡Oh, Dios! —murmura en mi polla, y mueve las caderas contra el consolador.

No puedo decir que me guste especialmente que se corra con algo que no sea mi mano o mi boca, pero es excitante que se masturbe mientras me folla con la boca. Lo permitiré por esta vez.

Pero es mi nombre el que ha estado diciendo. Mis manos las que está imaginando en su cuerpo. Mi lengua la que lame su clítoris y su coño.

Acerca los labios a la punta de mi polla y me acaricia los testículos. Separo las piernas para que tenga mejor acceso, porque quiero que juegue conmigo. Quiero que me haga lo que le dé la gana. Y lo hace... Me pasa la palma de la mano por las pelotas mientras se recrea con el glande, lamiéndolo una y otra vez como un pirulí.

Jugando conmigo.

Y me encanta.

Me encanta la sensación.

La forma en que se concentra en una zona en particular y luego vuelve a tomar una parte de mí en su boca, hundiéndome hasta el fondo de su garganta...

—Joder —murmuro cuando mi miembro empieza a vibrar entre sus deliciosos labios.

—Me encanta tu polla —dice cuando me saca de su boca para lamer toda mi longitud—. Es enorme, Huxley. Y gruesa. —Me roza con la lengua la parte inferior de la punta, acariciando ese lugar tan sensible, y para mí que me crece un centímetro más por la forma en que me sujeta los huevos, tirando con suavidad, con mucha suavidad, de ellos. Es suficiente para volverme loco, para que note un escalofrío de placer en mi espina dorsal.

—Quiero correrme en tu boca —pido mientras me agarro la base de la erección.

—Esto es mío, no lo toques —dice, apartándome la mano.

Frunzo el ceño ante tal exigencia y, si no estuviera tan desesperado por correrme, le diría exactamente lo que es suyo, pero necesito su boca perfecta en mi polla. Y la necesito ya.

—Entonces, fóllame con la boca —suplico con los dientes apretados.

Deja de moverse sobre el consolador y se concentra en mi polla, llevándome a lo más profundo de su garganta.

Me traga.

Se retira.

Repito el proceso hasta que no puedo sentir nada más que su dulce boca. Me agarro al lateral de la pared de la ducha mientras el placer me sube por las piernas y se me acumula en la base de la polla.

—Joder, me voy a correr. —Le paso la mano por la mejilla—. Traga hasta la última gota.

Sus ojos se nublan y, en ese momento, me remata, succionándose, chupándose, dándome la mejor mamada de toda mi vida. Se me tensan las pelotas, mi polla se hincha y exploto con un rugido que sale de lo más profundo mi pecho mientras me corro en su boca.

Y lo traga todo

Hasta la última gota, como le he dicho, hasta que estoy completamente agotado y trato de recuperar el aliento.

Me suelta y me sonrío.

Tardo tres segundos en cogerla, cerrar la ducha y tumbarla en el banco. Le separo las piernas, me arrodillo y aprieto la boca contra su coño.

—Sí —dice, hundiendo los dedos en mi pelo. Me tira de los mechones con fuerza y gime mientras devoro su coño ya excitado.

Está a punto. Lo sé por la forma en que me aprieta los hombros con las piernas, por el temblor de sus manos al tirarme del pelo.

—No puedo olvidar tu sabor —confieso, y la premio con largas caricias e introduzco dos dedos en su interior—. Podría estar comiéndote todo el maldito día. —Caricia a caricia, aumenta la tensión en su interior hasta que me clava las uñas en el cuero cabelludo y se le arquean las caderas.

—Huxley, me corro. ¡Oh, joder, me voy a correr...! —grita; le sujeto la pelvis hacia abajo, impidiendo que haga ningún movimiento mientras la paladeo, dándole placer como yo quiero.

Gime, su voz resuena en los azulejos.

Grita mi nombre al ver que no aflojo y le arranco hasta el último gramo del orgasmo.

Y cuando se relaja lentamente, le hago unas cuantas caricias más antes de apartarme ligeramente, aunque solo para darle un beso en el sexo.

Cuando me pongo en pie, me mira con los ojos abiertos como platos. Veo cómo sube la mano temblorosamente por su cuerpo hasta el cuello. Me busca mientras recupera el aliento, y no estoy seguro de lo que tiene en mente, de lo que podría decirme, así que decido adelantarme a ella.

—Que pases una buena noche —susurro, antes de salir de la ducha. Tengo que dejarlo aquí. Tengo que largarme, o me veo llevándola a su cama y follando con ella toda la noche hasta que no pueda soportarlo más.

Me arrepiento de haberla dejado, pero me obligo a seguir adelante y cojo una de las toallas de repuesto, que me pongo alrededor de la cintura antes de ir a mi habitación, donde cierro la puerta.

Aturdido, confuso e inseguro ante lo que ha pasado, entro en mi cuarto de baño, abro la ducha y me relajo bajo el agua caliente, intentando recomponerme.

¿Qué coño he hecho?

He traspasado todos los límites y, ahora que he tenido su boca en mí, no creo que vuelva a ser el mismo. No después de tragarme tan profundamente, después de cómo se bebió hasta la última gota de mi eyaculación.

No podré quitarme esa imagen de la cabeza durante mucho tiempo.

Y cuando salgo de la ducha para secarme, solo puedo pensar en que quiero volver a cruzar el pasillo y explorar el cuerpo de Lottie. En que quiero agradecerle que haya soportado todas mis borderías. Por abrirme a pesar de que, en realidad, no quiero hacerlo.

Me miro fijamente en el espejo y paso lentamente la mano sobre el vello que me cubre el pecho, el mismo que Lottie rozó con el interior de sus muslos.

¿Qué demonios estás haciendo, tío?

¿Y por qué pareces feliz?

Me siento feliz en un momento en que no debería serlo, porque el caos me engulle. El trato, las mentiras, las líneas borrosas... todo está flotando en el aire —algo que normalmente no soporto— pero aquí estoy... lidiando con ello.

Dios...

Suena el teléfono en la mesita de noche y lo miro, preguntándome qué hora será.

Tomo asiento en mi cama con la toalla alrededor de la cintura y leo el mensaje.

Lottie: *Tu boca es una absoluta provocación. Me encanta correrme en tu lengua.*

Joder.

¿Está intentando que se me ponga dura otra vez?

Huxley: *No me canso de tu coño ni de tu tembloroso clítoris.*

Me paso la mano por la boca, deseando que mi cuerpo no se excite de nuevo. Una vez es suficiente por esta noche. Cruzar la línea más veces solo hará que me meta en un lío.

Lottie: *Solo me he corrido así contigo. Con nadie más. Solo contigo.*

Sí, está tratando de ponerme duro de nuevo, está tratando de atraerme. Quiere más. Puedo sentirlo en lo más profundo de mis huesos.

Huxley: *¿Estás desnuda en la cama?*

Lottie: *¿Cómo lo has sabido?*

Huxley: *Estás intentando que vuelva a tu dormitorio.*

Lottie: *Quiero sentir tu polla dentro de mí, Huxley. Tengo las piernas abiertas, los pezones duros, mi cuerpo se calienta solo de pensarlo.*

Me estremezco y aprieto los dientes, tratando de mantener la compostura.

Huxley: *No voy a volver.*

Aunque quiero hacerlo. Joder, quiero hundirme entre sus piernas. Pero me estoy volviendo adicto a ella, y eso tiene que parar. No tengo ni idea de cuándo se me ha ido la cabeza, ni de si esto es solo una diversión para ella mientras pasamos el tiempo, pero sé que sería algo más para mí, y no estoy dispuesto a arriesgarme. Dejo el teléfono en el suelo, pensando que Lottie no va a responder después de ese último mensaje. ¿Estará enfadada? ¿Frustrada? ¿Confundida? *¿Sentirá todo lo que yo siento?*

Lottie: *Si no vuelves por aquí, ¿reconsiderarás responder a mis dos preguntas?*

Suelto un profundo suspiro y me paso la mano por el pelo. *Todavía quiere conocerme...*

Pero tengo que mantener los límites.

Huxley: *Solo respondo a tus preguntas en la cena.*

Lottie: *Por favor, Huxley.*

Y así como así, la conversación pasa de tener una carga sexual a ser inocente. Puedo oír su voz diciendo esas palabras, pidiéndome, rogándome que participe.

Aparentemente no tengo fuerza de voluntad, porque asiento, aunque ella no pueda verme, y respondo al mensaje.

Huxley: *¿Cuáles son tus preguntas?*

Lottie: *Gracias. ¿Qué tal si hago dos preguntas y ambos tenemos que responder a ellas?*

Huxley: *Vale.*

Lottie: *Tu entusiasmo es contagioso.*

Huxley: *No te pases...*

Lottie: *Vale, pregunta número uno: ¿cuál dirías que es tu cualidad favorita de ti mismo?*

Huxley: *No estoy seguro de a dónde quieres llegar, pero supongo que respondería que mi integridad.*

Lottie: *Lo entiendo.*

Huxley: *¿Qué es lo que más te gusta de ti?*

Lottie: *Mi lealtad, a pesar de que me haya causado problemas con Angela. Creo que ser leal es muy importante. Otra razón por la que mantengo mi palabra y voy a comprar sacaleches con Ellie.*

Huxley: *Ser leal es una cualidad muy admirable.*

Lottie: *Bien, segunda pregunta: ¿qué es lo que más te gusta de mí? Y yo te diré lo que más me gusta de ti.*

Huxley: *¿Buscas cumplidos?*

Lottie: *Ya que estamos trabajando juntos y tiendes a alejarte mucho, he pensado que será beneficioso que digamos lo que nos gusta del otro. A modo de recordatorio.*

Huxley: *Vale. Me gusta que seas leal.*

Lottie: *De eso nada, no puedes usar lo que he dicho. Vamos, Huxley, sé que puede ser doloroso para ti ofrecerme un cumplido, pero al menos puedes intentarlo.*

Aprieto los labios contra los dientes en señal de frustración mientras me tumbo en la cama. Vale, quiere saber lo que me gusta de ella, y más vale que se lo diga.

Huxley: *Que no tienes miedo. Puede que no tomes siempre la decisión correcta, pero, pase lo que pase, te enfrentas a las situaciones sin miedo y no te con-*

tienes. Es una característica que no tiene mucha gente. Si lo unes a la lealtad, te conviertes en alguien con quien me gustaría pasar más tiempo.

No responde enseguida, y me preocupa pensar que me he excedido, que he dicho demasiado, pero entonces llaman a mi puerta. Me incorporo y me encuentro a Lottie allí de pie con uno de los muchos conjuntos de lencería que le he comprado.

Es rojo. Los pantaloncitos cortos son holgados, de encaje y transparentes. La parte superior se interrumpe a la altura del ombligo y no esconde nada. Por lo tanto, veo cómo sus pechos flotan libremente.

Sí, es de largo la mujer más sexy que he visto en toda mi vida.

—¿Qué pasa? —pregunto, sintiéndome incómodo después de haberme sincerado por mensaje y también, una vez más, excitado.

—Quería saber si lo que decías era de verdad.

—¿Por qué iba a mentirte? ¿Te he mentido alguna vez?

—No —dice ella—. Pero..., no sé, necesitaba ver tu cara.

—Es la verdad. Siempre te diré la verdad.

Desliza los pies por el suelo y mira la alfombra.

—Gracias.

—¿Eso es todo? —pregunto.

—No. Necesito decirte lo que me gusta de ti.

Muevo la cabeza y me levanto de la cama.

—No es necesario.

—Es tu corazón. Siempre quieres ayudar —dice; sus ojos se encuentran con los míos—. No dejas que la gente lo vea; lo escondes del ojo público. Pero como espectadora, habiendo prestado suficiente atención, lo he visto, y es hermoso.

No me gustan los cumplidos.

La verdad es que no me interesan mucho.

Así que escucharla, oír sus elogios, no me sienta bien, y no sé cómo manejarlo.

—No hace falta que digas nada —dice, notando lo incómodo que estoy—. Pero he pensado que debías saberlo. —Me ofrece una suave sonrisa—. Buenas noches, Huxley.

—Buenas noches —deseo, bajito, mientras se aleja.

Me siento como si esta noche mi mente se hubiera visto eclipsada por una bruma pesada y densa. No puedo pensar con claridad.

Parece que no puedo unir dos pensamientos sobre qué debería hacer. ¿Cómo diablos puedo aceptar la observación de Lottie sobre mí..., sobre su parte favorita de mí?

Es tu corazón. Siempre quieres ayudar. No dejas que la gente lo vea; lo escondes del ojo público. Pero como espectadora, habiendo prestado suficiente atención, lo he visto, y es hermosa.

Nadie me ha hablado —ni discutido conmigo— como lo hace Lottie. Nadie me ha visto como ella me ve. Mis hermanos me conocen perfectamente, claro, pero cualquiera que haya entrado en mi vida ve a Huxley Cane, el multimillonario, el magnate. Nunca me han visto como Huxley, el hombre con corazón. Porque sé que está ahí, joder. Me enorgullezco de ser compasivo cuando se presenta el momento. Pero nadie lo había detectado.

Hasta que llegó Lottie.

Consciente de que tengo problemas mentales, me vuelvo hacia la mesilla de noche, cojo el teléfono y envío un mensaje a mis hermanos.

Huxley: *Estoy jodido.*

Sus respuestas son inmediatas.

JP: *Déjame que adivine: ¿te has dado cuenta de que te gusta tu falsa prometida?*

Huxley: *Me gusta. No debería, pero me gusta.*

JP: *Lo sabía.*

Breaker: *Como todo el mundo...*

Huxley: *No sé qué coño hacer.*

JP: *Lo que haría cualquier otra persona si le gustara alguien. Invitarla a salir.*

Huxley: *¿Invitarla a salir? Pero tenemos un acuerdo de negocios. Y no creo que deba actuar así.*

Breaker: *JP, mira a nuestro hermano mayor inseguro. Es una pasada verlo así.*

JP: *¿Me atrevería a decir que estoy disfrutando de este momento de humildad? Sí, me atrevería.*

Huxley: *No seáis imbéciles. Necesito ayuda, joder.*

JP: *No necesitas ayuda. Sabes exactamente lo que tienes que hacer, es solo que estás demasiado asustado para hacerlo.*

Breaker: *^ Cierto.*

Huxley: *Es complicado. ¿Y el trato con Dave?*

JP: *No creo que tengas que preocuparte de eso ahora mismo. Yo me centraría en lo que quieres, en algo que no está relacionado con el negocio. Tanto Breaker como yo podemos dar fe de ello y decir que necesitas algo en tu vida que no sea la empresa.*

Breaker: *Tienes que aprender a disfrutar de la vida, hombre. No estás viviendo. Tienes todo el dinero del mundo y no haces nada con él. Ahora tienes una razón para usarlo: salir con ella. Sal con ella. Si te gusta, hazlo.*

Huxley: *¿No crees que eso estropeará las cosas entre nosotros?*

JP: *Solo serán mejores.*

Breaker: *Tiene razón. ¿Qué podría salir mal? En serio.*

Huxley: *Famosas últimas palabras.*

16

LOTTIE

Pienso en la noche anterior, mirando fijamente el techo de mi habitación.

Habría dado algo por tener a Huxley de nuevo conmigo, por saborear sus labios una vez más, por sentir entre mis piernas su magnífica polla.

Gimo de frustración y me incorporo, sin molestarme en ajustarme el pareo que me he puesto antes de tumbarme en la cama. Si Huxley no me hubiera visto ya desnuda, me plantearía quitármelo, porque lo que me ha proporcionado apenas me cubre nada.

Esta mañana, cuando he bajado a la cocina a desayunar, él había salido a correr; al menos, eso decía la nota que había encima de la isla de la cocina. Era una nota sencilla, sin nada especial: «*Me he ido a correr*». Así que, como el personal no trabaja los fines de semana, tengo su casa para mí sola. Por eso, he cogido un *parfait* de yogur que Reign preparó ayer, lo he devorado y he trabajado un poco en la página web; más tarde me he pasado un buen rato haciéndome trenzas antes de ponerme una de las prendas de baño que me ha proporcionado Huxley. Me he decantado por una sencilla de color negro.

Necesito tomar el sol. Despejar la cabeza. Salir de esta habitación en la que recuerdo lo increíble que es sentir la barba incipiente de Huxley rozándome el interior de los muslos.

Los laterales del pareo a juego se abren cuando cojo las gafas de sol de la cómoda. Dejo el teléfono porque no quiero ninguna distracción, quiero que solo seamos el sol y yo, y voy a las escaleras.

Voy a la planta baja y echo un vistazo, compruebo que el espacio parece desierto, y luego me dirijo a la parte trasera de la casa, donde abro una de las enormes puertas correderas de cristal. Por supuesto, hay toallas dobladas y apiladas en un armario exterior, junto

con cualquier otra cosa que pueda necesitarse para nadar: gafas, crema solar e incluso unas pinzas para la nariz.

Cojo una toalla del armario y la llevo a una de las tumbonas de rayas blancas y negras que bordean la piscina. Deshago las lazadas del pareo, dejo que la tela caiga al suelo y me cubro los ojos con las gafas de sol. El sol californiano es implacable, por lo que es fácil broncearse, lo que me hace pensar en... Miro a mi alrededor, aunque sé de sobra que estoy sola en esta casa increíblemente grande, así que llevo los brazos atrás y me desabrocho la parte superior del bikini. *Hala, mírame, estoy haciendo* topless. Muy bien. Me deleito con la forma en la que el sol me calienta inmediatamente los pezones.

¿Debo desnudarme por completo?

Echo un vistazo a mi alrededor una vez más y pienso: «¿por qué no?».

Me bajo la braguita del bikini y la dejo con la parte superior.

Estoy desnuda.

Y tan ricamente...

Hay una colchoneta blanca en la piscina que parece llamarme, así que me acerco al borde, la cojo y tiro de ella hacia las escaleras para subirme con cuidado. El agua fría contra mi piel caliente es un maravilloso contraste que mi cuerpo agradece. Una vez que me he acomodado, me ajusto las gafas y me dejo llevar por la maravillosa experiencia de flotar en el agua mientras el sol calienta mi piel desnuda.

Podría ser la primera vez que me baño desnuda.

Cierro los ojos y me recreo en la sutil brisa que corre entre las hojas de las palmeras, ofreciendo una relajante banda sonora al baño de media mañana. Sí, esto es justo lo que necesitaba.

Tengo los ojos cerrados y estoy a punto de dormirar...

—¿Qué coño estás haciendo?

Huxley.

Y por el tono de su voz, no está contento.

Abro los ojos y levanto las gafas de sol para mirarlo. Está en el borde de la piscina, sin más ropa que unos pantalones cortos y unas zapatillas de deporte. Su ancho pecho desnudo está cubierto de sudor y tiene el pelo empapado, con mechones húmedos que se le pegan a la frente.

Dios, qué delicioso es...

Me muevo en la colchoneta; no soy nada tímida, y él ya lo ha visto todo.

—Estoy flotando.

—Estás desnuda.

—¿De verdad? —pregunto, mirando hacia abajo—. Anda, pues sí, lo estoy. —Y solo por el placer de hacerlo, separo las piernas a ambos lados de la colchoneta para sumergir los pies en el agua.

—¿Por qué?

Me vuelvo a colocar las gafas de sol sobre los ojos.

—Porque quería hacerlo. Porque ya me has visto desnuda. Y porque tu personal no trabaja los fines de semana. —Elevo la cabeza hacia el sol—. Dios, me encanta bañarme desnuda. ¿Lo has probado alguna vez?

—No.

—¿De verdad? Tienes una piscina. Deberías probarlo al menos una vez. —Le hago una seña con la mano—. Ven, acompáñame.

No dice nada, así que abro los ojos para ver qué está haciendo. Lo encuentro de pie en el borde, pero ahora tiene los puños cerrados.

Tiene que relajarse.

Este hombre es una bola de estrés reprimida, lista para explotar en cualquier momento. Ha tenido pequeños momentos aquí y allá en los que se ha permitido relajarse, pero aún no se ha liberado del todo. Tal vez, lenta pero segura, pueda ayudarlo a hacerlo.

—No muerdo. Te lo prometo. —Sumerjo los dedos en el agua y lo salpico. Levanto la mano y el agua gotea desde mis dedos hasta mis pechos. Estoy tentada de rodearme el pezón, pero no busco que se excite, solo que se relaje.

Al ver que sigue sin moverse, suspiro llena de frustración y abandono la colchoneta para meterme en el agua fría. Mis pezones se endurecen de inmediato ante el impacto del cambio de temperatura, pero sigo adelante y llego a las escaleras.

Los ojos de Huxley se quedan clavados en mí, me atraviesan con tal intensidad que noto que me da un vuelco el corazón al acercarme a él.

Tomo su mano con mis dedos temblorosos, lo guío hasta una tumbona y lo obligo a sentarse. Como no protesta, me arrodillo

frente a él y le quito las zapatillas deportivas y los calcetines. Siento su mirada sobre mí todo el tiempo, observando cada uno de mis movimientos. Cuando termino, me levanto y vuelvo a cogerle la mano entre las mías. Le dejo puestos los pantalones cortos, porque al ser deportivos puede nadar con ellos y, después de retirar del bolsillo el móvil y la cartera, lo guío hasta las escaleras de la piscina.

Para mi sorpresa, aunque no llevo nada encima, no me siento cohibida delante de él. Ni siquiera me siento como si estuviera desnuda. *Me hace sentir cómoda en mi piel.* A pesar de que no ha expresado su admiración por mi cuerpo tanto como debería, dada la confianza que tengo con él, no se trata de lo que dice, sino de cómo actúa cuando estoy expuesta a él. La forma en que sus ojos me recorren con desesperada gratitud. Su firmeza cuando pone sus manos sobre mí. Las órdenes dominantes que imparte cuando tenemos un momento de esos.

Por no hablar de que se pone increíblemente duro cada vez que disfrutamos de cierta intimidad.

Me meto en el agua y lo llevo conmigo. No protesta, así que sigo avanzando hasta llegar a la colchoneta, que es, sin duda, lo bastante grande para los dos.

—Sube —le digo, acercándola.

Examina la colchoneta y luego me mira a mí.

—¿Vas a acompañarme?

—Sí —respondo.

Se sube a la colchoneta y me ayuda a acomodarme. Con el peso extra, nos hundimos más, pero seguimos flotando, y solo se oye el chapoteo ocasional del agua contra el borde. Me pongo de frente a él, que está tumbado de espaldas con una mano detrás de la cabeza.

—¿Ves? No tienes que ponerte nervioso. ¿A que es agradable?

—Tengo el pantalón puesto —dice con la voz ronca.

Hago girar el dedo en su sien.

—Deja de darle vueltas a eso —digo.

—Estás desnuda.

—Eso no parecía importarte anoche.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Estabas dentro de casa

—¿Temes que me vea alguien? —No puedo ocultar la sonrisa que me curva los labios.

—Sí —alega.

—Actúas como si te importara.

Sus ojos vuelven a dirigirse a los míos y me mira con intensidad durante unos segundos antes de girarse y mirarme de frente. Posa la mano en mi cadera y, con ese pequeño contacto posesivo, se me calienta todo el cuerpo.

—Me importa. —Me roza la piel con el pulgar—. Esto es solo para mis ojos.

Tuerzo la comisura de la boca hacia un lado, tratando de traspasar la línea con cautela.

—¿Mi cuerpo también forma parte del acuerdo? —pregunto—. No recuerdo bien esa parte.

Se humedece los labios y desliza la mano por mi costado, la baja por mi brazo y llega a mi pecho. Me pellizca un pezón, distraído, como si esto fuera lo que hace los sábados, retuerce mi pezón entre los dedos.

Pero la sensación que me produce su contacto es todo menos una distracción.

—¿Tuve o no tu coño en mi boca anoche? —Me pellizca el pezón, cierro los ojos y contengo la respiración un segundo.

—Sí —respondo.

—Entonces, eso significa que reclamé tu cuerpo. —Me pellizca de nuevo—. ¿Entendido?

—Sí —respondo con un leve siseo.

—Perfecto. —Me suelta y no puedo evitar emitir un sonido de protesta. Una leve sonrisa asoma a sus labios, y lo fulmino con la mirada.

—¿Crees que es divertido jugar así conmigo?

—No es divertido, es más bien tentador. Me incita a desear más. Verte así, desnuda en mi piscina, me incita a desear mucho más.

—¿Cómo qué? —indago, intrigada. Después de los últimos encuentros con él y de los orgasmos alucinantes que me ha hecho sentir, le dejaría hacer cualquier cosa. Y me refiero literalmente a cualquier cosa.

—Apoyarte contra el borde de la piscina, separarte las nalgas y devorarte.

Oh, Dios mío...

Se me tensan las piernas cuando un sordo latido se despierta entre ellas. No puedo imaginar lo que se siente, pero me pregunto cuán bueno sería.

—¿Lo has hecho alguna vez? ¿Has hecho algo así antes en esta piscina?

Mira a un lado, evitando el contacto visual conmigo.

—Sí.

Por alguna razón, eso me decepciona. Sé que no debería importarme y que no tengo derecho a sentirme ultrajada en absoluto, pero una pequeña parte de mí habría deseado ser la primera mujer con la que estuvo aquí.

—¿En serio? ¿Y era buena? —pregunto, haciéndome la interesante.

Esta vez sus ojos se dirigen a los míos.

—No.

Bueno... eso... eeh... me hace sonreír.

—Ajá —suelto, reprimiendo la sonrisa—. ¿Por qué no?

Vuelve a pasar los dedos por mi pecho y luego me roza el pezón con el pulgar.

—Era agresiva. Exagerada. Sobreactuaba como si tratara de impresionarme.

—Cuando debería hacer justo lo contrario.

Asiente, y me aprieta el pezón entre el pulgar y el índice. Se me escapa un gemidito de los labios. Soy incapaz de controlarme, de gestionar lo que me hace sentir. Es la primera vez en toda mi vida que puedo decir que, cuando miro a un hombre, lo único que quiero es sentir su boca en la mía, su mano entre mis piernas, su cuerpo dominando el mío.

A-todas-las-putas-horas.

—No me gusta que la gente finja —dice en voz baja, con los ojos fijos en mis pechos—. Quiero algo auténtico cuando me voy con una mujer a la cama.

—¿Crees que yo soy auténtica? —pregunto.

Me suelta el pezón y vuelve a mover la mano hacia mi cadera, que acaricia suavemente. Estoy excitada y quiero mucho más. Pero también ansío que se relaje, y eso es lo que parece estar haciendo.

—Sí, creo que lo eres. Me odias demasiado como para fingir que te doy placer. Si no te excitara, me lo harías saber.

Tiene razón en eso, pero hay algo en lo que no acierta del todo.

—Yo no te odio, Huxley.

—Pues disimulas muy bien —dice en voz baja. El tono de su voz es más burlón que acusador.

—A ver, hay momentos en los que te odio, no voy a engañarte. Pero no siento un odio general hacia ti. En realidad, te agradezco mucho lo que has hecho por mí.

—Es mutuo —dice, cerrando los ojos.

Su respiración se estabiliza y sus manos se relajan. ¿Está... echándose una siesta? ¿Conmigo desnuda al lado?

Cuando veo que no se mueve, que sigue tumbado, con los ojos cerrados y la mano sobre mí, me doy cuenta de que eso es exactamente lo que está haciendo.

Y quizás, en otras circunstancias, me sentiría ofendida. Soy una mujer, estoy desnuda a su lado. Lo normal sería que quisiera aprovecharse de la situación, pero Huxley no necesita hacerlo. Puede quedarse tumbado aquí, tan feliz, sabiendo que no me moveré.

Y no me moveré porque el momento es cómodo. Natural.

Yo también cierro los ojos, suelto un profundo suspiro y dejo que la colchoneta nos desplace suavemente alrededor de la piscina. Las nubes esporádicas impiden que el sol nos quemé la piel, lo que nos da la oportunidad de disfrutar de su calidez.

No sé cuánto tiempo permaneceremos así.

No puedo estar segura de cuánto tiempo echamos la siesta, pero me doy cuenta de que ya no estoy en la colchoneta cuando alguien me lleva por las escaleras de la casa de Huxley.

Abro los ojos y parpadeo un par de veces, sintiéndome como en una nebulosa.

—¿Qué pasa? —pregunto, confundida.

—No quería que te quemaras. Ha vuelto a salir el sol —susurra.

Al llevarme por el pasillo que conduce a nuestros dormitorios, casi espero que abra la puerta de su habitación de una patada, pero no lo hace. Abre la mía y me coloca en la cama poco a poco, luego coge las sábanas y las desliza por mi cuerpo desnudo. Cuando se endereza, se lleva la mano a la nuca y me mira.

—¿Te traigo algo? —pregunta.

Sorprendida por su actitud, niego con la cabeza.

—No, estoy... eeh... estoy bien.

Asiente y da un paso atrás.

—Siento lo de antes.

—¿El qué? —pregunto.

—Haberte tocado así. No debería haberlo hecho. Me está costando mucho mantener la profesionalidad, sobre todo, cuando te veo desnuda. Me resulta muy difícil resistirme a ti, Lottie.

Ladeo la cabeza, tratando de entenderlo.

—¿Cuándo te has detenido para no tocarme?

—Trato de respetar lo que tenemos, no de joderlo.

—¿Sabes cómo puedes joderlo? —pregunto.

—¿Cómo?

—Cerrándote en ti mismo.

Se agarra el cuello con más fuerza.

—Intento abrirme, Lottie.

—Me he dado cuenta —replico—. Y valoro que te abras y hables conmigo. Que respondas a mis preguntas. Significa mucho para mí. Hace que esta situación sea más fácil y, sinceramente, me gusta conocerte, Huxley. Eres un tipo decente.

Frunce el ceño, pero al tiempo se le dibuja una sonrisa en los labios.

—¿Decente?

Sonrío.

—Sí, claro.

—Estoy seguro de que nadie me ha llamado nunca «decente».

—Qué pena. —Retiro las sábanas que me ha puesto encima y me levanto de la cama. Mientras voy al cuarto de baño, siento que sus ojos siguen cada uno de mis movimientos. Entro en el vestidor y cojo un par de pantaloncitos nuevos. No sé por qué quiere llamarlos así; la tela apenas me cubre el culo. Busco una camiseta *oversize*, pero me acuerdo de que toda mi ropa está guardada. Vuelvo a salir con un gemido. Sus ojos me recorren inmediatamente de la cabeza a los pies. Es una mirada ardiente, que me recuerda que tal vez no haya hecho nada conmigo esta mañana, pero no me cabe duda de que quiere hacerlo.

—¿Me prestas una camiseta? —pregunto—. Quiero ponerme algo grande y cómodo.

—¿Quieres que te preste una de mis camisetas? —balbuce.

—Sí, ¿te importa?

Se le dilatan las pupilas y hace una pausa antes de responder. ¿Qué le pasa? Es solo una camiseta.

—Claro —dice cuando estoy a punto de burlarme de él. Se aparta de mí y se dirige a su habitación. Lo sigo, sin importarme en absoluto estar en *topless*. ¿Qué sentido tiene taparse ahora?

Va a los cajones de su cómoda y saca una camiseta negra y descolorida.

—No la pierdas. Es una de mis favoritas —me advierte antes de tendérmela.

Le arranco la camiseta raída de las manos y la desdoble, lo que revela una foto de Creedence Clearwater Revival. Lo miro rápidamente.

—¿CCR? ¿Tienes una camiseta de CCR?

Asiente.

—Era uno de los grupos favoritos de mi padre. No tengo muchos recuerdos de mi padre, porque se divorció de mi madre cuando éramos pequeños, pero siempre incluyen a CCR tocando de fondo.

Me pongo la prenda y me encanta que huelga a él.

Da un paso adelante y tira de la manga.

—Te queda enorme.

—Como a mí me gusta.

Vuelve a asentir.

—Sí, te queda muy bien.

Me abrazo a mí misma.

—Y es muy cómoda. Puede que te la robe.

Esa ceja juguetona suya se arquea de nuevo.

—Más vale que no.

—No deberías haber ofrecido esta camiseta si no querías que te la robara —replico en broma. Me acerco a él, pero me agarra de la muñeca y me atrae hacia su pecho.

Me levanta la barbilla

—No me hagas quitártela ahora mismo —dice.

—¿Se supone que esto es una amenaza? A mí me parece más bien una recompensa.

Aprieta los labios; sus ojos buscan los míos, pero aparta la vista enseguida y yo espero su siguiente movimiento. Su respuesta. Pero no dice nada. Se limita a negar con la cabeza y a entrelazar sus

dedos con los míos para llevarme de nuevo a la cocina; me conduce hasta la encimera y me sienta sobre la isla. La fría superficie me hace lanzar un chillido; luego se me acostumbra la piel.

—¿Qué quieres comer? —pregunta.

—Pensaba que no sabías cocinar.

—No sé —dice—. Pero soy capaz de hacer un sándwich.

—¿Me lo vas a hacer ahora? —Cruzo las piernas y apoyo las manos en la encimera—. ¿Qué tipo de sándwich? ¿Puede ser de queso a la plancha? ¿O es pedir demasiado?

Me mira por encima del hombro.

—Es pedir demasiado.

Resoplo y me tapo la nariz al mismo tiempo.

—Pobre niño rico. Ni siquiera sabe hacer un sándwich de queso a la parrilla. Deja que te enseñe.

Salto de la encimera y voy a la nevera en busca de queso. La mantequilla está en una vasija y, cuando me giro, me encuentro a Huxley tendiéndome el pan.

Sé que los cacharros están en los armarios de la isla, así que abro una de las puertas y encuentro lo que ando buscando.

Cuando me vuelvo hacia los fogones, siento que Huxley se aprieta contra mí desde atrás.

—No te preocupes, no te voy a romper nada.

—No me preocupa que rompas algo —dice—. Espero que me enseñes.

Hago una pausa.

—¿De verdad que no sabes hacer queso a la parrilla?

—No lo he hecho nunca.

—¡Oh, Dios!, ¿por qué encuentro eso entrañable? —pregunto.

Noto su mano en la parte baja de la espalda mientras se mueve hacia mi otro lado.

—Tal vez porque es una debilidad y disfrutas viéndome vencerla.

Me río.

—Sí, me gusta ver al todopoderoso Huxley Cane mordiendo el polvo. —Le doy un codazo, para que sepa que estoy bromeando. Y, cuando mira en mi dirección con una sonrisa, toda mi ansiedad se desvanece.

Con una simple mirada.

Solo necesita eso.

—Dime, ¿y qué se hace con esto? —Sostiene dos rebanadas de pan.

—Sí que es verdad que no sabes... —Enciendo la cocina, caliente la sartén y luego cojo un plato y un cuchillo—. ¿Sabes cómo untar mantequilla en el pan? —pregunto.

Me lanza una mirada burlona.

—No soy completamente inepto.

—Solo me aseguro. —Sonrío de oreja a oreja—. Unta con mantequilla un lado de cada rebanada.

Levanta la tapa de la mantequera y extiende la mantequilla por encima del pan. No lo hace con suavidad, ni mucho menos. De hecho, sus maneras son bastante torpes, lo que me parece adorable, y, en un momento dado, atraviesa el pan con el cuchillo, lo que hace que parezca que estoy sentada en la primera fila de un anuncio publicitario horrible en el que no saben hacer cosas sencillas como cortar una loncha de queso.

Cuando ha terminado con la mantequilla, le paso el queso.

—Ponlo sobre el sándwich y, luego, con la mantequilla hacia fuera, pon el sándwich en la sartén.

—Es bastante fácil —comenta, aunque se mancha los dedos de mantequilla al intentar poner el sándwich en la sartén. Le doy un trozo de papel de cocina para que se limpie las manos—. ¿Ahora toca esperar?

—Sí. A fuego medio, cubrimos la sartén con la tapa para que el queso se derrita; luego lo dejaremos un minuto, más o menos.

Se queda mirando la sartén y luego se pasa la mano por el pelo.

—Es muy fácil. Ahora mismo parezco gilipollas.

Dejo escapar una sonora carcajada.

—No, solo... interesado, es todo. Si nadie te enseña, ¿cómo vas a saberlo?

—Podría preguntar.

—Lo has hecho. —Le acaricio el pecho desnudo—. Me has preguntado a mí. ¿No es una suerte que me tengas de profesora?

—Sí —dice, con la mirada seria.

Bueno..., está bien, entonces.

Ay..., déjame pensar en algo para no tener que sentirme como una flor marchita bajo la intensa mirada de este hombre.

Sonrío con torpeza y me acerco a la despensa para coger unas patatas fritas que vi allí el otro día, así como dos plátanos.

No sé a qué se debe ese cambio de actitud por su parte, pero me lo apunto porque se trata de un Huxley Cane con el que podría llevarme muy bien. Y dado que es el hombre que durmió conmigo en una colchoneta en la piscina y luego me llevó arriba para descansar, creo que soy la Lottie Gardner con la que también podría llevarse bien.

—No sabe tan mal después de raspar las partes quemadas —comento, examinando el sándwich.

—Te das cuenta de que esto es culpa tuya, ¿verdad? —Da un bocado a su sándwich un poco quemado.

—¿Cómo que es culpa mía? —pregunto.

Estamos sentados en el comedor al aire libre; he puesto un pequeño tazón con patatas fritas en el medio, así como algunas verduras que ha dejado preparadas Reign. Debo decir que lo de tener un chef personal es bastante agradable, un lujo que echaré de menos cuando todo esto termine.

—Me dejaste a cargo mientras ibas al baño.

—Te dije que vigilaras el sándwich unos segundos para ver si se hacía y que lo retiraras del fuego. Pero subiste el fuego.

—Algo que la supervisora debería haber previsto.

Pongo los ojos en blanco y me recuesto en la silla.

—Sigue pensando eso, Hux.

Deja el sándwich y coge el agua. Se reclina también en la silla con indiferencia y mira hacia la piscina.

—¿Tienes alguna pregunta para mí hoy?

—Siempre tengo preguntas.

—Dispara —me anima, y parece más relajado de lo que nunca lo he visto. Lo que significa que podría estar dispuesto a responder a algunas preguntas difíciles.

Voy a por ello.

Me froto las manos.

—¿Cuál fue tu primera impresión de mí? —pregunto.

Toma un sorbo de agua y mantiene la mirada al frente mientras habla.

—La primera impresión. Bueno, llevabas unos *leggings* y un sujetador deportivo que hacía que tus tetas parecieran increíbles. Era

difícil no pensar de entrada en lo sexy que eres. —Me deja atónita con su mirada—. Pero luego me di cuenta de que eras una lunática.

Lo miro con la boca abierta, divertida, antes de darle un golpecito en el brazo.

—Y, aun así, me has pedido que sea tu falsa prometida.

Se rasca la mejilla.

—La desesperación lleva a la gente a cometer locuras.

—Qué encantador estás hoy. —Subo los pies a mi asiento y me abrazo las rodillas contra el pecho para ponerme más cómoda—. Venga, hazme una pregunta.

Me estudia con atención, ladeando la cabeza.

—¿Cómo es tu hombre ideal? —pregunta.

Lo miro con sorpresa. No esperaba ese tipo de pregunta de sus labios.

—Pareces flipada —comenta Huxley.

—Sí, no me lo esperaba. Estaba casi segura de que ibas a preguntarme cuál fue mi primera impresión de ti.

—Ya la sé. Has dicho bastantes cosas respecto a que te parecí un hombre diferente en la acera y en Chipotle.

Sí, lo he hecho.

—Es verdad. ¿Mi hombre ideal? Mmm... Nunca lo he pensado, en realidad. Sé que quiero a alguien que se preocupe por mí, como Jeff se preocupa por mi madre. Que piense que soy su reina y me trate como tal. También me gustaría que se divirtiera conmigo. No tenemos que tenerlo todo en común, pero me encantaría poder soltarme, divertirme con él. Además, debe ser un hombre con una cabeza bien amueblada. Apenas me mantengo a flote, no quiero tener que cuidar a nadie; no sé si me entiendes.

Asiente.

—Y luego, por supuesto, lo obvio: tiene que ser un empotrador en la cama. Ya he tenido mi cuota de malos amantes. He cumplido con la sociedad, así que debo terminar con alguien capaz de hacerme disfrutar sin apenas intentarlo.

—¿Eso es todo? —pregunta.

—Creo que sí. Me has pillado desprevenida. Estoy seguro de que hay otras cosas, ya sabes..., como celebrar mis victorias tanto como celebremos las tuyas. El respeto... Lo de siempre....

—¿Crees que alguna vez lo encontrarás?

—¿Es la segunda pregunta?

—Sí. —Se echa más hacia delante y apoya la barbilla en los dedos.

—¿Si lo encontraré? —Me encojo de hombros—. No lo sé. Tal vez, si tengo suerte. Nunca he sido una mujer romántica, así que no le doy mucha importancia a todo eso, pero sí que me gustaría tener algún día a mi lado a mi hombre ideal. He visto a mi madre sola y la he visto con alguien que la adora de verdad. Está mucho más feliz, más libre de estrés. Quiero eso para mí. No digo que lo necesite ahora, pero algún día... —Nuestras miradas se encuentran—. ¿Y tú? ¿Crees que algún día encontrarás a tu mujer ideal y sentarás la cabeza?

—Sí, creo que lo haré —dice sin vacilar.

—¿Quieres desarrollar esa respuesta?

Niega con la cabeza.

—No, así llega.

Pongo los ojos en blanco.

—Dios, eres exasperante.

Se ríe.

—No sé qué quieres que desarrolle. ¿Que si creo que la encontraré? Sí, claro que sí. No creo que esté preparado para ella, pero la vida no funciona así, no espera a que estés listo. Así que, cuando aparezca, lucharé para averiguar cómo hacerla feliz, para tratar de mantenerla a mi lado.

—Hazme caso: no seas un capullo con ella. —Le guiño un ojo—. Eso te dará una oportunidad.

—Lo tendré en cuenta.

Cansada, cierro el portátil de Kelsey y me tumbo en la cama. Como ayer me pasé buena parte del día sin hacer absolutamente nada, me he puesto a trabajar en algunas cosas hoy antes de ir a casa de Kelsey mañana por la mañana.

Pero he estado dedicándome a la página web durante unas tres horas y ya me he cansado. Necesito desconectar.

Vaya, se ha hecho de noche. ¿Qué hora será?

Cuando miro el móvil veo que solo son las cuatro de la tarde, así que echo un vistazo por la ventana y contemplo las nubes oscuras y los primeros signos de lluvia.

Es raro que llueva en California.

El móvil vibra y miro la pantalla.

Angela.

Cojo el teléfono con una rabia que me dilata las fosas nasales y lo desbloqueo para ver lo que tiene que decir. Sinceramente, no creo que sea tan ilusa como para pensar que puede mandarme un mensaje como si no hubiera hecho nada. De hecho, no entiendo por qué no he bloqueado ya su número.

Angela: *Hola, guapa. No recibí tu respuesta para la reunión. ¿Significa eso que vendrás sola?*

¿Por qué supone eso cuando llevo un pedrusco enorme de Huxley en el dedo?

Probablemente porque piensa que Huxley es demasiado bueno para mí.

Y sí, puede que tenga razón. No soy necesariamente la mujer que está buscando, aunque no me la haya descrito. Sé que no encajo en esta vida de alto nivel. No soy una idiota, pero que Angela asuma...

¡Qué bruja desgraciada!

¿Debería molestarme en responder a su mensaje?

Si no lo hago, va a asumir que me ha cabreado y no quiero eso, así que le contesto con pura rabia.

Lottie: *Lo siento, he estado muy ocupada con Huxley. Cuenta con nosotros dos.*

Ya está, eso debería hacerla arder hasta sus raíces no precisamente rubias.

Sonriendo, me levanto de la cama —todavía con el albornoz de la ducha anterior— y voy al vestidor. Me pongo un pantalón corto de encaje y un sujetador a juego. Es uno de los conjuntos más cómodos, y hasta ahora me lo he puesto de todos los colores, además de este blanco.

El teléfono vibra de nuevo y leo el mensaje con rapidez, deseando ver el tipo de respuesta sarcástica que Angela tiene para mí.

Angela: *Oh, ¿todavía estáis juntos? Ah..., me pareció haberlo visto con otra chica la otra noche.*

¡Qué maldita arpía mentirosa!

No soy tan estúpida como para caer en esa mierda ni tan insegura como para cuestionar las intenciones de Huxley. Me ha dicho, sin tapujos, que solo estará conmigo mientras no concluyamos el contrato. Y, en cualquier caso, sé que cuando Huxley dice algo por negocios, lo hace en serio.

Entro en mi habitación y me paseo de un lado a otro mientras le devuelvo el mensaje, llena de furia.

Lottie: *Qué graciosa..., ha estado conmigo todas las noches. ¿Intentas malmeter, Angela?*

Ahí, que se enfrente a sus mentiras. Además, no tengo nada que perder.

Angela: *¿Por qué iba a querer hacer eso?*

Me río a carcajadas. Debe de pensar que soy idiota perdida.

Y tal vez lo sea a sus ojos, ya que soy la idiota que la ha seguido y ha estado a su disposición solo para que acabe dándome la espalda.

Pero ya no.

Lottie: *Porque estás celosa.*

Angela: *¿Celosa? ¿De ti? Oh, cariño, qué tontería...*

Creo que nunca he despreciado a alguien tanto como a ella.

Estoy a punto de responderle cuando llaman a la puerta y Huxley entra. Cuando me ve, sus ojos se llenan de calidez y me mira con atención antes de abrir de todo la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta. Creo que nunca lo he visto tan despreocupado. Con pantalones cortos y camiseta, y el pelo revuelto y sin afeitarse. Tiene un aspecto delicioso.

—Intercambiando mensajes con Angela. ¿Sabías que la odio?

—Sí, lo sabía. —Se acerca a mí, me arranca el teléfono de la mano tensa y lo tira sobre la cama. Luego enlaza sus dedos con los míos y me guía hacia el pasillo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Está lloviendo.

—Me he dado cuenta.

Se detiene un momento y me mira.

—Cuando te pregunté qué querías si el mundo fuera perfecto, me dijiste que trabajar con tu hermana, dejar de vivir en casa de tu madre, devolvérsela a Angela, pagar el préstamo universitario y tener un lugar donde poder tumbarte bajo la lluvia sin que nadie te juzgara.

¿Se acordaba?

Me tira de la mano.

—Te dije que yo me encargaría de todo. He cumplido todo lo demás. Esto es lo último.

Me lleva por el pasillo, hacia el lado opuesto de la casa, hasta una puerta en la que nunca me había fijado. Cuando la abre, nos reciben unas escaleras.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras subimos.

No responde. Se limita a llevarme a arriba de todo y abre la puerta a una terraza que no conocía.

¿Qué coño...?

No es muy grande y no ha hecho nada en ese espacio. Solo hay cuatro muretes no muy altos para impedir caídas.

—Aquí tienes —dice—, es el lugar perfecto para tumbarse bajo la lluvia sin que nadie te juzgue, sin que nadie te moleste. —Señala con la cabeza el suelo cubierto de teca—. ¿Te sirve?

—Es perfecto. —Levanto la vista hacia él—. Gracias. Esto significa mucho para mí.

—De nada —responde en voz baja, y se hace a un lado para que yo pueda salir bajo la lluvia, justo cuando empieza a arrear.

Cuando piso el exterior, abro los brazos, echo la cabeza hacia atrás y dejo que la lluvia me impregne la ropa y la piel. Cuando abro los ojos, le sonrío a Huxley, que me observa con atención, y le hago un gesto para que me acompañe.

No se corta y sale a mi lado bajo la lluvia. Le cojo las manos y lo hago girar. Se ríe por lo bajo, dejándome hacer el tonto con él.

—¿No te encanta la lluvia? —pregunto.

—No tanto como a ti.

—Está claro que no sabes valorarla. —Lo guío hasta el suelo y lo hago tumbarse a mi lado, manteniendo su mano entre las mías mientras la lluvia cae sobre nosotros—. El sonido, el olor, saber que no importa si te mojas... ¿No es la mejor sensación del mundo? —digo con los ojos cerrados.

No responde de inmediato, pero siento que inspira hondo.

—Nunca me he parado a sentir la lluvia. —Giro la cabeza, abro los ojos y lo encuentro mirándome fijamente—. Gracias.

Es sincero en este momento.

Auténtico.

No es el imbécil dominante que intenta controlarme.

No hay rastro del hombre que ha estado jugando a ser el protagonista de *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

Es Huxley.

El hombre.

Y me hace sentir como si tuviera una bala en el pecho. Me gusta este lado suyo. Me gusta mucho más de lo que probablemente debería.

Seguimos tumbados juntos bajo la lluvia, dejando que nos empape hasta los huesos y se acumule en la superficie de la azotea. El repiqueteo del agua contra el suelo inunda el silencio y el olor a asfalto mojado nos envuelve.

Es pura perfección.

—¿Cuándo empezaste a hacer esto? —pregunta, volviéndose hacia mí.

Yo también me vuelvo hacia él. La lluvia ha amainado y ahora es más bien una llovizna.

—Cuando estaba en el instituto. Siempre me ha gustado la lluvia, sobre todo, porque aquí, en California, es raro que llueva. Me encantaba la sensación de estar inmerso en algo distinto a la vida cotidiana. En especial, cuando salía con Angela. A veces me sentía fuera de control. La lluvia me ayudaba a calmarme. Estar con Angela era a menudo como permanecer bajo una tormenta oscura e inoportuna. Pero la lluvia, por el contrario, era suave. Segura. Limpia.

Alarga la mano, me la ahueca sobre la mejilla y limpia unas gotas de agua con el pulgar. Es un gesto dulce e íntimo, y, en lugar de rehuirlo, ladeo la cabeza hacia su mano.

—¿Con qué frecuencia subes aquí?

—No muy a menudo —confiesa—. Habré venido una o dos veces. Pero cuando me dijiste que querías un lugar para tumbarte bajo la lluvia, supe exactamente a dónde te llevaría. ¿Te gusta? —pregunta, inseguro.

Asiento.

—Me gusta mucho. Le vendría bien algún mueble. —Me río entre dientes—. Pero creo que es perfecto. Gracias.

Cuando no responde y sigue mirándome fijamente, aprovecho el momento para acercarme a él. El calor del día no se abre paso gracias a la lluvia, así que mi cuerpo está ligeramente frío, pero no lo suficiente como para obligarme a marcharme. Solo necesito un poco de calor.

Al notar mi intención, levanta el brazo y yo me acerco aún más hasta que me rodea la cintura con él y me lleva hacia su costado. Y, Dios mío, ¡qué bien huele! Como a ropa limpia y masculina, si es que eso tiene algún sentido.

—Debería haberte dicho que te pusieras algo de abrigo —comenta.

—No sabía que iba a salir bajo la lluvia, y esta es la ropa que me has proporcionado. —Lo miro—. Ya me he dado cuenta de que eres un perversidillo.

Se ríe por lo bajo.

—No soy un perversido.

—Mi vestidor está lleno de ropa escandalosa. Voy a empezar a abrir tus cajones para apropiarme de tus camisetas.

—Coge lo que quieras. Todo te hace parecer sexy.

Me incorporo, con la mano en el pecho mientras lo miro fijamente.

—¿Eso ha sido un cumplido, Huxley?

—¿Quieres que vuelva a decirlo?

—No. —Niego con la cabeza y me llevo la mano al corazón—. Tengo que valorar este momento. Huxley Cane me ha lanzado un piropo. No creo que este instante pueda ser mejor.

—Puede —dice y me tira encima de él. En comparación con su alta y musculosa figura, me siento pequeña y menuda. Pone las dos manos en la parte baja de mi espalda y las desliza un centímetro por debajo de la cintura de mis pantalones cortos.

—¿Estás cómodo así? —le pregunto.

—Mucho —asegura.

—Y yo que pensaba que no te gustaría tener a una arpía encima. Se ríe, y es un sonido hermoso.

—Puede que disfrute de la arpía más de lo que pensaba.

Esto hace que me incorpore del todo hasta sentarme encima de su regazo.

—¿Estás diciendo que disfrutas de mi compañía en lugar de despreciarla?

Me pone las manos en los muslos y las mueve más arriba hasta que conectan con el interior de mis caderas. Es un pequeño roce, pero tiene un gran impacto en mí: un rayo de lujuria me sube por la espalda.

—Nunca te he despreciado. Tienes que dejar de pensar eso. Solo te encuentro un poco irritante a veces.

Me río.

—Qué encantador eres...

—No sabía que tenía que encantarte. —Sus ojos destilan pura diversión—. ¿Necesitas que te *encante*?

Hago como que me atuso el pelo mojado.

—No te vendría mal dedicarme un poco de tu encanto.

Se humedece los labios, aunque, con la lluvia, no debe de necesitarlo.

—¿Qué consideras «encanto»? ¿Palabras o acciones?

—Ambas cosas pueden servir.

Me mira el pecho y luego vuelve a contemplar mi cara.

—Entonces, si dijera que tus tetas me parecen muy sexis con ese top de encaje transparente, ¿te encantaría?

¿Es transparente?

Miro hacia abajo y veo la clara definición de mis pezones. Bueno, supongo que sí es transparente cuando está mojado.

—Creo que eso me encantaría al final, pero estoy segura de que puedes hacerlo mejor.

—¿Sí? —Sus dedos serpentean por mis costados hasta que se deslizan por debajo del top y tiran de él hacia arriba para sacármelo por la cabeza. Lanza la tela empapada a un lado y lleva las manos a mis muslos—. ¿Y ahora qué? ¿Estoy siendo encantador?

Estoy allí sentada, sobre su regazo, en *topless*, bajo la lluvia, y, para cualquier otra persona, Huxley podría definirse como un hombre cachondo.

Pero, Dios, con solo un parpadeo, podría encantarme hasta hacer que me deshiciera de los pantaloncitos.

—Por tu silencio y tu fuerte respiración, voy a tomar eso como un *sí*.

Es arrogante y está seguro de sí mismo. Es sexy, sí, pero también algo irritante. Y esa parte molesta provoca mi siguiente acción.

Apoyo la mano en su estómago y desplazo la pelvis sobre su regazo. Sus ojos juguetones se vuelven inmediatamente oscuros, seductores.

—¿Qué haces?

—Enseñándote lo que es de verdad el encanto. —Vuelvo a mover las caderas, y esta vez me recompensa poniéndose más duro debajo de mí.

Mentiría si dijera que no deseo sentir su polla dentro. Después de habérsela chupado en la ducha, no hay nada que me apetezca más que experimentar cómo me penetra una y otra vez. Pero también es un poco arriesgado y, aunque hemos hecho algunos progresos este fin de semana —a pesar de que no estoy segura de en qué dirección, al menos está abriéndose conmigo—, no quiero presionarlo mucho, solo lo justo y necesario.

El agua me resbala por la cara y le sonrío.

—Verás, Huxley... —Rozo mi sexo sobre su erección en un movimiento continuo, encontrando el ritmo perfecto para los dos—. El encanto puede ofrecerse fácilmente en forma de sexo con ropa.

Suelta una carcajada justo antes de que la sonrisa más hermosa que he visto en mi vida ilumine su rostro. *Dios, es guapísimo*. Sexy y atractivo, sí, pero ahora mismo veo que también es un hombre muy guapo.

—No tenía ni idea de que el encanto pudiera explicarse de esta manera. Siempre pensé que la traducción universal para el sexo con ropa era: «Oye, estoy caliente».

Anclo las manos en su estómago, lo que hace que mis pechos se aprieten uno contra otro.

—Puede significar ambas cosas.

Sin dejar de sonreír, se acerca a mis tetas y me pellizca los pezones con los dedos.

—Es bueno saberlo. —Luego envuelve mi pecho derecho con la mano, apretándolo, masajeándolo—. ¿Te he dicho alguna vez lo sexis que me parecen tus tetas?

—Mmm... —gimo, acelerando un poco el ritmo—. No me acuerdo. Tal vez. Pero vuelve a decírmelo.

—Son muy sexis, Lottie. Ni muy grandes ni muy pequeñas, con esos pezones siempre tensos que me piden que los acaricie. Podría pasarme horas jugando con ellas.

—Horas me parece excesivo. —Echo la cabeza hacia atrás cuando él se sienta y acerca la boca a mi pecho. Me chupa con fuerza un pezón y... eso es todo. El roce de su mandíbula en mi piel sensible, combinado con la sensación íntima de sus labios en la punta erizada de mi pecho, me hace sentir un loco desgarrar de placer por toda la columna vertebral que llega hasta los dedos de mis pies.

—Son necesarias horas. —Mueve la boca hacia mi otro pecho y presta tanta atención a ese pezón como al otro.

Coloco la mano en la parte posterior de su cabeza y la mantengo en su sitio, sin querer que deje de hacer lo que está haciendo porque me ilumina, me hace sentir viva.

El repiqueteo de la lluvia que nos rodea intensifica el ambiente, y también la forma en que el agua recorre nuestros cuerpos, empapando nuestra ropa, nuestro pelo, nuestra piel. Es erótico. Lo único que podría mejorar esto sería que ambos estuviéramos completamente desnudos.

—Dios, Huxley —gimo cuando apresa el pezón con los dientes—. Quiero más.

Lo toma como una señal para tenderme de espaldas, para tumbarme sobre el suelo frío y húmedo de madera de teca. Su poderoso cuerpo se cierne sobre el mío e impide que la lluvia me caiga en la cara. Su pecho se mueve encima de mí, su pelo está empapado y su mirada es tan intensa por la necesidad que separo las piernas.

Se coloca entre ellas, y su gran tamaño me obliga a hacer aún más espacio. Baja la pelvis hasta la mía y, cuando nos tocamos, una gratificación inmediata me golpea en el pecho.

Sí.

Es mucho mejor así.

Con su peso sobre mí.

Duro como una piedra.

Pero es él quien tiene el control, algo que me encanta cuando me toca. Quiero que me posea, que sea el dueño de mi cuerpo y que me haga olvidar todo lo que nos rodea.

—Quiero que te quites los pantaloncitos —dice en tono torturado.

Se pasa la mano por el pelo, mojado por el agua, y se separa de mí solo lo suficiente para bajármelos. Lo ayudo levantando las caderas y, una vez fuera, los deja caer a un lado y vuelve a colocarse sobre mí.

Nunca he estado desnuda bajo la lluvia.

Y voy a ser sincera, puede que sea mi nueva cosa favorita.

Es emocionante.

Atrevida.

Erótica.

Huxley se cierne sobre mí, y lo único que nos separa son sus pantalones cortos, que no ocultan su enorme erección.

—Me encanta verte así —asegura—, sometién-dote a mí. Nunca he visto nada más sexy en mi vida. Esto, justo esto, tú desnuda, mojada, con las piernas abiertas, esperándome. —Se humedece los labios—. ¿Cuánto me deseas?

—Más de lo que me gustaría admitir —digo, colocando la mano en su nuca.

—¿Todavía me odias?

—No.

—¿Todavía quieres ayudarme?

—¿Acaso tengo otra opción? —pregunto, sin saber a dónde nos lleva este interrogatorio.

Clava la mirada en mí.

—Aunque no quiera admitirlo, siempre tienes otra opción. —Desliza su longitud a lo largo de mi excitado clítoris. ¡Oh, Dios, esto es demasiado bueno! Me tiembla la mano en su cuello cuando se acerca a mi pecho y me lo acaricia con los dedos—. Si mañana me dices que quieres irte, romperé el contrato —dice, mirándome a los ojos.

Se aprieta contra mí.

—¿Qué? —Jadeo cuando empuja de nuevo, y de nuevo, y de nuevo—. ¡Oh, Dios! —gimo; su ritmo provoca placer en lo más profundo de mi ser—. ¿Por qué?

—Porque —dice, moviéndose de nuevo. Capto la tensión en sus hombros. Se está conteniendo. Por las gruesas venas de su cuello y la tensión de su mandíbula, podría darme más, quiere darme

más—, aunque no lo creas, quiero que seas feliz. —Vuelve a embestir, mi espalda se arquea, me palpita todo el cuerpo—. No quiero atraparte. —Otro empujón. Dos más, no voy a necesitar más—. No quiero que te sientas atrapada... —Y se mueve una vez más.

—Sí, Dios, sí, Huxley. —Me agarro a él y respondo a sus embates con los míos. Estoy justo ahí, a punto. El placer se acumula en la base de mi columna vertebral y la sensación de euforia se acrecienta con cada roce de su erección contra mi clítoris.

Estoy al borde.

Dios, estoy tan cerca.

—Solo quiero que seas feliz —dice, y yo lo escucho.

Estoy oyendo todo lo que me dice, pero no lo tengo muy presente.

Sus palabras no tienen sentido, porque lo único en lo que puedo concentrarme es en mi próximo orgasmo y en las ganas que tengo de alcanzarlo. Quiero dejarme caer en él.

—¿Cuánto te falta? —le pregunto.

—Estoy a punto —gime.

—Entonces, córrete, haz que me corra. Más fuerte, Huxley.

Baja la mano hasta mis nalgas, me las agarra con fuerza y me pega completamente a él, intensificando la conexión. Eso es todo lo que necesito.

Un embate más y ya está.

Hasta el último gramo de placer se acumula, se enrosca en el centro de mi cuerpo, y estalla en millones de pedazos de gozo mientras me consumo en llamas bajo él.

—¡Oh, joder! —grito—. ¡Sí, Huxley!

—Dios —murmura, y se impulsa cada vez más fuerte hasta que se queda quieto, gimiendo con fuerza, y se derrumba sobre mí.

Apoya su peso en el suelo con un brazo, pero agacha la cabeza y nuestras frentes se tocan. Es lo más cerca que han estado nuestras bocas en todo este tiempo, lo que me hace darme cuenta de que este hombre me ha llevado al clímax con los pantalones puestos, pero no ha posado los labios en los míos ni una sola vez.

¿Por qué?

Mis ojos buscan los suyos y lo sorprendo inspirando hondo antes de establecer contacto visual. La lluvia sigue cayendo sobre

nosotros y, a lo lejos, oigo el estruendo de los truenos por primera vez desde que estamos aquí.

Huxley se limpia el agua de la cara y parpadea un par de veces.

—Deberíamos entrar.

—Sí —digo, sin aliento, sin dejar de mirarlo. La atracción entre nosotros es tan condenadamente fuerte que lo único que deseo es aferrarme a él y que me lleve a su cama.

Pero cuando se levanta y me ofrece su mano para ayudarme, noto un cambio en él. Vacilación. Inquietud.

Y no estoy segura de si eso es algo bueno o malo.

Huxley me empuja rápidamente hacia la puerta, la abre y me mete dentro. Luego me da la ropa y me guía por las escaleras con cuidado, asegurándose de que no resbalemos. Cuando llegamos al pasillo, me coge de la mano y me lleva hacia los dormitorios. Tengo curiosidad por saber a dónde me llevará, ¿quizás a su ducha para que podamos entrar en calor?

Pero entonces se detiene frente a la puerta de mi habitación y me suelta la mano. Nuestro tiempo se ha acabado. Da un paso atrás, se lleva la mano a la nuca y recorre mi cuerpo desnudo con los ojos.

—Deberías darte una ducha para entrar en calor.

—Sí —respondo, incómoda.

—¿Necesitas algo?

A ti.

Que hablemos...

Algo de comprensión sobre lo que estamos haciendo.

Tal vez una breve recapitulación de las cosas que has dicho en la terraza.

—Creo que no —respondo.

Asiente

—Bien. Si quieres, puedo pedir algo para cenar.

Niego con la cabeza.

—No pasa nada. No tengo mucha hambre.

—Claro. —Da otro paso atrás, y mis esperanzas se desploman al verlo retroceder de nuevo.

¿Por qué?

¿Por qué lo hace?

¿Por qué da un gran salto hacia adelante para luego dar dos pasos hacia atrás?

¿Y por qué me importa?

Sí, lo sé... Lo sé.

Todo el mundo lo sabe. Porque, de alguna manera, de algún modo, he empezado a preocuparme por él.

17

LOTTIE

—¿Dónde estás? —me pregunta Kelsey por teléfono mientras me apoyo en el ladrillo blanco de la fachada de la tienda de sacaleches.

—Te aseguro que no quieres saberlo.

—Si no quisiera, no lo habría preguntado.

—Vale, estoy delante de una tienda de sacaleches, esperando a que aparezca Ellie para que podamos comprar uno juntas.

—Tenías razón, no quería saberlo.

—Te lo dije.

—¿No te preocupa un poco estar engañando a esta chica? Parece que se está encariñando contigo, es decir, vas a comprar sacaleches con ella y todo.

—Lo sé. —Me mordisqueo el labio—. La verdad es que me siento un poco mal, pero no sé qué hacer. No me gusta fingir que estoy en estado; hay gente que se esfuerza mucho por quedarse embarazada, y de ninguna manera voy a actuar como si hubiera abortado para acabar con todo este asunto. ¿Recuerdas a la tía Rina? Tuvo cinco abortos espontáneos y consolarla con mamá fue devastador. Cuanto más lo pienso, más incómoda me siento.

—Tal vez deberías decirle la verdad.

—¿Estás loca? Huxley perdería el contrato seguro.

—¿Qué vas a hacer cuando se suponga que debería empezar a notársete y no sea así?

—No lo sé. Pero no se empieza a notar hasta las trece semanas más o menos con el primer bebé, ¿no? —Al menos, eso fue lo que leí cuando lo busqué anoche. Me llevo la mano a la frente—. Dios, estoy hecha un lío.

—¿Ha pasado algo más?

Me mordisqueo el dedo índice. Ayer, Kelsey estuvo fuera la mayor parte del día haciendo recados y entrevistándose con otro

proveedor, ya que con el que hemos contactado aún no ha dado señales de vida. Por lo tanto, no he hablado mucho con ella.

En realidad, no hemos intercambiado ni una palabra.

No tiene ni idea de lo que me pasó el fin de semana con Huxley.

¡Joder!, ni siquiera estoy segura de lo que ocurrió, pero, sea lo que sea, es algo que normalmente le diría a mi hermana de inmediato. Sin embargo, después de lo de la azotea, no estaba segura de qué hacer. Me sentía rara.

Como si algo no estuviera bien.

Y sé que no fue lo que hice, sino más bien lo que pasó después. Quería más, mucho más con él, pero, ni siquiera aunque mi vida hubiera dependido de ello, habría sabido cómo expresarlo. Fue tan caliente y tan frío a la vez, tan incoherente en su forma de tratarme que tengo miedo. Me gusta, me gusta mucho, y no estoy segura de lo que eso significa para nosotros, para mí. No estoy segura de si puedo dar un paso adelante, si puedo decírselo. Ni siquiera sé si quiere algo conmigo.

No me besó el domingo, a pesar de que tuvo la oportunidad perfecta para hacerlo. Estábamos empapados por la lluvia y a nuestro alrededor no había nada más que naturaleza. Si iba a besarme en algún momento, ese era perfecto, pero no lo hizo, lo que me lleva a creer que no tiene ningún deseo de cambiar el rumbo de nuestra relación. Me ha dicho que no quiere difuminar las líneas. Pero también me ha dicho que quiere que sea feliz. *Y eso ¿por qué? ¿Por qué le importa si soy feliz o no si no le importo de verdad?*

Bromeé con que nuestro acuerdo replicaba el de *Pretty Woman*, en el que yo soy la versión más recatada de Vivian, pero, en vez de ser Vivian la que no besa en los labios, es Huxley.

Y, si algo he aprendido de esa película, es que besar significa mucho más. Tiene fuerza. Besar te conecta en un plano íntimo, y Huxley no quiere eso. Es evidente. Puede que desee mi cuerpo, pero no me quiere a mí.

Lo que, a su vez, me hace sentir rara. Pero ¿significa eso que lo quiero?

—Lottie, ¿estás ahí?

—Sí, lo siento. —Me aclaro la garganta. Dios, ¿por qué me estoy emocionando? No debería sentirme así.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo que no me has contado?

Hago una mueca de dolor y miro al cielo.

—Es que... puede que haya hecho algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Mmm, ya sabes... Podría haberle hecho una mamada en la ducha, y luego, quizá, hayamos follado con la ropa puesta en la terraza.

—¿Qué?! —grita Kelsey al teléfono—. Lottie, ¿estás hablando en serio?

—Ojalá no fuera así. —Suelto una respiración profunda—. Dios, Kelsey, no sé qué me está pasando. Todo empezó a raíz de la presentación. Nos eligió, Kelsey. Nos eligió en vez de a Dave, y eso, Dios..., me dejó paralizada. Cuando vi a Dave aparecer, pensé que tendríamos que reprogramar la reunión, que habíamos perdido de nuevo la oportunidad, pero, en vez de eso, eligió asistir a nuestra reunión, como había prometido. Eso ha disuelto la mayoría de los pensamientos negativos que tenía sobre él. Y luego, el fin de semana...

—Dejo escapar un hondo suspiro y apoyo la cabeza contra el ladrillo—. Se ha comportado de forma diferente. Más tierno, no se ha mostrado tan frío como acostumbra. Bromeaba, se reía, se burlaba. Y, sí..., hemos hecho más cosas de las que me gustaría admitir.

—Joder, Lottie. ¿Qué significa eso?

Cierro los ojos, muy sorprendida por lo que estoy a punto de decir en voz alta.

—Significa que me gusta.

—Espera..., ¿te gusta..., te gusta?

—Sí. Y no debería. Dios, ha sido tan metódico. Y tan alocado y estúpido a veces, pero también tiene un corazón enorme que no puedo ignorar.

—Ah, ¿el corazón del que te hablé?

—Esto es culpa tuya. Me has hecho verlo de otra manera.

—No es culpa mía. Tú eres la que se propuso encontrar un marido rico.

—No creía que fuera a suceder de verdad —siseco al teléfono—. Este tipo de cosas no ocurren nunca.

—Vale, así que te gusta, te metes su polla en la boca, ¿y ahora qué?

—No tengo ni idea. No sé cómo actuar con él después de lo que ha pasado el fin de semana, y además hay una cosa más que no te he contado.

—¿Qué puede faltar? Si te lo has tirado con ropa en el tejado...
—Se queda en silencio un segundo—. Ah..., ya sé..., ¿la tiene grande?

—Como si Dios no se hubiera sentido satisfecho con darle esa buena apariencia, ha tenido que bendecirlo además con la madre de todas las pollas.

—Me lo imaginaba. Un hombre con una mirada tan severa no tiene una pililita entre las piernas.

—No, es más bien una barra de acero que serviría para levantar rascacielos.

Kelsey suelta una carcajada.

—Esa imagen es demasiado gráfica.

—Pero eso no era lo que te iba a decir.

—Ya... —dice Kelsey—. Entonces, ¿qué es?

Con cierta vergüenza, me doy la vuelta para apoyar mi costado contra el ladrillo. Por alguna razón, esa posición me hace sentir menos expuesta.

—Huxley... no me ha besado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no me ha besado ni una sola vez en ninguno de nuestros encuentros.

—Oh...

—¿*Oh*? —repito—. Eso no suena como a un «oh» de sorpresa, sino como un «oh» de simpatía.

—¿Ni una sola vez?

Se me revuelve el estómago y, una vez más, mis emociones se ven teñidas por la vergüenza.

—No —digo solemne—. ¿Qué crees que significa eso? —Kelsey no dice nada—. ¿Que me está haciendo un Vivian?

—¿Un qué?

—Ya sabes. En *Pretty Woman* Vivian no quiere besar a Edward ni a ninguno de sus clientes porque es demasiado íntimo. Me parece que eso es lo que hace Huxley.

—Ah, entiendo. —Kelsey hace una pausa, y juro que me siento como si su respuesta fuera a llegar acompañada de alfileres y agujas—. No lo sé, Lottie.

—No es eso lo que tenías que decir —chillo al teléfono—. Se supone que tenías que decir «*No, no es eso*».

—No voy a mentirte.

—Dios... —Me llevo la mano a la frente—. Mírame. Me gusta un tipo que me hace un Vivian. ¿Cómo he llegado a esto?

—¿De puta suerte?

—Hoy no me estás ayudando nada. Estoy muy asustada, Kels. Tengo el estómago revuelto y...

—¿Qué? —pregunta Kelsey.

Reconozco de inmediato el coche que se detiene en la calle.

—Ha llegado Ellie. Tengo que dejarte.

—Vale, siento no haber sido una hermana útil. Sinceramente, todo lo que se me ocurre decir es que tal vez solo tengas que esperar a ver cómo resulta.

—Pero eso complica las cosas.

—Odio decírtelo, hermanita, pero las cosas ya están complicadas. Será mejor que sepas si vale la pena perder el tiempo.

—Me estás dejando más confusa.

—Entonces, estoy haciendo bien mi trabajo. Te quiero, Lottie.

—Te quiero, Kelsey —gimo por lo bajo.

Cuelgo justo cuando Ellie sale del coche y me saluda con entusiasmo.

Es un poco demasiado para mí, pero también increíblemente agradable. Me siento mal por estar engañándola. ¿Por qué no puedo ser solo una falsa prometida? ¿Por qué tengo que ser también una falsa embarazada?

—Oh, estoy tan contenta de que estés aquí —comenta Ellie; se acerca a mí y me da un gran abrazo—. ¿No estás emocionada?

—Ay..., ya sabes, esto podría ser demasiado para mí —digo con sinceridad—. Pero estoy más que feliz de ayudarte.

—¿Te sientes incómoda? —pregunta.

—Abrumada por todo. —Bueno, eso no es mentira. Me siento abrumada de verdad, sobre todo, por Huxley.

—Lo entiendo perfectamente. —Me coge la mano—. Pero no te preocupes, estoy contigo.

Me lleva al interior de la tienda y vamos hasta el fondo, donde hay una zona específica para los sacaleches. Pechos de todas las formas, tamaños y colores se alinean en la pared (bien por ellos) y debajo de ellos hay esas extrañas ventosas con biberones en el extremo.

¿Es eso lo que se supone que se pone en el pecho?

—Me encanta este sitio —comenta Ellie—. Cuando mi hermana estaba embarazada, fuimos a esta misma cadena, pero en Georgia... Oh, puede que sepas dónde está. ¿Sabes la Clive Street?

Dios...

Sí, se supone que soy de Georgia.

Me doy un golpecito en la barbilla.

—Me suena.

—Justo al lado de Peaches', la pastelería.

—Ahh, Peaches'... —Asiento como si hubiera estado allí un millón de veces.

—¿No matarías por uno de sus *cupcakes* ahora mismo? ¿Cuál es tu favorito?

¡Oh, Dios!

Mi favorito...

Eeh...

Piensa en algo poco original que haya en todas las pastelerías.

—El de chocolate —me invento con un movimiento de cabeza.

Su cara se arruga por la confusión.

—¿El de chocolate?

Oh, joder, ¿no los tienen de chocolate? ¿Qué pastelería no tiene *cupcakes* de chocolate en la carta? Eso sería absolutamente ridículo.

—Bueno, ya sabes...

Me da un codazo en el hombro con una carcajada.

—Estaba segura de que ibas a decir el *cupcake* crujiente, me pegaba más.

Ni en un millón de años habría dicho *cupcake* crujiente.

Me encojo de hombros.

—Soy una chica de chocolate.

—Yo también soy una chica de chocolate. ¿Has probado el *cupcake* «terciopelo rosa»? Sinceramente, no entiendo en qué se diferencia del de vainilla.

—Estaba a punto de comentártelo —digo, cojo la maqueta de un pecho y la examino. Dios, es muy realista—. ¿Qué hacen, le echan un poco de colorante y listo? —pregunto.

—Eso pienso yo. Pero el pastelito de melocotón...

Le hago un gesto con la mano.

—Es para morirse.

—Hola, bienvenidas —saluda una vendedora—. ¿Necesitan ayuda?

Ellie se vuelve con una sonrisa.

—Queremos ver sacaleches. Soy Ellie, y esta es mi amiga, Lottie. Ella no está preparada para encontrar todavía el que mejor le va, pero yo, sin embargo, vengo a probarlos todos para saber cuál es el más adecuado para mí.

—Genial. Soy Ann, y soy una experta cuando se trata de sacaleches. Ahora déjeme ver sus pechos.

Ay, Dios...

Ellie va a levantarse la blusa, así, sin vergüenza, pero Ann la detiene.

—No, no. Solo tense la tela de la blusa sobre el pecho para que pueda verlo bien.

Ellie se ríe.

—Oh, vale. Estaba a punto de sacar la teta.

Eso era obvio.

Y totalmente innecesario.

Ann extiende la mano.

—¿Le importa que se la toque? —pregunta.

—Por favor, hazlo. Para eso he venido aquí. —Se vuelve hacia mí—. Se ajustan a tus necesidades y puedes probarlos en la pared de los pechos para ver cómo funcionan.

Miro la pared de pechos.

—Parece que ahí están todas las tallas —digo torpemente.

—En efecto —constata Ann mientras palpa a Ellie. Esto es raro, muy raro—. Y también se puede ajustar el flujo.

—¿El... qué?

—El flujo —repite Ellie—. Producen líquido real, para que puedas tener la experiencia completa.

¿A quién se le ocurre una cosa así? Pechos flotantes pegados a las paredes que tienen un flujo de leche real. Me siento confusa... e incómodamente intrigada.

—Como en casi todas las mujeres que pasan por aquí, hay una diferencia considerable entre su pecho derecho y el izquierdo. —Ann sopesa las dos tetas de Ellie.

—Sí, culpable. Parece que la izquierda no pudo ponerse al día.

—Los pechos no son simétricos, pero en algunas mujeres hay una gran diferencia, y tú eres una de las afortunadas.

Ellie me mira.

—¿Cuál de tus tetas es más grande?

—Mmm... —Me sujeto las dos—. Creo que la derecha.

—Si es diestra, probablemente sea más grande —interviene Ann. Luego mira a Ellie—. ¿Tamaño del pezón?

—¿Por qué no te lo enseño? Será mucho más fácil. —Antes de que pueda excusarme para darle algo de privacidad, Ellie se levanta la camiseta y el sujetador al mismo tiempo, exhibiéndose ante nosotras.

Y aquí están sus tetas, sin más.

¿Ahora qué demonios se supone que debo hacer? ¿Miro, no miro? ¿Finjo encontrar algo fascinante en el suelo? ¿Estudio la pared llena de pechos? ¿Rezo para el suelo se abra y me trague?

No estaba preparada mentalmente para esto.

—Vaya, tiene unos pezones maravillosos —comenta Ann, y por el rabillo del ojo la veo acercarse y pellizcar el pezón de Ellie entre los dedos—. Y muy firmes. Le vendrán bien.

—¿De verdad? Cómo me alegra oír eso. ¿Tienes pezones firmes, Lottie?

—¿Eh...? ¿Qué...? —pregunto, mirando a Ellie, pero manteniendo la mirada en su cara—. Lo siento, estos... libros... —Recojo un libro de una mesa cercana—. Son fascinantes... ¿Qué has dicho?

—Te preguntaba si tienes los pezones firmes.

Me paso incómoda la mano por los pechos, intentando sentirlos a través de las capas de ropa, porque a la fiesta del *topless* que está montando Ellie, no me voy a unir.

—Bueno..., parece que tengo pezones pequeños.

—¿Pezones o areolas? —pregunta Ann.

—Los dos.

Asiente.

—Entonces, creo que tengo el sacaleches perfecto para usted. Solo hay uno que funcione bien con los pezones pequeños. Pero usted, Ellie, tendrá que elegir, porque estos pezones son simplemente espectaculares. Lottie, venga aquí, siéntalos.

Le hago un gesto con la mano a Ann.

—Oh, ya sabes, no te preocupes. —Me río—. Puedo verlos desde aquí. —Miro las tetas de Ellie. Y sí, están desnudas, todas al aire—. Esos sí que parecen firmes. —Le muestro un pulgar hacia arriba—. Buen trabajo genético.

Ellie se ríe.

—¿No es divertida? Venga, Lottie, acércate. Podrás sentir lo que el bebé va a chupar. Sabes que no me importa en absoluto.

Puede que a ella no le importe, pero a mí sí.

—Es muy educativo —colabora Ann—. Puede imitar la sensación de succión.

Me río y niego con la cabeza.

—Espero que no os parezca mal, pero creo que no me apetece chuparle el pezón a mi amiga.

Ann y Ellie se miran y luego echan la cabeza hacia atrás con una enorme carcajada.

—No con la boca —dice Ann, agarrándome la mano—. Con los dedos.

Al instante, siento en la mano el tacto del pecho izquierdo de Ellie y su durísimo pezón se aprieta contra mis dedos.

Grueso, apretado..., muy sólido.

Y lo estoy tocando.

Estoy tocando el pezón de otra mujer.

Acariciándolo más bien, ya que Ann me hace mover los dedos por todo el pecho.

—Ohh, qué cosquillas —se ríe Ellie, y eso es todo.

Retiro la mano y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Tienes ahí unos imitadores de bebé —digo, tratando de eliminar mentalmente este día de mi memoria.

Huxley va a deberme mucho.

—Estoy muy emocionada de que pienses así. —Ellie se baja la camiseta y el sujetador—. Entonces, ¿qué piensas, Ann? ¿Podemos ordeñar algunos pechos?

—A eso ha venido. —Ann me da una palmadita en el hombro—. Ahora es cuando empieza la diversión.

—¿Lottie? —dice Huxley—. ¿Dónde estás?

No digo nada.

Ni siquiera me muevo.

Sigo sentada en el salón, en el sofá más cómodo en el que me he sentado nunca, en el borde, con rigidez, con las manos en el regazo, mientras miro fijamente la elaborada chimenea que tengo delante.

No hay palabras para describir esta mañana. No existen.

Después de recibir un chorro de sucedáneo de leche en el ojo desde un pecho falso pegado a una pared, ya he cumplido por hoy.

—Aquí estás —comenta Huxley, deteniéndose en la puerta del salón—. Acabo de recibir un mensaje de Dave. Me ha dicho que Ellie no deja de hablar sobre esta mañana. —Cuando ve que no lo miro, oigo cómo desliza los pies por el suelo para ponerse en mi línea de visión—. Mmm... ¿Todo bien?

Niego con la cabeza apretando los labios.

—No. Ni remotamente.

—¿Qué ha pasado?

—Le he tocado la teta, Huxley. He tocado la teta desnuda de Ellie.

—¿Qué? —pregunta, y toma asiento en la mesa de café para colocarse frente a mí. Su rostro apuesto aparece ante mi vista, pero no sirve para aliviar la tensión de mis hombros—. ¿Qué quieres decir con que le has tocado una teta?

—Y me han dado con un chorro en la cara.

—¿Desde la teta?! —exclama Huxley.

—No, desde una teta de la pared.

Se sienta más erguido.

—Vas a tener que explicármelo mejor, porque me he perdido.

—Como yo. —Le doy una palmadita en la rodilla—. Como yo.

—Dejo escapar un profundo suspiro—. No tengo ganas de contarte lo que ha pasado. Solo sé que, si tuviera que demostrarte alguna vez lo en serio que me tomo este trato, el día es hoy.

—Eso parece. —Un sentimiento de culpa inunda su rostro—. Siento que hayas tenido que hacer eso.

Supero mi estado de ánimo y busco sus ojos.

Aquí está.

El hombre de Chipotle.

Aquí mismo. El severo ceño que siempre frunce su frente ha desaparecido. Hay cierto encanto infantil en sus ojos. Y la forma en que se pasa la mano por la nuca es inconfundible.

—Ya pasó —digo—. Ha sido traumático. Tendré que lavarme los ojos con lejía, pero lo superaré.

Sonríe y se lleva la mano al bolsillo trasero. Es entonces cuando me doy cuenta de que lleva vaqueros y zapatillas de deporte. Vaya, hola, Señor Informal.

—Tengo algo para ti.

—¿En serio? —pregunto.

Asiente y me muestra un trozo de tela enrollado.

—¿Qué es?

Lo desenreda y lo sostiene ante mí.

—He pensado que te gustaría.

Delante de mí hay una camiseta *vintage* de color crema con «FLEETWOOD MAC» y la imagen de su álbum, *Rumours*, estampados en la parte delantera.

—Oh, Dios mío —se la quito—. Esto es increíble. —La extiende y la estudio.

—Mira la parte de atrás —dice.

Le doy la vuelta y veo las fechas de su gira.

—Espera, ¿es la camiseta original de la gira?

—Sí —responde. Cuando levanto la vista, capto el orgullo que brilla en sus ojos.

—Joder, Huxley. Esto es... guau, esto es increíble. —La aprieto contra mi pecho—. Gracias. Significa mucho para mí.

Y por esto es exactamente por lo que estoy pasándolo tan mal. Porque la consideración que hay detrás de esta camiseta hace que Huxley me guste mucho más. El gesto se me mete en el pecho y se clava en mi corazón, obligándome a mirarlo con otros ojos.

Se pasa las manos por las piernas.

—Me alegro de que te guste. —Mira a un lado y casi parece que está nervioso. ¿Nervioso por qué?—. No estaba seguro de si tenías algo más planeado para hoy. ¿Lo tienes?

Está actuando de forma muy rara.

Muy extraña.

No como el hombre exigente que he llegado a conocer tan bien.

—No, no tengo nada en la agenda. Solo trato de borrar de mi mente lo que ha pasado esta mañana.

Asiente, y sigue masajeándose los muslos con las manos.

—Bueno, si eso es todo lo que tienes planeado, he pensado que podría llevarte a algún sitio.

¿Llevarme a algún sitio?

Un poco de esperanza florece en mi vientre. Me emociono.

¿Está invitándome a salir?

¿Por eso está nervioso?

¿Es por eso por lo que se balancea hacia adelante y hacia atrás?

¿Porque está nervioso por invitarme a salir?

No te adelantes, Lottie. Recuerda que no te besó el fin de semana. Ni siquiera cuando la lluvia goteaba de tu pecho y estaba restregándose contra ti.

Ahogo mis crudas emociones

—¿Cómo si fuera una cita? —pregunto.

Sus ojos se posan en los míos. Y durante un tortuoso segundo, me aterra haberlo interpretado mal.

—Sí, como si fuera una cita —confirma.

¡Oh, Dios! Lo dice en serio.

Está siendo sincero.

Hay una sombra de esperanza en sus ojos.

Mueve las manos, nervioso

¿Cómo podría decir que no? No es posible que le diga que no, y menos cuando mi cuerpo gravita hacia él, cuando puedo sentir que mi corazón se abre a él, incluso cuando intento reprimirme o contenerme. Me tiene encandilada. Es innegable.

Me siento muy atraída por este hombre.

Sin embargo, trato de mantener mis emociones en un nivel normal.

—¿En qué estabas pensando?

Sus tics nerviosos se transforman en una sonrisa confiada mientras saca algo más del bolsillo trasero. Sostiene un papel delante de mí y luego mueve los dedos para que aquel papel se convierta en dos.

—¿Quieres ir a un concierto de Fleetwood Mac conmigo?

—¡¿Qué?! —exclamo; me levanto del sofá y cojo las entradas para mirarlas de cerca—. No puede ser. No es posible... —Mis ojos escudriñan las entradas—. Joder, son entradas, son entradas de verdad. Huxley, ¿sabías que son entradas de verdad?

Se ríe y se levanta también.

—¿Crees que compraría unas entradas falsas?

—No, es decir, se me ha ocurrido que eran entradas falsas, y luego nos vamos al jardín y oímos la música, fingiendo que es un concierto, pero son de verdad. Tienen código de barras.

—Sí, el código de barras marca la diferencia.

Incrédula, miro fijamente las entradas.

—No puedo creerlo. No sabía que iban a estar en Los Ángeles. Huxley... —Levanto la vista hacia él—. Espera. Este concierto es en Portland.

Mi esperanza muere cuando me doy cuenta del error.

Me levanta la barbilla.

—Lo sé —dice—. El *jet* está listo para llevarnos cuando te vistas.

—¿El *jet*? —pregunto.

Aparece una sonrisa arrogante en su rostro.

—Sí, sabes que tengo un *jet* privado, ¿verdad? Podemos ir a donde queramos, cuando queramos. —Me guiña un ojo, su confianza está ahora en pleno apogeo—. Eso es lo que pasa cuando tienes un falso prometido millonario.

—Espera un momento..., ¿así que vamos a Portland esta noche a ver de verdad un concierto de Fleetwood Mac?

Asiente.

—Sí. También hay una hamburguesería en Portland llamada Killer Burger. Podemos cenar allí. Y tal vez ir a Voodoo Doughnut a tomar el postre. Si te apetece.

—¿Me estás tomando el pelo?! —grito—. Por supuesto que me apetece. —Lo miro a los ojos—. Gracias, Huxley. Esto es... —Cojo aliento—. Es muy considerado por tu parte.

Por esto me estoy enamorando de este hombre. Por esto.

Por su sonrisa.

Por su amable corazón.

Por esta mente atenta y sexy que tiene.

—Quería hacer algo chulo por ti. —Me pellizca la barbilla entre el índice y el pulgar—. Estoy muy agradecido por todo lo que has hecho por mí. —Y por alguna razón, ese comentario disminuye mis esperanzas de que esto sea algo más. Me agradece el trabajo que he hecho por él. *Hondo suspiro*. Sin embargo, no puedo dejar que eso estropee lo que va a ocurrir. Puede que Huxley no esté en el mismo punto que yo, pero al menos puedo disfrutar de esta noche. Mira el reloj—. ¿Crees que puedes estar lista dentro de media hora?

—Por supuesto —digo, apretando la camiseta contra mi pecho—. Y tengo los pantalones cortos perfectos para ponerme con... Aggg, me has confiscado la ropa. No tengo vaqueros cortos.

—Les dije que te trajeran tu ropa esta mañana. Me imaginé que querías algo informal para esta noche. Lo tienes todo en tu habitación.

—Que Dios te bendiga. —Me pongo de puntillas y, como si fuera una sentencia de muerte, le doy un beso en la mandíbula—. Gracias, Huxley.

Y entonces, con mi camiseta nueva en la mano, subo corriendo hasta mi habitación para vestirme. No puedo creer que esté a punto de ver un concierto de Fleetwood Mac.

Pero lo más importante es que no puedo creer que vaya a tener una cita con Huxley Cane.

KELSEY: *¿Que te vas a Portland? ¿Qué? ¿Que es una cita? ¿Dónde puedo encontrar un Huxley?*

Lottie: *Tiene dos hermanos.*

Kelsey: *A diferencia de ti, yo no mezclo los negocios con el placer. Pero dejemos eso. Joder, Lottie, vas a ver a Fleetwood Mac. ¿Se lo has dicho a mamá?*

Lottie: *Todavía no. He pensado en enviarle una foto.*

Kelsey: *¿Son entradas en primera fila?*

Lottie: *Ni siquiera lo he mirado. Probablemente no.*

Kelsey: *Te va a llevar a Portland en su jet privado. Estoy casi segura de que no le habrá importado gastar dinero en entradas caras.*

Lottie: *Él tiene las entradas, yo me estoy vistiendo. Te diré dónde están los asientos cuando vuelva a verlas.*

Kelsey: *¿Qué vas a llevar puesto?*

Lottie: *Me ha regalado una camiseta vintage de la gira con la portada de Rumours estampada, así que la llevaré puesta con los vaqueros cortos*

rotos. El pelo suelto y rizado, y mi sombrero boho. Y unas botas militares, por supuesto.

Kelsey: *Perfecto. ¿Crees que esto es un paso adelante?*

Lottie: *Sinceramente, no puedo pensar en eso ahora. Le pregunté si era una cita y me dijo que sí. Pero también me dio las gracias por el trabajo que he hecho. Esto era lo que me preocupaba; que me gusta mucho y no creo que sienta lo mismo.*

Kelsey: *Entonces disfruta. Tal vez sea una rama de olivo, y trate de que conectéis en un plano diferente.*

Lottie: *Estoy nerviosa. Ha habido bromas, tensión sexual, y todo fue bien, ¿pero una cita? Me parece demasiado real.*

Kelsey: *Porque es real. No pierdas el tiempo preocupándote por ello. Simplemente, disfrútalo, porque ¿cuándo más vas a ir en un jet privado?*

Lottie: *Nunca.*

Kelsey: *Pues eso. Disfruta del momento, hermanita. Haz muchas fotos y disfruta. Te quiero.*

Lottie: *Yo también te quiero.*



18

HUXLEY

—Te agarras al reposabrazos con demasiada fuerza. ¿Estás nerviosa?

Lottie aparta la vista de la ventana.

—Es que nunca he ido en un avión tan pequeño. Es diferente —explica.

Está sentada frente a mí; tiene un aspecto muy sexy, con unos vaqueros cortos y la camiseta *vintage*; se la ha anudado en la espalda para enseñarme cinco centímetros de vientre, y ese maldito sombrero está haciendo cosas a mi libido que nunca habría esperado. Cuando ha bajado las escaleras con ese atuendo, he sabido que me esperaba una larga noche de miradas apreciativas y que albergaba la secreta esperanza de que, cuando estuviéramos en el concierto, me dejara abrazarla.

—¿Quieres que hagamos algo para distraerte?

Arquea una ceja y yo pongo los ojos en blanco.

—No me refería a eso. —Llevo la mano al panel lateral de mi asiento y saco un bloc de notas y un bolígrafo. Como hay una mesa entre nosotros, disponemos del espacio perfecto para jugar—. ¿Jugamos al ahorcado?

—¿Ese es el membrete de Huxley Cane?

—Solo de Cane Enterprises.

—Dios, eres muy rico.

Me río.

—Sí, lo soy. Entonces, ¿qué te parece? ¿Quieres jugar?

Hace crujir sus dedos en una demostración de confianza.

—Te aseguro que soy una experta.

—Sí, ya, supongo que tendremos que verlo.

Dibujo el tablero de juego y luego pongo los espacios en el papel para la palabra elegida.

Lottie se toma su tiempo para estudiar el papel. Sus ojos se clavan en los míos, luego en el papel y de nuevo en los míos. Se reclina en su silla y cruza los brazos.

—Coño.

Los ojos casi se me salen de las órbitas.

—¿Qué?

Da un golpecito en el papel.

—Esa es la palabra. *Coño*. Tengo razón, ¿no?

¿Cómo es posible que...?

Ella se ríe.

—Estoy en lo cierto. Ya te he dicho que soy buena. —Me quita el papel y rellena los espacios en blanco—. ¿Te he dejado impresionado?

—Aterrado.

La risa que sale de sus labios es tan sexy que siento la tentación de cogerla por encima de la mesa y ponerla en mi regazo, donde pueda besarla hasta dejarla sin sentido. Joder, quiero volver a probar sus labios, lo deseo de una forma desesperada. Pero, por primera vez en mi vida cuando se trata de una mujer que me gusta, me siento inseguro. No hemos tenido el mejor historial para llevarnos bien ni nuestra relación ha estado hasta ahora llena de facilidades. Ha sido tensa, incómoda a veces, totalmente falsa. Esa no es forma de empezar una relación, lo que me hace preguntarme si ella querrá algo conmigo. Aunque estoy seguro de que había felicidad en su expresión cuando preguntó si era una cita. Así que espero que sí.

Marca algunos espacios en el papel.

—Bien, es tu turno.

Estudio la palabra de siete letras. La miro a ella. Luego vuelvo a mirar el papel mientras me acaricio la barbilla

—O —digo.

Sus ojos se dirigen a los míos, se iluminan con humor al marcar la O como primera y última letra.

—R —añado, ya con una amplia sonrisa.

—Ya la sabes. —Me lanza el bolígrafo.

—Orgasmo. No eres la única a la que se le da bien el juego —digo, y pone los ojos en blanco.

—Parece que ambos somos un poco guarretes. —Se lleva la mano al pecho—. Yo soy una inculta. ¿Cuál es tu excusa?

—¿Inculca? —Me río—. ¿Por qué crees que eres inculca?

Se frota los dedos.

—Nunca hemos tenido mucho dinero.

—El dinero no tiene nada que ver. Algunos de los más ricos son unos cerdos inculcos. Y completamente imbéciles. El dinero no tiene nada que ver.

—Oh, entonces, dime, ¿qué te convierte en una persona culta?

—Tu corazón. Tu mente. Tu alma. No tiene nada que ver con el estatus sino con la persona que eres.

Pensativa, ladea la cabeza.

—Entonces, basándote en esos criterios, ¿dirías que soy culta?

—Bueno, tu corazón es hermoso —empiezo después de darle vueltas a la cuestión—. Tu alma está manchada de negro, pero, en general, eres bondadosa, y, bueno, tu mente... Tu mente sí está llena de mierda.

Me mira con la boca abierta, divertida; se levanta de su asiento y carga hacia mí. No me inmuto. Cuando estira la mano para tocarme con una uña rosada, se la cojo y tiro de ella para que se siente en mi regazo.

Ella lucha de forma juguetona conmigo, pinchándome con el dedo por todo el pecho.

—Te voy a mostrar mi alma negra.

Me río y me apodero de sus manos, que le inmovilizo a los costados.

—Suéltame de una vez. Estoy intentando demostrarte algo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme con un dedo?

—Llegar a la muerte me parece un poco extremo, ¿no crees, Huxley? —Arquea una ceja—. Eres muy dramático.

—Tú eres la que ha empezado a usar los dedos. ¿Cómo voy a saber lo que estás haciendo?

—Así que tu primera sospecha es que voy a clavártelos hasta la muerte... Hasta la muerte, Huxley.

Me encojo de hombros.

—Al principio albergabas un fuerte odio hacia mí.

—Sí, al principio, pero ya no.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Ya no, ¿eh?

Pone los ojos en blanco e intenta bajarse de mi regazo.

—No estoy aquí para aumentar tu ego.

La mantengo firmemente sujeta.

—Nunca esperaría que lo hicieras. Ahora, caparlo, eso es otra cosa.

—Alguien tiene que mantenerte con los pies en la tierra.

—Y tú lo haces muy bien.

—¿Dirías que soy la mejor en eso?

Le suelto la mano y apoyo la palma en su muslo. No se escapa, se queda en su sitio, lo que me gusta, joder.

—Existe una dura competencia entre mis hermanos y tú, pero creo que tú los superas.

—Llevaré mi medalla con honor.

—Señor Cane. —La voz del piloto suena por el altavoz—. Vamos a aterrizar en breve. Por favor, tomen asiento y abróchense el cinturón.

Acaricio la pierna de Lottie.

—¿Preparada?

Niega con la cabeza.

—No lo creo, pero no parece que tenga tiempo para prepararme.

—Antes de bajarse de mi regazo, alarga la mano y me acaricia la mejilla. Sus rasgos faciales se vuelven tiernos y entrañables—. Si me olvido de decirlo a lo largo de esta noche, gracias, Huxley. Muchas gracias por esto. Estás haciendo realidad un sueño —dice.

Coloco la mano sobre la suya y me la llevo a la boca para besarle la palma.

—De nada, Lottie.

—Estoy sudando.

—¿Qué? —Me río—. ¿Qué quieres decir con que estás sudando?

Estamos en la cola, esperando para entrar en la sala de conciertos, y esto es lo primero que me dice desde que hemos salido del coche, una vez que nos terminamos los dónuts. Hemos compartido una hamburguesa con patatas fritas en Killer Burger —la hamburguesa de mantequilla de cacahuete—, antes de dirigirnos a Voodoo Doughnut, donde hemos elegido un dónut cada uno, aunque los hemos dividido para poder probar los dos. Idea de Lottie.

Luego, desde que nos hemos acabado los donuts, se ha quedado callada. Le he hecho una pregunta, pero no ha contestado; ha seguido mirando por la ventanilla. No sabía que estaba pasando por su cabeza, así que he optado por dejarla en paz.

Me agarra muy fuerte la mano y se echa hacia mí.

—Estoy muy excitada, Hux —dice—. Estoy sudando. Estoy nerviosa. No sé ni qué hacer.

Me gusta cuando me llama Hux. Suena bien viniendo de sus labios.

—¿Vas a comportarte como una *groupie*?

—Claro —dice con confianza—. Y si no lo esperabas, está claro que no me conoces en absoluto. Y espero que tú también te pongas en el mismo plan.

—Voy a preparar un grito femenino.

Se ríe.

—Lo que daría por oírlo. —Las puertas se abren y la multitud avanza a medida que la gente comienza a entrar en el edificio Art Déco.

—¿Quieres hacerte una foto con el cartel antes de entrar? —pregunto. Está nerviosa, así que podría decir que no.

—Oh, qué buena idea —responde ella.

Gracias, Dios.

Saco el teléfono del bolsillo y lo pongo en modo cámara. Lottie se aprieta contra mi costado y me pone la mano en el pecho mientras yo muevo el móvil para captar mi altura, la suya y el cartel del concierto que hay sobre nosotros.

—Te enviaré la mejor en un mensaje —le digo después de sacar varias.

—Por favor, hazlo. Quiero enviarle una a mi madre. Va a flipar.

—¿También es fan de Fleetwood Mac? —Me guardo el teléfono mientras nos acercamos al edificio.

—Sí. Ella fue la que me dio a conocer su música y, básicamente, toda la música que me gusta.

—Si lo hubiera sabido, también la habría invitado.

—Qué va, es mejor así, poniéndola celosa. —Lottie sonrío, y joder, Me gusta esa sonrisa. Estoy obsesionado con esa sonrisa.

Estoy obsesionado con ella.

—Eres la hija del año.

—Creo que sí. —Me empuja con el hombro—. ¿Y tus hermanos? ¿Están celosos?

—No saben que estoy aquí.

—¿De verdad? —pregunta, sorprendida—. ¿No se lo has dicho? Niego con la cabeza.

—No.

—¿No querías que supieran que venías conmigo? —pregunta después de hacer una pausa.

Le agarro la mano con más fuerza para aliviar las dudas que puedan surgir en su cabeza.

—No quería escuchar sus quejas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella, confusa.

Este no es el lugar en el que quiero mantener una conversación sobre ese tema, entre una multitud de gente, pero, por suerte, estamos en la primera fila, así que puedo retrasar la respuesta mientras le doy las entradas al portero. Una vez escaneadas, pasamos a la sala de conciertos. Por fuera, destaca por encima del resto; hay unas columnas de estilo gótico que rodean la marquesina, pero por dentro está decorada con papel pintado de color dorado del suelo al techo. Los pilares que rodean el vestíbulo lucen un polvoriento tono azul celeste, mientras que los suelos son de azulejos de colores, probablemente originales de su época de construcción. Impresionante. Art Déco en su máxima expresión.

—¿Quieres beber algo? —Le pregunto cuando nos acercamos a un puesto de comida.

—Eh, claro —responde en voz baja, y sé que el cambio en su estado de ánimo se debe a la pregunta que ha hecho y que se ha quedado sin respuesta.

La guío entre la multitud y encuentro un puesto que acaba de abrir. Pido una cerveza para cada uno y, con las bebidas en la mano, la llevo hasta nuestros asientos, que están en la primera fila del patio de butacas, en el centro. La mejor vista, en mi opinión. Lo bastante cerca, pero no tanto como para que tengamos que estirar el cuello.

—Vaya, son unos asientos estupendos —comenta.

—Sí, me gustan.

Toma asiento y, una vez que se ha acomodado, le doy una cerveza y me siento también, asegurándome de girarme hacia ella.

Todo el mundo está buscando sus sitios, así que aprovecho la oportunidad para explicarle la respuesta.

Solo espero que quiera lo mismo que yo, porque estoy a punto de exponerme, de poner mi vida personal por encima de los negocios, y eso me resulta condenadamente aterrador. ¿Y si ella no siente lo mismo por mí? ¿Y si he estado malinterpretándola todo este tiempo? No puedo seguir viviendo con la incógnita, así que solo hay una forma de averiguarlo.

Dejo mi bebida en el portavasos y le tiendo la mano, que me deja coger sin protestar. Me llevo sus nudillos a los labios y le doy un suave beso. Sus mejillas se tiñen de rosa mientras me sonrío.

—Mis hermanos eran escépticos sobre nuestra situación. —La miro a los ojos—. Me aseguraron que no había forma de que pudiera mantener este acuerdo en un plano estrictamente profesional. —Me rasco la mejilla, a punto de tener un ataque de nervios. *Dios, hombre, dilo*—. Tenían razón. Después de pasar la primera noche con Ellie y Dave, supe que eras diferente. Y después, cuando te alcancé en el pasillo y pude ver cómo te deshacías en mis dedos, estuve jodido. Traté de negarlo, de ignorarlo, pero mi necesidad de ti ha crecido demasiado, Lottie. —Inspiro hondo—. Quiero más de ti. Y sé que esto pulveriza la línea que traza el acuerdo entre nosotros, pero no puedo fingir que no siento algo por ti, porque sería mentira. Me gustas, Lottie. Me gustas mucho.

—No esperaba que me dijeras eso. —Inspira hondo.

Joder, ella no siente lo mismo.

Se levanta de la silla, y me da pánico que esté a punto de irse, pero no hace eso: deja su cerveza en el portavasos y se sienta en mi regazo. Me pone la mano en la nuca y juega con los cortos mechones de mi pelo.

—Tú también me gustas mucho, Huxley. Y quiero que sepas lo doloroso que es para mí admitirlo.

Me río, lleno de alivio.

Me acaricia la mejilla.

—Me has conquistado poco a poco con tu corazón, algo que nunca pensé que diría. Teniendo en cuenta cómo empezaron las cosas, no estaba segura de que hubiera un corazón en ese poderoso pecho, pero ahora sé que lo estabas escondiendo.

—Porque no quería que me conocieras. Quería que pensaras que era frío, sin alma, un hombre que vive para su trabajo, nada más.

Se ríe.

—Bueno, en eso has hecho un buen trabajo, pero, por desgracia para ti, hay gente en mi vida a la que le gusta señalar lo bueno que hay en ti. Y lo hicieron. Quise negarlo, quise pensar que no era cierto, que tu alma no solo estaba manchada de negro, sino impregnada de lodo. Estaba equivocada. —Mueve la cabeza y deja escapar una risa corta—. Dios, pensaba que no te gustaba nada, que tal vez solo era un juguete para ti.

—¿Por qué demonios has pensado eso? —pregunto.

Tímidamente, mueve la mano por encima de mi camisa.

—Porque este fin de semana, cuando intimamos, no me besaste —confiesa.

Pero tenía una razón.

Le levanto la barbilla para que se vea obligada a mirarme a los ojos.

—Porque sabía que, si lo hacía, no sería capaz de parar. —Me humedezco los labios, acercándome—. Y, sinceramente, no estaba seguro de que quisieras que te besara.

—Sí, quiero —dice, jadeante—. Creo que nunca he deseado algo tanto como que me beses. —Su mano cae sobre mi mejilla—. Has dominado mi cuerpo, Huxley, ahora quiero que domines mi boca.

Ya no hay forma de negarme eso a mí mismo, no después de esa confesión, no después de la forma en que ella se me está acercando.

No, quiero esto. La quiero a ella.

Esto podría ir en contra de todo lo que he dicho desde el principio, pero parece que es inevitable. Ya no podemos negar nuestra atracción, nuestra necesidad, nuestro anhelo.

Ha quedado al descubierto y voy a aprovecharme de ello.

Coloco con suavidad la mano en el lateral de su cuello y, con el pulgar, le levanto la barbilla justo antes de bajar mi boca a la suya.

Es un beso sencillo pero con mucho poder, lleno de contención y desesperación.

Y ahora que no estoy delante de mis hermanos ni de Dave, no tengo que convertir el beso en un espectáculo, puedo disfrutar.

Disfrutar de lo maravillosamente suaves que son sus labios.

Disfrutar de la firmeza con la que me sujeta la mejilla, manteniéndome quieto, enseñándome cuánto más quiere de mí.

Disfrutar de los suaves ruidos que salen de sus labios cuando necesita recuperar el aliento.

Mi boca se mueve por la suya, explorándola lentamente. Su lengua se desliza por mis labios y yo los separo para permitir que haga lo mismo. Al principio, su lengua acaricia la mía con cautela, pero cuando la agarro con más fuerza, el tímido beso se vuelve más desesperado y, antes de que me dé cuenta, nos estamos besando, en las butacas, esperando a que empiece el concierto.

Su mano serpentea por detrás de mi cabeza y me sube hasta el pelo, mientras que yo muevo la otra mano hasta su caja torácica, justo debajo de sus pechos. Siento la tentación de tocarla, de aumentar la temperatura entre nosotros, pero justo cuando empiezo a mover la mano, un acorde de guitarra suena por los altavoces.

Nos separamos justo a tiempo para ver que Fleetwood Mac está subiendo al escenario.

¿Qué?

¿No hay teloneros?

¿No hay anuncios?

¿Ya está aquí?

Toda la sala estalla en vítores y mi agradable sesión de besos termina en el momento en que Lottie salta de mi regazo y sube las manos al aire, saltando y vitoreando.

Todavía sentado en mi asiento, me doy unos segundos para recomponerme antes de unirme a ella.

Lottie, ella es..., joder, es especial. Y lo supe desde la primera vez que me rechazó. Entonces estaba necesitada, pero solo pensaba en su hermana. No quería que sus padres se sintieran decepcionados con ella, así que también se preocupaba por ellos. Se enfrentó a mí en lo que merecía ser discutido y, aunque intenté negarlo desde el principio, no creo que exista ni una posibilidad de que sea capaz de dejarla ir.

Y eso significa una cosa: tengo que hacer que esto funcione. Quiero salir con Lottie, hacerla sentir especial, porque eso es lo que es: especial. *Y sospecho que ella no tiene ni idea gracias a su «amiga» Angela.*

Me levanto de la silla, la rodeo con el brazo y le pongo la mano en el estómago, manteniéndola cerca de mí justo cuando empiezan

a sonar los acordes de *Dreams*. Lottie me mira, con lágrimas en los ojos. Me coge por la nuca, me acerca a ella y me besa apasionadamente en los labios, convirtiéndome en un maldito desesperado que quiere mucho más.

—Gracias, Huxley. Muchas gracias —dice cuando se aparta.

Le doy un ligero beso en la punta de la nariz.

—De nada, Lottie.

Con la sonrisa aún en la cara, se vuelve y se relaja entre mis brazos.

Y mientras está actuando Fleetwood Mac, Lottie no se aparta de mi lado, no se aleja. Se balancea conmigo al ritmo de la música mientras cantamos juntos, dejando que la noche se apodere de nosotros. Y aunque he asistido a muchos conciertos antes —tener un avión privado lo hace muy fácil—, este se convierte en uno de mis favoritos.

Y todo se debe a la chica que tengo entre mis brazos.

—Señor Cane, pueden quitarse los cinturones de seguridad si lo desean —dice el piloto por el altavoz.

Lottie está acurrucada en su asiento y me mira fijamente, con la mayor sonrisa que he visto en su cara.

—¿Qué? —pregunto, sin poder soportarlo más—. ¿Por qué sigues mirándome?

—Porque ahora puedo.

—No sabía que antes hubiera una norma que te prohibiera hacerlo.

Ladea la cabeza. Se ha deshecho del sombrero en cuanto hemos regresado al avión y se ha atado el pelo en una coleta para que no le moleste.

—La había cuando todo lo que me decías una y otra vez era «contrato, contrato, contrato».

Me río.

—Tenía el escudo protector levantado. No puedes culparme por eso.

—No eras así cuando salimos por primera vez al Chipotle.

—Porque no sabía el efecto que tendrías en mí —admito—. Una vez que me di cuenta de que eras una tentación que no podía permitirme, me cerré en banda.

—Ya veo —murmura; se levanta de su asiento y se acerca a mí—. ¿Y qué soy ahora? ¿Sigo siendo una tentación?

—Sin duda —respondo.

Mueve el dedo sobre mi hombro.

—Pero ¿puedes tenerme ahora?

—Dímelo tú —replico.

Sonriendo, me coge la mano entre las suyas y me hace levantar del sillón para ir a la parte trasera del avión. La detengo en la puerta del dormitorio que ocupa la cola.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —dice; empuja la puerta y camina hacia atrás, sonriendo y tirando de mí.

—Lottie, no tienes que hacerlo.

—Lo dices como si fuera una tarea. —Me empuja al interior del dormitorio y cierra la puerta. Sus manos van al borde de mi camiseta y me la pasa por la cabeza antes de dejarla caer al suelo—. Ya sé que no tengo que hacer nada. —Sus manos caen sobre mi pecho—. Pero, Dios, Huxley, quiero sentirte dentro de mí.

Y, de pronto, se me pone dura.

—Desde la noche en la que me hiciste correrme en tus dedos, he querido saber cómo sería correrme en tu polla.

—Joder —murmuro.

Baja los dedos por mi pecho hasta la cintura de mis vaqueros. Me desabrocha los pantalones, pero, en lugar de bajármelos, me los deja colgando en la cintura y levanta las manos por encima de la cabeza.

—Desvísteme, Hux.

Con la piel ardiendo de lujuria por esta mujer, agarro el bajo de su camiseta y se la quito por la cabeza. La dejo caer junto con la mía y me quedo mirando el sujetador negro transparente que lleva. Sus pezones están fruncidos y empujan contra el encaje; su respiración acelerada al compás de su pecho, que sube y baja rápidamente.

Sin apartar los ojos de los míos, me coge las manos y las pone en el cierre delantero del sujetador. No me molesto en mirar el cierre mientras lo desabrocho. Sus pechos pugnan contra la prenda ya abierta, y ella deja que se deslice por sus brazos hasta el suelo.

Alargo la mano y paso el pulgar por uno de sus pezones.

—Tienes las tetas más sexis que he visto nunca. Podría pasar horas adorándolas. —Bajo la mano por su estómago hasta llegar al cierre de los vaqueros cortos. Desabrocho el botón y los dejo caer al suelo para dejarla solo con un tanga negro de encaje—. Pero me reservo ese placer para otro día. Ahora... Ahora necesito estar dentro de ti. —Le doy la vuelta y hago que apoye la mitad superior de su cuerpo sobre la cama, lo que deja que la mitad inferior quede arqueada para mí. Agarro los laterales del tanga y los deslizo hacia abajo por sus piernas hasta que queda desnuda por completo.

Paso la mano por sus nalgas y me deleito con su cuerpo.

—Eres muy sexy, joder. —Le aprieto el culo y luego le doy una ligera palmada, lo que arranca un gemido de lo más profundo de su garganta—. Si metiera la mano entre tus piernas ahora mismo, ¿te encontraría mojada, lista para mí?

—Sí —gime, arqueando el trasero hacia mi mano.

—Entonces, sepáralas más.

Y lo hace, abre las piernas y sube el culo.

Deslizo el pulgar hasta llegar a donde está más excitada, donde me recompensan sus resbaladizos pliegues.

—Qué bien... —digo, acariciando su clítoris con dos dedos. Cierra los puños arrugando el edredón entre los dedos.

—No juegues conmigo, Huxley.

—¿De verdad crees que jugaría contigo a estas alturas? Tengo la polla dura como una piedra al verte así. No estoy para juegos.

—Enséñame lo duro que estás.

Eso es fácil. Me bajo los vaqueros y los calzoncillos, y me los quito, junto con los calcetines. Mi erección se lanza hacia arriba, dura, preparada. La agarro por la base y doy un paso adelante para pasar la punta por su resbaladiza excitación.

—¡Oh, Dios mío! —Y se aferra el edredón con más fuerza—. Huxley, te quiero dentro de mí. Ahora mismo.

Yo también la deseo. La deseo con todas mis fuerzas. Pero quiero verla.

La cojo por las caderas y la hago girar sobre la cama para que quede boca arriba. Sube por las sábanas, ofreciéndome espacio, así que también me subo al colchón y me acerco a la cabecera con ella. Me espera con las piernas y los brazos abiertos, así que me dejo caer sobre ella y apoyo mi cuerpo en los antebrazos, que acunan su cabeza.

—Eres preciosa, Lottie. No estoy seguro de habértelo dicho nunca, pero lo eres. Eres impresionante, joder.

Sus ojos se vuelven tiernos y acerca la palma de la mano a mi mejilla.

—Gracias —susurra antes de que la bese.

Con un ligero movimiento, mueve los labios contra los míos tentadora y burlona, dándome un poco de su deliciosa boca, pero no es suficiente. Gruño de frustración, lo que hace que ella sonría y se aparte aún más.

—Bésame, Lottie. Déjame probar tu boca.

—Parece como si llevaras mucho tiempo deseándolo.

Acercó la mano a su cara para hacer deslizar el dedo sobre su mejilla.

—Y es así. Ahora déjame disfrutar, joder.

Su sonrisa se vuelve aún más grande y me tira del cuello para que mi boca se abalance sobre la suya. Entonces, me apodero de sus labios, reclamándolos con mis besos.

Mi boca se mueve sobre la suya con una intensidad salvaje, suplicándole más, pero saboreándola cada momento.

Desplaza la mano a la parte posterior de mi cabeza. Le separo los labios con la lengua para que nuestras lenguas choquen en una pasión ardiente.

Nuestro beso, antes tranquilo y pausado, se ha convertido en algo frenético, completamente carnal. Me sujeta la cabeza con más fuerza. Llevo la mano a su mandíbula y mantengo su boca inmovilizada para llevar el control en el beso.

Porque me estoy cayendo.

En este momento, entre sus piernas abiertas y mi erección apoyada en su sexo, con nuestras manos agarradas con fuerza, con nuestras bocas reclamándose mutuamente... Estoy perdiendo el dominio sobre mí mismo. Puedo sentirlo en mis huesos.

No es lo que esperaba.

Pero es todo lo que quiero.

Aparto la boca, le beso la barbilla, luego la mandíbula, bajo por el cuello hasta la clavícula. Su cuerpo se mueve bajo el mío y yo descendo hacia sus pechos, deslizando la lengua por su piel hasta encontrar un pezón. Le masajeo un pecho mientras me meto el otro en la boca, succionándolo con fuerza.

—Sí —susurra—. Sí, Huxley.

Me tira del pelo y mis dientes le marcan el pezón. Cuando la mordisqueo, se le escapa un siseo, seguido de un gemido prolongado.

—Estoy empapada —susurra, y luego coge mi mano y la lleva entre sus pliegues—. Tócame. Siente lo mojada que estoy por tu culpa.

Deslizo un dedo por su coño, y, joder, tiene razón. Está chorreando.

Alzo sus pechos, y sus ojos se conectan con los míos.

—Te deseo —dice bajito—. Por favor, Huxley.

—Soy todo tuyo, cariño —confieso, y le doy un dulce y suave beso en la boca.

Sus piernas se separan todavía más, así que aprovecho para bajar la mano por su pierna y levantársela con cuidado hasta dejarla apoyada en mi hombro.

—¿Estás bien? —pregunto, queriendo asegurarme de que está cómoda.

—Sí, muy bien.

—Genial —digo; me agarro la erección y acaricio su entrada con ella. Arquea sus caderas hacia mí, y yo sonrío por su impaciencia.

Diablos, si estoy igual de impaciente.

Muevo las caderas hacia delante y bajo solo un centímetro.

Pero ese centímetro es todo lo necesario.

Su calor me absorbe y me hundo más, sin darle tiempo a adaptarse.

—Joder —murmuro—, eres perfecta para mí. —Inspiro hondo—. ¿Estás bien? —pregunto.

—Más —es todo lo que dice—. Quiero más, Huxley.

Ya con luz verde, la penetro hasta el fondo, incapaz de seguir conteniéndome. Grita, se le cierran los ojos y se arquea hacia mí. Aprovecho la ocasión para acercar la boca a su pecho de nuevo, queriendo asegurarme de que está lo más relajada posible, porque no voy a poder contenerme mucho tiempo. Siento demasiado placer.

Con la necesidad de percibir cada instante, empujo lentamente dentro de ella, mientras mi boca juega con sus tensos pezones.

—Eres muy grande. —Deja escapar una respiración profunda. Esto la relaja, y soy capaz de hundirme más.

—Cariño, necesitas relajarte un poco más, estás tensa.

—Entonces, bésame de nuevo —dice, tirando de mi barbilla con un dedo.

No voy automáticamente a sus labios, sino que paseo la lengua a lo largo de su piel y lamo su cuello y su mandíbula, dejando un camino de placer a mi paso. Soy dueño de cada centímetro de ella. Cuando llego a su boca, no pierdo tiempo y enredo nuestras lenguas.

Y siento que se relaja aún más.

Joder. Vuelvo a embestir, y la penetro más profundamente, tanto que mi visión se nubla.

—Sí —susurra contra mis labios.

Con las bocas conectadas, acelero el ritmo y empujo más fuerte, más rápido.

—Nunca ha sido tan bueno —admito mientras mi ritmo se vuelve frenético—. Nunca en toda mi vida.

—¡Me pasa lo mismo! —grita, arquea más la espalda y su pierna se tensa alrededor de mi hombro—. Oh, Dios, estoy a punto. Más, Hux.

Estoy cerca. Muy cerca. Y es tan bueno...

Bajo su pierna de mi hombro y le cojo los muslos para que los abra más.

—Mantén las piernas muy separadas.

Lo hace, y yo me apoyo en el colchón y la penetro con más fuerza.

Mis caderas son implacables. Empujan una y otra y otra vez.

El placer se incrementa.

Mi cuerpo empieza a levitar cuando la primera oleada del orgasmo se dispara por mi columna vertebral.

—Joder, Lottie. Voy a...

—Sí —gime; su coño se ciñe alrededor de mi polla—. Estás haciendo que me corra. ¡Oh, Dios, Huxley!

Con un grito de placer absoluto, tan fuerte que estoy casi seguro de que los pilotos nos han oído, se corre sobre mi polla, y aprovecho sus espasmos para llegar al límite mientras ella jadea en una dulce agonía.

Se me tensan las pelotas y, con un último impulso de mis caderas, el orgasmo me atraviesa como una bola de demolición que surca mi caja torácica.

Me quedo sin aliento.

Me estremezco hasta el fondo mientras me corro en su interior.

Las largas ondas de placer me recorren de arriba abajo la columna vertebral y me derrumbo sobre ella.

Me rodea la espalda con los brazos y me acaricia suavemente los hombros mientras ambos recuperamos el aliento. Después de unos segundos, me levanto un poco, lo suficiente como para no cargar todo mi peso encima de ella, y alzo la mano para rozarle la mejilla con el pulgar.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado por haber sido demasiado brusco.

—Estoy genial —responde con una sonrisa saciada. Se levanta y me da otro beso en los labios—. Nunca he estado mejor, Huxley.

Y parece que es así. Ojos brillantes. Sonrisa satisfecha. Cuerpo relajado.

—¿Podemos quedarnos aquí tumbados un segundo? —pregunta.

—Todo el tiempo que quieras. Déjame ir a buscar algo para limpiarnos. —Le doy un beso más en los labios y me separo de ella. Por suerte, hay un cuarto de baño junto al dormitorio, así que entro allí, me limpio con rapidez y mojo una toalla para ella. Cuando me giro para volver al dormitorio, la descubro de pie en la puerta del baño, con mi camiseta puesta.

¡Joder!

Está muy guapa con el pelo revuelto y suelto, y con una expresión de satisfacción en la cara.

Le tiendo la toalla.

—Ten —le digo.

Me pone la mano en el pecho, me besa la mandíbula y luego coge la toalla y se va al baño. Le dejo un poco de intimidad mientras me pongo los calzoncillos, luego me meto en la cama y subo las sábanas. Falta una hora para que tengamos que volver a nuestros asientos.

Al cabo de unos minutos, sale del baño, muy sexy con mi camiseta, y se mete en la cama a mi lado. Levanto el brazo y ella se acurruca contra mí, apoya la cabeza en mi hombro y coloca la mano en mi pecho desnudo. La rodeo con el brazo para estrecharla con fuerza.

Y así, sin más, soy un hombre cazado.

Y, joder, estoy encantado.

Esto es lo que quiero.

Ella, entre mis brazos.

Exactamente así.

Es como si las últimas semanas hubieran sido los preliminares más intensos de mi vida, porque el resultado final, tener a Lottie entre mis brazos, es lo mejor que podría pasar.

—Estoy tomando la píldora —comenta con un susurro.

—Me lo imaginaba —respondo, acariciándole el pelo.

—No quiero que pienses que estoy tratando de cazarte.

—Nunca pensaría tal cosa. Tienes demasiado orgullo para hacer algo así.

—Cierto. —Se ríe—. Pero pensé que deberías saberlo de todos modos.

—Gracias. —La beso en la frente y cierro los ojos.

Hay unos instantes de silencio.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice.

—Lo que quieras —respondo. Creo que nunca he estado tan cómodo, tan despreocupado, como en este momento.

—Cuando has dicho que «*Nunca ha sido así*», ¿lo decías en serio?

—Joder, sí —digo con sinceridad—. No mentiría sobre eso.

Se levanta y abro los ojos para encontrarla mirándome fijamente.

—¿Estás diciendo que soy la mejor con la que has estado?

Me río.

—¿Quieres medallas?

No es una mentira, es la mejor, sin lugar a dudas. Y sé que mucho de eso tiene que ver con esta conexión que siento hacia ella.

—No me importaría colgarme alguna.

Le hago cosquillas en el costado y se retuerce contra mí, riendo.

—Después de todo lo que me has hecho pasar, diría que me merezco una medallita.

—Llámalo fortalecimiento de carácter.

Pone los ojos en blanco.

—Qué idea tan de hombre de negocios.

—Acostúmbrate. Ahora sales con un hombre de negocios.

Arquea la ceja en forma interrogativa.

—Ah, ¿estamos saliendo?

—Claro —respondo—. ¿Qué coño crees que significa esta noche?

—¿Una noche de ensueño con mi falso prometido? —Sonríe.

—¿Es así como quieres verlo?

Joder. Espero que no.

Niega con la cabeza.

—No, no quiero volver a lo que sea que hayamos tenido. Ha sido muy estresante. —Tiene razón. Ha sido estresante. No solo tenía que hacer mi trabajo con normalidad, sino que también sentía una enorme presión por ser alguien que no soy con ella. No soy un imbécil sin corazón. Soy introvertido; me cuesta mostrar mi interior. Soy protector. Y, sin embargo, de alguna manera, ella ha logrado sacar a la superficie las partes más profundas de mí. Pero, gracias a Dios, no me lo echa en cara. *Quiere más de mí... y yo quiero que lo tenga. De buena gana. Con gratitud.*

—Entonces, estamos saliendo.

Hace una pausa, como si pensara en ello durante un segundo, y luego se ríe.

—Nunca se me ha ocurrido pensar que saldría con mi falso prometido, pero tampoco había imaginado nunca que haría la mitad de las cosas que he hecho desde que te conocí.

—Y aún no hemos empezado.

19

LOTTIE

—Estoy nerviosa. ¿Por qué estoy nerviosa? ¿Debería estar nerviosa? —Me retuerzo las manos mientras me paseo ante la entrada de casa de Huxley.

Está sentado en las escaleras, con una sonrisa en la cara.

—Y no me gusta que eso te ponga tan contento...

Se ríe entre dientes y se levanta, luego se sitúa delante de mí para evitar que me ponga a dar patadas al suelo. Me inmoviliza con las manos en los hombros y luego me levanta la barbilla. Solo para agacharse y darme un suave beso en los labios. Nunca me cansaré de recibir sus muestras afecto.

Nunca.

—No tienes nada de qué preocuparte.

—Para ti es fácil decirlo. Mi madre ya te adora, pero yo nunca he hablado con tus hermanos. Salvo algunas muestras de cortesía, son extraños para mí. Y deben de creer que soy una especie de chiflada por aceptar ser tu falsa prometida. —Me llevo la mano a la frente—. Dios, lo que deben de pensar de mí. —Lo miro con los ojos muy abiertos—. ¿Creen que soy una cazafortunas? Porque no lo soy —aseguro—. Soy capaz de romper contigo ahora mismo para demostrarles que se equivocan.

—No creen que seas una cazafortunas. Si están juzgando a alguien, es a mí. Créeme, ya se han metido conmigo mucho durante la semana pasada. Van a sentirse extasiados por conocerte mejor.

—¿Se han metido contigo? —pregunto.

—Me dijeron desde el principio que me gustabas, pero yo lo negué. Así que, básicamente, me lo han restregado por la cara. —Se encoge de hombros como si nada.

—¿Y saben que mi madre cree que estamos comprometidos?

Asiente.

—Están al tanto. Todos van a actuar como si estuviéramos comprometidos.

Inspiro hondo y me relajo entre sus brazos. Me acaricia la espalda de arriba abajo.

—Todo va a salir bien, Lottie.

—¿Por qué se nos ha ocurrido que sería una buena idea invitar a nuestras familias a una barbacoa? Puede terminar siendo un desastre.

—Pensaba que era porque querías decirles a todos que tengo una polla increíble.

Levanto la cabeza de golpe y capto el humor descarado en su expresión.

—Pero ¿en qué estás pensando siempre?

Se ríe.

—Trato de aligerar el ambiente, nena. Va a salir todo bien.

—¿Y qué pasa si no les caigo bien a tus hermanos?

—No será así, créeme. Cualquiera que me ponga en mi lugar como tú va a encantarles. No me sorprendería que aparecieran con camisetas del *Team Lottie*. Créeme, son tus más fervientes admiradores.

—*Team Lottie*. Me gusta cómo suena. —Le doy un beso en la mandíbula—. ¿Sigues sin arrepentirte?

Niega con la cabeza.

—En absoluto

Ha pasado algo más de una semana desde el concierto, desde que nos confesamos nuestros sentimientos, desde que Huxley Cane fue a por mí. Cuando volvimos a casa, me llevó a su dormitorio y estuvimos follando hasta que no pudimos más. Al día siguiente, llamó para decir que estaba enfermo y yo le dije a Kelsey que trabajaría desde casa de Huxley, así que nos pasamos el día conociéndonos de nuevo. Me contó que, cuando era un *scout*, solía presumir de ello para que las chicas se fijaran en él. Por desgracia, a ninguna le impresionó lo más mínimo, lo que me hizo reír tanto que acabé sin respiración. Y yo le puse al tanto de la vez que pillé a mi madre besándose con Jeff en la despensa cuando estaban empezando a salir, y que mi madre me dijo que había perdido el TicTac en su boca, que solo estaba tratando de encontrarlo. Lo que inspiró a Huxley para empujarme y tenderme de espaldas y decir que él también había perdido su TicTac...

Seré sincera, nunca he practicado tanto sexo en mi vida. Nunca me han removido de la forma en que Huxley me remueve. Y jamás imaginé que había tantas superficies en las que se podía practicar sexo.

La encimera del baño.

El descansillo de la escalera.

Las tumbonas.

La mesa de la terraza.

La valla.

El capó de un coche...

Básicamente, si puedo sentarme o apoyarme encima de algo, podemos follar ahí, y lo hemos hecho.

Y ha sido increíble. Tan increíble que ayer mismo le confesé a Kelsey que soy adicta a su polla. Tanto que cada vez que lo veo, prácticamente puedo sentirlo ya entre mis piernas. Sí, he perdido el norte por completo.

Y sin embargo, no es solo eso. De hecho, me está haciendo ver lo superficiales que eran mis anteriores novios. Especialmente, Ken. *Dios, salí con un idiota.* Supe desde que lo conocí que Huxley tenía un alma más profunda de lo que parecía. Y he llegado a conocerlo bien. Sí, tiene metas y pretenciosas aspiraciones empresariales, pero también es generoso con su tiempo. Busca oportunidades para que sus empleados medren, y les ofrece su experiencia cuando eso los beneficia. Fomenta el crecimiento de las habilidades de sus empleados. De hecho, compartió conmigo parte de su empuje, y eso me hizo sentir aún más entusiasmada con las oportunidades que tiene la empresa de Kelsey. Y por lo que soy capaz de hacer en realidad. Me felicitó por mi perspicacia empresarial, y eso me pareció extraordinario. *De hecho, pienso que él es extraordinario.*

Me coge por las caderas y me mira con intensidad.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunta.

—¿Lo dices en serio? Porque de lo único que me arrepiento es de no haberme puesto en pelotas el primer día.

Se ríe.

—Me odiabas demasiado como para desnudarte.

—Sexo en ese estado es mejor que ninguno. —Me acerco a él para besarlo justo cuando suena el timbre de la puerta. Me tenso al momento—. Oh, Dios, están aquí —susurro, aterrada.

—Les vas a encantar. Te lo prometo. —Me besa una última vez, me coge la mano y me lleva a la puerta principal. Cuando la abre, aparecen Breaker y JP, los dos con sendos *tuppers* y flores.

—Aquí está —dice Breaker, empujando la puerta—. La chica que ha convertido a nuestro hermano en un zombi andante lleno de lujuria.

—Dios... —murmura Huxley.

—Son para ti. —Breaker me da las flores y me abraza.

JP lo imita, y también me da un ramo.

—Eres una diosa —asegura, abrazándome—. Queremos que nos lo cuentes todo.

Huxley se interpone entre sus hermanos y nos separa.

—Eso no será necesario. Ya sabéis suficiente.

—No puedes protegerla durante toda la noche. En algún momento, la pillaremos a solas y le sonsacaremos respuestas embarazosas. Necesitamos toda la munición que podamos conseguir —dice JP.

Llaman a la puerta.

—Comportaos —advierte Huxley con una mirada de reojo.

Sus hermanos ponen los ojos en blanco —lo que me parece divertidísimo— y se dirigen a la cocina mientras Huxley abre la puerta.

—Maura, Jeff, Kelsey, bienvenidos.

Huxley abre la puerta de par en par, y veo a mi familia al otro lado. Mi madre ha preparado churros caseros y Jeff ha traído una ensalada de frutas que al menos habrá pasado una hora preparando. Se toma muy en serio las ensaladas de frutas, y se nota; no solo son llamativas, también deliciosas.

—Muchas gracias por recibirnos. Tenía ganas de ver dónde vive nuestra Lottie —comenta mi madre; entra y le da un abrazo a Huxley. Jeff le ofrece un apretón de manos y Kelsey le choca los cinco, lo que me parece gracioso. Hemos tenido dos reuniones con Cane Enterprises y, aunque Huxley es extremadamente profesional, Breaker y JP han hecho que la relación comercial sea más fluida. Se nota por la comodidad con la que Kelsey se relaciona con Huxley.

Los saludo con rapidez antes de volver a la cocina. Reign ha dejado preparada la comida en la isla de la cocina mientras Huxley y yo estábamos ocupados haciendo... otras cosas.

Las puertas correderas de cristal que dan al jardín trasero están abiertas y la música suena suavemente de fondo.

—Vaya —comenta mi madre asombrada—. Esta casa es espectacular.

—Gracias —responde Huxley, y coge la comida que han traído mi madre y Jeff—. ¿Queréis beber algo?

A lo largo de la última semana, he llegado a conocer bien al verdadero Huxley. El Huxley que creí que era cuando nos cruzamos en la acera. Es más desenfadado y divertido que el hombre rígido e inaccesible con el que traté al principio del acuerdo. En realidad, lo único rígido en él es su erección.

Una vez que nos relajamos, después de las presentaciones y los saludos, salimos al jardín con la comida y nos sentamos en torno a la enorme mesa en la que Huxley y yo hemos follado ya tres veces. Algo que nadie necesita saber.

—Tu madre está sentada exactamente en el mismo lugar donde te corriste tan fuerte que chorreaste —me susurra Huxley, acercándose hacia mi oreja.

—¡¡Por favor!! —susurro, sintiendo que me pongo roja.

Se ríe y me besa la mejilla.

—¿Qué estáis susurrando? —pregunta Kelsey, que ocupa un lugar frente a mí. El brillo de sus ojos me dice que sabe exactamente de qué estamos hablando, porque le he contado nuestras escapadas a la mesa del jardín.

—Nada —replico, mirándola con intensidad.

—Venga, Jeff, ¿no vas a darles la noticia? —pregunta mi madre, cambiando de tema, afortunadamente.

—¿Qué noticia? —pregunto, mirando a Jeff, que está dando cuenta de la ensalada de frutas y de los macarrones caseros de Reign.

La mesa se queda en silencio, así que Jeff deja el tenedor en el plato y levanta la cabeza.

—Ayer recibí una carta. Al parecer, alguien se ha puesto en contacto con el comité de embellecimiento y les ha sugerido que echen un vistazo al patio de casa. Vinieron la semana pasada, mientras visitaban otras propiedades, y me por felicitaron tener un jardín tan bien cuidado, por la exquisita definición y la selección de colores de nuestras plantas. —Mi madre aprieta el brazo de Jeff.

—¿En serio? —pregunto, muy sorprendida.

Jeff asiente, con una sonrisa tan grande que es contagiosa.

—Por desgracia, la casa no está dentro de los límites del concurso, pero me dieron un diploma honorífico y me aseguraron que ampliarían la línea de demarcación para poder incluirme en el futuro.

—Joder... Es increíble, Jeff. Dios mío, has trabajado mucho y te lo mereces.

Vuelve a asentir y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Gracias, Huxley —dice, mirándolo—. No estoy seguro de que sepas cuánto significa esto para mí.

¿Huxley?

Me doy la vuelta para mirarlo y veo que le dedica a Jeff un sencillo gesto con la cabeza.

—Yo solo levanté el teléfono. Tú has hecho todo el trabajo.

—Espera, ¿has llamado al comité de embellecimiento?

—No hay que darle importancia —protesta en voz baja—. Felicidades, Jeff. Es un honor bien merecido.

—Significa mucho para mí ser reconocido, Huxley. Gracias —dice Jeff con su tono más sincero.

Y entonces hay un largo silencio mientras en mi mente da vueltas esta nueva información.

Jeff tuvo noticias de ellos ayer.

Pero hicieron las rondas hace un par de semanas.

Lo que significa que... Huxley debió de llamarlos antes de que estuviéramos juntos, cuando nos echábamos las manos al cuello llenos de rabia y frustración.

Pero lo hizo. Llamó.

Grabó esa sonrisa en la cara de Jeff.

—Huxley —susurro.

—Ya hablaremos de ello más tarde —dice; me coge la mano y me da un beso en los nudillos.

—Por favor, dinos que puedes contarnos algunas historias embarazosas sobre él —dice JP sentándose delante de mí en una tumbona. Breaker se acomoda a su lado.

Miro hacia el patio, donde Huxley está conversando despreocupadamente con Jeff y mi madre. Kelsey se ha ido hace un rato por-

que tenía otro compromiso, pero sé que no es cierto. Estaba evitando a JP, que no hacía más que coquetear con ella. Confieso que yo estaba disfrutando del espectáculo, pero Kelsey no ha aguantado más.

—No creo que ese hombre sea capaz de hacer nada así —susurro acercándome a ellos.

—Es evidente que ha sido capaz de mantener la compostura hasta ahora delante de ti. Créeme, puede ponerse en evidencia en cualquier momento.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué no me contáis algún ejemplo?

Breaker y JP intercambian unas miradas.

—¿Te ha mencionado la vez que hizo una presentación en la Universidad de Nueva York sobre el espíritu empresarial, y se pasó todo el tiempo con la bragueta desabrochada?

—¿Qué? —Me río a carcajadas—. No, no me lo creo.

Breaker asiente.

—En serio. Al final de la presentación, uno de los universitarios le preguntó si estaba caliente.

—¡Oh, Dios! —Me tapo la boca con la mano, riendo.

—Por supuesto, Huxley se sintió confundido y respondió que no, y le preguntó por qué. Entonces el chico le respondió que no sabía por qué, si no necesitaba airearse, iba a tener la bragueta abierta.

Estallo en carcajadas y eso llama la atención de Huxley. Mira a sus hermanos con desconfianza; no me cabe duda de que sabe lo que están haciendo.

—¿Qué hizo? —pregunto.

Breaker se rasca la mandíbula, algo que he notado que también hace Huxley.

—Por supuesto, se sintió avergonzado. Se subió la cremallera de los pantalones, se aclaró la garganta y luego agradeció a todos el tiempo dedicado antes de salir pitando. Durante días se comportó como un auténtico capullo; nos echaba la culpa por dejarlo salir sin decirle que tenía la bragueta abierta.

—¿Qué dices? —Me río.

JP se lleva la mano al pecho.

—Cómo lo oyes. Que alguien nos explique por qué es culpa nuestra. ¿Se supone que tenemos que revolotear a su alrededor como ga-

llinas cluecas? —JP niega con la cabeza—. No, no es cosa nuestra. Que sea un hombre adulto y que controle su cremallera.

—Ahora, antes de entrar en cualquier evento, siempre le susurramos a Huxley que se mire la bragueta.

—Para, para... ¿De verdad? —Me río entre dientes.

Breaker asiente.

—Sí, nos mira con odio cada vez que se lo decimos, pero, si comete el mismo error, no podrá echarnos la culpa.

—Os estáis protegiendo —asiento.

—Eso es. —Breaker mira a JP—. Lottie lo entiende.

—¿Qué entiende Lottie? —pregunta Huxley, acercándose a nosotros con mi madre y Jeff.

—Nada —dice JP—. Cosas nuestras. No es asunto tuyo.

—Si implica a mi chica, es asunto mío —responde Huxley, lo que, por supuesto, hace que me flaquee las rodillas por el tono posesivo que utiliza.

—Ohhh, me gusta este lado de Huxley —dice JP. Se levanta y le da una palmada en el hombro—. Por mucho que me guste hablar con tu prometida de tus momentos embarazosos, tengo que marcharme.

—Yo también —alega Breaker.

—Nosotros también nos vamos —explica Jeff—. Venimos a despedirnos.

Me pongo de pie y les doy un abrazo, asegurándome de estrecharlos con fuerza. Me alegro de volver a verlos. He estado atrapada por el ajeteo de mi nueva vida y he echado de menos pasar tiempo con ellos. Pero espero que las cosas vayan más despacio a partir de ahora y podamos organizar más reuniones como esta.

En grupo, nos dirigimos a la puerta, donde volvemos a abrazarnos entre agradecimientos y despedidas. Al cerrar, Huxley se vuelve hacia mí.

—¿Qué te han contado? —pregunta.

Me río y voy a la cocina para empezar a limpiar.

—¿Temes que hayan dicho algo que me aparte de ti?

—Sí.

—Va a hacer falta mucho más que una historia en la que la protagonista sea una bragueta abierta para alejarme.

Gime y se apoya en la encimera.

—No se habrán atrevido...

Le lanzo una mirada de reojo.

—¿Fue para estar bien aireado?

La mirada en sus ojos es absolutamente asesina, y me hace reír aún más.

—No puedes hablar con ellos nunca más.

—Qué pena —digo—. Nos llevábamos muy bien. —Como ya nos hemos ocupado de la comida antes, guardo los platos en el lavavajillas y me vuelvo hacia Huxley—. Me encantaría hablar más con ellos. Parecen muy profundos.

—Sí, claro que sí. —Cuando cierro el lavavajillas, se acerca a mí y me coge de la mano para acercarme—. ¿Te has divertido hoy?

—Sí. —Le paso la mano por el pecho—. Pero tengo que preguntarte algo.

—¿El qué?

—Es con respecto a esa llamada...

—No es para tanto, Lottie. —Comienza a alejarse, pero lo detengo.

—Para mí sí. No sé si te das cuenta, pero has hecho muy feliz a Jeff. Trabaja muchísimo en ese jardín, y ser reconocido de esa forma significa mucho para él. —Obligo a Huxley a mirarme—. ¿Cuándo hiciste esa la llamada?

—¿Qué más da?

—A mí me importa. ¿Cuándo la hiciste?

Suelta un profundo suspiro.

—No sé, hace como cuatro semanas.

—¿Cuatro semanas? —pregunto, asombrada—. ¿Justo después de conocernos?

Se masajea la nuca.

—Sí, probablemente por entonces. Pero, como he dicho, no importa.

—En eso te equivocas —digo, me acerco a él y le acaricio la mejilla—. Huxley, lo hiciste llevado por tu buen corazón, porque sabías que significaba mucho para otra persona. No mucha gente haría algo así.

—No hay que darle importancia a lo que no la tiene.

Me quedo quieta y lo observo. La inquietud de su cuerpo. La incapacidad de mirarme a los ojos.

—No aceptas muy bien los cumplidos, ¿verdad?

—No creo que sea necesario darle tanta importancia algo que, en el gran esquema de las cosas, no es más que un pequeño detalle.

—Pero no es pequeño —contesto—. No es pequeño en absoluto. Hiciste feliz a Jeff, un hombre especial para mí. Huxley, de verdad, le has dado la alegría de su vida. No puedo decirte lo agradecida que me siento por ello

Me agarra de las caderas y se echa hacia delante para darme un beso en la frente.

—Si tú eres feliz, yo también lo soy.

Me coge de la mano y me guía por las escaleras hasta el dormitorio. Durante todo el trayecto, no dejo de pensar en cómo han cambiado las cosas o con qué rapidez. Hemos pasado de estar discutiendo e insultándonos a no querer separarnos. Kelsey tiene razón: hay una línea muy fina entre el amor y el odio, y nosotros la hemos cruzado.

—No estoy cómoda fingiendo con ellos —digo mientras esperamos que aparezcan Dave y Ellie—. Tenemos que decírselo.

Huxley parece tan incómodo como yo.

—Lo sé, pero no se me ocurre cómo hacerlo. Todavía no he cerrado el trato porque no deja de cancelar las citas.

Estamos esperando delante de un alto edificio de ladrillo para ir a una clase de cuidados a recién nacidos. Dave nos preguntó si queríamos acompañarlos y, por supuesto, Huxley —todavía en modo «tengo que conseguir las propiedades de Dave»— dijo que sí. Así que aquí estamos, pero no me parece nada bien, sobre todo, porque ahora sí estamos saliendo.

—¿Qué crees que haría si supieran que no estoy embarazada?

—No lo sé —replica Huxley, mirando la calle—. Estoy casi seguro de que nunca más se plantearía hacer negocios conmigo porque le he mentado. Y mi mayor temor es que el rumor se expanda por todos los que nos rodean, que lo sepa toda la gente con la que trabajo. Podría ser absolutamente desastroso.

—Ya, no me imagino que la gente quiera hacer negocios contigo después de haber mentado sobre una prometida y un embarazo.

—No es un buen augurio para mí.

Le doy una palmada con el hombro.

—Sé que lo he dicho antes, pero fue una gilipollez.

Se ríe, me acerca a su pecho y me besa en la cabeza.

—Sí, ya has hecho esa afirmación antes.

—Hola, chicos, ya estamos aquí —oímos decir a Dave a nuestra espalda. Nos damos la vuelta a la vez y nos encontramos a Dave y a Ellie ataviados con vaqueros y camisetas blancas a juego, que se acercan a nosotros enlazados por la cintura. Son una pareja feliz.

Huxley levanta la mano para saludarlos.

—Encontraré la manera de solucionarlo todo, te lo prometo —dice en voz baja—. Vamos a centrarnos en el día de hoy.

—De acuerdo. —Le doy un pellizco y nos reunimos con Dave y Ellie.

—Oh, guau, estás increíble —comenta Ellie, antes de abrazarme—. Estás resplandeciente con este vestido. —He elegido un vestido vaporoso por si tuviera que notárseme el embarazo, que no es el caso—. ¿No te parece, Dave?

—Sí —dice Dave con una sonrisa socarrona—. Parece una mujer enamorada.

Casi me atraganto. Toso un par de veces y Huxley me acaricia la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento. —Vuelvo a toser—. Se me ha ido por mal sitio. —Me recompongo y sonrío a todos—. ¿Qué? ¿Entramos? —Señalo la puerta con el pulgar.

—Sí, estoy muy emocionada. He oído que las muñecas son tan reales en esta clase que hasta se hacen pipí encima. ¿No os parece emocionante?

—Oh, sí. Estoy muy emocionada por esa sorpresa —respondo, manteniendo la compostura como puedo. Tan emocionada como lo estoy de que me salpiquen la cara con un sucedáneo de leche materna.

Dave y Ellie entran antes que nosotros; Huxley se queda atrás un segundo y me tira de la mano.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, todo bien. ¿Por qué? —digo con una sonrisa.

—Porque estás actuando de forma rara.

—¿En serio? —pregunto en tono agudo—. Pues me siento normal.

Me estudia durante unos instantes antes de coger la puerta y abrirla. Me guía con la mano en la parte baja de la espalda hasta donde nos esperan Dave y Ellie. Ellie sostiene un bebé de mentira en los brazos.

—Ya tenemos a nuestro bebé. Se llama Enoch. ¿No es ideal?

¿Estoy soñando?

Si es un muñeco...

De verdad, quiero saber a qué especie pertenece Ellie porque es imposible que sea humana. No puede serlo, es un *alien*.

—Qué bebé más bonito —comento—. Muy... plástico.

Huxley me tira del brazo para llevarme a recepción.

—¿Muy plástico? —me dice al oído en tono divertido.

Me río por lo bajo.

—No sé cómo halagar a un bebé de pega.

—Hola, ¿a nombre de quién está la reserva? —pregunta la recepcionista.

—De los señores Cane —dice Huxley, sorprendiéndome.

—Sí, aquí están. Iré a buscar su bebé y el resto del material.

Cuando se va, me vuelvo hacia Huxley con una ceja arqueada.

—¿Señores Cane? —pregunto.

Sonríe.

—Suena bien, ¿no crees?

—Eeh..., ¿qué? —Estoy a punto de atragantarme de nuevo.

Se ríe y me abraza para darme un beso en la coronilla.

—Tu miedo te hace estar pegada a mí y me hace sentir como un dios.

La recepcionista vuelve a salir y nos tiende una muñeca.

—Se llama Judith. Es muy llorona.

¿Judith?

¿Vamos a cuidar a una persona de setenta años?

Cojo la bebé y la miro...

—Santo Dios —susurro—. Le falta un ojo.

La recepcionista asiente.

—No todos los bebés son perfectos.

—Pero esta bebé no debe de haber nacido así. Parece que la ha mutilado una manada de coyotes.

—Más bien un grupo de chihuahuas —replica la recepcionista—. Judith lo ha pasado muy mal, pero sé que ustedes la cuidarán muy

bien. —La recepcionista hace un gesto para indicarnos la sala—. Entren rápido, la clase está a punto de empezar.

Arrojo a Judith entre mis brazos y me giro hacia Ellie y Dave, que están arrullando a Enoch como si fuera suyo.

Lo siento, Judith, probablemente no tendremos el mismo vínculo.

—Voy a tener pesadillas —me susurra Huxley al oído.

—No me sorprendería que encuentre la forma de volver a casa con nosotros y nos mire en medio de la noche mientras dormimos.

—Si miro por encima del hombro cuando estemos follando y la veo —comenta Huxley con la mano en la parte baja de mi espalda—, que sepas que te dejaré.

—No podría culparte —susurro.

—¿Preparados? —pregunta Dave, levantando la vista de Enoch.

—Claro —digo, aunque no tengo ni idea de qué esperar ni de en qué lío nos ha metido Huxley.

Entramos juntos en la sala, que está llena de parejas con bebés en brazos. Al menos hay otras diez parejas con bebés de juguete. Solo quedan libres dos mesas: una al fondo y otra al frente.

—Si no consigues la mesa de atrás, no volveré a chuparte la polla —le susurro a Huxley, que se ríe entre dientes y se adelanta a Dave.

—Joder —dice con las manos extendidas—, parece que no podemos sentarnos cerca. Nos quedamos con la mesa de atrás.

—¡Oh, qué pena! —responde Ellie, escudriñando las mesas—. Bueno, quizá es lo mejor, creo que nuestro pequeño Enoch está enamorado de la pobre Judith. —Nos guiña un ojo y se va hacia el frente con Dave.

Miro a Huxley.

—¿Crees que eso ha sido sarcasmo? —pregunto—. ¿Crees que Judith no le gusta?

—¿Importa? Pensaba que Judith te aterrorizaba.

—Y así es —replico; vamos a la mesa del fondo—. Pero es nuestra y solo puede aterrorizarnos a nosotros.

—Creo que te estás tomando lo del bebé demasiado en serio.

—¿Estás diciéndome que en realidad no estás aquí para aprender a cuidar a un bebé? —pregunto.

—Solo espero que haya un descanso para merendar. —Mira a su alrededor—. Pero no veo mesa de aperitivos, así que supongo que no es mi día de suerte.

—Ni siquiera sé por qué me gustas.

—Porque quieres más de mi polla —me dice al oído.

—Ojalá fuera así —respondo, burlona, cuando la profesora entra en la sala. Espera un momento... ¿No es Heaven?

—¿Heaven? —pregunta Huxley.

—La mujer que nos hizo follar con ropa delante de un grupo de extraños.

—¡Oh, Dios! —dice Huxley, tratando de verla mejor—. Joder, creo que es ella. Gracias a Dios que estamos en la parte de atrás.

—Bienvenidos —saluda Heaven, y su voz resuena en los altavoces—. Me alegro mucho de que hayáis podido uniros a nosotros en este maravilloso viaje que supone conocer a un recién nacido. Veo algunas caras conocidas, y estoy segura de que veré más a medida que recorra el aula para trabajar con cada pareja individualmente.

—Oh, genial —murmuro—. Seguro que volverá a centrarse en nosotros. —Miro a Huxley—. Me debes una, Hanley.

—Soy consciente de ello.

—Ahora, por favor, adelante, enciendan los bebés. El interruptor está en la espalda. Se despertarán y empezaremos.

Le doy la vuelta a Judith y encuentro el interruptor de encendido. Lo muevo a la derecha, la vuelvo a girar y parpadea.

Parpadea de nuevo.

Y luego empieza a llorar.

—Dios mío... —La arrojo sobre la mesa, lo que hace que lllore incluso más fuerte.

—¿Qué haces? —pregunta Huxley—. Nos están mirando todos.

—Ni que lo hiciera a propósito.

—¿Por qué es tan llorona? —pregunta, cogiéndola por una pierna.

—Porque tiene solo un ojo y no está contenta con la vida —replico, mirando a mi alrededor—. No creo que debas sostenerla así.

—¿Cómo?

—Como si fuera una serpiente que has encontrado en el camino. —Le doy un codazo—. No va a morderte. Míjala.

—Para ti es fácil decirlo, no te está mirando con su único ojo. —La muñeca llora con más fuerza y Huxley hace una mueca—. Joder, ¿qué ha poseído a esta niña?

—No le gusta que le sostengan la cabeza así —me invento.

—No lo sabe. No está viva.

—Dice el hombre que tiene miedo de una muñeca. No, creo que tiene un sensor. Acércalo a ti.

—Tal vez deberíamos llamarla Judith, tal vez decir que es un muñeco hiere sus sentimientos.

—Entonces, acerca a Judith —digo mientras ella llora aún más fuerte.

—¿A mi pecho?

—Sí —replico exasperada—. Como si fuera un bebé de verdad, Huxley. —Judith llora con más fuerza, y veo que Heaven se acerca a nosotros—. Joder, Heaven viene hacia aquí. Rápido, abrázala. Míjala, maldita sea.

—Aggg, vale. —Huxley acerca a Judith a su pecho y la abraza, pero eso no hace que deje de llorar—. Sigue comportándose como una desgraciada.

—Entonces, dale palmaditas.

—¿Palmaditas? —pregunta.

—Sí, ya sabes. Golpes ligeros en la espalda. Tranquilízala, Huxley.

Le da una palmadita a Judith, pero es tan torpe lo que solo la hace aullar más.

—Está poseída. Es porque le falta un ojo, no hay otra explicación. —Me da la muñeca y la sostengo frente a mí. La muñeca llora, parpadea y aúlla un poco más.

—No me cae bien.

—No estás mimándola —dice Huxley mientras Heaven se acerca.

—Porque tengo miedo de que Judith me devore el alma si la acerco más.

—Ten, yo le daré unas palmaditas mientras tú la sostienes. —Huxley extiende la mano y le da unas palmaditas a Judith en la espalda.

Después de la cuarta palmada, Judith deja de llorar.

—Oh, Dios mío, ¡lo conseguimos!

—¿Tú crees? —pregunta Huxley, inseguro—. ¿Se callan así sin más?

—Creo que sí. Creo que hemos calmado a...

Antes de que pueda terminar la frase, me rocía la cara con una especie de líquido lechoso.

—¡Oh, mierda! —protesta Huxley, saltando hacia atrás para evitar cualquier líquido que la muñeca esté escupiendo.

—Cógela, cógela —suplico, y corro de un sitio para otro, manteniendo a Judith lo más alejada posible de mí—. Dios mío, ¿por qué huele así?

—A ver... Joder, qué mal huele. —Huxley hace un sonido de arcadas—. ¿Qué es ?

—No lo sé, quítamelo de la cara, por favor.

—¿Va todo bien por aquí? —La voz de Heaven interrumpe el caos.

Hago una pausa en mi drama y trato de no vomitar ante el olor pútrido que me inunda las fosas nasales.

—Judith está experimentando un exorcismo —comento.

—Ya veo. Parece que no se encuentra bien. ¿Es así como sostendrías a un bebé enfermo?

—Así es como sostengo a un bebé que acaba de rociarme la cara de leche agria. Tiene suerte de que no la haya tirado al suelo.

Huxley me limpia la cara con una toallita y yo me permito inspirar hondo una vez que la mayor parte del líquido ha desaparecido.

—¿Por qué huele mal? —le pregunto a Heaven, que nos mira de forma reprobadora.

—Intentamos que la experiencia sea lo más auténtica posible, por eso te pido que trates al bebé como si fuera de verdad.

—Ya lo hago. Es que me ha pillado desprevenida, no esperaba que...

Judith suelta un gorjeo.

Seguido de un sonido extraño.

Y entonces, para mi horror, Judith empieza a gotear algo marrón.

Sin siquiera pensarlo, chillo, dejo caer a Judith sobre la mesa y me alejo mientras una nueva oleada de hedor pútrido sale del trasero de plástico de Judith.

Y, por supuesto, como el bebé de Satanás que es, se pone a llorar tan fuerte que todo el mundo nos mira, incluso Dave y Ellie, que están mimando a Enoch.

Esto va mal.

—Lo siento —susurro cuando nos sentamos delante del edificio, ya limpios, con todos los restos de Judith borrados de nuestra piel.

—No es culpa tuya, esa muñeca estaba poseída.

—Ya, pero nos han echado de clase por mi culpa.

Después de que Judith tuviera más «gases», como le gustaba llamarlo a Heaven, insulté a la muñeca, lo que provocó nuestro desalojo del aula.

Y, lo siento, pero si se tratara de un niño de verdad, probablemente habría reaccionado exactamente igual, salvo que no la habría dejado caer. Además, dudo mucho que un solo padre de los presentes hubiera sido capaz de mantener la calma mientras el bebé lo atacaba por todos sus agujeros. Por favor, enséñame un padre que hubiera sido capaz de manejar la situación con dignidad y gracia.

Ninguno.

—Echarnos de clase fue pasarse —comenta Huxley—. Y solo porque has dicho algunas palabrotas. Francamente, me parece que ha sido una combinación muy pintoresca.

Me apoyo en él y le doy un beso en la mejilla.

—Te agradezco que valores mi habilidad para combinar tacos.

Dave y Ellie salen cogidos de la mano por la puerta del edificio. Cuando nos ven, nos lanzan unas sonrisas de disculpa.

—No sabíamos si os habríais ido o no —comenta Ellie—. Ha sido una situación un poco complicada.

Huxley me ayuda a levantarme y me pasa el brazo por encima del hombro, manteniéndome cerca de él.

—No esperábamos que todo fuera tan volátil —dice Huxley con tono humorístico.

Dave se ríe.

—No creo haber presenciado nunca una cadena de eventos tan desafortunados. —Sonríe—. Y te felicito por tu vocabulario, Lottie. Unas palabrotas impresionantes.

Siento que se me calienta la cara de vergüenza. Judith me ha desconcertado tanto que he olvidado por completo el decoro y el propósito por el que estábamos en esa maldita clase: impresionar a Dave. Espero no haber estropeado la posibilidad de que Huxley firme el contrato. Este trato parece alargarse eternamente.

—Lo siento. —Hago una mueca—. Creo que el olor me ha afectado tanto que he perdido la capacidad de actuar como un ser humano normal.

—No hace falta que te disculpes —alega Dave—. No sé si yo habría sido capaz de aguantar si me hubiera pasado lo mismo.

—Yo no —comenta Ellie, y se lleva la mano al vientre—. Me muero de hambre. ¿Os apetece cenar con nosotros?

—Sería genial —respondo por los dos antes de que Huxley pueda inventarse una excusa. Creo que le debo una oportunidad más al día de hoy.

—Genial —dice Ellie—. Justo a la vuelta de la manzana, hay una pintoresca tienda de sándwiches con la que no hago más que tener antojos. ¿Os parece bien?

Asiento.

—Tú nos guías.

Dave y Ellie se adelantan, pero Huxley me retiene unos pasos.

—Esto no es necesario —me susurra al oído—. Estoy seguro de que prefieres ir a casa.

Y ducharme. Sí, Dios, sí.

Pero...

—Te debo una —respondo.

Sus labios me recorren la oreja, haciendo que me baje una oleada de escalofríos por el brazo.

—No me debes nada. Quiero asegurarme de que estás bien.

Enlazo los dedos con los suyos.

—Te prometo que estoy bien. Vamos a ver si podemos darle un empujoncito al trato. —Le guiño un ojo y dejo que me acerque mientras seguimos a Ellie y Dave. Se aparta de repente y se aclara la garganta.

—¿Qué pasa?

—Mmm... Creo que no te has quitado todo el vómito de bebé del pelo.

Joder...

—¿No te encantan los sándwiches de carne? —pregunta Ellie, dando un voraz mordisco a uno de queso de Filadelfia. El queso le gotea por la barbilla mientras sonrío y mastica.

¡Santo Dios...!

—Me encanta tener toda la carne en la boca —respondo, haciendo que Huxley resople a mi lado. Mmm... Creo que eso no ha sonado del todo bien.

—Es muy triste que hayas optado por la sopa. Podrías haberte zampado un buen filete con queso.

He pedido la sopa de pollo con fideos porque, francamente, no tenía ni idea de lo que podía comer una embarazada, y como Ellie y Dave insistieron en que pidiéramos de primeros, me decanté por algo neutral. Pero, créeme, el filete tiene una pinta estupenda.

—No, en absoluto —respondo, tomando una cucharada del caldo—. Me encanta la sopa. —Me meto la cuchara en la boca y finjo que disfruto de esta comida deslucida.

—¿En serio? —pregunta Dave—. ¿Cómo puede gustarte la sopa?

—Está obsesionada con las sopas —interviene Huxley. Ya ha terminado su sándwich y ha optado por una ensalada de acompañamiento. Tiene el brazo colocado en el respaldo de mi silla y me revuelve el pelo con el dedo—. ¿Recuerdas la sopa de cebada que nos preparaste aquella noche?

Eeh..., no.

Y francamente, la sopa es... psss. No soy una persona de líquidos calientes. Prefiero un buen filete, así que ¿a dónde pretende llegar?

—Ah, sí, la sopa de cebada —respondo.

—Usó un bote entero de cebada seca. —Huxley se ríe y se vuelve hacia Dave y Ellie—. Intenté ser un prometido cariñoso y tragármela, pero era incomible.

—Oh, hemos tenido una buena ración de cosas no comestibles —comenta Ellie, mirando a Dave con cierto brillo en los ojos. Bueno... ¡Dios!

Dave levanta la mano, disculpándose.

—No es la mejor cocinera del mundo ni siendo muy benévolo. ¿Soy yo o los dos se están lanzando insinuaciones sexuales?

Si es así..., ¡qué asco!

—Y luego estaba el estofado de carne con patatas que hiciste —continúa Huxley, que hoy habla por los codos—. Eso sí que estaba bueno.

Ya que estamos lanzando insinuaciones sexuales...

—Porque se me da genial manejar la carne.

Los ojos de Huxley se clavan en los míos.

—Sí, eres muy buena en eso.

Nos miramos con intensidad, con una sonrisa en los labios. ¿Está pensando en lo de anoche? Porque yo sí. Recuerdo cómo pasé diez minutos manipulando su *carne* mientras él se retorció debajo de mí, suplicando que dejara que se corriera.

—Oh, Dave, ¿ves eso? —pregunta Ellie.

Huxley y yo dejamos de mirarnos y nos volvemos hacia la pareja que tenemos enfrente.

—Sí. —Dave tiene una gigantesca sonrisa en la cara—. Creo que esa es nuestra señal, cariño. Tenemos que dejar solos a estos tortolitos.

Ellie asiente.

—Las hormonas del embarazo están haciendo efecto, y están a punto de arrancarse la ropa mutuamente.

A ver, no me importaría ver el pecho bien formado de Huxley ahora mismo. En el local de los sándwiches no, pero, ya sabes, cuando volvamos a casa...

—No tenéis que iros —dice Huxley, aclarándose la garganta, a pesar de que me agarra con más fuerza y parece más posesivo.

Dave se ríe.

—Yo creo que sí. —Le ofrece la mano a Huxley—. ¿Crees que la semana que viene podemos hablar sobre la adquisición?

Huxley se endereza y acepta la mano de Dave para darle un buen apretón.

—Sí, le diré a Karla que te llame para ver cuándo estamos los dos disponibles.

—Perfecto. —Dave me levanta la mano y me da un beso en el dorso—. Lottie, siempre es un placer verte. Buena suerte... manejando su carne.

Se me encienden las mejillas.

—Gracias —respondo con torpeza.

Ellie se despide con rapidez y, una vez que salen del restaurante, Huxley se vuelve hacia mí con una enorme sonrisa.

—Nena, ¿has oído eso?

Me encanta cuando me llama «nena». Significa que está relajado, de buen humor, y que se ha quitado temporalmente el palo que le gusta llevar en el culo casi todo el tiempo.

—¿Que quiere reunirse contigo? —pregunto.

Asiente, con esa sonrisa de medio lado tan entrañable, y me encuentro acercándome a él un poco más.

—Creo que está listo para tomar una decisión. Joder, ¿te imaginas que todo esto acabe la semana que viene?

Se me desvanece la sonrisa cuando me doy cuenta de algo que me golpea en el pecho. ¿Y si todo esto se acaba la semana que viene? Nunca he pensado mucho en lo que pasaría después de que Huxley firmara el contrato. Sé que estamos saliendo, pero ¿debería irme de su casa? Ahora que Kelsey ha recibido un adelanto de Cane Enterprises por nuestro trabajo, estoy cobrando un sueldo. ¿Significa eso que ahora puedo permitirme tener mi propia casa?

—Eso..., eso sería genial —respondo con una sonrisa, pero mi mente está divagando. En mi cabeza solo dan vueltas ideas referentes a si se acabará todo.

Ya sin hambre, recojo la sopa y le digo a Huxley que estoy lista para irme. Él le manda un mensaje a su chófer, con quien nos juntamos en el exterior. Salimos juntos del restaurante, nos vamos directos al coche que nos espera y nos sentamos en la parte de atrás. Me abrocho el cinturón de seguridad y miro por la ventanilla, deseando que mis emociones se mantengan lo más sosegadas posible.

Lo desconocido da miedo.

No estar preparada es aún más aterrador.

Necesito trazar un plan para cuando Huxley firme el contrato.

Por suerte, tengo trabajo.

Todavía tengo mi antiguo coche y, por lo que sé, sigue funcionando, así que no he perdido la forma de desplazarme.

Además, el préstamo universitario está pagado, lo que sigo considerando un milagro.

Huxley ya ha dicho que me acompañará a la reunión del instituto, así que no tengo que preocuparme por eso. Sigo contando con la posibilidad de vengarme de Angela.

Pero necesito un lugar para vivir...

Eso es lo único que no tengo controlado.

Dado que necesito calmar mi preocupación, saco el teléfono del bolso y entro en la página Zillow, porque ¿dónde más voy a encontrar un apartamento? Y hago una búsqueda en la zona de West Ho-

llywood. No puedo permitirme nada cerca de casa de Huxley, pero próxima a Kelsey estaría bien.

Un estudio, eso es todo lo que necesito.

No quiero un apartamento en un sótano porque eso es comprar boletos para que te asesinen.

Dios, los alquileres son altísimos. No pasa nada..., no tengo que echar muchas cuentas. Gastaré más en el alquiler y ahorraré renunciando a los lujos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Huxley; el tono enfadado de su voz me pilló desprevenida.

Levanto la vista y capto la confusión en su expresión.

—Eeh... —susurro bajando la voz—. Busco piso.

—¿Por qué demonios haces eso?

Me vuelvo hacia él

—Bueno, si firmas el contrato, ya no me necesitarás —le recuerdo. Frunce el ceño.

—¿Estás diciéndome que vas a irte una vez que firme el contrato?

—¿No es eso lo que quieres? —pregunto, muy confundida.

—Te quiero a ti. Dime, ¿por qué coño querría que te fueras?

—Eeh..., No lo sé —respondo—. Es decir, doy por hecho que seguiremos saliendo, ¿no? ¿O me equivoco?

—No te equivocas. Pero lo que no entiendo es por qué quieres irte.

—Pensaba que no querrías tenerme cerca —susurro, sin querer que el chófer nos oiga, aunque haya una pantalla de privacidad.

Huxley me sujeta de la barbilla y me mantiene la cabeza inmóvil.

—No vas a ir a ninguna parte. ¿Me oyes? Lo que tenemos va más allá del contrato. Para mí, el contrato ya no existe. Lo que hay entre nosotros ahora es de verdad. ¿Para ti no lo es?

—Claro que lo es —replico con rapidez—. Es que no quería, ya sabes, imponerme.

Se ríe y se echa hacia delante para darme un suave beso en los labios con la boca abierta.

—Lottie, créeme cuando te digo que no eres una imposición —dice en voz baja cuando se separa—. Te quiero en mi casa, en mi habitación, en mi cama. Te quiero en mi sofá, que me cojas de la mano mientras vemos un programa que me has obligado a poner a regañadientes. Te quiero en la piscina, bañándote desnuda como tanto te gusta. Te quiero en la terraza, y sentir contigo la lluvia du-

rante una tormenta. Te quiero sentada en la mesa del comedor, cenando a mi lado, haciéndome pasar un mal rato por cualquier cosa que se te ocurra ese día. —Lleva mis nudillos a los labios y les da un beso—. Te quiero a ti, ¿vale?

La sonrisa que curva mis labios se extiende de oreja a oreja.

—Vale. Entonces no tengo que buscar apartamento.

—No, Dios. —Se ríe, negando con la cabeza—. Acabará dándome un ataque al corazón.

Le pongo la palma en la mejilla.

—Ay, actúas como si me tuvieras cariño.

—Es así. Siento mucho cariño por ti, Lottie. No sé cómo lo has hecho, pero me he convertido en un adicto a ti. No voy a dejar que te vayas a ninguna parte.

—Bueno es saberlo. —Asiento con despreocupación—. Bueno es saberlo. —Lo miro, conteniendo la sonrisa.

Sonríe.

Intento ir con calma.

Pero él se burla de mí y me hace cosquillas, lo que me hace soltar una carcajada, justo antes de atraparme la boca y darme un beso ahogado en los labios. Me derrito entre sus brazos y disfruto de su reclamo.

No es el único que se ha hecho adicto, porque necesito a este hombre tanto como él a mí. Necesito sus burlas, sus molestos hábitos y su capacidad para irritarme. Necesito su corazón bondadoso, su bendita alma y su capacidad para hacerme sentir segura y protegida en la comodidad de sus brazos.

Mis sentimientos por él se han modificado tan rápidamente como un chasquido, lo que me hace preguntarme si no me habré sentido siempre así. Si mis verdaderos sentimientos no estarían enmascarados por la indiferencia.

Dado lo profundamente que me ha enamorado este hombre, mi respuesta será un rotundo *sí*.

Sí, creo que siempre he sentido algo por él. De hecho, no recuerdo un momento en el que no me haya sentido atraída por él. Y existió desde el principio una conexión inconfundible. Pero ahora he levantado el velo y soy capaz de reconocer la verdad.

No solo me gusta Huxley Cane: me estoy enamorando de él.



20

HUXLEY

La beso en la curva del cuello y ella desliza la mano por mi pelo.

—Sí —susurra y se queda callada por una vez.

Muevo la mano por su vientre y le cojo el pecho mientras sigo penetrándola.

Esta mañana me he despertado excitado y necesitando a mi chica. No porque la haya echado de menos —pues no la pierdo de vista salvo cuando está en el trabajo—, sino porque la deseaba. Me despierto todas las mañanas con ganas de follar con ella y, por suerte, Lottie también me desea.

Me he despertado duro como una piedra, me he acercado a ella y aún recuerdo el sonido de su gemido cuando ha levantado la pierna para darme acceso.

Esta es una de mis posturas favoritas: tumbados, penetrándola desde atrás mientras apoya la cabeza en la almohada.

—Estoy a punto —digo.

—Yo también —suspira con fuerza.

No hay nada salvaje en lo que estamos haciendo ahora, es más bien suave, perezoso, pero me hace sentir genial.

Me muevo unas cuantas veces más y siento que se tensa a mi alrededor; cuando sé que está a punto de estallar, le pellizco el pezón y no hace falta nada más. Grita mi nombre, se tensa y me hace explotar a mí también.

Juntos, surcamos la ola de placer hasta que estamos saciados y respiramos con dificultad.

No me muevo al acabar, y ella tampoco mientras recuperamos el aliento. Jugueteo despreocupadamente con su pecho y la acerco más.

—Es la manera perfecta de despertarse —comenta, con voz soñadora.

—Sí, soy un cabrón afortunado.

Se ríe y apoya la mano sobre la mía.

—Tengo suerte de que puedas satisfacer mi libido.

—¿Estás diciendo que tu deseo es más intenso que el mío?

—¿No recuerdas lo que pasó en medio de la noche?

¿Cómo podría olvidarlo?

Me desperté con ella cabalgándome. No tenía ni idea de que estaba empalmado, pero al parecer así era, porque, flotando entre sueños, abrí los ojos para encontrarme a Lottie flotando sobre mí, con sus tetas botando de una forma maravillosa mientras subía y bajaba en mi polla para correrse.

Es lo más sensual que he experimentado en mi vida.

—Claro que lo recuerdo. —Le doy un beso en el cuello—. No creo que pueda olvidarme nunca de eso.

Se aparta de mí, se gira entre mis brazos y me mira.

—¿Debería sentir vergüenza?

Me río a carcajadas.

—Nena, deberías tener un monumento. Fue muy sexy.

—¿En serio?

Asiento.

—Sí. Por favor, hazlo de nuevo cuando quieras.

Pasea los dedos por mi pecho.

—Anoche estabas tan duro que me despertaste y, aunque seguías durmiendo, solo podía pensar en lo que sentiría al montarme sobre ti.

—¿Y qué sentiste?

—Algo increíble. —Desliza la pierna sobre la mía, deja caer la mano sobre mi pectoral y me pasa el pulgar por el pezón.

—Si sigues así, nunca saldré de la cama.

—¿Sería tan malo?

Le aprieto el culo con fuerza.

—Tú y yo tenemos trabajo. Si decimos que estamos enfermos, no se lo creerá nadie. Todo el mundo imaginaría lo que estamos haciendo en realidad.

—Aggg..., odio las responsabilidades del mundo real.

—Eso me pasa a mí —convengo, besándola en la punta de la nariz.

Suspirando, se aparta de mí y se levanta de la cama, para mi desgracia. Esperaba tener más tiempo para abrazarla.

El correr del agua de la ducha indica que comienza el día.

Me levanto de la cama con un gemido y me deslizo por el suelo de madera hasta el cuarto de baño, donde me encuentro a Lottie de pie junto a la ducha, con uno de sus vibradores en la mano y una sonrisa traviesa en la cara.

—¿Quieres divertirme en la ducha?

No tiene que pedirlo dos veces.

—Hermanito, ¿estás escuchando?

—¿Qué? —pregunto, mirando a JP, que parece irritado conmigo.

—Estoy tratando de explicarte algo de un contrato y no eres capaz de centrarte dos segundos antes de ponerte a soñar despierto.

—No estoy soñando despierto —protesto, aunque eso es exactamente lo que estoy haciendo. Sigo pensando en Lottie y en la sonrisa perversa que me dedicó antes de pasar el vibrador de arriba abajo por mi polla, haciendo que me corriera en treinta segundos, según contaba mentalmente.

—Mentira —interviene Breaker—. No has prestado atención a nada de lo que hemos dicho en toda la reunión.

—Eso no es verdad.

—Ah, ¿no? —pregunta Breaker—. Entonces, ¿quién hemos dicho que llegará dentro de cinco minutos?

¿Va a venir alguien?

—Eeeh..., ¿Karla? —me arriesgo a decir, sonando más patético de lo que me gustaría.

Breaker pone los ojos en blanco, mientras que JP levanta los brazos, cabreado.

Llaman a la puerta de mi despacho y Karla aparece con la *tablet* en la mano.

—Señor Cane, el señor Dwayne Hernández ha llegado.

—Gracias —le digo a Karla—. Hazlo pasar. —Cuando desaparece, me vuelvo hacia mis hermanos—. Viene Dwayne.

JP aplaude despacio con aire socarrón.

—Vaya, tío. Impresionante.

No tengo tiempo para ofrecerle una réplica sarcástica, porque Dwayne entra en mi despacho.

He hecho muchos negocios con Dwayne en el pasado. Es un buen hombre, alguien en quien confío, alguien con quien no me importaría seguir trabajando, en especial, porque lidera una constructora limpia, sostenible y puntera. Es nuestro hombre de confianza. Y si hubiera prestado atención a mis hermanos en lugar de soñar despierto con Lottie, sabría por qué está aquí.

Pero no se me da mal improvisar.

Me levanto de mi escritorio y lo rodeo para darle la bienvenida.

—Dwayne, me alegro de verte. —Le estrecho la mano.

—¿Cómo estás, Huxley? —pregunta Dwayne antes de estrechar también la mano a mis hermanos.

—Bien. Bien. Por favor, sentaos. —Me uno a ellos en la zona de estar del despacho.

Dwayne se desabrocha la chaqueta del traje y toma asiento; su enorme cuerpo hace que apenas se vea la silla.

—¿Cómo están las niñas? —pregunto. Tiene tres hijas, de ocho, seis y dos años.

—Me hacen comer de la palma de su mano. Acabamos de instalar un tobogán en la piscina y ayer pasé tanto tiempo en el agua con ellas que creo que mis pelotas se han convertido en pasas.

Soltamos una carcajada.

—Pero ver esas caras sonrientes mientras caían al agua hizo que valiera la pena.

—Ya me imagino —digo—. ¿Y Maxine? ¿Cómo está?

Se remueve en su asiento.

—Está muy bien, y... embarazada de nuevo.

—Vaya, eso es genial —comenta Breaker—. ¿Y qué te parece a tí?

—Estoy emocionado. —Dwayne se frota las manos—. Espero que sea otra niña. Maxine quiere un niño, pero yo no. Sé que, si tenemos un niño, acabará siendo un gamberro como yo. Quiero tener otra niña, otro ángel como mi mujer.

Y esto es exactamente por lo que siempre contratamos a Dwayne. Porque es un buen hombre en todos los sentidos. Un padre de familia. Un tipo honrado. Un hombre íntegro.

—Sabes, puede que tener otro Dwayne Hernández en el mundo no sea algo malo —me río.

—Tus halagos siempre son bienvenidos. —Luego me hace un gesto con la mano—. Y supongo que hay que felicitarte o, al menos, felicitarte en broma. —Se ríe.

Eebh... ¿qué?

—¿Felicitarme en broma? —pregunto, alucinado, aunque me invade una sensación de temor.

—Sí. —Se ríe y se acomoda en su asiento—. Cené con Dave Toney la otra noche y me lo explicó todo sobre esa bola que le has contado sobre tu compromiso y que vas a ser padre. —Dwayne niega con la cabeza—. No sé si yo sería capaz de llevar a cabo algo así, pero Dave aseguró que lo estabas haciendo muy bien.

¿Qué coño dice?

Breaker y JP me miran con expresiones horrorizadas, que probablemente sean unas réplicas exactas de la mía.

—¿Dave... mmm... te ha dicho eso? —pregunto, sin saber qué más hacer.

—Sí. Dijo que no se imaginaba nada raro hasta que su prometida, Ellie, le abrió los ojos.

Mi mente empieza a dar vueltas. Siento el pulso martilleándome la cabeza mientras trato de entender lo que Dwayne está explicando.

¿Ellie le ha dicho a Dave que mi compromiso es falso?

¿Cómo ha podido saberlo?

A menos que...

No.

Lottie no diría nada. ¿O sí?

Es leal a mí. Eso me dijo.

Pero...

—Pero, sí, los proyectos que tiene para esos terrenos vacíos en el sur son una gran idea —continúa Dwayne.

¿Proyectos?

¿En el sur?

¿Se refiere a los terrenos que estoy tratando de adquirir?

Una furia ardiente y llena de confusión me estalla en la boca del estómago.

No, no es posible.

—No estaba seguro de poder encajarlo en mi agenda, pero de todas maneras me reuní con Dave. Es un tipo un poco extraño. ¿Has pasado mucho tiempo con él?

Demasiado tiempo. Y ahora sé por qué ha estado evitando reunirse conmigo. Qué capullo...

—Eeh..., sí —digo, tratando de mantener la compostura, pero no lo estoy haciendo bien, ya que me noto unas gotas de sudor en el labio superior.

—Sin embargo, aunque tenga sus rarezas, es un tipo cabal. —Dwayne da una palmada—. Bien, deberíamos ir a la finca de Malibú, ¿no?

—Mmm... —Levanto el dedo y me pongo de pie—. ¿Podrías darme un segundo?

—Por supuesto. —Saca el teléfono del bolsillo del traje—. Si te parece bien, me gustaría llamar a Maxine para asegurarme de que todo está en orden. Tengo un mensaje de ella y, como tenía un extraño dolor de espalda esta mañana, quiero comprobar cómo va, asegurarme de que no ha pasado nada.

—Dile a Karla que te lleve a la sala de conferencias. Te ayudará encantada.

—Gracias —dice Dwayne, levantándose de la silla.

Sale de mi despacho.

—¿Qué coño ha dicho? —pregunta JP en el momento en el que se cierra la puerta—. ¿Que Dave lo sabe?

—Es la primera noticia que tengo —digo, pasándome la mano por el pelo frenéticamente.

—¿Cómo coño lo sabe? No le has dicho nada, ¿verdad?

—¿Estás loco? ¿Crees que le diría la verdad mientras intento firmar ese trato con él? Un trato que parece que no tiene intención de aceptar, ya que tiene planes para sacar provecho de nuestro proyecto. —Enfadado, me levanto de la silla y empiezo a pasarme por la habitación.

Lo sabe.

Dave lo sabe.

Y se lo está diciendo a la gente, a la gente con la que trabajo, lo que va a destruir mi reputación.

Mis peores temores salen a la superficie y la mortificación se me clava en el pecho.

—¿A quién más crees que se lo ha dicho? —pregunto—. Joder, esto puede ser un buen marrón.

—Esto podría ser el fin —añade JP—. Si se lo ha dicho a Dwayne, se lo habrá contado a alguien más. Dwayne es lo bastante

maduro como para reírse de ello, pero no podría decir lo mismo de todas las personas con las que trabajamos.

—En especial, de gente con la que podríamos querer trabajar en el futuro. —Me tiro del pelo con las dos manos—. Joder, seguro que nos está convirtiendo en el hazmerreír de todo el mundo. ¿Qué coño hacemos ahora? Tengo una reunión con él mañana mismo.

—¿Para qué? Está claro que no va a vendernos sus propiedades —interviene Breaker, con la cara arrugada por la preocupación. Noto que se me revuelve el estómago al mirarlo.

Esto es lo que mis hermanos temían que ocurriera, que mi error y mi prepotencia se volvieran contra nosotros. No solo estoy jodiendo mi vida, sino también la de ellos, y eso duele más que nada.

Me han apoyado en las buenas y en las malas. Hemos levantado este negocio juntos, desde abajo. Hemos madurado, hemos pasado juntos por los problemas, los altibajos y los éxitos con muy pocos fracasos. Si esta mentira me afectara individualmente, sería algo que tendría que aceptar, pero destrozar a mis hermanos... Joder, no puedo imaginarme llevando esa carga sobre mis hombros.

—No lo sé.

—Creo que tienes que averiguar cómo se enteró —dice JP.

—¿Y cómo voy a hacer eso? —Inmovilizo a mis hermanos con una mirada, y lo leo en sus rostros. Por sus mentes pasa el mismo pensamiento que ha pasado por la mía.

—Dwayne ha dicho que Ellie lo sabía —dice Breaker—. Creo que...

Niego con la cabeza.

—No lo digas.

—Tienes que preguntarle —explica JP—. Tienes que enfrentarte a Lottie.

Y ahí está, la patata caliente, lo que no quería considerar.

—No creo que haya dicho nada —aseguro con firmeza, defendiéndola.

—¿No estuvo a solas con Ellie? ¿Antes de que salierais de verdad? —pregunta Breaker.

—Sí, pero ella no habría dicho nada.

—¿No crees que podría haberle dicho algo por despecho? Al principio, discutíais por todo. Estoy casi seguro de que dijiste que había momentos en los que pensabas que te odiaba de verdad.

Hubo momentos en los que creo que apenas podía mirarme. Ni siquiera quería estar cerca de mí.

Pero...

—Firmó un contrato.

—A algunas personas eso no les importa —dice Breaker. Mira por encima del hombro para ver si viene Dwayne—. De cualquier manera, tienes que preguntarle, porque si fue Lottie, necesitamos saber exactamente lo que le dijo a Ellie.

—Joder —suelto; los nervios me tensan los músculos.

—No me gusta decir esto —añade JP—, en especial, porque Lottie me cae muy bien, pero Breaker tiene razón. Tenemos que llegar al fondo de la cuestión. Ella es la única persona que tiene una conexión cercana a la verdad y tuvo ocasión de decírselo a Ellie.

Me paso las manos por la cara.

—¿Y qué pasa si le dijo algo? Entonces, ¿qué?

Breaker se reclina en la silla.

—Entonces, creo que debemos llamar a las cosas por su nombre: nos ha jodido vivos. Y no estoy seguro de que podamos recuperarnos.

Y eso me hace sentir un frío resentimiento en las venas.

Que me jodan a mí es algo asumible.

Que jodan a mis hermanos es harina de otro costal.

21

LOTTIE

—¿Qué te parece este vestido? —le pregunto a Kelsey, acercándolo a mi cuerpo mientras lo miro en el espejo.

—Ese color no te favorece nada, lo que me sorprende, ya que Huxley parece conocer perfectamente qué ropa hace destacar tus mejores rasgos.

—Es uno de mis vestidos antiguos.

—Entonces, ya lo entiendo.

Pongo los ojos en blanco y le lanzo el vestido, lo que le hace reír.

—Recuérdame por qué te arreglas para cenar otra vez. ¿No es una noche más en esta loca vida de ensueño que has estado viviendo?

Cojo un modelo morado con un profundo corte en V y me lo acerco al cuerpo. Este hace que mis ojos destaquen y es sexy, justo lo que quiero.

—Por ninguna razón en particular. —Sonrío y quito el vestido de la percha.

—No me lo creo ni por un segundo.

Sin importarme que mi hermana me vea en ropa interior, me quito la camiseta que me ha prestado Huxley y la lanzo a la cama, luego me subo el vestido por las caderas y por el torso. Me coloco los tirantes en los hombros, me lo ajusto a los pechos y me miro en el espejo.

Sí. Justo lo que quería.

—¿Puedes subirme la cremallera? —Me aparto el pelo para que Kelsey tenga un acceso más fácil a la cremallera.

Se levanta de la cama y agarra la lengüeta de la cremallera, pero no la sube de inmediato.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

Me sube la cremallera del vestido y veo cómo la tela se adhiere a mi silueta. ¡Dios, es perfecto! Huxley me lo arrancará en cuestión de segundos, no me cabe duda.

—Nada especial —digo, aunque no sea la verdad.

Kelsey, como la hermana intuitiva que es, me pone de frente a ella y me agarra por los hombros.

—Dímelo ya.

Suspirando, me tumbo de nuevo en la cama y miro al techo.

—Lo amo, Kels.

—¿Qué? —pregunta ella, con la voz aguda—. ¿Qué has dicho?

Me levanto para mirarla a los ojos.

—Lo quiero.

Me mira boquiabierta y parpadea varias veces.

—Lo amas. ¿Amas a Huxley Cane, tu falso prometido?

—Sí, exactamente. Lo amo.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? Es decir, sé que estáis saliendo y que la relación ha progresado, pero ¿amor?

Asiento, totalmente segura de ello.

—Sí, lo amo. Parece como si hubiera surgido de la nada, pero no tengo ninguna duda. Tenías razón: hay una delgada línea entre el amor y el odio. He cruzado esa línea.

—Vaya, es que... —Hace una pausa, y, cuando mis ojos se encuentran con los suyos, sonrío y abre los brazos para estrecharme con fuerza—. Me alegro por ti, Lottie.

—Gracias. —Le devuelvo el abrazo.

—¿Piensas decírselo? ¿Por eso te has arreglado?

—Sí. —Me muerdo el labio, estoy tan nerviosa que me tiemblan los dedos—. ¿Crees que es demasiado atrevido por mi parte?

—No. —Kelsey niega con la cabeza—. Porque creo que él siente lo mismo por ti.

Me animo.

—¿Tú crees?

—Lo sé desde antes de que empezara a salir y te lo dije, y ahora repito lo mismo, nunca he visto a un hombre tan interesado en una mujer como Huxley lo está en ti. Te adora, Lottie.

—Creo que «adorar» es una palabra muy fuerte. —Pero sigo sonriendo, pensando en cómo se ha resistido a dejarme esta mañana después de que haya jugado con él en la ducha. Todavía puedo

oír sus profundos gemidos cuando se ha corrido sobre mi pecho mientras yo le pasaba el vibrador por los testículos.

Ha sido una de las cosas más sensuales que he visto nunca, su cuerpo de dios temblando y estallando. Cada uno de sus músculos temblando al perder el control de sus sentidos. Llevo todo el día repitiendo la imagen en mi cabeza, hasta el punto de que le he enviado un mensaje guarrete haciéndole saber exactamente lo que quería hacerle cuando llegara a casa. Todavía no me ha contestado, pero es un hombre muy ocupado.

—¿Cuándo se supone que va a llegar a casa?

Miro el reloj de la mesilla de noche.

—En cualquier momento.

—¿En serio? —Kelsey salta de la cama—. Entonces debería irme. No quiero ser la que interrumpa una bienvenida especial. —Coge el bolso y me abraza—. Me alegro por ti. Huxley es un buen tío; te lo he dicho desde el principio. Tenéis suerte de haberos conocido. —Se ríe—. Todavía no puedo creer que fueras en busca de un marido rico y lo hayas encontrado. —Con eso, me da un último abrazo y se va.

Me miro de nuevo en el espejo. No tengo ninguna duda de que este es el vestido que debo llevar. A Huxley le va a encantar. La única pregunta es: ¿lo combino con zapatos o voy descalza?

Conociendo a Huxley, le gustaría que me pusiera tacones.

Entro en el amplio vestidor y me pruebo unos cuantos pares antes de decidirme por unas sandalias negras de tiras que sé que le encantarán. Me acerco a la cómoda donde guardo el perfume y me rocío un par de veces. Oigo que se abre y se cierra la puerta principal.

Ha llegado a casa.

Noto mariposas en el estómago, pues sé que es un gran paso para mí. Nunca le he dicho a un hombre que lo quiero, y menos he sido la primera en reconocer mis sentimientos. Pero hay algo en la forma sincera y sin medias tintas en la que Huxley me habla que me infunde confianza y me hace sentir cómoda, que me da un lugar seguro para poder expresarme. Y no creo que haya posibilidad alguna de que pueda pasar otro día sin decirle lo que siento. Y bien sabe Dios que le dije que lo odiaba varias veces.

Ya es hora de que le diga que lo amo.

Bajo las escaleras, con cuidado de no resbalar con estos tacones, y voy a la entrada, donde veo a Huxley mirando la pantalla del teléfono.

—Hola —digo, acercándome a él. Le pongo la mano en el pecho y me acurruco contra él mientras le doy un beso en la mandíbula.

En lugar de rodearme la cintura con el brazo, como haría normalmente, o de obligarme a besarlo en los labios, se queda tieso, sin ganas.

Nerviosa, me alejo de él.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Levanta la cabeza despacio hasta que sus ojos se encuentran con los míos, y es entonces cuando lo veo: hay desconexión en su mirada. La misma desconexión que veía al principio, cuando apenas me hablaba, cuando no quería saber nada de mí.

Este no es el hombre que ha salido de casa esta mañana.

Este no es el hombre que me ha enviado un mensaje a mediodía diciendo que ojalá no hubiera tenido que ir a trabajar.

No es el hombre al que pensaba decirle que lo quiero.

—Huxley —susurro—. ¿Qué ha pasado?

Se mete el teléfono en el bolsillo del pantalón y veo que tensa la mandíbula mientras sus ojos se entornan para mirarme.

—¿Qué le has dicho?

—¿Qué le he dicho a quién? —pregunto, perdida—. ¿A Kelsey? Oh, Dios, no le habrá dicho nada de lo que hablamos, ¿verdad?

No, ella nunca diría nada.

—No, a Ellie.

—¿A Ellie? —Arrugo la nariz con total confusión. ¿De qué demonios está hablando?

—Sí, Lottie —gruñe—. ¿Qué coño le has dicho a Ellie? —Su voz destila veneno, que escupe en mi dirección.

Esto no era lo que esperaba cuando Huxley ha llegado a casa. En serio, si no hubiera estado mirando su teléfono cuando lo he visto, habría saltado a sus brazos por lo emocionada que me sentía de verlo. Pero la ira que muestra, la hostilidad... No tengo ni idea de lo que está pasando.

—No lo sé —respondo, con la voz entrecortada por los nervios.

—¡Debes de haberle dicho algo! —grita, y pasa a mi lado, llevándose la mano a la nuca—. Porque Dave lo sabe.

Dave lo sabe...

—¿Sabe lo nuestro? —pregunto.

—Sí, lo sabe, y adivina quién se lo dijo. Ellie. Así que dime qué cojones le contaste, porque sea lo que sea, necesito saberlo para poder evaluar los daños.

—No sé de qué hablas, Huxley. No le he dicho nada sobre nosotros.

—¡No me jodas, Lottie! —grita. Sus ojos están desprovistos de cualquier sentimiento. Están vacíos, como si... como si ya me hubiera descartado—. Tú eres la única que ha estado a solas con Ellie. Y me odiabas al principio de todo, así que no me extrañaría que le hubieras dicho algo en confianza.

Espera un momento...

Espera un maldito segundo...

¿Me está acusando de decirle a Ellie que el compromiso es un engaño? No es posible que esté haciendo eso.

Pero cuando lo miro a los ojos, asimilo su respiración agitada, la dureza de su mandíbula, el vacío de sus ojos..., veo que eso es exactamente lo que está haciendo.

—¿Crees que le he dicho algo a Ellie? —insisto; necesito confirmar su suposición.

—Sí —suelta con un tono exasperado—. Dave está contándole a la gente lo de nuestro falso compromiso, destruyendo mi reputación, y quiero saber lo que le has contado a Ellie para evaluar lo jodido que estoy en realidad.

Sí, me está echando la culpa a mí.

Cree que hablaría a sus espaldas. Cree que lo traicionaría.

Después de todas las conversaciones sobre el contrato, después de todas las amenazas, de verdad piensa que pasaría todo por alto, que lo contaría. Eso no solo me cabrea de una forma increíble, sino que también una ola de emoción me obstruye la garganta y me rompe el corazón. ¿Cómo puede pensar tan mal de mí?

Incapaz de reunir el valor necesario para mantener esta conversación con él, doy media vuelta y me alejo. Llegan los primeros signos de un ataque de pánico cuando mi respiración se acelera y noto una opresión en el pecho.

No puedo creer que piense que yo diría algo. Que no confíe en mí.

Subo las escaleras a toda velocidad.

—¿Adónde coño crees que vas?! —lo oigo gritar.

No me detengo, ni siquiera doy un traspies mientras mis piernas se mueven más rápido que mi cuerpo.

En lugar de eso, me lanzo hacia delante y, cuando llego a mi habitación, doy un portazo y busco la cremallera de mi vestido en la espalda. Lucho por llegar a ella durante unos segundos y, justo cuando la agarro y tiro hacia abajo, la puerta de mi habitación se abre de golpe.

—¿Vas a responderme? —pregunta Huxley; me despojo del vestido y los tacones, y los dejo en el suelo.

Voy al vestidor y me pongo los vaqueros cortos y la única camiseta que hay, que es la de Fleetwood Mac que me regaló. Tendrá que valer. Luego elijo unas chanclas y cojo el teléfono de la mesilla de noche. Estoy a punto de pasar junto a él cuando bloquea la puerta.

—Lottie, necesito saberlo, joder.

—¿Por qué necesitas saberlo? —pregunto—. Parece que ya me has juzgado.

—¿Estás diciendo que no le has dicho nada?

—Que tengas que preguntarme eso es increíblemente insultante.

—Esa no es una respuesta —me acusa.

—¿Quieres una respuesta? —replico, tratando de mantener la compostura lo mejor que puedo—. Bien, pues aquí la tienes. No, no le he dicho nada a Ellie, porque, a pesar de lo que puedas pensar de mí, a pesar de lo horriblemente mal que me trataste al principio de todo, seguía siendo la misma mujer leal de siempre, y mantuve nuestro secreto porque era eso: nuestro secreto.

Voy a pasar junto a él, pero me detiene. Sus rasgos faciales se han suavizado, al igual que su voz.

—¿De verdad que no le dijiste nada, Lottie?

—No. No lo he hecho.

Sus ojos buscan los míos y su expresión se convierte lentamente en una de arrepentimiento.

—Joder, Lottie. Estoy...

—No —digo, levantando la mano—. Ni te molestes. —Lo pilló desprevenido y me escabullo escaleras abajo, aunque él me sigue.

Apenas soy capaz de oír su súplica, diciéndome que detenga, por encima de los latidos de mi propio corazón, por encima del sonido que hace al quebrarse, al hacerse añicos.

Pensaba que confiábamos el uno en el otro. Pensaba que habíamos establecido una conexión, un vínculo tan fuerte que nada podía destruirlo. Creía que íbamos a más, pero, al parecer, me equivocaba, porque, con un solo dato en contra, se ha vuelto contra mí.

¿Cómo es posible que me acuse de algo así? ¿No le he demostrado mi valía? ¿No he hecho todo lo que me ha pedido, y excepcionalmente bien, además? ¿No le he demostrado que puede confiar en mí?

Voy a la puerta principal, donde Huxley me alcanza.

—Lottie, espera. —Se pone delante de la puerta con la respiración agitada—. Lo siento, ¿vale? Ha sido una estupidez por mi parte preguntarte.

—No me has preguntado, Huxley, me has acusado.

—Lo sé. —Se tira del pelo—. Se me ha ido la olla, ¿vale? No esperaba que me dijeran que Dave sabe lo del falso compromiso.

—Ah, ¿y por qué al enterarte lo primero que haces es culparme a mí?

—No es así, es que me dijeron que Ellie se lo contó a él. ¿Qué se supone que debo pensar?

—¿Qué se supone que debes pensar? —repito, incrédula—. Se supone que debías confiar en mí. Se supone que debías plantearme el problema para que te ayudara a encontrar la solución. Pero no deberías haber entrado aquí, echándome la culpa. Y menos cuando estaba... —Me interrumpo antes de admitir lo que iba a decirle esta noche.

—¿Y menos cuando qué? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Nada. —Levanto la barbilla, tratando de mantener la calma—. Debería haber imaginado que todo esto era demasiado bueno para ser verdad, que ibas a acabar haciéndome daño de alguna forma.

Da un paso atrás.

—Hablando de suposiciones de mierda...

—Eh, ¿no acabas de hacer eso? ¿No acabas de hacerme daño?

—No a propósito. Estoy un poco jodido ahora mismo, Lottie. En caso de que no te hayas dado cuenta, esto podría arruinar mi empresa.

—Quizá deberías haber pensado eso antes de empezar a mentirle a todo el mundo respecto a que tienes una prometida y un bebé en camino. La culpa de todo esto solo es tuya.

—Haría cualquier cosa para asegurar ese trato —me recuerda Huxley, devolviéndome el golpe.

—Incluyendo culparme por algo que deberías haber sabido que nunca haría.

Se pasa la mano por la cara.

—Al principio me odiabas, Lottie. Era una pregunta que tenía que hacer.

—No, no es así. —Acorto el espacio entre nosotros y le clavo un dedo en el pecho—. Deberías saber que nunca le haría eso a nadie, en especial cuando se trata de negocios, y menos después de que me jodiera la vida alguien en quien creía que podía confiar. Lo perdí todo, Huxley. Angela me quitó la única cosa en la que creía que era buena, me hizo sentir pequeña e inservible. Me denigró. Después de que me trataran tan mal, de que me lo arrebataran todo, ¿en serio crees que le haría eso a otra persona? —Se mira los pies, avergonzado—. No, no lo haría. Puede que me cayeras mal al principio, pero esa aversión nunca me habría enfurecido tanto como para hacer algo tan ruin como contarle a Ellie la verdad sobre nuestro compromiso.

Paso junto a él y abro la puerta.

—Lottie, detente. ¿A dónde vas?

Le escribo un mensaje a Kelsey diciéndole que venga a buscarme. Sé que no hará ninguna pregunta, simplemente aparecerá y hablará más tarde. Solo necesito salir de aquí. No puedo estar cerca de él.

—Kelsey viene a buscarme.

—Lo siento, ¿vale? He perdido la cabeza. Vamos a hablar de esto.

—No hay nada de qué hablar, Huxley. —Continúo yendo hacia la puerta.

—Y, entonces, ¿te vas? ¿Así de fácil?

Me giro para mirarlo.

—¿Crees que puedo quedarme aquí?

—Ha sido un error de comunicación.

Los ojos casi se me salen de las órbitas.

—¿Cómo puedes ser tan frío al respecto?

—No estoy siendo frío. Solo trato de entenderlo.

—Bueno, pues a ver si entiendes esto, Huxley. Pensaba decirte lo que siento por ti esta noche y, en lugar de que dejarme hacerlo, me has echado la culpa de lo que no debías, has destrozado la confianza que había entre nosotros y me has roto el corazón.

—Espera..., ¿qué? —pregunta con una expresión llena de arrepentimiento—. ¿Tus... sentimientos? ¿Qué sentimientos?

—Ya no importa —replico y una lágrima cae por mi mejilla. Ni siquiera sabía que tenía los ojos anegados. Me los seco con rapidez, pero no antes de que Huxley los vea.

—Joder, Lottie. Lo siento. Lo siento de verdad, joder. No debería haber dicho lo que he dicho.

Me acerco a la puerta, incapaz de escucharlo por encima del ruido de mi corazón.

—Por favor, quédate. Podemos solucionarlo.

—No puedo. —Niego con la cabeza. Me siento demasiado frágil en este momento—. Necesito algo de tiempo.

—¿Tiempo? —Llega hasta mí mientras atravieso la verja y salgo a la acera, donde espero a Kelsey—. ¿Qué quieres decir con que necesitas tiempo? Lottie, por favor, no hagas esto. No me dejes.

El coche de Kelsey aparece al fondo de la calle.

—Lottie... —Huxley me coge la mano, pero lo aparto.

—No hagas eso —protesto.

—Habla conmigo, por favor. Podemos solucionarlo ya. No necesitamos tiempo.

Me doy la vuelta para mirarlo y las lágrimas empiezan a caer de nuevo.

—Apenas puedo mirarte ahora mismo, Huxley. ¿Qué te hace pensar que quiero quedarme contigo?

Sorprendido por mis lágrimas, da un paso atrás, y eso es todo lo que necesito para escapar cuando Kelsey se detiene. Abro la puerta del coche y entro.

—Por favor, Lottie. Nena, no te vayas —dice a mi espalda.

No lo escucho. Me siento, cierro la puerta y me abrocho el cinturón.

Kelsey no dice nada, solo se aleja. Conduce en silencio hasta su apartamento.

Incluso a pesar de que mi teléfono no hace más que vibrar con mensajes de Huxley, ella no dice nada.

No abre la boca hasta que estamos en su apartamento.

—Dios, Lottie, lo siento mucho.

A estas alturas tengo los ojos hinchados.

Ya no me quedan más lágrimas que verter.

Estoy acurrucada en el suelo, envuelta en una manta.

—No lo entiendo —digo en voz baja—. Pensaba que... Pensaba que confiaba en mí.

—Puede que lo pillara desprevenido.

Le lanzo una mirada de advertencia.

Ella levanta las manos para defenderse.

—No lo estoy disculpando, solo trato de entender su reacción. Es decir, ¿te imaginas oír eso? Ha trabajado mucho en ese proyecto y, de repente, todo le estalla en la cara; debió de sentirse estresado.

—Es muy probable, pero eso no le da derecho a arremeter contra mí. Debería haber venido a casa y pedirme ayuda en lugar de acusarme. Básicamente, destrozó todo lo que levantamos entre nosotros, como si... como si sus negocios fueran más importantes que yo. —Y entonces me doy cuenta—. Tal vez..., tal vez su negocio es más importante que yo. Tal vez no le importo tanto como creía. —Me tiemblan los labios—. Tal vez me gustaba más a mí que yo a él.

—No. —Kelsey niega con la cabeza—. No es el caso. Le gustas, Lottie. Vino a por ti. Vi su cara. Estaba destrozado.

Ojalá fuera el caso...

—Tal vez actuara como si le importara, pero cuando alguien se preocupa por otra persona no la trata como él me trató a mí.

Kelsey suspira y se apoya en la cama.

—¿Puedo decir algo sin que me odies?

—No. Tengo todo el derecho a odiarte por lo que salga de tu boca.

Kelsey refunfuña algo en voz baja.

—Creo que tienes que ver esto desde su perspectiva —dice finalmente—. Acababa de descubrir que su secreto ya no era un se-

creto después de todo, que se está corriendo la voz de que es un mentiroso. Lo más probable es que entrara en pánico y se quedara con la mente en blanco. No pensó, solo reaccionó.

Deshago la bola que había formado el suelo y miro a Kelsey a los ojos.

—Pero eso es lo que no entiendes, Kelsey. Reaccionó sin pensar, y su reacción fue no confiar en mí. Estaba a punto de decirle que lo amaba; que me hace increíblemente feliz y que cada día estoy más agradecida por despertarme en sus brazos. —Las lágrimas fluyen por mis mejillas—. Pero, para él, soy algo que está dispuesto a tirar por la borda por una suposición. ¿Entiendes el problema?

Kelsey mueve la cabeza despacio.

—Sí, ya veo el problema. No lo había pensado así. —Se tira al suelo y se acerca a mí para abrazarme—. Lo siento, Lottie. No puedo imaginar lo mucho que estás sufriendo ahora mismo.

—Demasiado —hipo—. Demasiado. —Me limpio las lágrimas—. Ojalá nunca hubiera aceptado el trato. Desearía haberlo rechazado y no haberme involucrado en nada, porque ahora me siento más destrozada que nunca, en lugar de recompuesta.

Kelsey me acaricia la cabeza, lo que me hace llorar de nuevo. Lo que le he dicho a Huxley sobre Angela no era mentira. Su traición me hirió profundamente, a pesar de que solo estaba actuando de acuerdo con su carácter. Es una mentirosa patológica y una manipuladora. Pero yo había confiado en el carácter de Huxley; en su naturaleza decidida e intensa. Implacable pero decente. Ahora debería preguntarme cómo he podido enamorarme de alguien que paga a la gente para que mienta por él. Que escribe contratos para encubrir una ficción descarada porque su negocio lo significa todo para él. Sin duda, me pasa algo grave ya que ignorado todo eso. Y esa ha sido nuestra base.

Y, sin embargo, mi corazón y mi alma están destrozados. Llora contra el hombro de mi hermana.

—¿Por qué ha tenido que hacerme daño, Kels?

—No lo sé —dice en bajito—. Pero tienes que recordar lo fuerte que eres.

—Esta vez no —aseguro mientras me limpio la mejilla—. No creo que pueda recuperarme de esto. No va a ser nada fácil.

Me despierta el gorgoteo de la cafetera. Solo con intentar abrir los ojos en el lugar que ocupó en el suelo, sé que los tengo hinchados de tanto llorar anoche. Y el dolor de espalda es por el incómodo colchón de almohadas sobre el que intenté dormir.

—¿Te ha despertado la cafetera? —pregunta Kelsey desde la cocina.

—Sí —respondo, parece como si me hubiera fumado una cajetilla entera de cigarrillos—. Pero debería levantarme.

Toc. Toc.

—¿Han llamado al timbre? —pregunto.

—Creo que sí —responde antes de ir a la puerta para abrirla—. Huxley, ¿qué haces aquí? —le oigo decir al ver quién está al otro lado. ¡Joder!

—Esperaba hablar con Lottie. —Mira por encima de su hombro y me ve. Cuando se da cuenta de mi aspecto, su expresión se vuelve preocupada—. Cariño, por favor, ¿puedo hablar contigo?

—Mirad, en serio, de verdad que necesito darme una ducha —dice Kelsey—. Y, además, no sé cómo manejar las situaciones incómodas. Quiero ser una buena hermana, pero no sé encargarme de los chicos cuando ponen ojos de cordero degollado y parecen patéticos, así que me piro.

Y eso es lo que hace.

Sale corriendo hacia el baño, cierra la puerta y abre el grifo.

Cuando oigo el clic de la puerta, deduzco que Huxley ha entrado en el apartamento, pero me niego a mirarlo, sobre todo, porque los ojos se me llenan de lágrimas otra vez.

No quiero verlo, aún estoy demasiado dolida, pero él tiene otros planes.

Se arrodilla a mi lado y me pone la mano en la mejilla. Cuando nuestros ojos se cruzan, los suyos no solo están inyectados en sangre, sino que también están cargados de preocupación. Pero ¿está preocupado por su carrera, por su negocio o por mí?

—¿Has dormido en el suelo?

—Encima de unas almohadas. —Que se movían cuando me daba la vuelta, por lo que acabé en el suelo, pero él no tiene por qué saberlo.

—Lottie, lo siento. —Su voz es suplicante—. Sé que lo que hice anoche fue imperdonable. Nunca debí haberte tratado así, y estoy avergonzado. —Traga con fuerza—. Mi mayor temor es haberles jodido la vida a mis hermanos. Me desahogué contigo en lugar de apoyarme en ti. —Me roza la mejilla con el pulgar—. Lo siento. —Coge una bolsa a su lado y la acerca a mí—. No sabía si tenías ropa y otras cosas para pasar la noche aquí, así que te he traído algo. —Eso es irritantemente considerado—. Tengo que ir al despacho para evaluar los daños, pero quería verte antes. ¿Podemos cenar juntos esta noche? Por favor, Lottie —insiste al ver que no digo nada.

Asiento despacio y una lágrima resbala por mi mejilla.

Gruñe, frustrado, y me la limpia.

—Joder, lo siento. —Se levanta y se dirige a la puerta—. Te enviaré un mensaje con los detalles.

Solo puedo asentir.

Una vez que sale del apartamento, abro la cremallera de la bolsa que ha preparado para mí, y justo encima hay una foto impresa de nosotros dos en el concierto de Fleetwood Mac. Me rodea con el brazo de forma posesiva y mete la mano en un bolsillo delantero, mientras que yo me apoyo en su amplio pecho, con un brazo levantado para agarrarle la nuca.

Recuerdo haberla hecho y cómo me sentía en ese momento. Era completamente feliz.

Ahora mismo, daría cualquier cosa por volver disfrutar de esa sensación. En cambio, todo lo que hay en mi interior es vacío.



22

HUXLEY

—¿Qué vas a decirle? —pregunta Breaker, paseándose por mi despacho.

—Ya veré. Pero creo que le preguntaré a bocajarro si lo sabía. ¿De qué sirve andarse con rodeos?

JP cruza y descruza las piernas, sentado en una de las sillas de la zona de descanso del despacho.

—Creo que ser directo es la clave. Creo que él lo valorará.

—Yo también lo creo —añade Breaker—. ¿Vas a hacerlo pasar por algo gracioso? ¿O te lo vas a tomar en serio?

—En serio —respondo, pensando en Lottie.

Verla tirada en el maldito suelo, con los ojos llenos de lágrimas, me está carcomiendo el alma. Me destroza por dentro cada vez que inspiro. En lugar de quedarse conmigo, ha pensado que era mejor dormir en casa de su hermana, donde tuvo que conformarse con el suelo. Sin duda, no quería estar cerca de mí. Y eso debería avergonzarme mucho. Mi chica ha preferido dormir en el suelo antes que compartir cama conmigo. *O usar la habitación en el otro lado del pasillo.*

—Creo que, si me lo tomo en serio, explicando cómo ha surgido todo en lugar de bromear sobre ello, podría salvar los muebles.

—Un enfoque inteligente —asegura Breaker y luego suelta un profundo suspiro—. Joder, espero que no se lo haya dicho a mucha gente.

—Todavía no entiendo cómo lo sabe —interviene de nuevo JP—. ¿Cómo se habrá enterado? No hemos dicho ni una maldita palabra a nadie, y todos los demás tienen un acuerdo de confidencialidad. —Se rasca la cabeza—. ¿Crees que ha sido Kelsey?

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Lottie parecía feliz de verte esta mañana? —JP hace una mueca.

Después de que Lottie se marchara, envié un mensaje a mis hermanos diciéndoles que no había sido ella, y luego les conté los detalles sobre cómo había jodido nuestra relación. Les eché la culpa, me la echaron a mí. Asumí la responsabilidad porque, seamos sinceros, todo este lío es culpa mía. Porque tengo un deseo enfermizo de demostrar... ¿de demostrar qué? ¿Que puedo conseguir cualquier contrato? ¿Qué sentido tiene firmar un trato si, al final, hago daño a las personas que más me importan?

Les he hecho daño a mis hermanos.

Le he hecho daño a Lottie.

Ningún acuerdo es más importante que eso.

—No —replico, recordando la expresión de dolor en su rostro—. Ni siquiera ha hablado.

—¿Te has disculpado? —insiste JP.

—Por supuesto que me he disculpado. ¿Crees que he ido allí solo porque sí?

—Solo estaba preguntando —dice JP con tono defensivo—. Has metido la pata muchas veces últimamente. Solo quería asegurarme de que no lo has hecho hoy también.

—Oh, no, la he metido. Lo he jodido todo. Lo único que tengo a mi favor es que ha aceptado cenar conmigo esta noche.

—Oh, joder, ¿en serio? —dice Breaker—. ¿Qué vas a hacer?

—Suplicarle que me perdone. ¿Qué más puedo hacer?

—Demuéstrale lo arrepentido que estás.

—¿Cómo? —pregunto.

Breaker se encoge de hombros.

—Ni idea. Por eso no tengo una relación. No sé cómo manejar a las mujeres.

—No creo que esa sea la razón —se burla JP—. Es porque eres idiota.

—Lo dice el que tampoco tiene una relación —se ríe Breaker.

—Por elección propia —responde JP—. Si quisiera tener una relación, la tendría.

—Ya... —Breaker lo mira de arriba abajo—. ¿Y cómo vas con Kelsey, por cierto?

—Bien. Si forzara la máquina un poco, se me echaría encima.

Breaker se burla.

—Sí..., encima de ti. —Pone los ojos en blanco y yo estoy a punto de gritarles que se callen cuando Karla entra en el despacho.

Golpea con los nudillos el marco de la puerta.

—Me acaban de informar desde recepción que el señor Toney está subiendo.

—Gracias, Karla. —Me hace un gesto seco con la cabeza y desaparece—. Vosotros largaos. Tengo que lidiar con esto solo.

Recogen sus cosas y van a la puerta.

—Buena suerte, tío —desea Breaker con un movimiento de cabeza. JP también me hace un rápido gesto, y me quedo solo en mi despacho.

Sin nada que hacer, me siento en la silla y miro la pantalla de mi ordenador. No puedo quejarme de mi suerte, mis hermanos me apoyan en lugar de querer asesinarme por haber jodido nuestra reputación. Nuestro sustento, así como el de los empleados de la empresa. Podrían ser unos capullos, pero están eligiendo no serlo, y lo agradezco mucho. Ya es bastante duro saber que he dañado mi relación con Lottie, no estoy seguro si sabría qué hacer sin mis hermanos. Y, sí, he dicho «dañado», porque no ha terminado. Voy a recuperar a Lottie. Es mía, para siempre.

Karla sabe que debe enviar a Dave a mi despacho en cuanto llegue, así que, cuando llaman a mi puerta, no me sorprende verlo.

—Dave... —Me pongo de pie y me acerco a él para darle un firme apretón de manos—. Gracias por venir hasta aquí.

—Pensaba que iba a llegar tarde. —Se ríe, completamente ajeno a que tengo revuelto el estómago—. Hubo un accidente en la 405. Pude coger una salida antes de pillar las retenciones.

—¿Cuándo no hay un accidente en la 405? —pregunto.

—Cierto.

Hago un gesto para señalar la zona de estar del despacho mientras cierro la puerta a su espalda.

—Toma asiento. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Estoy bien. Me he tomado un café de camino. No te preocupes, también he ido al baño antes de entrar, así que no requeriré el uso de tu baño personal.

Me río y tomo asiento frente a él.

—Mi baño personal está siempre a tu disposición.

Se lleva la mano al pecho.

—Me dejas sin palabras.

Mi sonrisa se desvanece y me aclaro la garganta. Me imagino que podría ir directamente al grano.

—Bueno..., esperaba tener una conversación sincera contigo.

—Creo que sé de qué va esto —dice con una leve sonrisa.

—¿En serio? —pregunto, queriendo ver su postura.

Asiente.

—¿Sabes?, cuando Ellie me lo dijo por primera vez, no la creí, pero después de la clase para cuidar a los bebés, supe enseguida que tenía razón.

Vuelvo a aclararme la garganta, tentado de aflojarme de la corbata, pero me mantengo firme.

—¿Y en qué tenía razón?

—Perdona que me adelante, pero sé que tu relación con Lottie no es real.

Sí, ya está.

La vergüenza y el bochorno fluyen por mis venas, y me calientan todo el cuerpo. ¡Joder!, ojalá se me hubiera ocurrido quitarme la chaqueta del traje antes de esta conversación. Ahora es demasiado tarde.

—Me lo dijo Ellie después de la cena en nuestra casa —continúa Dave antes de que pueda decir nada—. Sospeché que estabais fingiendo. Al principio pensé que se trataba de esas ideas locas que provocan las hormonas del embarazo, porque no podía entender por qué ibas a mentir. En especial, sobre una relación. Ellie me dijo que me fijara en la rigidez de tus hombros cuando Lottie te tocaba, en la forma robótica en que hablabais el uno con el otro. Decía que faltaba algo y, aunque erais bastante convincentes, había cosas que chirriaban.

Me paso la mano por la cara.

—Escucha, Dave. Puedo explicártelo todo.

—Si te soy sincero, confieso que encontré todo el asunto bastante divertido. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar Huxley Cane? ¿Hasta qué punto era poco ético el hombre que quería hacer negocios conmigo? —Hace una pausa, y creo que voy a vomitar.

No es ético.

No se equivoca. Dios, me siento avergonzado. Y lo peor es que lo haya sabido desde el principio.

—Ellie siguió buscando cosas inauditas que hacer y pensó que sería divertido arrastraros a vosotros.

Me siento un poco más derecho.

—¿Quieres decir que nos invitasteis a propósito?

Dave se ríe.

—¡Oh, sí! Es probable que seas el hombre más tenso que conozco y, de acuerdo, eso te ha hecho crecer en los negocios, pero hay algo más que firmar contratos, Huxley, y quería que lo vieras. Se me ocurrió que tal vez, si os seguíamos la corriente, saldría algo bueno de la farsa. Notamos mucha conexión entre tú y Lottie, y Ellie y yo esperábamos que se fortaleciera. —Sonríe—. Y lo ha hecho. —Se ríe—. Te puedo asegurar que, si no hubiera conocido a Ellie, quizás tampoco habría sabido lo que es el verdadero amor.

—¿Qué? —pregunto, tratando de comprender y de procesar todo lo que está diciendo.

—Corrígeme si me equivoco, pero la quieres, ¿no?

Me muerdo el labio inferior y me miro las manos entrelazadas. Asiento.

—Sí, la amo.

—Lo sabía. —Dave se da una palmada en la pierna—. Ellie está convencida de que Lottie fue la que se enamoró primero, parecía estar pendiente de ti, pero le aseguré que tú eres un profesional ocultando tus emociones y, si tuviera que apostar, yo diría que sentiste algo por ella antes que ella por ti.

—Creo que empezó en el momento en que la conocí —reconozco, dado que al parecer este es el rumbo de la conversación.

—Que no fue en Georgia...

Niega con la cabeza.

—A Ellie también le llamó la atención eso. Lottie no parecía saber mucho sobre Georgia.

Hago una mueca.

—Porque nunca ha estado allí.

—Entonces, ¿cómo os conocisteis exactamente?

—Dando una vuelta por el barrio. Ella se perdió; yo estaba despejándome. Resultó que nos necesitábamos. —Llevo la mano a la nuca—. Fue un mal comienzo.

—¿Sabes?, siento discrepar. Conocerse dando una vuelta tiene su encanto.

—No si añades lo que ambos buscábamos. Yo necesitaba a alguien que fingiera ser mi novia, y ella, un marido rico para impresionar a una examiga. No son los cimientos de un buen romance.

—A veces no es el comienzo lo que hace el romance, sino el trayecto. Y tengo que decir que ha sido muy interesante ver cómo se ha desarrollado el vuestro. —Dave se rasca un lado de la cara—. Me pregunto, sin embargo..., por qué lo hiciste.

Inspiro con fuerza y me recuesto en la silla.

—Porque soy un idiota.

—Bueno, eso es cierto, pero me gustaría conocer la verdadera razón.

¿La verdadera razón? ¿No es suficiente con decir que soy idiota?

Pero Dave se había tomado todas las respuestas con calma hasta ese momento, así que, aunque esto demostraba lo manipulador que podía llegar a ser, lo mentiroso que era, podía poner todas mis cartas boca arriba.

—Breaker y JP aseguraron que nunca lograría hacer un trato contigo porque no éramos afines. Que te gustaba que hubiera buen rollo en un trato de negocios, y no fuera solo una cuestión de dinero. Que yo no te caía bien porque no teníamos nada en común. Quería demostrarles que se equivocaban. Cuando te vi y me presentaste a Ellie, todas esas mentiras salieron de mi boca antes de que pudiera pensar. Estaba seguro de que, si podíamos conectar en otro plano, consideraría firmar el contrato conmigo.

—Y cuando firmáramos el contrato..., ¿qué habría pasado con Lottie?

—Habríamos seguido caminos separados. Probablemente no volvería a mencionarla.

—Entiendo... —Su sonrisa se desvanece—. Lo más adecuado para que me fie de ti.

—Ya... —Me paso la mano por la frente—. Créeme, lo sé, joder. Mis hermanos me dijeron desde el principio que era una mala idea y, cuando fui capaz de mirar más allá de mi obcecación, supe que todo estaba mal, pero me sentía tan inflexible que no podía mirar más allá del trato. Así que he terminado haciendo daño a mis hermanos y, lo que es peor, perdiendo a Lottie.

—¿Qué? —pregunta Dave, con cara de preocupación—. ¿Te ha dejado?

Asiento.

—Anoche. Alguien me dijo que sabías que nuestro compromiso es falso. Como no podía entender cómo lo sabías, culpé a Lottie, pensando que ella se lo había contado a Ellie. Le solté algunas gilipolleces, y se fue. —Niego con la cabeza, muy disgustado conmigo mismo—. Lo estropeé todo, joder, porque estaba tan ensimismado en mi imagen, en mi reputación, que olvidé una cosa: nada de eso importa si no tengo a alguien con quien compartir mi vida. Se fue a casa de su hermana. —Me pellizco el puente de la nariz—. Eligió dormir en el suelo antes que conmigo. Si eso no es una prueba de lo jodido que estoy, no sé qué lo será.

—Déjame preguntarte algo, y mírame a los ojos cuando respondas. Si pudieras elegir solo una de estas cosas, estar con Lottie o firmar el contrato conmigo, ¿cuál sería tu elección?

—Lottie. —Lo miro directamente a los ojos—. Lottie. Ella lo es todo. No sé cómo llegué a esto, cómo me enamoré de ella tan rápido, pero es algo tan fuerte que siento un auténtico dolor físico por perderla, pero aquí estoy, un imbécil desesperado dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarla.

Eso lo hace sonreír. Dave se echa hacia delante y me tiende la mano.

—Esto podría sorprenderte, Huxley, y, en cierto modo, a mí también me sorprende, pero firmaremos ese contrato —dice.

—¿Qué? —pregunto, estrechando su mano con torpeza, sin saber bien qué estamos planeando. Dwayne dijo que estaba haciendo un proyecto para ese terreno con él. *¿Qué está sucediendo?*

Dave se levanta de su silla y se abrocha la chaqueta del traje.

—Tus hermanos tenían razón. No estaba seguro de querer firmar un contrato con alguien que no conocía. No estaba seguro de que fuera a convertir ese terreno en algo con lo que pudiera estar de acuerdo. Me he sentido muy decepcionado por algunos tratos que he hecho en el pasado, ha habido muchas promesas incumplidas y esas cosas. Es por eso hablé con Dwayne. Sabía que trabajabas con él. Quería ver si tus planes eran factibles. Quería ver si él sabía lo tuyo con Lottie. Quería ver en qué tipo de negocio podría estar metiéndome. Pero cuando Dwayne pareció tan sorprendido al oír hablar de vosotros dos, supe que, aunque estabas mintiendo, no me estabas convirtiendo en un hazmerreír.

—Joder, nunca lo haría. Si se van a reír de alguien, es de mí. Hice que todos mis empleados firmaran un acuerdo de confidencialidad, incluso Lottie. Y los que no tenían un acuerdo de esos, creían que estábamos comprometidos de verdad. Se mudó a mi casa y todo. Créeme, no quería que esto saliera a la luz.

—Te creo —dice Dave con certeza—. Por eso voy a firmar el contrato. Haré que mis abogados trabajen con los tuyos en los detalles. Espero que no me estás mintiendo ahora y que cumplas con los términos de nuestro acuerdo.

—Por supuesto. Aunque te cueste creerlo, mentir no está en mi naturaleza, Dave. Confieso que me sentía fatal cada vez que fingíamos con vosotros. A Lottie le pasaba lo mismo. Así que no voy a fallarte.

—Ahora tengo confianza en ti. Y tal vez otro hombre te habría mandado a la mierda, pero encuentro que todo esto ha sido fascinante, y he disfrutado presenciando tu cambio. Antes eras un hombre difícil de entender, pero Lottie ha limado tus asperezas. Ahora conoces tus prioridades. Y, francamente, eres más soportable. Incluso me lo he pasado genial en algunos momentos, no solo viéndote luchar, sino también teniendo algunas conversaciones sinceras contigo. Has madurado, Huxley, y te considero un amigo, aunque todo empezara con una farsa. Espero que puedas solucionar las cosas con Lottie, porque disfrutamos de verdad de su compañía.

—Vaya —digo—. Sinceramente, no esperaba que dijeras eso. Pensaba que esta conversación tomaría un rumbo completamente diferente, y estaba dispuesto a rogarte y suplicarte.

Dave mira el reloj.

—Aún tengo cinco minutos; si quieres ponerte de rodillas y hacer un poco de penitencia, tú mismo. —Se ríe, y yo me muevo, nervioso, porque, joder, lo habría hecho—. Pero, en serio, no puedo dejar de pensar en veros juntos después de la clase de bebés. Sabía que habíais cambiado. Sabía que te habías suavizado. Tu frialdad ha desaparecido, y me gusta. He disfrutado de tu transformación, y espero que continúes en esa línea. Eres un buen hombre, Huxley. Ahora, empieza a buscar la manera de solucionar esto con Lottie, porque sé que Ellie va a querer que vosotros dos acudáis juntos a nuestra boda.

—Sería genial, Dave. Gracias. De verdad, gracias por todo.

Va hacia la puerta de mi despacho.

—Soy un tipo bastante comprensivo que puede encontrar la parte buena de casi todas las situaciones. Pero debes saber que es probable que no veas el mismo respeto por parte de otros socios comerciales, así que yo no volvería a recurrir a una prometida falsa o a un embarazo inexistente en cuestiones comerciales de aquí en adelante.

—Créeme, nunca más.

—Me alegro de oírlo. Estaremos en contacto. —Me despide con la mano y se va. Cuando sé que está al final del pasillo, me desplomo en la silla y suelto un suspiro.

Santo Dios...

Después de unos minutos, Breaker y JP entran en mi despacho.

—Oh, joder, esto no tiene buena pinta —suelta Breaker—. ¿Tiene sudor en la frente?

JP da un paso más.

—Joder, es el sudor. Y nunca suda.

—¿Qué ha pasado? ¿Estamos arruinados? —pregunta Breaker. Enlazo las manos y me río.

—Está riéndose. ¿Eso es bueno o significa que ha perdido la cabeza? —insiste Breaker.

—Tiene la mirada perdida. Creo que se ha vuelto loco —responde JP.

—Va a firmar el contrato.

—¿Qué? —sueltan mis hermanos al mismo tiempo.

—No tengo tiempo para hablar de ello. Quiero solucionar las cosas con Lottie. Eso es lo que más me importa. —Me levanto y me paso la mano por el pelo—. Y, joder, no sé ni por dónde empezar.

—No es algo que puedas hacer a medias —me advierte Breaker.

—Si se ha metido de lleno en el contrato con ella, también puede hacerlo una relación —se burla JP.

Entonces se me enciende una bombilla en la cabeza.

—Tengo una idea —les digo; regreso a mi escritorio para coger el teléfono y las llaves—. Que nuestros abogados se pongan en contacto con los de Dave. Los llamaré mientras estoy en el coche para explicarles todo.

Y, sin despedirme, salgo de mi despacho y paso por delante de Karla.

Tengo algunas cosas que hacer antes de esta noche.



23

LOTTIE

—¿Qué estoy haciendo, Kelsey? —pregunto, mirando por la ventana las ricas y elegantes casas de The Flats.

—Vas a escuchar lo que tiene que decir —repite a través del teléfono; su voz tranquilizadora no sirve para calmar mis nervios.

Hace unas horas he recibido un mensaje de Huxley diciéndome que habría un coche en casa de Kelsey para recogerme a las seis y media y que esperaba que me subiera al él. He estado a punto de enviarle un mensaje diciendo que había cambiado de opinión, que no podía ir a la cena porque la idea de ver su cara esta noche me daba náuseas.

Pero Kelsey me ha hecho inspirar hondo, me ha hablado de los aspectos positivos y me ha dicho que la razón por la que estoy tan disgustada es porque amo a Huxley, y que mi disgusto no va a desaparecer hasta que escuche lo que tenga que decir.

En ese momento, he pensado que tenía razón. Ahora que me acerco a mi destino, empiezo a pensar que tal vez estaba equivocada.

—No me veo guapa. Va a pensar que tengo un aspecto desastroso.

—Eres guapísima, ¿y a quién le importa si pareces un desastre? Si te quiere, pensará que estás preciosa por mucho que tengas los ojos hinchados por las lágrimas.

—Debería haberme arreglado. Debería haberme maquillado.

—No podías dejar de llorar el tiempo suficiente para maquillarte, ¿recuerdas? Lo intentamos, pero se te corrió por toda la cara.

—Esto es un error, Kelsey. De verdad, no creo que deba hacerlo. No estoy preparada.

—No sé si alguna vez estarás preparada, Lottie.

—Estoy destrozada —digo en voz baja—. Creo que nunca me había sentido así. Cuando Angela me despidió, pensé que había to-

cado fondo, pero ese sentimiento no es nada comparado con este. Pensaba que Huxley yo teníamos algo, y de repente me lo arrebató. —Cojo aire profundamente y una lágrima resbala por mi mejilla—. No sé cómo voy a hacer desaparecer mi congoja.

—Todas las emociones que estás experimentando son válidas —resuelve Kelsey—. Pero, Lottie, hay una razón por la que quiere que vayas esta noche, por la que se ha pasado esta mañana por aquí. Sabe que ha metido la pata. Todos cometemos errores; de acuerdo, puede que el suyo haya sido más grande que otros, pero está tratando de enmendarlo. Si de verdad lo amas, le darás la oportunidad de hacerlo. Eso es el amor, ¿no? Es decir, ¿no hemos tenido que perdonarnos la una a la otra por todo lo que nos hemos hecho sin tener en cuenta la verdad?

Me corren más lágrimas por la cara mientras observo el familiar portón que protege la casa de Huxley. No se equivoca. Dios, hace solo unas semanas fue a Kelsey a quien le hice daño por lo que solté por mi estúpida boca, por hablar sin pensar, y ella me perdonó. Inspiro hondo, el conductor pulsa un botón y abre la verja. No hay vuelta atrás. Mientras entramos, veo a Huxley de pie delante de la puerta, en el porche, esperándome.

—¡Oh, Dios, lo estoy viendo! Kelsey, no puedo hacer esto. No puedo. Soy un desastre.

—Entonces, serás un desastre. Te quiero, hermana. Tienes un buen corazón. Compártelo con él. —Y corta la llamada justo cuando el conductor aparca el coche.

Me limpio las lágrimas como puedo, pero, por desgracia, siguen cayendo, incluso cuando Huxley se acerca al coche y abre la puerta. Cuando me ve, el arrepentimiento atraviesa su mirada antes de ofrecerme la mano.

Como no estoy dispuesta a cogérsela, salgo del coche sin su ayuda.

No dice nada, pero leo la decepción en la postura de sus hombros ante mi negativa.

Se aclara la garganta.

—Gracias por venir —dice.

Me limpio la cara y asiento, con la garganta tan apretada que me resulta casi imposible pronunciar una palabra.

Unas crudas y tumultuosas emociones se agolpan en mi interior, y, al verlo con unos sencillos vaqueros y una camiseta, con el pelo al-

borotado por haberse pasado la mano por él una y otra vez, esas emociones se disparan y me hacen caer en una espiral de incertidumbre.

¿Debería estar aquí?

¿Debo darle una segunda oportunidad?

Si me siento así de mal por un desamor, ¿qué podría llegar a hacerme en el futuro?

¿Y por qué exactamente estoy sufriendo unas emociones tan intensas?

Es casi segura de que Kelsey tiene razón. Lo quiero mucho, más de lo que pensaba. Mi corazón se siente atraído por el suyo. Y me duele por él. Pero mi corazón también es cauteloso. Es como si el suyo estuviera jugando un tira y afloja con el mío, y me lo desgarrara en todas las direcciones, provocando en mí ansiedad e incertidumbre.

—¿Te importa si entramos? —me pregunta. Cuando niego con la cabeza, hace un gesto hacia la puerta y, al pasar por delante de él, me pone la mano en la parte baja de la espalda. Siento como un rayo en la columna vertebral que me obliga a enderezarme, a ponerme tensa. Se da cuenta al instante y retira la mano, probablemente interpretando que no quiero que me toque. Pero mi reacción no se debe a que no quiera sentir su contacto, sino a que no me he dado cuenta de lo mucho que lo he echado de menos...

Me abre la puerta.

—Lo tengo todo preparado en el comedor —me dice cuando paso.

¿Todo preparado? ¿Qué significa eso?

¿Qué tenía que preparar exactamente?

Nerviosa y ansiosa, voy directa al comedor, donde veo la mesa puesta para dos. Sobre la ella hay dos grandes platos, dos vasos llenos de agua y una carpeta con dos bolígrafos. Las luces están apagadas, Fleetwood Mac suena de fondo y no parece haber nadie más en la casa que Huxley y yo.

Pasa por delante de mí hasta la silla en la que me suelo sentar y la separa de la mesa, esperando a que tome asiento. La cabeza me da vueltas mientras me acomodo, y miro la carpeta, con la mente acelerada. *¿Qué hay ahí dentro?*

Huxley me imita, pero, en lugar de ponerse detrás de su plato, acerca la silla a la mía y se gira hacia mí.

—Lottie...

Me vuelvo también hacia él, inspirando hondo, con una lágrima resbalando por mi mejilla.

—Nena... —dice en voz baja; alarga la mano y me limpia la lágrima—. Por favor, no llores.

—¿Qué..., qué quieres..., Huxley? —pregunto, obligándome a decir las palabras.

—Te quiero a ti, Lottie —dice, sentándose más recto, con una mirada preocupada.

—La has cagado.

—Lo sé. Créeme, sé lo patético que he sido. Ha sido el mayor error de mi vida, cargar contra nosotros y echarle la culpa de algo que, en el fondo, sé que nunca harías. —No se me escapa que ha dicho «*nosotros*»—. Y he tratado de averiguar cómo solucionar esto, cómo demostrarte lo mucho que lo siento, y me he dado cuenta de que tal vez deberíamos volver al punto de partida.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, muy confundida.

Saca un montón de papeles grapados de la carpeta. Cuando mis ojos se posan en ellos, me doy cuenta de que es el contrato que firmamos.

Se levanta de la silla y se acerca a la esquina del comedor, donde hay una mesa para bufet pegada a la pared. Encima de ella, ya enchufada, hay una trituradora de papel. Sin detenerse, mete el contrato en la máquina, y el sonido ensordecedor de esta resuena por toda la habitación.

Y por alguna razón, me duele. Es lo que nos unió. Es lo que hizo desaparecer el préstamo universitario. *¿O vuelvo a deberlo?* Es lo que me acercó a Huxley, y lo ha destrozado sin pestañear.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto, con una evidente angustia en mi voz.

—Porque tenemos que empezar de nuevo, Lottie. —Vuelve a la mesa y toma asiento. Me coge la mano, pero la aparto. Baja la cabeza en señal de derrota—. Lottie, por favor, no me lo estás poniendo fácil.

—¿Crees que debería? —pregunto—. Porque anoche no me lo pusiste fácil cuando me acusaste de decirle la verdad a Ellie.

—Lo sé, pero...

—¿Y crees que fue fácil para mí constatar el absoluto desprecio que mostrabas por mí?

—No, pero...

—¿Y crees que fue fácil para mí saber que el hombre en el que confiaba, del que me estaba enamorando, no pensaba que pudiera guardar nuestro secreto?

—No. Pero, Lottie...

—No sé por qué he venido aquí. —Me levanto de la silla.

Huxley también se pone de pie.

—¿A dónde vas?

—Me voy —digo—. Esto ha sido una estupidez.

Voy a la entrada, pero Huxley me coge de la mano y me hace girar hacia él.

—Siéntate, Lottie —dice, irritado.

—¿Perdón?

—He dicho que te sientes. Venga —lo dice entre dientes, y, en ese instante, mi pena se convierte en ira.

—¿Quién demonios te crees que eres?

Se acerca a mí y me empuja con suavidad contra la pared del comedor, dejándome sin palabras. Se me entrecorta la respiración cuando me inmoviliza con una mano y pone la otra en la pared, apoyándose en ella.

—Estoy tratando de disculparme, maldita sea —suelta con la rabia a flor de piel.

—¿Y crees que esta es la forma de hacerlo?

—¿Tienes una idea mejor? —pregunta, sin apartar sus ojos de los míos—. Eres tan terca que cabrearte parece ser la única manera de conseguir que me escuches.

—Me has hecho daño, Huxley. No quiero escucharte.

—Si fuera así, no estarías aquí. —Ve a través de mí—. Si no quisieras estar aquí, no te habrías subido a ese coche, y te conozco, Lottie. Me amas...

—No. —Niego con la cabeza—. No es verdad.

Se aprieta más contra mí y me deja sin aliento.

—No te atrevas a mentirme, joder. No se borran los sentimientos de la noche a la mañana. ¿Así es cómo quieres tener esta conversación, los dos cabreados? Porque prefiero ser civilizado contigo, no volver a antiguas formas de comunicación. Pero si lo necesito, te retendré aquí así, toda la noche, hasta que me escuches.

Me humedezco los labios y mi cuerpo se calienta por la lujuria.
¡Maldito sea!

No quiero desearlo.

No quiero imaginarme la deliciosa tortura a la que podría someterme en esta posición, buscando que me comunique correctamente.

—¿Vas a escucharme? —repite.

Respiro un par de veces.

—Vale.

Me suelta y luego me coge la mano —algo que le permito—, y me acompaña de regreso a la mesa, donde los dos tomamos asiento.

—¿Has dejado a un lado tu terquedad? —pregunta cuando nos acomodamos.

—¿Y tú has dejado de ser gilipollas?

Y así, una leve sonrisa se dibuja en sus labios. Es como si retrocediéramos al principio de nuestra relación; volvemos a estar en el punto cero: yo, irritada, y él, divirtiéndose por ello.

Molesta por su sonrisa, cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Te parece gracioso todo esto?

—Pues sí. Me recuerda a nuestros primeros días juntos.

A mí también.

—A mí me gustaban más nuestros últimos días juntos. —Miro hacia otro lado.

—No me malinterpretes, me pasa lo mismo, pero es bueno cerrar el círculo, ¿no crees?

—Creo que tienes que continuar con lo que tenías que decirme para poder seguir adelante.

Eso lo cabrea, a juzgar por la forma en la que entrecierra sus ojos y por cómo tensa su mandíbula. Dado el cambio en nuestra relación, pensaba que no iba a volver a verlo como cuando estuvimos juntos por primera vez, pero me equivocaba. Podemos llegar a ese punto de nuevo.

Pero lo que menos me gusta es que eso me llena de energía.

Con los labios apretados, me coge la mano y esta vez se lo permito. La sostiene con firmeza y me mira con intensidad.

—Te quiero —dice sin más.

Las palabras me aturden.

Me dejan sin aliento.

Pero tampoco me parecen reales del todo.

—No te creo —digo—. ¿Cómo sé que no lo dices por decir?

Leo la frustración en sus ojos mientras coge la carpeta y la abre, dejando ante mi vista otro contrato. Pero este es menos formal. En lugar de la jerga legal, parece que lo ha escrito él mismo, y solo consta varios puntos en una sola hoja de papel.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—El contrato nuevo.

—¿Crees que voy a firmar otro contrato contigo?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Déjate de tonterías por un segundo y escúchame.

—¿Esta es tu forma de recuperarme? —Pongo los ojos en blanco.

—¿Tengo que tumbarte sobre la mesa para que me hagas caso? Me caliento, y abro los ojos de par en par al pensarlo.

La pasión.

La intriga.

El anhelo.

La necesidad.

—No, no —digo, levantando la mano mientras se mueve—. Que no se te ocurra siquiera.

—Entonces, escúchame y no me veré obligado a tomar medidas extremas.

Dios, es irritante lo dominante que es.

Dominante y posesivo.

Pero también me encanta. ¿Qué me pasa?

—Lo siento, Lottie, por muchas cosas —dice, con una mirada menos acerada—. Siento haberte culpado de algo cuando no tenía ningún derecho a ello. Siento haberme cargado tu confianza de un plumazo. Siento no haberme apoyado en ti cuando debí hacerlo. Y lo más importante, siento haberte hecho daño. Verte llorar, verte tan alterada, y saber que ese dolor es por mi culpa me está matando.

Y así, con esa voz tranquilizadora, va disipando mi irritación y la tensión abandona mis hombros. Lo miro, más dispuesta a escucharlo.

—Me di cuenta rápidamente de mi error cuando hiciste los preparativos para marcharte. Cuando te subiste al coche de tu hermana, sentía el corazón en la garganta. Y cuando te vi alejarte, supe que te llevabas contigo una gran parte de mí. Me dejó destrozado

ver que te ibas, lo que me hizo darme cuenta de que te quiero. Te quiero más de lo que jamás pensé que era posible amar a alguien. Y fue como darme un golpe contra una pared de ladrillos. Necesito que seas parte de mi vida, Lottie. Necesito que seas un elemento permanente en ella. Por eso se me ha ocurrido este contrato.

—Léemelo —digo sin coger el papel.

—Mis expresiones legales no estarán a la altura, así que no te burles de mí —me advierte; se aclara la garganta y sonrío para mis adentros—. *«Este contrato vincula a Huxley Cane y a Lottie Gardner una vez que se hayan acordado los términos y estén presentes las firmas al pie».*

—Tienes razón, tu terminología está mal.

—Me costó mucho escribirlo. Ten paciencia. —Echa los hombros hacia atrás y lee un poco más—. *«Las siguientes peticiones deben ser seguidas por ambas partes. Petición número uno: después de pensarlo y considerarlo detenidamente, Lottie acepta perdonar a Huxley por ser un gran gilipollas».*

—Te agradezco que uses «gran» como adjetivo, porque eso es lo que eres.

—Lo soy —acepta, y se alivia más la tensión.

—*«Petición número dos: después de una buena sesión de redecoración, que incluirá lo que Lottie quiera —sonrío ante eso—, Lottie deberá mudarse permanentemente con Huxley, concretamente, a su dormitorio, donde él ya ha hecho espacio en el armario para su ropa».*

—¿Para mi ropa o para los artículos que elegiste para mí? —pregunto.

—Para lo que quieras.

—Prefiero una mezcla de ambas cosas.

—Hecho. —Su expresión se suaviza mientras continúa—. *«Petición número tres: Lottie renuncia a todos sus papeles anteriores de falsa prometida y falsa embarazada. Huxley reconoce que fue una mala idea y ya ha aclarado las cosas con Dave. Quiere que Lottie viva mejor ahora, libre de cualquier premisa».*

—¿Que viva mejor? —pregunto con una ceja arqueada. Él asiente—. ¿Y lo has aclarado todo con Dave? ¿De verdad?

—Sí, hoy he hablado con él. Tampoco es que le pareciera bien que le dijera que lo había jodido todo contigo, así que me dijo que era mejor que te recuperara. Le dije que tenía la intención de hacerlo y que ya tenía planeada una cena contigo.

—Dave es un hombre inteligente. —Me echo el pelo hacia atrás por encima del hombro, pues necesito tener las manos ocupadas.

—«Petición número cuatro: aunque el contrato anterior ha sido destruido, Huxley sigue en deuda con Lottie y, por lo tanto, asistirá a cualquier evento social para dejar en evidencia a su antigua jefa, pero esta vez, prefiere actuar como su verdadero prometido».

Me mira.

Eeeh..., ¿he oído bien? ¿«Verdadero prometido»?

—«Petición número cinco: Lottie se da cuenta de que Huxley es un pobre desgraciado sin ella. Que no solo la anhela en su vida, sino que la necesita en ella. Se ha convertido en un elemento permanente y no tenerla en su vida no es negociable». Lo que me lleva a: «petición número seis, que Lottie siga a Huxley hasta la azotea». —Huxley se levanta y me tiende la mano.

No se la cojo de inmediato.

Ni siquiera estoy segura de poder hacerlo con lo temblorosa que estoy.

—Lottie...

—Voy a necesitar que mi abogado revise ese contrato —digo, reuniendo todo mi valor.

Su sonrisa casi me hace caer, es tan brillante y atractiva que me llena de alegría. Me impulsa a cogerlo de la mano y me guía por la casa hacia las escaleras que conducen a la terraza. Cuando Huxley empuja la puerta para abrirla, me permite pasar primero y se revela un hermoso montaje.

Dos tumbonas de madera ocupan el centro del espacio, decoradas con pétalos de rosa y rodeadas de velas falsas que ofrecen luz suficiente para ambientar el lugar.

—Caray —digo, contemplándolo todo.

La puerta se cierra a nuestra espalda y, cuando me giro, me encuentro a Huxley arrodillado con la cajita de un anillo en la mano.

No puede ser verdad. En serio, esta no puede ser la vida que estoy viviendo ahora, pero cuando abre la boca y dice mi nombre en un tono jadeante, me doy cuenta de que todo es muy real.

—Lottie, te quiero. Eres maravillosa, frustrante e irritantemente perfecta la mayor parte del tiempo; me das más alegría de la que nunca pensé que tendría la suerte de tener. Complementas mi actitud hosca. Me pones en mi lugar cuando lo necesito y me escuchas cuando me hace falta. Simple y llanamente, me completas, y

sé con certeza que no puedo vivir sin ti. —Abre la caja del anillo y revela una hermosa alianza de diamantes. Es diferente al anillo que llevo en el dedo; de hecho, resulta más atrevida, como yo—. Te quiero tanto, maldita sea. Por favor, ¿aceptarías el contrato y también me harías el honor de ser mi esposa?

Lo miro intensamente; esos ojos intensos y misteriosos me atraviesan, me tienen cautiva.

Siempre lo harán.

Creo que ha sido el dueño de mi corazón desde el principio. Incluso a pesar de nuestros altibajos, había una conexión, un vínculo implacable que me llevaba hacia él. No puedo negar que amo a este hombre, no puedo negar que siempre lo amaré. Lo es todo para mí; soy consciente de ello. Pero...

—Me has hecho daño, Huxley.

Se levanta y reduce con rapidez el espacio entre nosotros.

—Lo sé, Lottie, y lo siento muchísimo. No puedo prometerte que no volveré a hacerte daño, porque siempre tendremos desacuerdos, pero sí te prometo una cosa: eres mi prioridad, eres la persona en la que confío, la persona que sé que siempre estará a mi lado, animándome y advirtiéndome cuando me porte como un imbecil. Y haré todo lo posible para hacerte feliz. Me aseguraré de no volver a hacerte llorar a propósito. —Acerca la mano a mi cara y me roza la mejilla con el pulgar—. Te quiero, cariño.

Me humedezco los labios, me pierdo en esos ojos y doy un salto de fe.

—Yo también te quiero —declaro.

—Joder —dice después de soltar el aire. Me levanta la barbilla y me besa. Le rodeo el cuello con los brazos al instante y profundizo el beso, dejando salir la rabia y la tensión.

Curiosamente, es todo lo que siempre he querido. Me desafía. Se burla de mí. Y me ama con todo su ser.

Cuando se aparta, me sujeta las mejillas y apoya su frente en la mía.

—Por favor, dime que esto es un sí. Por favor, dime que serás mía para siempre.

—Soy tuya para siempre, Huxley —le digo con la mirada fija en él.

—Gracias, joder —suelta; me levanta la mano y me da un beso en los nudillos. Luego, me quita el anillo de compromiso falso del dedo y lo sustituye por el auténtico. Le da un beso.

—¿Te gusta? —pregunta

Sonrío.

—Me encanta, igual que tú.

Me da otro beso en los labios.

—Parece que, después de todo, has conseguido un marido rico —comenta.

Me río.

—Creo que fueron las trenzas.

—Seguro que sí.

Me abraza, me levanta y me hace girar, y los dos reímos.

Justo cuando crees que has tocado fondo, cuando crees que no hay forma de volver a escalar la montaña para encontrar la felicidad, tropiezas con un sendero, uno que tiene sus baches y tropiezos, pero que ofrece un magnífico resultado. Puede que no supiera el resultado cuando acepté participar en el loco plan de Huxley, pero me alegro mucho de haberlo hecho porque no puedo imaginar cómo sería esta vida sin él.



EPÍLOGO

HUXLEY

—¿Me queda bien en el culo?

—Por enésima vez, tienes un culo increíble —respondo, aunque esta vez ni siquiera me molesto en mirarla. Estoy seguro de que no ha cambiado en el último minuto y, cuanto más lo mire, más duro voy a ponerme, y lo último que quiero es estar empalmado cuando entremos en la reunión del instituto de Lottie.

—¿Este vestido no es demasiado ostentoso? A mí me parece...

La interrumpo y la hago girar hacia mí. Lleva un vestido púrpura intenso que se ciñe a cada curva de su cuerpo y le levanta las tetas, lo que hace que su escote sea un sueño. Cuando ha salido del baño, me he quedado boquiabierto y me he puesto cachondo. Ha combinado el vestido con unos tacones de aguja negros de diez centímetros, que se han convertido en mi kriptonita. Me he acercado a ella al instante, pero me ha detenido extendiendo el brazo con rigidez, diciéndome que no podía tocarla hasta después de la reunión porque no quería que le estropeará el pelo o el maquillaje.

Y no la he tocado en casa, pero en el momento en que hemos entrado en el coche, he levantado la barrera protectora, me he puesto sus piernas sobre los hombros y la he devorado hasta que se ha corrido dos veces. A cambio, me ha hecho una de las mamadas más rápidas de mi vida. Estaba preparado y a punto de estallar con su sabor en mis labios, así que no me ha llevado mucho tiempo. Aunque no me ha permitido tirarle del pelo como me gusta hacer normalmente. Satisfechos, nos hemos dirigido al hotel Beverly Hillshire, lo que ha hecho que Lottie suelte una carcajada, dado el comienzo de nuestra relación, ya que es el hotel en el que se desarrollaron muchas escenas de *Pretty Woman*.

—El vestido es perfecto, nena. Te prometo que estás increíble.
—La beso en la mejilla y luego acerco los labios a su oreja—. Tan

increíble que me está costando hasta el último gramo de mi control no follar contigo aquí mismo, en el pasillo.

Le aprieto la curva de la cadera con la mano y la muevo contra la pared.

—Huxley... —jadea.

—No puedes decir mi nombre así. Voy a ponerme como una moto —susurro, besándola en el cuello. Ella ladea la cabeza—. Nena, estás jugando conmigo.

—Eres tú el que juega conmigo —afirma mientras le beso el punto sensible debajo de la oreja. Gime por lo bajo.

—Lottie..., si no quieres que follemos aquí mismo...

—Disculpen, estamos celebrando una reunión de instituto —dice una voz chillona.

Cuando me alejo, me encuentro con una mujer con un vestido color rosa chicle. Hay un hombre colgado de su brazo, pero, sinceramente, no hay química entre ellos. No hay conexión en sus miradas, no está pendiente de ella. Es como si solo estuviera allí. Cuando por fin me fijo en la mujer que nos ha hablado, me doy cuenta de que es Angela.

—¡Oh, Lottie! —dice Angela, llevándose la mano al pecho. Me fijo en cómo recorre a mi prometida con los ojos. Veo que aprieta los labios con fuerza, y sé en ese momento que está celosa. Cuando Lottie se aferra a mi mano, sé que ella también se ha dado cuenta—. No me he fijado en que eras tú. —Angela se vuelve hacia mí—. Huxley, ¿cómo estás?

No me gusta que piense que somos amigos.

—¡Muy bien! —respondo; levanto la mano de Lottie y le doy un beso en los nudillos; es la mano en la que lleva el anillo de compromiso. Los ojos de Angela caen en la alianza y le cuesta mucho disimular sus emociones; está claramente desgarrada por los celos—. Siento haber perdido el control, pero mi chica está impresionante con este vestido y no puedo quitarle las manos de encima. Me ha hecho prometerle que no le estropearía el peinado y el maquillaje, pero creo que he hecho un buen trabajo en el coche, ¿no?

Entorna los ojos, pero entonces debe darse cuenta de que tiene que aguantarse, porque se endereza y se apoya en su pareja, que, por desgracia para ella, está mirando a otra mujer.

—Oh, sí, a Brad y a mí también nos ha costado controlarnos en el coche. Siempre está excitado.

Él no le sigue la conversación, sino que se muerde el labio cuando pasa una rubia.

—¿Y Ken? —pregunta Lottie.

Angela agita despectivamente la mano.

—Se aburrió. —Es decir, que él rompió con ella.

—Pero Brad y yo estamos pasando nuestro mejor momento, ¿verdad? —Tira del brazo de Brad.

—Voy al baño —se disculpa él, y, sin decir nada más, sigue a la rubia.

—¿Y qué...? ¿Habéis fijado una fecha? —pregunta Angela, que sigue fingiendo estar radiante.

—El 10 de diciembre —replica Lottie—. Iremos a Tulum con nuestros amigos y familiares más cercanos para celebrar la boda durante dos semanas.

—¡Oh, qué guay! —Angela se anima, sin entender que no está invitada—. ¿Reservo ya el billete?

Es muy muy obtusa.

—No, no es necesario. No vas a asistir.

—Lottie, soy tu mejor amiga —protesta con el ceño fruncido.

—No, eso no es cierto. —Lottie niega con la cabeza. Esa confianza en sí misma me pone muy cachondo. Espero que no planee quedarse en la reunión mucho tiempo—. Pero gracias por pensar eso de mí. —Lottie sonríe—. Ah, y oye, he oído que tus dos principales patrocinadores retiraron su apoyo publicitario. Debe de haber sido duro perderlos.

Angela frunce el ceño.

—Sé lo difícil que era mantener contentas esa clase de cuentas, ya que siempre era yo quien se aseguraba de que tuvieran todo lo que necesitaban. Qué pena, pero, oye... —Lottie le guiña un ojo—, al menos te ahorras dinero contratando empleados mediocres.

Frunce más el ceño.

—¿Has visto que Kelsey y yo llevamos ahora una empresa? Acabamos de firmar un contrato de un millón de dólares con Dave Toney. Estamos muy metidas en el asunto y pensamos contratar a mucha gente para gestionarlo todo. Pero no te preocupes, dejaremos que los empleados mediocres estén a tu disposición. Solo que-

remos a los mejores, así que les pagamos lo que se merecen. Y de todos modos... —Lottie se acerca y me da un beso en la mejilla—, ya me he cansado de esto. ¿Vamos a tomar una hamburguesa?

Sonríó.

—¿A Portland? Me apetece mogollón una de esas hamburguesas.

—No podría ocurrírseme nada más perfecto. —Lottie se vuelve hacia Angela—. No me ha resultado agradable verte de nuevo. Cuídate, Angela.

Y así, de la mano, salimos del hotel y vamos directamente al coche. Una vez acomodados en el interior, llamo al piloto y le digo que vamos al aeropuerto, que lo prepare todo. Mi chica quiere una hamburguesa y vamos a por ella.

Mientras atravesamos la ciudad, pienso en la suerte que tengo.

Me he equivocado en muchos aspectos: al pensar que un engaño flagrante era la forma de conseguir un negocio; al creer que Dave, a quien siempre había conocido como un tipo firme, no creía en Cane Enterprises; al imaginar que la hermosa mujer que tengo en mis brazos era capaz de la clase de traición que yo sugerí. *¡Qué ridículo!* Soy muy afortunado. He tenido que comerme el orgullo, y no volveré a darla por sentada. Tampoco voy a inventar una historia para conseguir un contrato.

Lottie se echa hacia mí y me pasa los labios por la mandíbula.

—Te quiero, Huxley.

—Yo también te quiero, cariño. Estoy orgulloso de ti. Muy orgulloso.

—¿No he sido demasiado cabrona?

—Ha sido increíblemente cabrona, pero me ha encantado.

Se ríe.

—Quizá el broche final ha sido demasiado, pero no he podido evitarlo.

—¿Has pasado página?

Asiente.

—Y me ha sentado muy bien. Gracias.

—No hace falta que me des las gracias, nena. Lo has hecho tú solita.

—¿Te refieres a pillar un marido rico paseando por The Flats?

El mejor puto día de mi vida.

Y todo gracias a que Angela fue lo bastante tonta como para despedir a Lottie.

—Exactamente. No tienes ni idea de lo que me alegro de que te perdieras ese día, y de que aceptaras mi alocada propuesta.

—Bueno, debo confesar que me gusta más tu última propuesta.

—Y la has aceptado.

—La he aceptado.

Gracias a Dios.

—Angela estaba equivocada en muchas cosas, ¿sabes?

—Lo sé, pero ¿a qué te refieres exactamente?

—Eres mi mejor amiga, Lottie. Y mi vida es mejor por ello. Te quiero, futura esposa.

—Y te quiero, futuro marido, incluso a pesar de tus locuras.

Me río y luego hago que olvide todo con un beso profundo y apasionado. Mi preciosa, sexy e increíble chica. La vida nunca será aburrida con esta fiera a mi lado. Los días de lluvia nunca serán lúgubres. La vida será divertida, llena de aventuras y locuras, y mejor de lo que jamás había pensado que podía ser así. Mejor de lo que nunca he merecido.





